



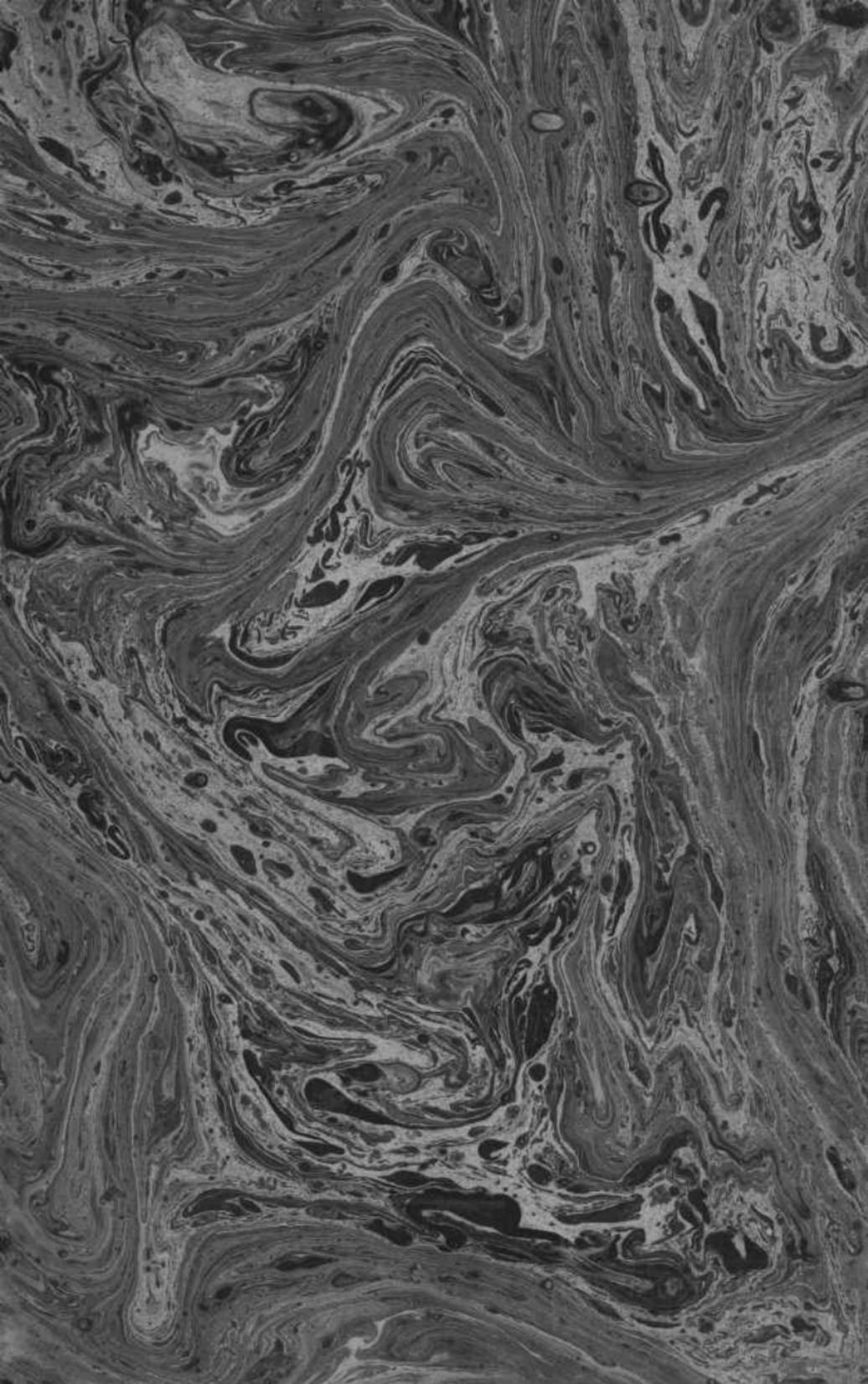
S.B. 1  
3-36



LIBRERIA

Beltrán

PRINCIDE.16 · MADRID ·





BELTRAN

1924-1925

LIBRO

IMPRESA

NOTICIAS  
DE DIARIOS  
Y MODERNOS  
ACTIVIDADES

B.P. de Soria



61090036

BB 616

BB  
616



F. BELTRÁN

LIBRERO-EDITOR

EL LIBRO

Y

LA IMPRENTA

CON MÁXIMAS, AFORISMOS, NOTICIAS  
Y DISERTACIONES DE DIVERSOS  
AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

Y 143 VIÑETAS

AL SERVICIO DE LOS LIBROS.



FRANCISCO BELTRÁN

LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

PRÍNCIPE, 16.-MADRID





EL LIBRO  
— y —  
LA IMPRENTA

## DEL AUTOR

---

LAS ASOCIACIONES DE DEPENDIENTES DE LIBRERIA EN EL EXTRANJERO. Conferencia ante los dependientes de librería de Madrid, en los Viveros de la Villa, el 14 de junio de 1908. En 8.º, con grabados.

EL EDITOR. Conferencia, el 17 de junio de 1911, en la Asociación M. I. de Empleados de Librería. En 8.º, con grabados.

LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS, NUEVOS Y DE OCASION. Boletín bibliográfico mensual. Publicaciones recientes. Obras antiguas y modernas, raras o curiosas, nuevas y de lance; de venta en la Librería Española y Extranjera de ..... Enero de 1917 a marzo de 1918. En 4.º

BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRAFICA. Catálogo de una importante colección de libros y folletos españoles y extranjeros referentes a Bibliografía, Biografía, Bibliología, Bibliofilia, la Imprenta y sus artes auxiliares. Formada, catalogada y puesta en venta por ..... Precedido de una Introducción por el Marqués de Villa-Urrutia. Madrid, 1927, 4.º mayor, con grabados. (Tirada de 100 ejemplares numerados, en papel de hilo, y de 500 en papel "cíceros" satinado.)

INDICE BIBLIOGRAFICO de la Librería Española y Extranjera y Editorial Francisco Beltrán, Madrid. Ilustrado con notas, noticias, máximas, aforismos, etc., y adornado de viñetas. Madrid, 1929, 4.º, con 475 grabados.

R. 6830

F. BELTRÁN

LIBRERO-EDITOR

---

EL LIBRO

---

Y

---

LA IMPRENTA

CON MÁXIMAS, AFORISMOS, NOTICIAS  
Y DISERTACIONES DE DIVERSOS  
AUTORES ANTIGUOS Y MODERNOS

— Y 143 VIÑETAS —

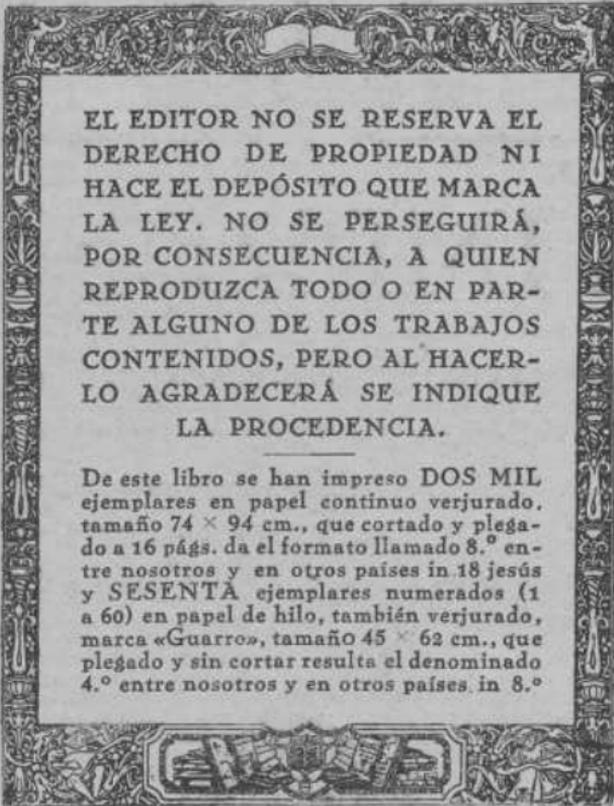
«AL SERVICIO DE LOS LIBROS.»



FRANCISCO BELTRÁN

LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

PRÍNCIPE, 16.-MADRID



EL EDITOR NO SE RESERVA EL DERECHO DE PROPIEDAD NI HACE EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY. NO SE PERSEGUIRÁ, POR CONSECUENCIA, A QUIEN REPRODUZCA TODO O EN PARTE ALGUNO DE LOS TRABAJOS CONTENIDOS, PERO AL HACERLO AGRADECERÁ SE INDIQUE LA PROCEDENCIA.

De este libro se han impreso DOS MIL ejemplares en papel continuo verjurado, tamaño 74 × 94 cm., que cortado y plegado a 16 págs. da el formato llamado 8.º entre nosotros y en otros países in 18 Jesús y SESENTA ejemplares numerados (1 a 60) en papel de hilo, también verjurado, marca «Guarro», tamaño 45 × 62 cm., que plegado y sin cortar resulta el denominado 4.º entre nosotros y en otros países in 8.º



## EL LIBRO Y LA IMPRENTA

---

*Conferencia leída en la Cámara  
Oficial del Libro, de Madrid,  
el día 20 de octubre de 1931.*

**Q**UERIDOS compañeros, señores profesores y alumnos de la Escuela de Librería:

Atrevimiento grande es el mío al venir hoy a este sitio a disertar ante ustedes, pero no me animó a ello ni la vanidad, que en mí está ausente, ni mis méritos, que son escasos, ni el crédito que por mi experiencia me ha sido asignado, ni un ansia de notoriedad, porque ésta se obtiene forzosamente en el ejercicio de nuestra profesión. Me movió a ello el deseo de estimular a otros colegas más ilustrados o capacitados que yo a que sigan mi ejemplo, pues entiendo que en los actuales momentos de renovación conviene a nuestra clase dar más y más constantes señales de vida.

Es deber de cortesía que cumplo gustoso expresar mi agradecimiento a todos los presentes por su asis-

tencia, y particularmente a nuestro Presidente y a sus compañeros de Junta directiva por haber suspendido las clases de hoy para que pueda dirigiros la palabra.

Sólo dos veces en mi ya larga vida de librero y de editor, tuve el atrevimiento de hablar en público. La primera vez fué el año 1908, para dar a mis compañeros de profesión, cuando yo era dependiente de librería, normas y noticias para formar una Asociación Mutuo Instructiva de Empleados de Librería, Asociación que se fundó y vivió algunos años y a la que, si no pertenezco de hecho, pertenezco en afecto, porque yo era ya talludito para educando, y aunque empleado de librería, como afortunadamente las distancias que nos separan a unos de otros son cada día más cortas, formaba parte de la Junta directiva de la Asociación de la Librería de España (fundada hace ya treinta años, en 1901), que es como entonces y sin carácter oficial ni obligatorio, sino voluntario, se rotulaba lo que ha venido a ser Cámara Oficial del Libro, que en este momento nos cobija y en otros ampara oficialmente a los que a ella forzosamente pertenecemos por decreto dictatorial del año 1925.

La segunda vez, fué en 1911, en la citada Asociación Mutua Instructiva de Empleados de Librería, cuando yo ya llevaba algunos años establecido, siendo el tema de mi conferencia: *EL EDITOR. Lo que es o debe ser, y cómo le juzgan los mal enterados*", porque me creía en el deber de ayudar a des-

vanecer errores y confusiones de muchos sobre tan digna profesión. Esta es la tercera vez, y quizá la última, pues no creo me queden muchos años de vida, que podré distraer o fastidiar a mis oyentes.

No estoy, por consiguiente, habituado a discursar, y, por tanto, esta charla será, como ya se ve y lo fueron las otras, leída, y girará alrededor del LIBRO y de la IMPRENTA, que es tema obligado para ustedes, para mí y para este Centro, donde todo está supeditado al libro.

Leer en voz alta es un arte muy difícil, que lamentamente de veras no poseer. Sirva de compensación a este defecto mío el agrado con que lo hago, porque me pone en contacto con la juventud que ha de reemplazarnos, con algunos de los que, con tanto acierto como buena voluntad, cuidan aquí de su enseñanza profesional y con mis queridos compañeros, y a la benevolencia de todos me encomiendo.

Os habla un viejo librero, que ama al libro sobre todas las cosas; que quisiera sintiérais con él la emoción agradable que produce hablar de los libros, y como me gusta el asunto, no será breve, aunque sí conciso; sepan ustedes a tiempo que tardaré más de una hora en dar lectura a estas cuartillas, y lo aviso así para rogaros alguna paciencia; pero si los quehaceres de algunos les obligaran a ausentarse antes de terminar, no lo tomaré a descortesía, aunque lo lamente.

Los que comercian con un artículo o están familiarizados con él son los más obligados a conocerlo

y, por lo tanto, nadie más indicado que un librero para hablar del libro en sus diversos aspectos y de algunos de sus problemas, y al tratar de éstos lo haré serenamente, sin virulencia, pero también sin sordina.

Del libro se puede hablar durante todo el tiempo que se quiera o que se pueda, según lo que de él se sepa, de la verbosidad del conferenciante o charlista, como ahora también se dice, y según como se oriente la disertación, pues el libro lo comprende todo, absolutamente todo; cuantas ideas surgieron de la mente del género humano, en los libros están, y las ideas nuevas a los libros se incorporan sin pérdida de tiempo.

El libro fué siempre ensalzado fervorosamente por los más selectos ingenios que el mundo ha producido en todas partes, y más especialmente en los países donde la cultura y el bienestar están más generalizados que entre nosotros. En Francia, por ejemplo, los trabajos sobre el amor al libro son constantes y numerosos, existiendo, además de los individuales a tal fin exclusivamente consagrados, recopilaciones bien extensas de trabajos sueltos de esta clase de literatura. En España las alabanzas que del Libro y de la Imprenta hicieron algunos de sus más esclarecidos escritores, nunca fueron tan copiosos, pero lo bastante para haber formado una preciosa compilación o florilegio. Los escasos libros que so-

bre esto existen son individuales o contienen muy pocos trabajos de tal índole.

El Ministerio de Trabajo, secundado por otros departamentos ministeriales, al crear en 1926 la Fiesta del Libro, obligando a Bibliotecas, Academias, Cámaras del Libro, Universidades, Institutos y otros Centros de enseñanza y de beneficencia, cuarteles, buques y otras entidades o corporaciones que perciben auxilios del Estado, de la provincia o del Municipio, a reunirse una vez al año, el 7 de octubre, fecha imaginada del natalicio del inmortal Cervantes, para celebrar una Fiesta dedicada al Libro Español, ha despertado entre nosotros, aunque haya tenido que ser por disposición ministerial, algo que estaba dormido: hablar más y con elogio del libro, de la Imprenta y del lector, que tampoco debe ser olvidado.

Esta fiesta, por otro decreto del 7 de septiembre del año anterior, se trasladó, para el año actual y los venideros, al 23 de abril, fecha cierta del aniversario de la muerte de Cervantes.

Las Cámaras del Libro han creado concursos para premiar los trabajos que reúnan mayores méritos, como estímulo de amor al libro o como medio de difundir la cultura. Estos artículos han de aparecer previamente en periódicos de más o menos circulación; pero suelen pasar inadvertidos, aunque los premiados se insertan en el Boletín de ambas Cámaras. Algunas de las Corporaciones citadas han dado noticia de la celebración de esas fies-

tas en sus órganos oficiales, y otras, muy pocas, imprimieron aparte los trabajos leídos en sus conmemoraciones; pero éstas se van atenuando cada vez más, y en Madrid las de seis Academias se han acumulado en una sola, siendo tales trabajos poco conocidos del gran público, porque no se hace de ellos recopilaciones o antologías.

En honor a la verdad y sin jactancia, puedo decir que impulsado por mi amor al libro y a mi profesión, aunque con fines comerciales, he sido iniciador en España de algo en tal sentido: primero en el CATÁLOGO de mi particular BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRÁFICA, publicado el año 1927, y hace dos años en otro Catálogo o repertorio comercial de libros de mi Librería y casa editorial, CATÁLOGO *que además de anunciar mis publicaciones y otras ajenas, puede servir a muchos de distracción y enseñanza*, siendo el primero hecho en tal forma desde que existe el comercio de librería, no solamente aquí, sino también fuera de España: consta de 440 páginas, en 4.º, adornado con 475 grabados, y por su disposición se practica en él la conveniencia de que *todo impreso destinado al anuncio debe tener algo útil o agradable que anime a leerlo y despierte el deseo de conservarlo*. Y si Dios me lo permite, y en plazo breve, aunque no sea de pública necesidad, sino de individual deleite, publicaré una recopilación de tales trabajos, cuyo acopio tengo hecho, en un volumen que, como esta con-

ferencia, se rotulará EL LIBRO Y LA IMPRENTA (\*).

Lo que voy diciendo y lo que diré no es todo nuevo; unas son noticias, ideas y palabras ajenas, adoptadas con cariño; otras son ideas propias y muchas transcritas literalmente del trabajo a que me he referido, y por lo tanto algo divulgadas, que si sabidas por los presentes, muchos ausentes las ignoran debiéndolas saber.

La historia y la técnica de la tipografía y del libro son bien conocidas y seguramente lo saben ustedes por las explicaciones del docto profesorado de esta Escuela, pero falta un tratado donde se den preceptos sobre muchas particularidades, al parecer minucias, que autores, libreros, encuadernadores y especialmente impresores debieran observar en provecho propio y en beneficio del libro, y a esto fueron encaminadas también mis digresiones.

Solamente a grandes rasgos esbozaré la historia del libro, por ser necesario para intercalar, como es mi propósito, noticias culminantes, anecdóticas y curiosas sobre éste y sobre la imprenta, maravilloso arte que, según el insigne Castelar: *“Ha sido el*

---

(\*) Con la impresión de este trabajo, que puede servir de Introducción a los que van adicionados, queda modestamente cumplido mi propósito, si no totalmente, en parte, por haber desglosado no pocos para reproducir también otros que se relacionan con lo que aquí se dice y no hacer demasiado extenso, que ya lo es bastante con las 448 páginas de que consta el presente volumen.—(N. del A.)

*primer ariete asestado contra la tiranía, y hoy es el áncora de la libertad.*" Otro escritor notable del pasado siglo, D. Fernando Corradi, dijo que "*La imprenta, como institución, es la lengua del mundo, la luz que ilumina la conciencia, la escuela donde se conoce al pueblo, la gran palanca de la civilización moderna*"; y en nuestra mente está que *Si el plomo y el bronce empleados en fundir balas y cañones se hubiera empleado en fundir tipos de imprenta y monumentos para perpetuar la memoria de los Apóstoles de la Paz Universal, se habrían evitado muchas guerras.*

*Los primeros libros fueron manuscritos y en forma de rollos, siendo consecuencia de la escritura en tabletas arcillosas, trozos de piedra, planchas de metales y hojas de papiro. A éstos siguieron otros aproximados a su forma actual. El primero que en la antigua Grecia juntó los manuscritos, dándoles forma de libros, fué Philatius, a quien los atenienses erigieron una estatua por su invención.*

Un sabio bibliófilo alemán, el Sr. Mader, ha querido probar que antes del Diluvio los hombres estaban bastante instruídos en todas las artes y poseían ya Bibliotecas. Sin llegar nosotros a tal afirmación, diré que:

La primera biblioteca que menciona la historia, unos diez y ocho siglos antes de J. C., es la de Osimandias, Rey de Egipto, instalada en su inmenso

palacio de Tebas, en la que hizo poner en la puerta la admirable inscripción:

*Tesoro de los remedios del alma.*

En Atenas, el primero que edificó biblioteca pública fué el rey Pisístrato (600-527 a. antes de Jesucristo).

Tolomeo V "El Epifanes", rey de Egipto (205-181 a. de J. C.), para que sus emuladores, los reyes de Pérgamo, no pudieran aventajarle, ni aun igualarle en su celo de multiplicar las Bibliotecas, prohibió en todos los puertos de su Reino embarcar papel para parte alguna. Entonces, a falta de tan esencial materia para escribir los libros, hicieron *pergamino* (piel limpia del vellón, raída, adobada y estirada), llamado así por haberse inventado en Pérgamo.

Asinio Polión, amigo de Virgilio y de Horacio, hombre rico, protector de las letras y de las artes, poeta e historiador, fué el primero que estableció una Biblioteca pública en Roma, situándola en el Templo de la Libertad.

Según Plubio Víctor, en el siglo IV existían en Roma veintinueve Bibliotecas públicas, instaladas casi todas en los templos, siendo las más importantes las llamadas Palatina y Ulpiana.

La Biblioteca Vaticana es la más antigua de las existentes en Europa. Fué fundada por el Papa San Hilario hacia el año 465 en su palacio de San Juan de Letrán, y trasladada al Vaticano hacia 1450 por el Papa Nicolás V.

Carlomagno fundó una Biblioteca en el Monaste-

rio de Saint Gall y autorizó al abad de Saint Bertin para que organizara cacerías en la comarca, con el fin de procurarse pieles para las encuadernaciones.

En la España musulmana casi toda la gente leía y escribía, y tener Biblioteca era prueba de buen gusto y elegancia. En tiempos del Califa cordobés Alhakem II, hijo de Abderramán III (siglo X), había en Andalucía 72 bibliotecas públicas y en la Europa cristiana ninguna; este mismo Califa fundó en Córdoba 27 escuelas gratuitas para niños pobres y gastó inmensas sumas en adquirir las obras que se publicaban en Oriente, llegando a reunir en Córdoba la Biblioteca más rica de obras arábicas. El Catálogo de ella formaba 44 volúmenes que contenían los títulos de millares de obras contenidas en los *cuatrocientos mil volúmenes* de que constaba la Biblioteca.

Petrarca, según él mismo dice, inició la fundación de la Biblioteca de San Marcos con la donación de varios manuscritos, que hizo en 1370 a la República de Venecia.

Hablando del libro en la antigüedad, creo oportuno decir también que cinco siglos antes de la Era Cristiana existía ya en Atenas el *bibliopholae*, vendedor de libros o librero, con tiendas públicas para su comercio y que eran sitios de reunión para los literatos, donde leían las obras nuevas.

Los más antiguos y famosos libreros-editores romanos de que hay noticia son: Pomponio Atico, amigo de Cicerón; los dos hermanos Sosii, en tiem-

pos de Horacio; Quinto Valeriano Polio Segundo; Atrectus y Trifón, libreros-editores de Marcial.

En Córdoba, según testimonio de León Africano, en el año 1220 ya existía una calle llamada de los Libreros; además, los libros se vendían también en ese tiempo en pública subasta, alcanzando buenos precios en los grandes mercados que allí se celebraban con frecuencia.

La disposición de nuestras actuales librerías es semejante a las de la antigua Roma; eran sitio de reunión de intelectuales, clientes y gentes desocupadas, y al exterior e interior se anunciaban las obras nuevas mandadas copiar, que estaban a disposición del comprador, como ahora se hace para los libros impresos.

El negocio de libros viejos no es cosa moderna. En la antigua Roma existieron tiendas dedicadas al comercio de libros de lance, pero anexo al comercio de copias nuevas, y a prestar libros a título de alquiler para simple lectura o para copiarlos.

A fines del primer siglo ya se vendían las obras de Virgilio con su retrato. Esto hizo decir a Marcial: "mirad cómo un libro pequeño puede contener al gran Virgilio y la primera hoja ofrecernos su retrato".

Como ya sabemos, en los tiempos remotos el hombre se servía para grabar sus pensamientos y hacerlos conocer a la posteridad, de hojas de palmera, cortezas de árboles, tabletas enceradas, de la piedra, de los metales y de la corteza del papiro,

caña que crece en las orillas pantanosas del Nilo, y después sobre pieles de animales, curtidas y preparadas al efecto, que son el pergamino (piel de carnero) y la vitela (piel de ternera).

La imprenta y el papel son sin duda como las ramas del tronco de un mismo árbol; la imprenta no hubiera podido producir los grandes resultados que ha realizado, al carecer de elemento tan adecuado para completar su obra.

El papel debe su nombre al Papyrus, y se hace moliendo y macerando en agua trapos de hilo o de algodón u otras materias fibrosas vegetales. Algunas veces es transformado dándole baños especiales para obtener los que se llaman *papel pergamino* o *apergaminado* (muy resistente por el baño de ácido sulfúrico), *papel couché* (especial para grabados delicados, recubierto de una finísima capa de cola y de yeso mate) y *papel sensible*, que es el usado en fotografía. *Papel de tina* es el que se hace en molde, hoja por hoja, y *papel continuo* el que se hace a máquina en hojas sin fin y que es casi el único empleado para periódicos, para otros usos y para libros, pues los de tina por su mayor precio tienen para éstos poco empleo, no utilizándose más que en ediciones de lujo o en tiradas especiales, que por desgracia son cada día más escasas entre nosotros.

El papel se conoce en China desde el año 153 (siglo II de nuestra Era), y fué inventado por Tsai-Sun, fabricándose con fibras de cañas de bambú, trapos, cuerdas usadas y otras materias semejantes,

y en el Japón desde el año 516 (siglo VI), empleando para su fabricación cáñamo, algodón y corteza de morera. De China pasó a Persia y de Persia a los árabes. A éstos se debe la invención del papel de tina, hecho con trapos. En el siglo VII lo fabricaban ya en Bagdad, de allí pasó esta industria a los países vecinos, estableciéndose en el siglo IX en el Cairo y en el X en Damasco, Trípoli, Fez y Ceuta, pasando poco después a *España, que tiene la gloria de ser el primer país de Europa donde se hizo papel de trapos como el de Oriente para libros*. Las fábricas implantadas en nuestro país en el siglo X, llegan a su apogeo en el siglo XII, siendo Játiva uno de los centros más importantes de producción. De Játiva irradió la industria hasta Toledo, donde también funcionaron varias fábricas o molinos; pero sus productos, menos perfectos, no pudieron competir con los setabenses, que eran de excelente calidad y alcanzaron notoria fama, siendo exportados para todas partes y muy especialmente para Francia, donde se extendió mucho su uso.

Esta industria de la fabricación del papel, tan floreciente como otras muchas en nuestra Patria, decayó enormemente después de la expulsión de los árabes, quedando estacionada largo tiempo.

En los comienzos del siglo XIV había en la Toscana, región central de Italia, varias fábricas de papel con motor hidráulico, procediendo de la establecida en Fabriano el papel que empleó Juan Bau-

tista Bodoni en sus magníficas ediciones de clásicos griegos, latinos, italianos y franceses.

Por aquella fecha existió también la muy famosa y justamente celebrada fábrica de Alcoy, y se establecieron en Troyes y en Essonnes las primeras de Francia. En Nuremberg, de Alemania, empezó a desarrollarse esta industria el año 1390, o sea a fines de dicho siglo XIV, tardando aún mucho tiempo en ser conocida en Inglaterra, donde el primer molino de papel se estableció en 1588 mediante un curioso privilegio otorgado por la reina Isabel a su joyero John Spilmann. Esta reina Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, fué la que respondió con altivez al embajador de Felipe II, nuestro conde de Feria, que le ofrecía el apoyo de su señor: "*Mi posición actual la debo al pueblo y no tengo otro apoyo más que él.*" Si todos los monarcas se hubieran conducido de este modo, habría habido más paz en el mundo y menos reyes decapitados o destronados.

Aunque Inglaterra empezó algo tarde, es uno de los países que más hicieron prosperar y adelantar la industria papelera, recibiendo un gran impulso en 1750 con la invención del *papel vitela*, debida al impresor Baskerville, producto muy superior a los conocidos hasta entonces por su tejido uniforme, excelente para el grabado y para la impresión, en el cual se hizo la magnífica edición de Virgilio impresa en Birmingham en 1757, que mereció con justicia los más grandes elogios del mundo ilustra-

do, y se saludó como un gran progreso en la industria de este cuerpo, cada día más indispensable en las manifestaciones de la inteligencia, de la civilización y de la cultura.

Como los escritos e impresiones sobre pergamino resultaban de gran belleza y notable duración, el papel que había de reemplazarlo tenía que ser de buena calidad y gran consistencia. Para esto hacíase con buenos trapos de cáñamo y lino, fabricándose en hojas de mucho cuerpo, se les daba cola de la mejor, y tan excelente resultaba el producto, que a pesar de los años transcurridos, las impresiones que corresponden a la cuna de la imprenta se conservan en muy buen estado; pero como la fabricación, aunque las primeras materias fueran excelentes, estaba en sus comienzos, *el papel de estas primeras impresiones era grueso, amarillento o gris y desigual, siendo en Roma donde empezaron a perfeccionarlo.*

El papel continuo se debe a Luis Robert, obrero de una fábrica de Essonnes, quien en 1779 inventó la maquinaria para hacerlo, perfeccionada poco después por la habilidad y perseverancia del impresor y editor Francisco Ambrosio Didot (hijo de Francisco, el fundador de esta gloriosa dinastía de impresores y editores), quien además perfeccionó los caracteres tipográficos y publicó, entre otras, la famosa colección de clásicos franceses.

En este nuevo procedimiento de fabricar papel introdujo notables mejoras en 1615 el mecánico

Calla, de París, quien construyó la primera máquina que funcionaba con regularidad.

*En España el papel continuo se empezó a fabricar a principios del siglo XIX en Villanueva de Gállego, provincia de Zaragoza, y desde entonces esta industria ha ido siempre en aumento y unida al progreso de la civilización.*

El constante y enorme consumo mundial en nuestros días de papel para libros, y más que para éstos para la prensa periódica y otras muchas aplicaciones, pues de papel se hacen ya, entre otras, hasta tejidos, ha sugerido a alguien el propósito de *denominar los tiempos actuales la EDAD DEL PAPEL.*

La industria del papel ha progresado y sigue progresando en todos los países productores y en algunos ha llegado a una perfección no igualada en España, porque fuera no existe como entre nosotros el monopolio o consorcio para su fabricación. Esta gran industria es, como debe ser, productiva en todas partes; pero lo es muchísimo más en nuestro país, donde desde hace algunos años su fabricación constituye un absurdo monopolio de pingües rendimientos, gozando de un decidido e irritante trato de favor sin competencia posible ni de dentro ni de fuera por la barrera arancelaria, y lo que es aún peor y más injusto, aplicando tarifas diferenciales según el empleo a que se destine, pero aplicando siempre las más altas y caprichosas al destinado a

libros, siendo además su fabricación menos perfecta y más cara que las del exterior, con todo lo cual evidentemente se perjudica la producción y difusión del libro español, y por consecuencia, nuestra industria y los intereses de nuestra Patria. Y esta desigualdad de trato es soportada pacientemente, sin leyes que lo autoricen, desde hace mucho tiempo, por autores, editores e impresores de libros, que son bien numerosos, pero sin duda alguna, como no son productores de artículos de primera necesidad material, están considerados como de categoría inferior a los que ejercen otras industrias menos nobles, nada relacionadas con el espíritu, y silenciada por los autores, a quienes evidentemente también alcanza tal iniquidad, sin denunciar a los Poderes públicos que el millón y medio de pesetas con que el erario español subvenciona anualmente a este trust papelerero con objeto de difundir la cultura (no sé si hoy se habrá alterado en cualquier sentido tan enorme cantidad), lo que hace es dificultarla, pues la cultura se difunde facilitando la producción del libro, y no encareciendo su primera materia y enriqueciendo a unos cuantos capitalistas privilegiados en perjuicio de intelectuales, de industriales y de sagrados intereses nacionales.

El desarrollo, florecimiento y bienestar de que goza la industria papelera del país, no obedece a su perfección, como todos sabemos, sino a la exagerada protección arancelaria que siempre le fué otorgada, y su bienestar está en relación directa con la crisis

por que actualmente atraviesan las industrias del libro y otras derivadas, que proporcionan el sustento a un número infinitamente más importante de personas que la de la fabricación del papel.

Nosotros deseamos que todas las industrias españolas prosperen y especialmente la del papel, que nos es tan necesaria; pero que su prosperidad no sea, como acontece, a expensas de las nuestras en gran parte, sino que obedezca a su mejor desarrollo, perfeccionando los productos, lanzándolos al mercado con menos codicia, estableciendo equitativos precios de venta en relación con los precios de producción y no, como viene sucediendo, a precios fabulosos amparados por los derechos prohibitivos establecidos en el arancel de importación.

Siempre fué en España el papel más caro que en el extranjero, y sin hablar de su calidad, se produce en muy limitadas clases de elaboración. Desde hace algún tiempo, el papel ha subido de precio en todas partes; pero en ninguna tan exageradamente como en España, pues en naciones que actuaron en la guerra, hoy cuesta el papel bastante menos que aquí, a pesar de las transformaciones sufridas por el encarecimiento de la mano de obra y el mayor precio de las primeras materias y el de las auxiliares; pero la elevación de precios sufrida en otros mercados va en descenso, mientras en España tiende constantemente al alza.

Las pocas protestas formuladas contra estos abusos lo fueron siempre por impresores y editores y

algunos otros consumidores de papel no dedicado a prensa periódica; pero no tuvieron eficacia alguna, porque ni se sostuvieron tenazmente, ni alcanzaron la publicidad necesaria, ni fueron unánimes (Dios y los interesados sabrán por qué), ni fueron amparadas por los escritores, que es a quienes prestan más atención los gobernantes en sus observaciones o demandas. El régimen actual, que no es el creador de tal estado de cosas, y que casi todos sus ministros son escritores, debe solucionar el problema, reparando esas injusticias, amparando a la vez a la cultura pública que tanto desea fomentar.

Los libros en la antigüedad eran verdaderas joyas.

El lujo de la decoración y encuadernación de los libros de la Iglesia hacía exclamar a San Jerónimo: "Se tiñen de púrpura los pergaminos, se les cubre de letras de oro, se adornan los libros con piedras preciosas, y los pobres mueren de frío en las puertas de los templos."

Los manuscritos originales alcanzaban grandes precios. Aulo Gelio refiere que Platón pagó 10.000 denarios (unas 12.500 pesetas), que le dió Dionisio, por tres libros del filósofo pitagórico Filolao. Aristóteles pagó tres talentos antiguos, o 72.000 sestercios romanos (unas 17.000 pesetas) por algunos libros compuestos por un sobrino de Platón, el filósofo Speusipo, a la muerte de éste. Las copias que al dictado hacían a un tiempo varios copistas, casi

siempre esclavos aleccionados, eran menos costosas, porque solían tener erratas, pero también eran caros.

A pesar de que los procedimientos de hacer libros no eran nada rápidos, éstos se multiplicaban en los países más civilizados. *La profesión de copista entre los hebreos era al mismo tiempo la de comentarista de las Sagradas Escrituras*, pues a éstas sometían sus estudios. El título de copista era una distinción y se les llamaba sabios intérpretes de la Sagrada Escritura. Entre los romanos el trabajo de transcribir los manuscritos estaba reservado a los esclavos y los que servían para esta profesión adquirirían gran precio, era un lujo que se permitían los ricos, haciendo alarde de su cultura y de su bienestar. Debido al elevado precio que alcanzaban los esclavos-copistas, se hacía la especulación de instruirlos desde niños. Pomponio Atico, librero-editor, amigo de Cicerón, tenía en gran cantidad hábiles lectores y copistas; hasta sus criados domésticos se hallaban en condiciones de hacerlo en caso de necesidad. Estos esclavos letrados eran tratados con más consideración que los otros y cuidados como cosa de precio; existían también otros copistas profesionales, libertos y extranjeros, casi todos griegos. También había en Roma mujeres copistas, como lo prueba una inscripción latina. En el año 231, cuando el teólogo Orígenes emprendió la interpretación del Antiguo Testamento, abusando por cierto del método alegórico, San Ambrosio le envió diá-

conos y mujeres prácticas en la escritura. *A fines del siglo V, San Cesáreo fundó en Arlés un convento de religiosas, a las que obligaba a copiar libros en horas señaladas.*

Después, durante mucho tiempo, la profesión de librero y la de copista eran una sola. Los escritores latinos llamaban anticuarios a los copistas que transcribían las obras antiguas, porque esta ocupación requería conocimientos paleográficos.

Casiodoro, escritor y ministro que fué de Teodorico, rey de los Ostrogodos, fundó un vasto monasterio, imponiendo a sus religiosos la obligación de copiar manuscritos antiguos, habiéndoles hecho un tratado de transcripción y de ortografía para guiarlos en su labor. Llevó también hábiles encuadernadores, a los que hacía los dibujos o croquis que servían de modelos para sus trabajos.

Los romanos tenían talleres, donde varios copistas a la vez escribían lo que dictaba un lector. Así se podían obtener más pronto y a menor costo varios ejemplares del mismo libro. En la Edad Media no se podía trabajar así, porque *para la rareza de los libros era más importante tener un solo ejemplar de muchas obras diferentes que varios ejemplares de la misma obra*; además, los monjes no podían consagrar a la copia de libros más que algunas horas, y no estando estimulados como los copistas laicos por la ganancia, lo hacían calmamente; por algo monseñor de Bury, obispo de Durham en 1345, autor del primer libro que trata exclusiva-



mente del amor al libro, repetía constantemente: "*No haya fin en la multiplicación de los libros*", y tal era la pasión que por ellos tenía, que consideraba como la edad más dichosa de su vida aquella en que antes de que cargaran sus hombros con la onerosa pesadumbre del Obiscopado, podía visitar por donde quiera las Bibliotecas públicas o privadas, así laicas como eclesiásticas.

En la Edad Media, la palabra clérigo se aplicaba también a los copistas; antes, los monjes y los eclesiásticos habían sido los únicos que hacían las copias de los manuscritos. En los monasterios, los copistas debían trabajar en silencio; solamente el prior y el bibliotecario podían entrar en los escritorios, siendo éste quien disponía lo que había de copiarse, suministrando todo lo necesario, estando severamente prohibido hacer otras copias que las prescriptas.

*La transcripción de libros, especialmente los de asuntos religiosos, se tenía como obra meritoria y expiatoria, y en algunos monasterios solamente eran admitidos los que donaban a su Biblioteca una o varias copias de obras sagradas o profanas, y en la mayoría de los conventos la Regla ordenaba la transcripción de libros; pero esta disposición, como todas las leyes, en muchos casos quedaba incumplida.*

*Los monasterios españoles de la Edad Media fueron viveros de copistas e iluminadores gloriosos. Así como entre los romanos los esclavos copistas*

eran al mismo tiempo encuadernadores, los religiosos en algunos conventos se distribuían estos trabajos.

Si muchos libros se produjeron en la Antigüedad y en la Edad Media, tampoco fueron escasas las destrucciones. *El fanatismo y la incultura fueron causa de la destrucción de muchos libros estimables.*

Nabonasar, rey de Babilonia (747 a. de J. C.), hizo destruir todas las historias de las dinastías que le precedieron, pretendiendo en vano figurar en la Historia como primer Rey de su país. Es la destrucción de libros más antigua de que hay noticia.

La Biblioteca de Alejandría, la más célebre de la antigüedad, fué fundada por Tolomeo Sotero (323-283 a. de J. C.) y destruída el año 640 por el fuego, durante el espacio de seis meses, por orden del Califa Omar.

Las luchas entre cristianos y paganos fueron siempre fatales para las letras. Durante la estancia de San Pablo en Efeso, muchos fieles, dice el abate Fleury, que habían estudiado curiosidades inútiles, reunieron sus libros y los quemaron delante de la multitud.

Las guerras religiosas de la Edad Media y del siglo XVI culminaron las destrucciones de libros.

A la muerte de D. Enrique de Aragón, "Marqués de Villena", ocurrida en 1436, el rey de Castilla, D. Juan II, autorizó la quema de más de un cente-

nar de sus libros porque trataban de ciencias que no estaba permitido estudiar.

Cromwell no se contentó con privar de su cabeza al rey Carlos I, sino que también privó a Inglaterra de la Biblioteca de Oxford, una de las más notables de la época.

En nuestros tiempos solamente se ha cometido una de tales atrocidades. *La destrucción sin causa, fundamento ni objetivo alguno de la famosa Biblioteca de la Universidad de Lovaina por las hordas del funesto Guillermo, el último Káiser que padeció la nación alemana y el mundo entero.* A la reconstitución de esa gran Biblioteca tuve la honra de contribuir, como otros españoles, en 1924, con un importante donativo de libros, de los cuales algunos eran publicaciones mías y la mayor parte ajenas. El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, a pesar del dolor que tal destrucción le produjo, como a toda persona sensata, jamás habló con acritud del hecho, y al dar las gracias al secretario del Comité Hispano-belga por los donativos recibidos, se expresaba en estos términos:

“Agradezco a usted infinitamente que haya tenido la amable idea de enviarme el informe que acaba usted de publicar sobre la participación española en la reconstrucción de la nueva Biblioteca de Lovaina.

Me ha conmovido ver la generosidad con la cual un gran número de sus compatriotas ha consagrado tiempo y recursos para ayudarnos a volver a crear

una biblioteca adecuada a las necesidades de nuestra Universidad.

Acepte usted, señor secretario, la expresión de mis sentimientos afectuosos.—*D. D. Cardenal Mercier*, arzobispo de Malinas."

En la Edad Media se consideraban los libros, a causa de su enorme coste, como cosa sagrada; se depositaban en manos del notario, se encerraban en cofres de oro o se sujetaban con una gruesa cadena al atril donde se leían.

A cambio de un libro se daban dehesas enteras o casas solares; los reyes se prestaban mutuamente las mejores piezas de sus librerías, y para mandarlas formaban expediciones armadas, que las custodiasen en el trayecto. Hacia 1174, el prior del Monasterio de Winchester, compró a los monjes de Dorchester, en el condado de Oxford, un manuscrito de las Homilias, del venerable Beda, y los Salmos de San Agustín, por doce medidas de cebada y un palió ricamente bordado en plata y oro. En una página de la Historia Escolástica de Comestor, que se conserva en el Museo Británico, consta por apostilla que tal manuscrito fué tomado al rey de Francia en la batalla de Poitiers; después lo compró el Conde de Salisbury por 100 marcos, disponiendo en su testamento fuera vendido por sus herederos en 333 pesos y 16 cuartos, cantidad idéntica a la que percibía entonces (en 1359) cada año Enrique Percy, como Alcaide de la fortaleza de Berwick. Una copia del Romance de la Rosa se vendió el año 1400, delante de la puerta del Palacio Real de

París, en 40 coronas, y el mismo año la Condesa de Anjou dió por una copia de las Homilias del Obispo Hayman 200 carneros, 20 fanegas de trigo, 20 de mijo y otras tantas de cebada; pero estos precios significan poco, pues a mediados del mismo siglo, Albertino, caballero de Bolonia, para comprar un manuscrito de Tito Livio, escrito por el célebre copista y humanista Juan Francisco Poggio, tuvo que vender una hacienda para conseguirlo, y el copista, con lo ganado en esta venta, compró una magnífica posesión en las inmediaciones de Florencia.

Este enorme costo de los libros desapareció con la invención de la imprenta, que los puso a precios moderados, facilitando a todos los hombres la instrucción y el estudio, hasta entonces reservados a los ricos. Hace ya más de cuatro siglos que están al alcance de todos, y hoy *no hay en el mundo nada más barato que los libros.*

Un libro puede ser leído infinitas veces por infinidad de personas sin nuevo gasto, y además de sus enseñanzas o deleites, a veces se puede obtener por él más dinero del que costó.

Y como dijo Benjamín Franklin, quien además de hombre eminente fué editor: *Gastar dinero en libros es una inversión que siempre rinde buen interés.*

El ansia de renovación y estudio imponía la necesidad de hallar medios más rápidos y económicos

para escribir los libros. Esta preocupación debieron tenerla ya los griegos y romanos.

Plutarco, en sus "Apophtegmata Regum et Imperatorum", habla de la impresión por la vía húmeda empleada una vez por Agesilao (360 a. de Jesucristo), famoso rey de Esparta; pero esto no es lo que supone tal noticia. El hecho fué que Agesilao, que era de baja estatura, cojo, pero valiente, hábil, inteligente y muy afecto a los intereses de su patria, viendo comprometido el esfuerzo de sus soldados en una batalla, para animarlos en su empeño escribió en la palma de la mano la palabra Nique (Victoria) y, aplicándola algún tiempo, al parecer sumergido en meditaciones e inquietudes, sobre las vísceras del animal inmolado en el sacrificio, hasta que los rasgos quedaron estampados, la mostró a los que iban a entrar en el combate; la inscripción fué leída por todos e interpretada como presagio de los dioses para la victoria, que efectivamente obtuvieron.

Isaac Disraeli dice en sus "Curiosities of Literature" que los grandes hombres de la antigua Roma tuvieron conocimiento de la imprenta, pero que por una profunda concepción política, calculando los grandes peligros que este descubrimiento entrañaría, decidieron ocultarlo al pueblo.

Esas previsiones de los hombres de la antigua Roma, para evitar la difusión de ideas nuevas o disolventes, si no son exactas, son verosímiles, pues ya

En el siglo VIII, antes de J. C., los lacedemonios, según dice Valerio Máximo, prohibían en la ciudad

las poesías de Arquiloco, temiendo que su lectura perjudicase a las buenas costumbres y al pudor público.

Los chinos, que siempre precedieron en la antigüedad a otros pueblos en el conocimiento de casi todas las artes, practicaban la imprenta tabularia o grabado en madera mucho antes que en Europa. Esta invención se remonta, según unos autores chinos, al siglo X (hacia el año 923 de la era cristiana), bajo el reinado de Ming-Tson, y según otros historiadores de igual nacionalidad, al siglo VI. Otro historiador más moderado cuenta que un herrero llamado Pi-Ching inventó los tipos móviles hacia el año 1040, siglo XI de la era cristiana. Estos tipos eran pequeñas piezas en terracota muy dura, sobre los que este herrero grababa los caracteres más usuales, acomodándolos en un cuadro de hierro, dividido en secciones verticales, que es la manera de escribir de los chinos; pero este procedimiento tipográfico de Pi-Ching no fué adoptado por sus compatriotas, quienes continuaron con su impresión tabularia o grabada por convenir más a su idioma, pues teniendo éste ochenta mil caracteres, hubieran sido necesarios unos cuatro millones de tipos sueltos para formar una imprenta.

Es de lamentar que estas noticias, que debemos a los sinólogos, llegaran tarde, porque al haber tenido conocimiento de ellas en su tiempo quizá se hubieran anticipado cuatrocientos años los medios fá-

ciles de producir libros, evitando así la desaparición de muchas obras antiguas cuyos manuscritos, conservados hasta entonces, fueron desapareciendo en el transcurso de esos cuatro siglos.

La incomunicación de los chinos con el exterior impidió que su milenaria civilización fuese conocida por otros pueblos en perjuicio de todos, pues de los progresos de otros países tampoco tuvieron ellos noticias a su tiempo, y de la imprenta, tal como se practicaba en Europa desde la primera mitad del siglo XV, no la tuvieron hasta el XVII, siendo en 1662 cuando unos misioneros europeos convencieron al emperador Khang-Hi de establecer una imprenta a la europea, para la que se grabaron 250.000 tipos movibles en cobre, con los cuales se imprimieron 6.000 libros diferentes, del tamaño que los españoles llamamos en 4.º y el resto de Europa en 8.º De estos libros, admirablemente impresos, no creo exista ninguno en nuestras Bibliotecas; pero algunos están en la Biblioteca Nacional de París, donde pueden verse.

Esa primera imprenta establecida en China desapareció hacia 1770, porque el emperador Khien-Long, para ocultar las numerosas sustracciones de tipos grabados hechas por sus predecesores, dispuso se fundiera moneda con los que quedaban; pero el mismo monarca, seis años después, en 1776, estableció otra imprenta, no con tipos grabados en cobre como los primitivos, sino con tipos fundidos en

plomo a la europea, y a los cuales dicho emperador denominaba *perlas en asamblea*.

El afán de abreviar el trabajo ha sido siempre preocupación de todos los hombres y no es osado decir que

La impresión con caracteres de relieve se practicaba ya en Europa en el siglo XII. En manuscritos de esa época se ha comprobado que las grandes iniciales están estampadas y después iluminadas y adornadas. Este procedimiento, ideado quizá por algún iluminador nómada para realizar más pronto el trabajo que en los escritorios de abadías y conventos le confiaban, sirvió para que *tres siglos* más tarde otros hombres lo aprovecharan, viniendo a ser el medio más rápido y eficaz de la difusión del pensamiento.

*El arte intermedio entre el libro manuscrito y el libro impreso lo representa la xilografía.* La primera aplicación de este procedimiento se halla en los naipes, que, inventados en Alemania y pintados a mano en sus comienzos a principios del siglo XIV, son estampados a fines de dicha centuria por un procedimiento análogo al de las capitales de los manuscritos a que antes nos hemos referido; después viene el grabado de estampas, de las que se conserva alguna fechada en 1418, y de éstas son consecuencia los libros xilográficos, siendo el primero de éstos la Biblia Pauperum, o Biblia de los pobres, de la que se conocen cinco ediciones, las cuatro primeras con 40 láminas y la quinta con 50.

Aunque la serie de estos libros xilográficos es reducida, se reimprimieron muchas veces, como lo demuestra el que de esa Biblia sean conocidas cinco ediciones, pues teniendo siempre los grabados en disposición de ser utilizados, las tiradas eran cortas.

En la primera mitad del siglo XV tuvo por fin plena solución el magno problema de la imprenta en caracteres movibles; pero la invención de la imprenta, que, como todos los descubrimientos debidos a la mente humana, tiene sus precedentes en otros hechos de los que son lógica transformación, no fué lanzada en principio como un descubrimiento, sino ocultada como una falsificación.

En tiempos de Gutenberg los libros se hacían manuscritos, como ya sabemos, en abadías y conventos, por copistas especializados, algunos notabilísimos; pero esta producción era lenta y costosa. Mucho antes de Gutenberg, como también se ha dicho ya, pero conviene repetirlo, existían ya el grabado en planchas metálicas y en planchas de madera que se estampaban en prensas; así se hacían las estampas desde principios del siglo XV, y los naipes o cartas de jugar, que empezaron por hacerse pintadas a principios del siglo XIV, al final de dicha centuria también se hacían estampadas, no se sabe si a mano o en prensa, y se hicieron muchos libros xilográficos; también existían tipos sueltos, pero nunca se habían aplicado a la estampación o impresión de libros en prensas, a pesar de que se grababan en dichas planchas como los dibujos. Estos

tipos o letras sueltas, grabados también en madera y en relieve, semejantes a los actuales y grandes tipos de imprenta, servían a los fundidores de metales para poner en los moldes de la pieza a fundir su nombre, fecha y alguna otra indicación necesaria o singular. Estas letras se obtenían grabando en relieve, en listones de madera, el alfabeto y los números, y cortando después el trozo que cada una ocupaba para tenerlas sueltas. Desde el siglo IX se funden campanas y con inscripciones en relieve no pocas. En España mismo no escasean, y en el Museo de Córdoba existe una del siglo X (año 925), y en la Catedral de Valencia otra de principios del siglo XIV (año 1306), ambas con inscripción de fecha y otros pormenores en la forma indicada.

Gutenberg nació en 1400, según las más autorizadas opiniones, y según algún biógrafo suyo, en 1412, en Kutttemberg, de Bohemia, aunque su familia era oriunda de Maguncia, y falleció en esta ciudad en 1468. Los disturbios civiles le indujeron a huir de su país natal, refugiándose en Estrasburgo, donde fué obrero estampador de láminas. Estando en Harlen (Holanda), Lorenzo Coster, sacristán de la catedral y amigo suyo, le hizo fijarse en una gramática latina para estudio de seminaristas, reproducida ingeniosamente en planchas de madera; esta revelación le hizo concebir un procedimiento de imprenta. Como quien entra repentinamente en posesión de un tesoro. Gutenberg no para ni descansa, ni duerme, hasta verlo asegurado. Con

esta idea vuelve a Estrasburgo, se encierra en su laboratorio, prepara del modo que puede los utensilios que necesita, rompe, proyecta, desecha, vuelve a coger y a rechazar para recomenzar, hasta que por fin logra conseguir un feliz bosquejo de impresión sobre pergamino por medio de caracteres móviles de madera traspasados lateralmente por un pequeño agujero, engarzados y apretados entre sí por un hilo a manera de rosario de cuentas cúbicas que llevasen en una de sus caras una letra en relieve del alfabeto.

Pero empezaron a surgir contra él sospechas de hechicería, y para su mayor seguridad huye de la población, estableciendo su laboratorio en las ruinas del convento de San Arbogasto, cuya soledad encubría sus experimentos. Grababa en madera las letras móviles, estudiaba el medio de encajarlas en debida forma para componer las palabras, las líneas y las páginas, hizo escobillas y tampones para distribuir la tinta sobre las letras, tablillas para contenerlas, pesos para comprimir las y reformó la prensa de estampar, construyendo una en miniatura que un tornero en metales y en madera, llamado Carlos Saspach, reprodujo en grande.

Otra vez en Estrasburgo, y con el pretexto de dedicarse en común a una nueva y maravillosa industria, que decían ser la de platería, talla y montura de piedras preciosas, cosa si no cierta, por lo menos aparente, pues consta que en 1444 pertenecía al gremio de plateros y batidores de oro de di-

cha ciudad, donde en 1437 formó sociedad con Andrés Dritzehen, Juan Riffe y Andrés Heilman para el desarrollo de su invento; pero en las declaraciones de varios testigos del pleito allí mismo sostenido en 1439 contra los hermanos del socio Dritzehen, fallecido el año antes, y cuya documentación se conserva, consta que Gutenberg ocultaba, so pretexto de fabricar espejos, los procedimientos de que se valía para imprimir con tipos sueltos unos pequeños devocionarios en latín, titulados "Speculum", muy en uso en aquellos tiempos, que se imprimían en Alemania y en Holanda por medio de planchas xilográficas.

Gutenberg tenía, por consiguiente, al empezar sus ensayos, conocimientos del arte de imprimir, del grabado en metales y en madera, de la fundición de metales y de las letras sueltas en relieve, que podían como las planchas ser estampadas; lo que hizo por tanto fué perfeccionar y unir estos elementos para producir más rápida y económicamente y con mayor perfección los libros que en los llamados *escritorios* de conventos hacían los copistas lenta y costosamente. Empezó sus trabajos de ensayo con el mayor misterio, al extremo de ocultar su verdadero nombre o apellido, que era Gensfleisch, pues Gutenberg era el apellido de su madre (Isabel de Gudenberg), pero habiendo agotado en experimentos los recursos de que disponía y obsesionado con la idea de llevar a feliz término sus propósitos, se trasladó en 1448 a Maguncia en busca de nuevos

recursos para proseguir sus trabajos. Allí tuvo la suerte de ponerse en relación con Juan Fust, rico orfebre y sabio alquimista, a quien confió su secreto. Fust, hombre rico, listo y ambicioso, vió claro el negocio, y en 1449 se asoció a Gutenberg para la realización de la empresa y explotación del ardid; mas un obrero de Fust llamado Pedro Schoeffer, hombre de gran cultura que había estudiado en la Universidad de París y que era al mismo tiempo profesor de caligrafía de su hija Cristina, sorprendió el secreto de los dos asociados, y para que no lo divulgara le iniciaron en sus trabajos, asociándole al negocio. Schoeffer, que era grabador y fundidor de metales y de no menos inventiva que Gutenberg, no tardó en resolver las dificultades que surgieron para el empleo rápido de los tipos movibles; inventó los punzones de abrir matrices para fundir las letras sueltas, grabó los tipos o letras, a las que su buen gusto de calígrafo le permitió dar formas más agradables de las que hasta entonces habían tenido; fabricó moldes y fundió los tipos. Fust, por los conocimientos que tenía de la alquimia, ayudó a preparar los colores de las tintas para la estampación, completando y perfeccionando de estos modos las ideas de Gutenberg. Esta suma de iniciativas y conocimientos individuales favorecieron, como siempre favorece la unión, la pronta realización de uno de los inventos más beneficiosos de que la humanidad disfruta.

Con todo secreto y con el mayor sigilo se em-

pezó y terminó la impresión de la famosa Biblia de 42 líneas por plana en dos grandes tomos, el primero de 324 páginas y el segundo de 319, en grandes caracteres equivalentes a los llamados antiguamente *misal* y en la actualidad cuerpo 20, sin portada (por aquel entonces no se ponía en ningún libro), ni pie de imprenta, ni colofón, ni señal alguna que denunciara quién o quiénes la habían producido, ni el nuevo sistema de hacer estas copias, y dejando en blanco el espacio de las titulares, que se pusieron a mano como en los libros manuscritos, que era lo que se trataba de imitar.

Terminada la impresión de esta Biblia hacia 1454-55, Fust se trasladó a París, llevando para su venta ejemplares que ofreció y vendió, ocultando el procedimiento empleado; pero de la observancia y cotejo que se hizo de unos ejemplares con otros por los poseedores de ellos, y al observar que las mismas erratas estaban en unos que en otros, se dedujo que estaban *hechas en serie*, y no una a una como se hacían los libros manuscritos, por medios ignorados y que consideraron extraordinarios o sobrenaturales. Esto fué causa de un proceso contra Fust, quien se vió obligado a declarar que el procedimiento empleado era muy sencillo y que no tenía inconveniente en explicar su mecanismo.

*Los procedimientos para la impresión de tipos movibles de combinación infinita era un secreto riguroso, que los operarios no podían revelar; se les juramentaba para guardar el secreto; los tenían en-*

cerrados poco menos que en prisión y comprometidos, en caso de indiscreción, a pagar cantidades que previamente habían suscrito.

Perjudicadas las Congregaciones religiosas donde existía la industria de hacer copias de libros, y asombrados de que Fust, que era por aquel entonces la única persona que había dado a conocer esta nueva clase de copias, podía hacer simultáneamente y con gran perfección multitud de ellas, exactamente iguales, y no conociendo el procedimiento o medio de que para esto se servía, le adjudicaron pacto con el diablo, lanzando esta idea al vulgo, y el vulgo la propaló como siempre propala la mentira mejor que la verdad.

El más antiguo de los autores que se han ocupado de este asunto, Conrado Durieux, opina que esta leyenda fué creada por monjes incomodados con el descubrimiento de Juan Fust o Fausto, pues les arrebatava el lucrativo ejercicio de copiantes de manuscritos. Klinger, el autor alemán del notable libro "Aventuras de Fausto y su bajada a los infiernos", admite igualmente esta versión. París conserva también recuerdos de Fausto, quien presentó a Luis XI un ejemplar de la dicha Biblia, y acusado de mágico a causa de su invención, supo sustraerse de las llamas, lo que se atribuyó, como siempre, a la intervención del diablo. La historia de Fausto era popular en Alemania, en Francia y en Inglaterra hace mucho tiempo, habiendo inspirado a diferentes autores de diversas épocas.

Fausto, el personaje del famoso poema de Goethe, como queda demostrado, ha existido; fué Juan Fust, consocio, o mejor aún, socio capitalista (desde 1449 a 1455) de Gutenberg, en Maguncia, donde nació hacia 1414, habiendo fallecido en 1466 en París; por consiguiente, ni nació en 1480, ni pudo pactar con el diablo ni con nadie en 1520, como han afirmado algunos autores. Lo del pacto fué una especie lanzada por gentes de iglesia, que no comprendían algo extraordinario que Fausto hacía y que les perjudicaba. Se convirtió en leyenda popular por gentes de buena fe en tierras de Rhin, y de tal leyenda popular, que comenzó hacia 1456/58, tomaron el poeta inglés Marlowe y Goethe el principal personaje de sus obras, "Fausto".

Los enormes gastos que había ocasionado la impresión de la citada Biblia latina, y que no se reintegraban con la brevedad que la impaciencia y la codicia de Fust exigían, dieron motivo a un pleito entre los dos socios principales. Fust reclamaba a Gutenberg los anticipos que había hecho, y careciendo de medios pecuniarios para hacerlo por haber consumido toda su fortuna en los ensayos, se vió forzado a ceder a Fust el taller tipográfico, continuando éste la naciente industria en unión de Schoeffer, al que para tenerlo más adicto y recompensarle sus trabajos, hizo socio suyo, casándole, además, con su hija, o con una nieta, pues cuál de estas dos fué la mujer de Schoeffer es un punto oscuro no aclarado por los historiadores.

A esta querella entre Fust y Gutenberg se debe que llegara a ser de público conocimiento la existencia de tal modo de hacer libros; de no haber surgido la desavenencia, probablemente los misterios del arte tipográfico hubieran seguido siendo ignorados durante largo tiempo.

Despojado de lo que le pertenecía, habiendo perdido la honra y el producto de su trabajo, reducido a la miseria, no se desanimó Gutenberg por tantos reveses, y auxiliado por Conrado Humery, síndico de Maguncia, montó otra imprenta, en la que imprimió varios libros, casi todos religiosos, sin fecha ni lugar de impresión.

Las luchas por cuestión del Electorado, originaron el asalto y saqueo de Maguncia el 27 de octubre de 1462 por Adolfo, conde de Nassau, sostenido por el Papa Pío II, siendo incendiada parte de la ciudad, a la que privó de sus privilegios, ocasionando el éxodo de los tipógrafos, que se esparcieron por los países vecinos y más tarde por todos los Estados de Europa.

Gutenberg se refugió en Estrasburgo, donde dió a conocer sus procedimientos de impresión; de allí fué otra vez a Harlem, donde había germinado en su mente la idea que tantos sinsabores le había producido, y buscando tranquilidad para su cuerpo y espíritu, regresó en 1465 a Maguncia, donde no se ocupó más de la imprenta, que había cedido a Conrado Humery.

El Elector de Maguncia Adolfo II le acogió bajo

su protección, asignándole una pensión, y le nombró gentilhombre de su casa, ennobleciendo su arte. Ni tres años disfrutó Gutenberg de este bienestar y honores, pues el 14 de febrero de 1468 entregó su alma a Dios, siendo sepultado su cuerpo en la iglesia de los Franciscanos de la famosa y tantas veces citada ciudad de Maguncia, cuna indiscutible del nobilísimo arte de la imprenta.

No pocos de los historiadores del arte de la imprenta incurrieron en errores, repitiendo los de otros; uno de ellos.

Judex, en su obra "De typographie inventione", Copenhague 1666, desconociendo los procedimientos tipográficos dijo que los Alde empleaban caracteres de plata, y que a esto obedecía la belleza de sus ediciones.

Los tres Manucio, llamados los Alde por ser Aldo (diminutivo de Teobaldo) el nombre del primero, notables impresores y humanistas que ejercieron este arte y el de la encuadernación artística en Venecia durante todo el siglo XVI, publicaron las más célebres obras griegas y latinas, impresas con caracteres de su invención, que son verdaderas joyas tipográficas y universalmente llamadas "ediciones aldinas".

Pero otros investigadores aclararon tiempo ha puntos oscuros, llegando al conocimiento de que la invención de la imprenta no fué obra de Fust, como éste llegó a decir y a consignar en algunos de sus trabajos, después de sus discordias con Gutenberg;

también está aclarado sin duda alguna que fué en Maguncia, y no en otras localidades que se lo han disputado mucho tiempo, el lugar donde por vez primera se ejerció plenamente tan nobilísimo arte. Nadie puede discutir ya que fué Gutenberg, auxiliado por sus compañeros Fust y Schoeffer, quien señaló una época gloriosa en la vida de la Humanidad, aunque "a priori" no se diera cuenta de ello. La imprenta facilitó la difusión de las ideas, despertó los espíritus adormecidos en el sueño de la ignorancia, abrió los ojos a los ciegos, dió conocimiento a los ignorantes haciéndoles distinguir el oro del plomo, el grano de la paja, y a ella se debe que la obra de los grandes hombres no haya quedado en el olvido.

Aclarar sucesos relacionados con tan maravilloso invento en nada puede mermar la legítima gloria de los que en él intervinieron.

La imprenta en caracteres movibles nació casi perfecta, pero todo lo que empieza se modifica, se transforma y se mejora. En el libro impreso se fueron aportando, como era lógico, innovaciones. Como queda dicho, *uno de los primeros libros impresos en caracteres movibles fué la Biblia en latín hacia 1454-55.*

El primer libro que lleva fecha de impresión, es el "Psalterium", de Maguncia, 1457, impreso por Fust y Schoeffer, siendo, además, el primer libro

adornado con letras iniciales grabadas en madera, innovación debida a Schoeffer.

La primera Biblia que lleva fecha de impresión es la conocida con el nombre de Biblia de Maguncia (en latín), dos volúmenes, gran folio, impresos en 1462 por Fust y Schoeffer.

Las miniaturas de la escuela de los Hermanos Van Eyck inspiraron la ilustración de los libros.

El primer libro ilustrado, con grabados en madera, fueron las Fábulas de Boner, impresas en Bamberg (Baviera) en 1461, por Albrecht Pfister.

El primer libro ilustrado, con grabados en márgenes, apareció en 1467, en Roma, y fué impreso por Ulrico Hahn. Este mismo impresor fué el que, en 1470, empleó por primera vez el *paréntesis*.

Los primeros libros impresos carecían de paginación; ésta solían ponerla a mano los poseedores. La edición de Tácito, impresa en Venecia, en 1469, por Juan de Spiro, es la primera obra que tiene las páginas numeradas (con caracteres romanos) en la impresión.

En los primeros libros impresos, como eran imitación de los manuscritos, los miniaturistas habían de pintar las letras capitulares en el espacio que para ello reservara el tipógrafo; pero como la impresión era rápida, los ejemplares se multiplicaban, y los ilustradores a esto dedicados no daban abasto a su tarea, debiéndose a esto el que sea algo frecuente hallar libros impresos a fines del siglo XV y a prin-

cipios del XVI con espacios en blanco en el lugar de las letras capitulares.

Los primeros impresores no tiraban generalmente más de trescientos ejemplares de cada libro. Si la obra tenía éxito la reimprimían, y a eso obedece que de algunos se hayan hecho numerosas ediciones.

En los antiguos libros impresos de alguna importancia, las márgenes eran muy anchas para en ellas poner anotaciones escritas o adornos como en los antiguos manuscritos.

La costumbre, ya casi desusada, de poner al pie de las páginas de los libros manuscritos e impresos la primera o primeras palabras de la siguiente, proviene de los tiempos en que no existía el papel ni el pergamino, y éstos se escribían en tablas separadas, lo que servía de guía para ordenarlas.

La Imprenta se introdujo en España en 1474 por Lamberto Palmart, en Valencia. El primer libro impreso fué *Les Trobes en lahors de la Verge Maria*.

La primera obra de medicina impresa en España fué la de Velasco de Taranto, sobre *epidemia y peste*, traducida del latín al castellano por Juan Villa, e impresa en Barcelona en 1475 por Juan Rosembach.

El primer libro con frontispicio grabado (en madera), es el Calendario de Juan de Montaregio, impreso por Ratdolt, en Venecia, en 1476. De esta innovación utilizaron después muchos autores para poner sus retratos.

La Imprenta en Sevilla ha sido de las más importantes de España. La primera fué establecida por

Antonio Martínez, Alfonso del Puerto y Bartolomé Segura, siendo los dos libros más antiguos conocidos el "Repertorium", de Alonso Díaz de Montalvo, y el "Sacramental", de Sánchez de Vercial, ambos impresos en 1477.

El libro más antiguo que se conoce con "Fe de erratas", son las Sátiras de Juvenal, con notas de Mérula, impreso en Venecia en 1478, por Gabriel Pierre.

El primer libro con grabados que apareció en España es el "*Fasciculus temporum*", de Wernero Rolewink de Laer, impreso en 1480 en Sevilla, por Bartolomé Segura y Alfonso del Puerto.

El impresor alemán Ratdolt imprimió en 1482 algunos ejemplares de un Euclides con tinta imitando el oro. Algunos bibliógrafos, desconocedores de los procedimientos empleados en tipografía, se imaginaron que habían sido impresos con caracteres de oro. Este mismo impresor, que falleció en 1505, fué el primero que introdujo la costumbre de imprimir con el texto figuras matemáticas.

El "*Hortus Sanitatis*", del botánico J. Cuba, impreso en 1485, en Ausburgo, es una de las primeras obras de historia natural ilustrada con grabados.

El primer libro impreso en caracteres griegos es la "*Gramática graeca*", de Constantino Lascaris, impresa en 1486 en Milán, por Dionisio Paravicini.

El primer libro impreso donde se insertó el alfabeto árabe, es el "*Oposculum Sanctorum Peregrinationum in montem Syon*", Maguncia, 1486, y el pri-

mer impresor que imprimió libros en árabe, Gregorio Giorgi, en Fano, el año 1514.

La más antigua obra que se conoce en el mundo sobre *arte dental* es la del maestro Lanfranco, "Compendio de cirugía menor", conteniendo una gran parte destinada a la Dentística, impresa en Sevilla en 1495 por tres alemanes compañeros.

INCUNABLES son los libros impresos desde la aparición de la Imprenta hasta el año 1500.

COLOFÓN es el texto que se ponía y aún se pone al final de los libros indicando el nombre del impresor, el lugar y fecha de la impresión y aun el del autor y título del libro.

EX-LIBRIS, son distintivos de la Biblioteca a que pertenecen los libros donde se aplican.

Decir esto, no es inoportuno porque sea sabido de muchos, pues hay no pocos familiarizados con el libro, y hasta publicistas que no lo saben aún, y al emplear esos vocablos incurren en lamentables errores o confusiones.

Es obra anónima la que en su portada no figura el autor, pero ocurre con frecuencia que el nombre de éste se halla en la dedicatoria o en el prólogo o en el privilegio o en la licencia de impresión.

En las cédulas bibliográficas de libros antiguos es oportuno citar el nombre del impresor porque éstos eran casi siempre el editor, y algunas veces, el autor, pero en las de los modernos, como ahora los impresores los hacen por encargo y a cuenta de

otros, es más esencial consignar el del editor cuando se conoce.

Las marcas o filigranas del papel por medio de las cuales algunos bibliógrafos pretenden determinar el nombre del impresor que de él se sirvió y la fecha del libro a que se aplicó, no prueban casi nunca nada. Esas marcas son generalmente de los fabricantes y algunas veces de los operarios.

La primera Biblia políglota se publicó por iniciativa y bajo los cuidados del Cardenal Jiménez de Cisneros, durante los años 1514-1517, seis volúmenes en folio, impresos en Alcalá de Henares por Arnaldo Guillermo de Brocaro.

Las primeras imprentas que se establecieron en el Nuevo Mundo fueron las de Esteban Martín, de México, hacia los años 1533-1535, y la de Cromberger, a cargo de Juan Pablos, en 1539, allí llevada por los cuidados de Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Virrey de México.

La primera imprenta que funcionó en Madrid fué la de Alonso Gómez y Pierres Cosin, en 1566, y el primer libro donde consta este año y la imprenta, los "Proverbios", del Marqués de Santillana.

El primer *Tratado* o las primeras *Reglas* que para torear debían conocer los Caballeros, aparecieron en el *Discurso* de Gonzalo Argote de Molina, con que acrecentó el *Libro de la Montería que mandó escribir el Muy alto y Muy poderoso Rey Don Alonso de Castilla y de León*, Último deste nombre, impreso en 1582 en Sevilla, por Andrés Pescioni.

En los santorales de algunos antiguos Calendarios se observa (el 6 de mayo) que el nombre de SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM está estampado en letras mayúsculas por ser este santo el abogado y protector de los impresores, quienes ponían con más relieve su nombre para rendirle homenaje.

Las impresiones españolas del siglo XVIII son de gran belleza, porque los mismos impresores hacían las tintas, de excelente calidad, según fórmulas transmitidas por sus antecesores, estando por este medio libres del peligro de falsificación o adulteración de fabricantes.

Uno de los más notables impresores fué el español Joaquín Ibarra, y el libro mejor impreso por éste, "La Conjuración de Catilina", Madrid, 1772.

De las infinitas noticias que relacionadas con el libro en sus diversos estados y aspectos se pueden dar, vengo intercalando textualmente en esta charla, como lo dije al principio, algunas de las contenidas en el citado Catálogo de mi librería (\*). A las ya copiadas, añadiré ahora otras referentes al comercio del libro, encuadernaciones, amor al libro y

---

(\*) Otras de las contenidas en dicho Catálogo, que es el INDICE BIBLIOGRAFICO, registrado en la segunda página del presente libro, y que no se reproducen a continuación, van insertadas en el grupo MAXIMAS, AFORISMOS, DIVERSERTACIONES Y NOTICIAS que, con otros, siguen a este trabajo.

varias anecdóticas, que si conocidas por algunos no lo serán ciertamente por todos los que tienen la atención de escucharme.

En pleno siglo XV, en Alemania, y poco después de la invención de la Imprenta, el comercio de librería creció rápidamente. Hacia 1470, en las ferias de Francfort y después hacia 1493 en Léipzig, asistían libreros de todas partes. Más tarde fué Nuremberg el centro de este comercio por el desarrollo allí alcanzado por los editores Koburger, quienes establecieron sucursales en las principales capitales de Europa.

Cristóbal Colón, según testimonio de su historiador Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios (aldea cercana a Sevilla), antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, comerciaba en libros impresos en la región de Andalucía.

El mercado mundial del libro a fines del siglo XV fué Venecia, donde se contaban por centenares las librerías. De allí pasó en el siglo XVI a Lyon, alternando con París y Basilea en esa hegemonía, y más tarde con Amsterdam.

La exportación de libros a la América Española empezó en los primeros tiempos de la colonización, como era natural. En un curioso trabajo por mí publicado de D. José Torre Revello, donde se reproduce un *Catálogo impreso de libros para vender en las Indias Occidentales en el siglo XVII, del capitán D. Diego Ibáñez*, que se conserva en el Archivo General de Indias, se puede ver que la exportación se hacía con no pocas limitaciones. La legisla-

ción en vigor no permitía el paso de libros, romances y materias profanas o fábulas; los que trataban sobre las Indias sus autores debían hacerlos preceder, para su impresión, de una licencia que les otorgaba el Consejo, después de haberlos censurado. Para cuantos libros se exportaban para la venta en América en los dos primeros tercios del siglo XVI, debían obtener el autor y el concesionario permiso o licencia del Consejo de las Indias, el que estudiaba o hacía estudiar su contenido por si había algo contrario a las disposiciones vigentes; autorizada la impresión y venta por el Consejo, aún sufría el libro antes del embarque un nuevo reconocimiento de los Inquisidores de Sevilla, quienes por voluntad o por ejercer suavemente la censura permitieron el paso de muchos libros que al parecer estaba prohibido por las Leyes embarcarlos para las Indias. Aparte de esto, el contrabando del libro, no sólo del impreso en España, sino también de los estampados en diversos países extranjeros, se hizo en gran escala en todas partes y en todas las épocas durante la era colonial de la América española. En el Archivo General de Indias, tan desconocido como inexplorado, se conservan pruebas abundantes de que las obras impresas en la Península, se leían a la par en las Indias Occidentales.

Durante el reinado de Carlos V existían en Salamanca 56 imprentas y 84 librerías. No existe actualmente ciudad con menos de 100.000 almas que cuente tantos centros de producción y venta de libros.

La librería más importante del mundo a fines del siglo XVI era la del impresor Cristóbal Plantín, establecido en Amberes, protegido por el Rey Felipe II, que le nombró su tipógrafo y le concedió la magna exclusiva para la impresión de libros de rezo, únicos que podían venderse en España.

Casi todos los impresores que hubo en Madrid durante el siglo XVI tenían juntamente librería. Los que eran solamente libreros trabajaban además como encuadernadores, profesiones que han ejercido simultáneamente hasta el siglo XVIII.

En el siglo XVI, en Barcelona, los libreros para establecerse necesitaban recibir, previo examen, el título de maestro y estar agremiado (sin estos requisitos nadie podía tener para la venta libros en rústica ni encuadernados, nuevos ni viejos y así evitaban hurtos); les estaba prohibido concertarse con maestros de instrucción primaria (en perjuicio de la calidad de las lecturas escogidas para la juventud y de los demás agremiados), además de otras acertadísimas y morales limitaciones.

La Hermandad de mercaderes de libros (libreros, impresores, encuadernadores) de Madrid, que aún existe, se fundó en el siglo XVII bajo la advocación del Glorioso San Jerónimo, Doctor máximo de la Iglesia y eruditísimo intérprete de la Sagrada Escritura. (De esta Hermandad, el que os habla, es Mayordomo primero desde el año 1918.)

Los primeros Repertorios de libros impresos fueron los "Índices de libros prohibidos", los Catálogos presentados por libreros en las ferias de Ale-

mania y después los de escritores de Ordenes religiosas.

Don Francisco de Quevedo fué el primer editor de las poesías de Fray Luis de León. Las publicó en Madrid en 1631 (imprensa del Reyno), dedicadas al Conde Duque, a los cuarenta años del fallecimiento de tan excelso poeta.

Los monjes fueron los primeros que hicieron encuadernaciones artísticas. Esto puede aún verse en algunos "libros de horas".

Casi todas las más valiosas y típicas encuadernaciones bizantinas hoy conocidas en el mundo, se encuentran en los libros sagrados y litúrgicos de la Iglesia católica.

La España árabe fué la iniciadora en Europa de la vestidura artística de los libros, con pieles gofradas, teñidas y estampadas.

Las encuadernaciones españolas llamadas "mudéjares" constituyen uno de los hechos más típicos del arte hispano-árabe aplicado a la decoración exterior de los libros. Esta clase de encuadernación tan bella, abandonada durante mucho tiempo, ha sido restaurada, y hoy se practica primorosamente en España por la casa Miquel-Rius, de Barcelona.

El oro no se aplicó a la decoración de las encuadernaciones hasta 1520, siendo los doradores de calzado los primeros que hicieron esta clase de trabajos.

Las encuadernaciones llamadas "grolier" son las que el famoso bibliófilo Juan Grolier, Tesorero de

Francia en los reinados de Francisco I, Francisco II y Carlos IX, mandó hacer, bajo su dirección, para su biblioteca particular, a expertos encuadernadores que llevó a Francia de los talleres de Aldo-Manucio, de Venecia.

La encuadernación "jansenista", llamada así por la sencillez, preconizada por el Obispo Cornelio Jansenio, no lleva tejuelos en el lomo ni más adorno exterior que la rotulación del libro (autor, título, fecha); en los cantos, un filete dorado; las contratapas pueden ir doradas alrededor con adornos y filetes, y la cabecera sola o todos los cortes, también dorados.

Los más notables encuadernadores de Madrid del siglo XVIII de que hay noticia cierta, son Antonio de Sancha, Joaquín Ibarra, Antonio Suárez, Juan Gómez y Pascual Carsi.

El título de escritor comenzó a ser honroso, entre caballeros y magnates, en tiempos de Alfonso X el Sabio. Ningún otro monarca español ni extranjero fomentó con más amor y sabiduría el arte de los libros bellos, por los que sentía tal pasión, que a su muerte legó los de su uso a la Iglesia en que descansaran sus restos, con la obligación de entonar las composiciones en ellos contenidas en todas las festividades de la Virgen, de quien fué gran devoto.

Alfonso V de Aragón tenía tal amor a los libros, que hablando del sentimiento que causa la pérdida de cosas preciosas, dijo: "haber jurado que no le daría tanto disgusto el que se le acabasen, perdiesen o hurtasen todas las perlas, margaritas y pie-

dras preciosas, no sólo de su guardajoyas, sino del universo todo, cuanto que le faltasen cualesquiera de sus libros”.

Don Fernando Colón, hijo ilegítimo del descubridor de América, fué el mayor bibliófilo de su época y quizás de todos los conocidos hasta entonces; recorrió toda España y países de Europa buscando libros de ciencias, de historia y especialmente los de literatura. Los libros de caballerías, los misterios, los cantos de gesta, las agudezas del ingenio, tenían para él singular atractivo, llegando a reunir una numerosa y notable Biblioteca, siendo una de las primeras que un particular puso al servicio del público. Esta Biblioteca, que pasó algunos años después de su muerte a la Catedral de Sevilla, donde aún se conserva en parte, ha sido bastante expoliada y maltratada. Muchos de sus notables libros, según yo mismo he comprobado, fueron reducidos de tamaño por un torpe encuadernador, que debió pagar, como quien lo dispuso, su crimen con la cárcel.

La Biblioteca del Monasterio del Escorial, fundada por Felipe II y de la que fué primer bibliotecario el P. José de Sigüenza, lujosísimamente instalada, es una de las más ricas y preciosas en códices, manuscritos e impresos originales, raros y exquisitos en todas las lenguas y facultades, con artísticas y variadas encuadernaciones. Un verdadero tesoro artístico y literario.

El Rey Zidám de Marruecos, a quien Pedro de Lara en 1611 tomó de una de sus naves que rindió

“entre otras cosas preciosas, más de tres mil cuerpos de libros en lengua árabe de medicina, filosofía, buen gobierno y comentarios del Corán”, tuvo esa pérdida por la mayor y ofreció al Rey Felipe III grande suma de oro por el rescate, pero el Rey Felipe ordenó que se llevaran los libros a la Biblioteca del Escorial.

El eminente físico y químico inglés Miguel Faraday, se hizo encuadernador porque no veía otro medio de satisfacer su sed de libros.

Napoleón I siempre tuvo amor a los libros. Siendo joven, contaba él mismo, se privaba de todo para adquirir los que necesitaba y se pasaba muchas horas delante de los escaparates de las librerías, viendo con envidia las obras que su escasez de medios no le permitía comprar.

Tal fué la pena que produjo al publicista y librero Colnet du Ravel durante el saqueo del Arzobispado de París en 1831, ver flotar en el Sena los libros que en otro tiempo había catalogado y ordenado, que le dió un desmayo del que falleció a los pocos días.

El naturalista y explorador alemán Emilio Besels, que perdió en un incendio sus manuscritos y su biblioteca, se suicidó por no poder consolarse de golpes tan crueles.

El erudito italiano Urceo, enloqueció porque un fuego devoró su biblioteca. Por igual motivo se suicidó el Príncipe Napoleón Camerata, primo de Napoleón III.

Juan de Timoneda, célebre poeta y librero valenciano, que logró gran longevidad, pues vivió ciento siete años (1490-1597), fué el primer editor de las obras de Lope de Rueda, de Alonso de la Vega y de otros escritores de mérito evidente contemporáneos suyos.

El impresor Esteban Dolet (nacido en Orleáns el 3 o el 8 de agosto de 1509), que publicó admirables obras, entre otras algunas de Rabelais, fué ahorcado y quemado con sus libros el 3 de agosto de 1546, en París, por haberse encontrado en una traducción de Platón, por él impresa, el párrafo: "Después de la muerte tú no serás nada", frase que no era suya, sino de Platón, y que el Tribunal de la Inquisición declaró herética, motivando tan severa condena.

Los escritos del P. Granada ejercieron tal influencia en su tiempo, que su lectura apasionaba a todos. Se sabe que su libro "De la oración y meditación", "hasta las niñas del cántaro lo traían bajo el brazo, y las fruterías y verdulerías lo leían como vendían y pesaban la fruta".

El medio de adquirir fácil y paulatinamente libros, se inició en Inglaterra a mediados del siglo XVII. La primera obra que se publicó por suscripción fué la Biblia Políglota de Walton, de 1653 a 1657.

El impresor inglés Samuel Richardson (1689-1761), creador de la novela inglesa, maestro de Rousseau, Diderot y Goethe, autor de "Pamela Andrews", "Clarisa Harlowe", "Carlos Grandison",

"Honor y Patria", (todas publicadas en español, aunque ya olvidadas) y otras, fué el novelista que hizo llorar a la Europa de su tiempo.

La primera biografía de Cervantes se debe al ilustre hispanista inglés Barón de Carteret, quien la mandó escribir al bibliófilo D. Gregorio Mayans y Siscar para publicarla, como lo hizo, en la edición castellana del "Quijote", impresa en Londres en 1738, con el fin de que tan maravilloso libro, con la biografía de su autor, figurara en la Biblioteca de la Reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra.

Las primeras bibliotecas circulantes, como ahora se dice, o suscripción de lectura a domicilio, se establecieron en Inglaterra en 1740.

Beaumarchais, célebre autor de "El Barbero de Sevilla", "El casamiento de Fígaro", y de otras comedias, admiraba tanto a Voltaire, que se hizo impresor, fabricante de papel y editor, para publicar en lujosa edición las Obras completas de éste, París 1784-1789, 70 volúmenes en 8.º (4.º español), perdiendo en tal empresa más de un millón de francos.

La pasión dominante del cardenal Mazarino era la avaricia. Habíanse escrito contra él libros terribles, y el cardenal, fingiendo estar muy irritado, mandó recoger todos los ejemplares que le fué posible y los hizo vender después secretamente, con lo cual sacó un producto de 10.000 escudos.

Visitando Luis XIV una Biblioteca, entre otras muchas preguntas dirigió éstas al bibliotecario:

—¿Cuántos volúmenes hay en el mundo?

—¿En qué libro me dirán a qué edad moriré?

—Eso lo ignoró, Señor.

—¿Pues entonces por qué se os paga?

El bibliotecario contestó:

—Señor, se me paga por lo que sé. Si se me pagase por lo que ignoro no habría dinero en vuestras arcas ni en todo el mundo para abonarme mi sueldo.

Lo expresado demuestra lo que todos sabemos: la importancia, la utilidad y la mucha estimación que en todas las épocas tuvieron los libros, *hasta en nuestros días; el libro ha llegado a ser estimado como dinero corriente para reparaciones de guerra. Servia aceptó, no ha mucho, en tal concepto, el pago en libros de 1.311.680 marcos oro, debidos por Alemania.*

Ya que he hablado de Emperadores, Reyes, Padres y Príncipes de la Iglesia, Doctores, hombres notables, artistas, obreros y esclavos, no creo que os moleste si en último término digo también algo de mí mismo, pues quizá alguno de ustedes tenga curiosidad por saber cómo se formó este librero-editor que ahora está expresando algo de lo que aprendió en el constante trato con los libros.

Yo soy librero y lo fui siempre, porque desde mi infancia anduve entre libros; tenía en mi familia un librero y un editor, y éstos me iniciaron y me ayudaron a serlo. Primero en Madrid, donde nací hace sesenta y dos años, y después en Sevilla, alterné mis

estudios con el aprendizaje de tan honorable profesión, no sin haberme asomado alguna vez al maravilloso arte de la Imprenta, que cada vez me gusta más; pero hube de limitarme a ser solamente librero y más tarde editor.

Ya otra vez en Madrid, ingresé a los quince años en la librería de D. Fernando Fe, de grata memoria para mí, uno de los fundadores y cuarto Presidente que fué de esta Corporación, cuando no tenía carácter oficial como ahora, sino amistoso, y a la que yo pertenezco desde hace más de veintiséis años. En aquella famosa librería, fundada en la primera mitad del siglo anterior por el librero francés señor Monier, al que sucedió hacia 1860 su dependiente D. Alfonso Durán y a éste en 1876, D. Fernando Fe, establecida en la Carrera de San Jerónimo, número 2, hasta el año 1907, en que por reformas en la finca fué trasladada a la Puerta del Sol, número 15, estuve considerado, bien retribuído y apreciado durante veinticinco años, y en tan largo tiempo tuve ocasión de tratar a cuantos hombres notables o de renombre han existido o pasado por Madrid, logrando amistad con muchos de ellos; allí comencé a ser editor, dando a la publicidad, con no escaso éxito, producciones literarias de muy estimados autores españoles y extranjeros, sin consignar mi nombre, sino el de mi jefe, lo cual hacía a muchos suponer a éste muy fecundo editor, cuando lo era nominalmente en muchos casos, porque le gustaba más la librería que la edición. Pero aunque

me hallaba como el pez en el agua, como suele decirse, contento, estimado y satisfecho, sentía alguna vez el deseo de cambiar de postura y de instalar una librería y editorial organizada a mi gusto, cosa que realicé, no completamente según mis ideas, no por falta de recursos en aquel tiempo, sino de auxiliares capacitados, que busqué para asociarlos a mi empresa y no tuve la suerte de hallar.

Un día, y sin haberlo meditado, pues tenía casi abandonada mi idea de más independencia, y digo más porque nunca carecí de ella al lado de mi jefe, compré una librería, una de las más antiguas de Madrid, que no era la por mí soñada ni en nada se parecía; pero había en ella muchos libros, muchos, muchos, nuevos y viejos, antiguos y modernos, buenos y malos, y yo, que no quería más que el local, hube de apechugar con ellos: todos en sucio y absurdo desorden; mas con gran tenacidad, largo tiempo, benedictina paciencia, pocos deleites y muchos sinsabores, que motivaron algunas enfermedades, todos se examinaron, se expurgaron, se adecentaron, se ordenaron, se catalogaron y se acomodaron en la transformada, y, si no lujosa, decorosa instalación que se hizo.

De muchos de aquellos libros hice espléndidos donativos a Corporaciones, amigos y conocidos, habiendo servido alguno de estos donativos de lucro o de méritos a ciertos intermediarios poco a nada escrupulosos, pues unos los vendieron y otros hicieron la donación a su nombre como si les perte-

necieran; pero he seguido y sigo haciéndolos, y no con poca largueza, cuando me parece bien, unas veces por iniciativa propia y otras atendiendo peticiones harto frecuentes, porque entre nosotros es cosa corriente pedir libros gratis como si llovieran del cielo, olvidando los solicitantes que el libro, como otras producciones, está sometido a las leyes de la economía. Pedir al Librero o al Editor libros gratis so pretexto de poco dinero y de necesidad de ellos, es exactamente igual que pedir gratis por iguales motivos carne al carnicero, ropas al sastre, joyas al joyero, comestibles al tendero de ultramarinos o estanterías para acomodarlos al carpintero, y si esto ocurriera, creerían loco de atar, y con razón, al que tal hiciera. Para libros es para lo que más se escatima aquí el dinero. Algunos los compran; otros, que no pedirían rebaja, por considerarlo poco decoroso, en artículos que dejan una gran ganancia por tener precio de origen desconocido, la piden en el libro, que tiene precio marcado—fijo—y muchos los piden prestados para no devolverlos, o regalados...

Excelente y original medio por lo cómodo y económico de recrearse y de difundir gratis o a poco coste la cultura en nuestro país.

Sin interrupción alguna, y sin llamarme sucesor de nadie, continué mi actividad librera y editorial. Los principios fueron duros, porque mi jefe, don Fernando Fe, no se resignaba a que dejara su casa, y hube durante algún tiempo de seguir atendiendo

su librería, al par que los empleados a mis órdenes, y yo mismo, cuando me era posible, nos cuidábamos del arreglo e instalación de la mía, en lo que se emplearon más de tres años de no interrumpida y difícil labor.

Fuí al extranjero, de donde me traje enorme cantidad de toda clase de libros, grandes publicaciones, ediciones de bibliófilo, tiradas especiales de gran lujo con ricas encuadernaciones, que, por no existir entonces en tan variada cantidad ni calidad en otras librerías, vendí fácilmente a Bibliotecas y a bibliófilos, muchos de ellos ya desaparecidos, acreditando por este medio ni flamante aunque antigua librería.

Esto ocurría en 1909, hace ya más de veintidós años, y en la actualidad poco, muy poco, ha variado desde sus comienzos, ni la organización ni el aspecto interior y exterior de mi casa. Todo está igual, salvo que las inquietudes y preocupaciones aumentan de día en día.

Lo poco que me enseñaron en la escuela, fué tan mal enseñado y tan mal aprendido, que lo olvidé pronto, pues estaba prendido con alfileres; todo lo poco o mucho que sé, aprendido ha sido ejerciendo, con entera satisfacción, la más honrosa que lucrativa profesión de librero; ésta más de medio siglo ya, y treinta y tres años la de editor, y siempre que pude, siendo dependiente y siendo independiente nominal, pues la independencia absoluta del hombre es un ideal imposible de realizar, traté de enaltecerlas,



poniendo el honor del oficio por encima de perspectivas de medro personal.

Como he dicho, vengo trabajando desde mi infancia, y no solamente no lo lamento, sino que me felicito de ello, porque el trabajo, que en la nueva Constitución se dice ya que *es una obligación social*, es lo único que en la sociedad moderna puede calificar a los ciudadanos; además, según opinión de un famoso industrial: "*Es muy conveniente que los niños dispongan de dinero ganado por ellos con su trabajo; así comprenderán desde muy jóvenes el valor del trabajo y el valor del dinero, cosas que les serán utilísimas en la lucha por la vida.*"

A mí no me fué del todo mal trabajando, y si la fortuna no me acompañó siempre, tampoco fué adversa conmigo; el trabajo me facilitó medios decorosos de vida y recursos para recreos y distracciones, que son tan necesarios como el comer y el vestir. Así he cumplido, y cumplo aún, sin protesta, porque no somos creados para la ociosidad, sino para el esfuerzo, la sentencia del libro sagrado, GANARAS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE, máxima dictada a todos los hombres, pero solamente acatada por unos, habiendo muchos cuyo ideal es labrarse pronto y por cualquier medio una posición que les permita *vivir sin trabajar*, y otros que, considerando la ociosidad como una de las bellas artes o el medio más cierto y seguro para ganar el cielo, su única actividad consiste en vivir a expensas de los que trabajan.

Los árabes dicen que todo hombre debe dejar, un hijo, un árbol y un libro. Yo no tuve la dicha de tener hijos ni jamás tuve ocasión de plantar árboles; pero libros hice y adquirí muchos, y como todo el producto de mi trabajo en libros está, al desaparecer dejaré, no uno, sino muchos millares de libros, y de ellos gran cantidad decorosa y lujosamente vestidos.

De la moral del librero nada se ha dicho, que yo sepa. Conscientes de la influencia que por nuestra mediación se ha de ejercer en las conciencias, sin espíritu sectario y con toda imparcialidad, para cumplir con más acierto y menos remordimientos nuestra misión, debiéramos estar mejor enterados del contenido de los libros cuya venta se nos confía, y ya que no podamos, como el droguero o el farmacéutico, poner en el envase de una droga o una medicina peligrosa una etiqueta que diga "veneno", por lo menos se debiera advertir en ocasiones que tal libro no es adecuado para ciertos lectores, que tal otro no aporta en absoluto ninguna novedad o que el solicitado es una vulgaridad atrasada, sin otra novedad que el traje flamante y llamativo que ostenta y que puede ser ventajosamente reemplazado por otro.

Yo, en el mucho tiempo que llevo en contacto con el público, he tenido mis escrúpulos al vender algunos libros, y no pocas veces indiqué al comprador que tal o cual libro no debía ponerse en tales o

cuales manos, y muchas veces me lo agradecieron. Joel de Lyrís ha dicho que: *"Los libros malos son los venenos más activos de la pura luz de la inteligencia y de la paz del corazón"*, y Fernando Garrido, que: *"Los malos libros nos hacen egoístas y despreciadores de la Humanidad; los buenos nos hacen humanos y generosos."*

Veo con agrado entre los oyentes algunas señoritas, que, sin duda, son también alumnas de la Escuela de Librería, y por tanto candidatas o aspirantes a ser libreros. Me permito aconsejarlas que si ésta es su idea, no limiten su preparación ni sus aspiraciones a lo oficinesco o administrativo, cajeras, contables, taquí-mecas o vendedoras de periódicos de modas, empleos reservados a las hembras en muchas profesiones y en la nuestra, salvo contadísimas excepciones, pues para estos menesteres hay muchas disponibles; lo que aquí faltan son expertos del libro, de su contenido, de su confección, de su producción y de su venta. En general, la producción del libro entre nosotros nada tiene que envidiar a la de otros países; pero todavía hay muchos que, sin saber lo más elemental de su técnica, intervienen en su confección, cometiendo disparates enormes, que se evitarían si estuviesen mejor informados.

En España se vienen copiando desde hace largo tiempo ideas y costumbres de todas partes y, más que de otros, del país vecino; pero pocas veces lo bueno. La enseñanza industrial, que no es aquí

nada nueva, sino de abolengo, ahora que en otros países se practica intensamente, aquí casi se abandona en lo que respecta a las artes gráficas, y en cuanto a la producción y comercio del libro, nunca se apreció debidamente la gran importancia nacional que representa. España tienen una población de 22 y 1/2 millones de habitantes, y las Repúblicas hispano-americanas, 62 y 1/2; total, 85 millones. Francia tiene 41 millones, sin incluir los de sus colonias, como tampoco asigno a España los de las pocas que tiene ni los de Filipinas que tuvo, porque en tales territorios la lengua vernácula no es ni el francés ni el español. El francés es menos hablado, pero más leído que el español, a pesar de tener menos ciudadanos de su lengua, porque éstos están proporcionalmente mucho más educados que los nuestros y, por consecuencia, más capacitados para leer. Francia posee una personalidad nacional perfecta, lograda y afirmada por haber unificado su idioma, absorbiendo y relegando tenazmente dialectos y lenguas menores, y haberlo difundido fuera de sus fronteras, precisamente para allanarlas. Esta difusión de la lengua y de la cultura francesas en el mundo, se debe en su mayor parte al libro, cuya producción en ese país, como sabemos, se multiplica muchas veces por la nuestra; pero allí no existen monopolios que encarezcan su primera materia, siendo esta industria del libro considerada como una de las que más benefician los intereses patrios, y los que la ejercen son amparados, premiados y laurea-

dos por las clases directoras. Aquí esos auxilios y recompensas ni se acostumbran ni son atendidas, aunque se soliciten corporativamente.

La confraternidad espiritual entre pueblos de distinta nacionalidad, y aun de la misma, se establece y se sostiene principalmente por la afinidad de idioma y por el libro, que es su mensajero. Don Eduardo Gómez de Baquero, "ANDRENIO", uno de los hombres más eminentes y quizá el espíritu más comprensivo de nuestro tiempo, que veía claramente los más oscuros problemas y los juzgaba con gran acierto y liberalidad, dijo que:

"No hay mucha más diferencia entre el español hablado en Méjico o en Costa Rica y el español de la Península, que entre el castellano de Andalucía y el de León o Asturias. Las literaturas de todos los pueblos de habla hispana forman, desde este punto de vista, una sola literatura. Todos los textos literarios escritos en español forman parte de la literatura española. Un libro castellano de Méjico, de la Argentina, del Uruguay, del Perú, Chile, etc., tiene más relación con España y con los libros castellanos de la Península que un libro escrito en vasco, en catalán o en gallego, aunque los autores de estos últimos sean ciudadanos españoles y no lo sean los escritores hispanoamericanos."

Otro escritor, Salvatierra, que:

"Cuatro libros españoles pueden realizar mejor propaganda que cien activos viajantes de comercio. El libro opera sobre el espíritu y la voluntad, obra

sobre la simpatía, prepara el gusto, el paladar y la moda..."

Y esto es cierto. El Estado y los centros culturales españoles deben dedicar al idioma patrio y al libro atención y amparo preferentes para fomentar esa clase de relaciones con los países de habla española, porque, además, son las que mejor sirven de enlace y sostén para otras más crematísticas.

El libro español, como mercancía, tiene un valor por su índole espiritual que le diferencia de las demás y que por su difícil, pero superior estimación, debía rendir al comerciante un margen de ganancia igual o superior al que pudiera ofrecerle otro comercio; pero esto no es así, porque está peor amparado que otras producciones tan respetables, pero nada culturales, y relativamente menos protegido que en los siglos XV y XVI, de menos tolerancia y comprensión para estos problemas que los tiempos presentes.

Los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel expidieron en 1477, en Sevilla, una Ordenanza dirigida a los cobradores de la Corona eximiendo de toda contribución por la venta de sus libros a Teodorico Alemán, "impresor de molde", y a sus factores.

Las Cortes celebradas en Toledo en 1480, eximieron de todo derecho a los libros que se introdujeran en España, puesto que "de pocos días a esta parte algunos mercaderes nuestros naturales y ex-

tranjeros han traído y de cada día traen libros muchos y buenos”.

En tiempos de Felipe II, los libros estaban libres de gabelas y se vendían, no sólo en casa de los mercaderes de libros, sino también en puestos establecidos en el patio del Real Palacio de Madrid.

Nada más injusto que la desigualdad cuando los deberes y derechos son comunes, y peor aún si el trato de favor se otorga a unos en perjuicio de otros o se inclina al que puede favorecer menos que otro el interés de todos, y en este caso se halla nuestra industria y comercio. La producción y exportación del libro español al extranjero es de verdadero interés nacional, y ya que esta industria no esté decididamente protegida, como lo están otros menos espirituales, por lo menos hay que librarla de las trabas que la dificultan. Nosotros somos mayores de edad, existíamos antes de que naciera el trust papelerero, no necesitamos tutores ni intermediarios para obtener del Estado la protección que éste quiso concedernos y, por tanto, los auxilios deben venir a nosotros directamente, y en vez de repartir la industria papelera una escasisima parte de sus abundantes beneficios, siempre con regateos, como migajas sobrantes de espléndido festín para tapar bocas hambrientas a Sindicatos exportadores de más o menos cuantía, o a Centros, como éste, que tienen vida propia, lo más justo y equitativo sería que el papel para libros costase mucho menos de lo que cuesta,

en relación con otros de igual procedencia que también son destinados a la imprenta, como ocurría antes de la existencia de ese trust, lo cual evitaba la orgía de papel en la prensa diaria, que cada día distrae más el tiempo que puede dedicarse a leer libros.

Esto ha sido prácticamente demostrado por el diario *El Sol*, de Madrid, haciendo del texto de un número de doce páginas (el del 1 de julio de 1928), sin los anuncios, compensando el espacio de éstos con otros trabajos, un libro en 8.º de 390 páginas.

Don Joaquín Costa, una de las más recias mentalidades de nuestra época, dijo: "*Hay que defender la patria con los libros en la mano*". No se le ocurrió decir que había que defenderla con la prensa, porque tan insigne polígrafo y estadista sabía muy bien lo que quería decir, y dijo lo que quiso.

El libro español editado en España debe venderse más, librándole de actuales y futuros competidores en el extranjero y en el interior; su venta debe estar reservada exclusivamente a los libreros y a los editores, para quienes este comercio es el único medio de existencia; el mercado es amplio y la mercancía excelente para sostener, ampliar y afianzar nuestras relaciones culturales y comerciales con los países de habla española; pero su producción es cada día más costosa, principalmente, como ya hemos dicho, por el enorme precio de la materia prima, que es el papel, que en el extranjero está a precios más bajos, y que debe rebajarse, sea unificando o modificando

los precios diferenciales para prensa y para libros establecidos por el monopolio que disfruta su producción o reduciendo al mínimo las tarifas arancelarias para tan esencial producto. De tal importancia es este problema que, de no resolverlo pronto, esas dificultades seguirán agudizándose, y los *Veinte pueblos que fueron territorios españoles y que hoy son comarcas de la lengua y del espíritu nacionales, aún unidos a la metrópoli por la letra impresa*, como dijo Gómez Carrillo, dejarán de estarlo en plazo más o menos largo.

Alguno de los perjudicados que me escuchan, o luego se enteren, pensará que lo que yo he dicho sobre el problema del papel pudo decirlo cualquiera, porque a todos nos afecta, y a mí menos que a otros, por ser ya un editor mínimo y en retirada; pero lo expresé yo precisamente por ser cualquiera quien debía y podía decirlo.

De los trabajos insertados con más acierto en el *Boletín* de nuestras Cámaras, uno es el titulado EL LIBRO ESPAÑOL, que sin nombre de autor apareció en el número de septiembre de 1928. Por su constante actualidad, como complemento de algo de lo que he dicho, me permito copiar de tan interesante artículo lo siguiente:

“Cuanto sinceramente se interesan por todo lo que puede conducir a encumbrar el nombre glorioso de nuestra Patria y a favorecer el trabajo nacional, estimulándole y premiándole, registran con albricias

un simpático movimiento de opinión, no hace mucho iniciado, que tiende a enaltecer cumplidamente el libro español y a procurar su expansión y su desarrollo.

La difusión del libro escrito en castellano entraña un elevado interés patriótico.

Procurarla debe ser labor común de todos los españoles, porque, sin desdeñar el legítimo interés de que se beneficien las industrias editoriales, que en los últimos años han alcanzado en nuestra patria un vigoroso desarrollo, conquistando un grado de progreso que puede, con justicia, enorgullecer a España, sobre aquel interés privado destaca, reclamando prioridad, la conveniencia nacional de que se difunda y extienda el libro en nuestra lengua escrita.

En él se cifra y se compendia el alma recia y vigorosa de nuestra patria. En sus páginas corre abundante la savia del valor racial de los que, conquistando lauros inmarcesibles, acertaron a honrar y a enaltecer el nombre glorioso de España.

Más ha hecho por ella Cervantes, escribiendo su libro inmortal, que toda la gloriosa caterva de intrépidos capitanes que ensancharon los territorios de nuestra patria. El sol, que un tiempo no se ponía en sus dominios, ha sufrido lamentables eclipses. El sol de la gloria, que a España dió la aparición del ingenioso hidalgo manchego, ni jamás se eclipsa, ni atenúa sus brillantes fulgores; antes, se acentúa el resplandor de su fama, que ha cantado el honor de España hasta en los más apartados rincones de la Tierra.

Recoge el libro español el sazonado fruto de nues-

tros hombres de ciencia, que en no pocos aspectos iniciaron el avance del humano progreso; rasgaron el velo del misterio y contribuyeron con su esfuerzo y con sus investigaciones a esclarecer el camino por donde la Humanidad avanza en rápida conquista de progresos y de mejoras.

Se reflejan en el libro todos los aciertos del arte español, floreciente y rico, que sembró el Mundo de creaciones geniales en todas las manifestaciones de la belleza.

Es, sobre todo, el libro español prueba plena, resumen y compendio del vigor y de la belleza del habla castellana, la lengua hermosa, rica y sonora en que bordó Cervantes su obra imperecedera, con la que cantó Calderón de la Barca el honor y la hidalguía españoles, en la que Espronceda halló los acentos vigorosos de sus geniales composiciones y Bécquer las ternuras de sus delicados sentimientos poéticos, y Santa Teresa la expresión de su admirable misticismo, y Castelar los acentos de sus insuperables discursos y los encantos de sus bellas disertaciones.

Muestra el libro español el brillante númen de nuestros gloriosos autores clásicos, de cuantos cincelaron el hermoso idioma que hoy hablan los habitantes de veinte naciones; lleva en sus páginas, para solaz e ilustración de los que conocen el castellano, la insuperable riqueza de las joyas de nuestra literatura clásica, fuente copiosa de poesía y de arte, cantera de inagotables bellezas, suprema escuela del bien hablar.

Y con todo ello, que representa el valor de pre-

téritas y esplendorosas grandezas, el libro español moderno recoge el aliento pujante de la raza española, laboriosa y progresiva, que en el orden espiritual está dando en nuestros días incontrovertibles muestras de su cultura, de su amor al estudio y de su reciedumbre mental.

España tiene, además, el deber, y no hay que decir que el derecho, en el ejercicio del simpático protectorado sentimental y afectivo que ejerce sobre todas las naciones de habla castellana, de suministrar a éstas el pan espiritual de sus libros, no limitándose a ofrecerles el rico tesoro de su dorada literatura, de su ciencia y de su arte, sino apresurándose también a proporcionarles buenas versiones al castellano de las mejores obras de producción mundial.

Todo ello pone de relieve, con singular realce, el interés patriótico que entraña la expansión del libro, y permite afirmar, sin temor a incurrir en exageración, que llevar un libro español a parajes donde no es conocido, es realizar una labor que en algo se parece a la del guerrero valeroso que clava la gloriosa enseña de la patria en el suelo virgen de un país que conquista.

Y ni España ni los españoles han de olvidar que remitir nuestros libros a aquellos países que al nuestro se hallan unidos con el lazo irrompible de la comunidad del idioma, sin cesar utilizado para expresarse el amor y el respeto recíprocos, es enviarles el alma de España, que en ellos se refleja y en ellos se abrillanta con las luces de privilegiados cerebros.—\* \* \*."

Cuando se habla con entusiasmo de algo, se ha-

bla mucho, y esto me ha ocurrido a mí; terminaré, que ya es hora de terminar, diciendo a los jóvenes que, con los que ya no lo son, han tenido la paciencia de escucharme, que así como el que ejerce una ciencia, arte u oficio, está obligado a conocer bien su profesión, el que aplica su actividad a una industria o comercio, también está obligado, por propia y hasta ajena conveniencia, a conocer el artículo que motiva su comercio, al menos tan bien como lo puedan conocer los extraños a él. De este modo se obtiene la satisfacción del cumplimiento del deber, y por el valor que todos concedemos a la laboriosidad y a la inteligencia, se puede mejorar fácilmente de categoría y de remuneración. Antes se decía: *Tanto tienes, tanto vales*; ahora se practica: *Tanto sabes, tanto vales*.

HE DICHO.





## *Máximas, Aforismos, Disertaciones y Noticias*

Un buen libro es un legado precioso que hace el autor a la humanidad.

ADDISON

La lectura de los malos libros enseña a ver sin horror el mal, a hablar de él sin pudor y a cometerlo sin avergonzarse.

SAN AGUSTÍN

¿Queréis saber si poseéis talento? Leed. Los libros os lo dirán. ¿Escribís, pero os encontráis sin ideas? Leed. Los libros os devolverán la inspiración.

ANTONIO ALBALAT

Esta ventaja hacen por excelencia los libros a los amigos: que los amigos no siempre se atreven a decir lo que sienten y saben... y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio.

MATEO ALEMÁN

Otros con el mucho hablar y mucha librería quieren ser estimados por sabios, y no consideran cuánta mayor la tienen los libreros, y no por eso lo son: que ni la loba larga, ni el sombrero de falda, ni la mula con tocas en-

gualdrapadas, será poderosa para que a cuatro lances no descubra la hilaza.

MATEO ALEMÁN

Los libros son entre mis consejeros los que más me agradan, porque ni el temor ni la esperanza les impiden que me digan lo que debo hacer.

ALFONSO V DE ARAGÓN

La lectura engrandece el espíritu, alegra el ánimo, estimula la educación, caldea el pensamiento y detiene en su carrera los sentidos turbios.

R. ALFONSO

El saber de las cosas de los libros y el ejercicio del entendimiento con motivo de ellas, son medios indirectos en cuanto educan, ensanchan y ejercitan la inteligencia y la hacen cada vez más apta para entender el mundo en que principalmente vivimos.

RAFAEL ALTAMIRA

Una casa sin libros es como un jardín sin flores.

AMICIS

El saber difiere tanto de la ignorancia como la vida de la muerte.

ARISTÓTELES

Examinar libros, buscarlos, ojearlos, es una grata ocupación.

AZORÍN

Son los libros el arca santa donde se guardan las conquistas del hombre en su lucha por conocer y vencer a la Naturaleza y en su noble aspiración de ir acercándose a Dios. Ellos son manantial de cultura, de ideas, de be-

lleza, de elevadas ansias. Ellos son, a no dudar, los mejores amigos del hombre, amigos que, al contrario de los de carne y hueso, jamás son desleales, nunca inconstantes, jamás aduladores; amigos que se encuentran cuando se los busca; que se los deja cuando place; que no se molestan ni al ser llamados ni al ser abandonados. Amigos que siempre nos hablan con las mismas palabras, aunque ellas martiricen nuestra ambición o nuestras pasiones.

J. M. AZPEURRUTIA

La lectura hace completo al hombre: la historia le vuelve sabio y prudente; los poetas, espiritual; las matemáticas, sutil; la filosofía, profundo; la moral, grave; la lógica y la retórica, apto para discutir. Leer es conversar con los sabios.

BACON

En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien.

BALMES

Un libro hermoso es una victoria ganada en todos los campos de batalla del pensamiento humano.

Cuanto mejor es un libro, más tarda en venderse, porque su venta está en razón inversa del tiempo preciso para comprender y aquilatar su mérito.

BALZAC

Los libros gobiernan al mundo. Esto es bastante decir para conocer cuán importante es la profesión del librero.

BARBEYRAC

El libro, testamento del saber de los hombres que nos han precedido en la vida, tesoro riquísimo a cuya participación todos estamos llamados, sin temor a su merma o a su agotamiento; el libro es el único objeto de índole material que tiene mayor contenido de espiritualidad; de suerte que podemos decir todos, sin miedo a la exageración, que, después de Dios, el hombre, hechura suya y a su semejanza creado, y después del hombre, el libro, hechura de su inteligencia, hijo suyo el más noble, su propia alma y su propio intelecto; el libro es la supervivencia inmortal y única de quien lo escribió.

¡Bien amado seas de todos los hombres, libro, que eres la luz del corazón, cercenador de todo lo malo, compañero fiel y siempre constante en el áspero camino de la vida.

JAIME BARRERA

A aquel que ama un libro nunca le decepcionará un amigo fiel, un consejero sano, un compañero jocundo, un consolador eficaz. Estudiando, leyendo, meditando, uno se puede divertir inocentemente y placenteramente entretenerse, tanto en todos los tiempos como en todas las fortunas.

ISAAC BARNOW

La lectura es la comida de las almas.

SAN BASILIO

Los libros no se han hecho para servir de adorno; sin embargo, nada hay que embellezca tanto como ellos el interior de una casa.

BEECHER-STOWE

¡Los libros! Cuando sabemos amarlos, ¡cómo nos aman ellos también a su modo! ¡Cómo nos revelan su secreto! ¡Cuántas veces un libro, que por ligera lectura juzgamos detestable, se nos descubre digno de admiración por algún resquicio espiritual, como algunas de esas personas que por todas sus apariencias juzgamos antipáticas, y un día, en un instante de sincera emoción, se nos revelan con grandeza de alma que no sospechábamos!

Es tanta la virtud espiritual de los libros, que aun cerrados nos hablan, y sin leerlos, nos comunican calor de inteligencia. ¡Una gran biblioteca tiene algo de cementerio! Los libros parece que nos dicen: aquí yacemos. Pero como no se pasa nunca por un cementerio sin que el silencio de la muerte no proponga a nuestro pensamiento su enigma indescifrable, así los libros, al pasar entre ellos, inquietan nuestra curiosidad.

JACINTO BENAVENTE

Un buen libro te enseña lo que debes hacer, te instruye sobre lo que has de evitar y te muestra el fin a que debes aspirar.

SAN BERNARDO

Se debe considerar el libro como propiedad intelectual, que debe ser también propiedad material. El libro es un amigo; pero sólo es un amigo de verdad si es totalmente nuestro. El libro ajeno no nos dirá nada; se le hojea como una cosa extraña, porque no nos pertenece como un sér querido. Por otra parte, no hay que olvidar que todo libro instructivo y de provechoso contenido debe releerse varias veces. La primera vez que se ha leído el libro, no se ha conseguido penetrar en el mundo de ideas del autor y comprenderle. Pero al leerlo por segunda vez, se piensa ya de otro modo y se pueden seguir mejor los conceptos expresados.

Que el libro prestado no atrae nunca al amigo del libro, es un hecho que puede confirmarlo todo bibliófilo. El libro debe mirarnos como un amigo y querer decirnos que nos hemos reunido para no separarnos jamás.

BRUNO BETKE

Prefiero un cuarto bien lleno de libros a otro de mobiliario artístico y lujoso decorado.

JUAN BRIGHT

No haya fin en la multiplicación de los libros.

Amar los libros es lo mismo que amar la sabiduría.

Ved en los buenos libros otros tantos maestros que os instruyen sin disciplinas ni férulas, sin palabras duras o coléricas, sin pedidos regalos ni dinero. Si os aproximáis a ellos, no duermen; si les interrogáis con escrutadora mirada, nada os ocultan; si los desconocéis, no se quejan, y si sois ignorantes, no os reprenden.

Es en fin, el libro, luz del entendimiento, fuente de sabiduría, paz y goce del alma, fraternal amigo del hombre, templanza de las pasiones, consuelo en la tribulación, recreo y descanso en la fatiga, firme sostenedor del ánimo abatido, gentil bagaje para caminar animosamente por el árido camino de la vida, sabio y fiel compañero que guía y aconseja, enseña y corrige.

MGR. RICHARD DE BURY

El libro es la expresión, el compuesto más parecido al sér humano.

Fórmase de espíritu y materia. Incorporeal, el pensamiento que lo inspira, la labor intelectual que lo forja, en la que actúan entendimiento, memoria y voluntad, el alma con sus tres potencias. Corporal, la materia que lo viste, originada y originaria de la necesidad de impri-

mirlo y encuadernarlo para darlo a luz, en una palabra, editarlo, de donde a su vez nace su industrialización y su comercio, con la determinación del coste de la mercancía, el beneficio del trabajo, es decir, su parte económica.

En los misterios de su vida, también suele sucederle lo que al hombre. Se adornan y presentan mejor los que quizá menos valen, tienen más aceptación los bien presentados, ocupan los lugares preferentes los de más relumbrón externo, los más decorativos, los más de moda.

La expresión del pensamiento humano, la obra de la inteligencia, expresada en forma literaria recogida en varias hojas de papel reunidas en un volumen, más o menos agradablemente presentado, es el libro.

XAVIER CABELLO LAPIEDRA

Discreto amigo es un libro.  
 ¡Qué a propósito que habla  
 Siempre en lo que quiero yo!  
 ¡Y qué a propósito calla  
 Siempre en lo que yo no quiero,  
 Sin que puntuoso me haga  
 Cargo de por qué le elijo,  
 O por qué le dejo! Blanda  
 Su condición, tanto, que  
 Se deja buscar si agrada,  
 Y con el mismo semblante  
 Se deja cansar si cansa.

CALDERÓN DE LA BARCA

De la imprenta el arte extraño  
 es un milagro a fe mía:  
 Más imprime ella en un día  
 que se escribe en todo un año.

JUÁN ANTONIO CAMPANO

## EL LIBRO Y LA IMPRENTA

---

Los magnates me despojan; los literatos me instruyen, y los hombres industriosos me enriquecen.

CARLOS QUINTO

Uno de los principales deberes del hombre es cultivar la amistad de los libros.

CARLYLE

No hay arte ni profesión alguna cuyo aprendizaje no exija mucha aplicación, mucho estudio, y sobre todo, ejercicio.

RAMÓN DE CASTAÑEYRA

Gran libro aquel en que leyese cada mitad del género humano lo que puede y debe ofrecer a otra mitad.

SEVERO CATALINA

Las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada; y con esto, excede la lección a la vista.

El ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres.

CERVANTES

Las letras son el alimento de la juventud y el recreo de la vejez: ellas nos dan esplendor en la prosperidad y son un recurso y un consuelo en la desgracia; ellas forman nuestras delicias en el gabinete, sin causar en parte alguna ningún estorbo ni embarazo; por la noche nos acompañan y nos siguen a los campos en nuestros viajes.

CICERÓN

Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma.

CICERÓN

Dime lo que lees y te diré quién eres.

JULES CLARETIE

Los libros son un guía para la juventud y una distracción para la edad madura. Nos hacen soportar la soledad y nos impiden ser una carga para nosotros mismos. Nos ayudan a olvidar las durezas de los hombres y de las cosas, calman nuestras pasiones y nuestros desvelos y aduermen nuestros enojos. Aun cuando somos vivos, podemos dirigirnos a los muertos, que no tienen ni acritud ni orgullo ni atención oculta en su conversación.

J. COLLIER

Libro que corre sin apología, sin censura, sin que contra él se escriba, le tengo lástima; porque o no tiene novedad en la invención, o es libro de que están llenos los libros.

FR. SEBASTIÁN CONDE

Desgraciado el libro que no nos excita a volverlo a leer.

D'ALEMBERT

Un libro es un amigo que no engaña jamás.

DESBARREAUX BERNARD

La lectura es una conversación con los hombres más ilustres de los siglos pasados.

DESCARTES

Podría creerse que la naturaleza ha puesto en la mano de ciertos autores una varilla mágica, con la cual tan pronto como nos tocan nos hacen olvidar los males de la vida, arrojan de nuestra alma las tinieblas y nos hacen reconciliar con la existencia.

DIDEROT

El que sabe leer sabe ya la más difícil de las artes.

DUCLÓS

Considere el que posee una biblioteca escogida, por pequeña que sea, que tiene en su casa una compañía de hombres sabios y de agudo ingenio que, escogidos de entre las regiones civilizadas, en el decurso de un siglo, han puesto en orden los resultados de su sabiduría y erudición.

En muchas ocasiones la lectura de un libro ha hecho la fortuna de un hombre, decidiendo el curso de su vida.

EMERSON

¡Oh, libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir! ¡Cuántos hombres del oscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo! Y ¡cuántos habéis subido a las sillas del cielo!

\*

Los libros hacen libre a quien los quiere bien.

VICENTE M. ESPINEL

Los que saben ocuparse en cualquiera lectura útil y agradable, jamás sienten el tedio que devora a los demás hombres en medio de las delicias.

FENELÓN

Si en cambio de mi amor a la lectura viera a mis pies los troncos del mundo rehusaría el cambio.

FENELÓN

Las novelas son el peor enemigo de las mujeres.

C. FERNÁNDEZ

Estudia como si debieras vivir eternamente y vive como si debieras morir mañana.

JOHN FISKE

La encuadernación puede y debe adornar el libro que viste; pero antes que nada, es preciso que le proteja.

ANATOLE FRANCE

Más países se conquistan con los libros que con las armas.

ABATE GALIANI

Cuanto más instruido sea un pueblo, conocerá mejor sus derechos, será más honrado, más rico, más independiente.

FERNANDO GARRIDO

Los libros mediocres son más leídos que los buenos, porque están al alcance de mayor número.

GAYAR

No debemos leer, sino para ejercitarnos en pensar.

GIBBÓN

¡Libros, callados libros de las estanterías,  
vivos en su silencio, ardientes en su calma;  
libros los que consuelan, terciopelos del alma,  
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

*"Gabriela Mistral"*

LUCÍA GODOY ALCAYAGA

El libro español es el vasto panorama de la civilización literaria española, de la cultura expresada por la inteligencia y la palabra artística.

E. GÓMEZ DE BAQUERO  
"Andrenio"

Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que el entendimiento.

GRACIÁN Y MORALES

La sabiduría no está en los hombres canos, sino en los libros viejos.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA

Considero la parte poética y emocional de la literatura como lo más necesario para el uso diario.

FEDERICO HARRISON

Los placeres intelectuales son muy preciosos, porque nadie puede arrebatárnoslos.

BARÓN DE HOLBACH

La instrucción desarrolla en nosotros el germen de los talentos, y los sabios principios nos fortifican en el amor de la virtud.

HORACIO

Una biblioteca implica un acto de fe que firman las generaciones sumidas en la obscuridad; es testimonio de la luz futura.

Quien dice instrucción dice por consecuencia: civilización, luces, humanidad, moralidad, libertad, justicia, bienestar y prosperidad.

VÍCTOR HUGO

Una mala novela despierta los sentidos; una buena, la conciencia.

ISABEL DE RUMANIA

Sé ávido por saber y serás sabio.

ISÓCRATES

Son mis libros mis economías y mis amores, alegrías de mi hogar..... y cuando todo haya terminado para mí, testimonios serán de mi vida y de mi trabajo.

JULIO JANIN

El libro nos sumerge en lo más rico de la historia del mundo. Por él oímos las voces más sonoras, vemos los rostros más bellos, estrechamos las manos más leales.

BENJAMÍN JARNÉS

Por imbécil que sea un autor, siempre encuentra un lector que se le parezca.

SAN JERÓNIMO

Los libros nos causan los más grandes *gustos*; los hombres, los mayores *dísgustos*.

JOUBERT

Nada vale tanto para el hombre de letras como la independencia.

Dicen que el estilo se debilita y empeora en la vejez. Puede ser cierto en las obras de elocuencia, en que tanta parte tiene la imaginación; pero no, voto a tal, en el de la correspondencia epistolar, en que a la mayor madurez y firmeza de las ideas se junta la mayor facilidad que da el hábito de expresarla. Cuanto más en cartas no estudiadas y familiares y amistosas, en que el estilo sale de la abundancia del corazón.

JOVELLANOS

Una lectura amena es más útil para la salud que el ejercicio corporal.

KANT

¿Sabéis la influencia de las novelas cuántas cabezas ha trastornado la Eloísa, de Rousseau; cuántos suicidios ha causado el Werther, de Goethe? Desde Madama Sand las demandas de divorcio, que antes eran escándalos raros, se han aumentado en más de una tercera parte.

A. KARR

Son los libros los que hablan a la mente, los que cultivan la inteligencia, los que forman el árbol de los conocimientos humanos, cuyas ramas, entrelazándose con las del árbol de la vida, ofrecen frutos comunes a los hombres para que, como los dioses, sepan distinguir el bien del mal.

C. KEGAN PAUL

Cuando una lectura os eleva el espíritu y os inspira sentimientos nobles y valientes, no busquéis otra regla para juzgar la obra: es buena y hecha por mano perita.

LA BRUYÉRE

No creáis que un libro es bueno si al leerlo no quedáis más satisfechos de vuestra existencia o no estimula vuestros sentimientos generosos.

LAVATER

Por grandes y profundos que sean los conocimientos de un hombre, el día menos pensado encuentra en el libro que menos valga a sus ojos alguna frase que le enseña algo que ignore.

LARRA

Siempre he creído que si se reformase la educación de la juventud, se conseguiría reformar el linaje humano.

LEIBNITZ

Con los libros recreo el ánimo en mis ocios y educo, sin más estudios, el corazón y el entendimiento de mi hija.

RICARDO LEÓN

Cultivad ante todo el amor a la lectura. No existe placer tan barato, tan inocente y tan remunerador como el goce positivo y cordial que procura el leer.

ROBERTO LOWE

Son los libros malos como mujeres perdidas: pregonan hermosura fingida, estando de secreto llenas de mil enfermedades; hacen ostentación de vana apariencia, con que saltean en poblado, y aun dentro de casa a mediodía, y más a los de poca edad, en quien, por hervir la sangre, prende el fuego tan apriesa, que de puro delicados y fáciles, están tiznados y abrasados y aun no lo echen de ver.

*"Luján de Saavedra"*

MATEO ALEMÁN

Para la ciencia prefiere los libros más recientes; para las letras, los más antiguos.

LYTTON

Presta todo menos tus libros.

MACAULAY

Vale tanto el saber, que Roberto de Nápoles decía: "más quiero las letras que el Reino".

EL P. JUAN DE MARIANA

Mi consejo principal  
 es, gran señor, que leáis,  
 porque, sabiendo, sepáis  
 discernir el bien del mal.  
 Que si la sabiduría  
 es a todos conveniente,  
 más a la gran señoría  
 de los que han de ser guía  
 y gobernalle de gente.

GÓMEZ MANRIQUE

Quitarme de leer es matarme.

MENÉNDEZ Y PELAYO

\* Un buen libro es la esencia viva de un espíritu superior que perfuma y da valor a las almas al comunicarse de unas a otras.

El que mata a un hombre mata a un ser razonable creado a semejanza de Dios; pero el que destruye un buen libro destruye la razón misma y la propia representación de la divinidad. Viven muchos hombres que son inútiles cargas en la tierra; en cambio, un buen libro es la substancia misma de un espíritu superior, recogida cuidadosamente y embalsamada para que le sobreviva.

MILTON

Matar a un hombre es destruir una criatura racional; pero sofocar un libro es sofocar la razón misma.

MIRABEAU

No son los libros alhaja, sino compañía. Son amigos con quienes se debe comunicar; no trastos de despreciar. Tenerlos solamente suele dar crédito; comunicados y leídos, gran beneficio y provecho.

FRANCISCO DE MIRANDA

¡Libro! Ora me vengas con todas las suntuosidades que concurren a hacerte bello, ora me llegues modesto y sencillo, pero digno dentro de tu modestísima sencillez, yo te recibo anhelante y obsequioso, por el bien que vienes a hacerme, por las creces de bondad y de inteligencia que te propones operar en mi corazón y en mi mente.

Cojo un libro en mis manos, y como si en ellas tuviera un fruto o una flor, me deleito en su contemplación, siempre atractiva. Lo mismo que el fruto, de la misma manera que la flor a mis manos venida, este libro es producto de varias inteligencias ordenadoras que convergen a su creación, para que después llegue a mí con toda su rica substancia nutritiva y deleitable; yo no sabría decir el elogio del libro sin tributar todo mi agradecimiento a cuantos cooperaron y laboraron por su producción perfecta y cumplida.

JORGE MIRANDA

El libro es la luz del corazón, el espejo del hombre, el maestro de la virtud, la podadera de los vicios, la corona de los prudentes, el compañero de nuestros viajes, el amigo íntimo de nuestro hogar, la compañía del enfermo, el colega y consejero de los que gobiernan, el cofrecillo aromático de la elocuencia, el huertecillo lleno de frutos, el prado esmaltado de flores, el archivo de la memoria y la vida de los recuerdos; solicitado, se os presentará al instante; si le hacéis un encargo, os lo cumple presuroso; el libro jamás deja de ser complaciente; preguntado, os contesta en seguida, os revela lo más oculto, torna luminoso todo lo oscuro, pone en claro todo lo dudoso; el libro nos arma contra las adversidades de la fortuna, acrecienta las riquezas y es fuente y maestro de toda economía.

ANTIGUO ESCRITOR LATINO  
(Traducción de Jorge Miranda.)

Para conocer que un libro es bueno, basta observar que produzca al lector una inquietud, un deseo o un ensueño.

CARLOS MONSELET

El trato con los libros costea todo el curso de mi vida y me asiste en todo momento; consuela mi vejez y mi soledad; descárgame del peso de una ociosidad onerosa; me liberta siempre de las compañías que me fastidian y debilita las acometidas del dolor cuando no es extremado y no me domina enteramente. Para distraerme de una imaginación importuna no hallo cosa comparable a echar mano a los libros, que se apoderan de mí y me la arrebatan.

Es inexplicable cuánto me sirven los libros para vivir: son la mejor provisión que yo he encontrado en este viaje de la vida humana. Con buenos libros el enfermo no tiene de qué quejarse, pues tiene su curación en la mano.

MONTAIGNE

El estudio ha sido para mí el soberano remedio contra los males de la vida. Nunca una hora de lectura ha sido perdida. Amar la lectura es cambiar las horas del tedio por horas de delicia.

MONTESQUIEU

Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los seudos sabios que adoran al dios Egoísmo y le casan a furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia.

Las obras donde entran Dios y la religión serán siempre superiores a las que versan puramente sobre cosas humanas.

MONTALVO

Es el libro luz del ciego, alegría del triste, aire libre y espacio abierto para el recluso, andariego afán satisfecho para la mujer, condenada sin él a la trágica lucha de la imaginación volandera y el cuerpo dolorosamente apegado a la tierra por más de una honda raíz. Por el libro son nuestros los paisajes de otras tierras y las lenguas de otros países. En el libro poseemos el mundo de la realidad y el de la ficción; sabemos de la dicha y del dolor de nuestros hermanos, cercanos o apartados, y del modo de darles nuestro consuelo o de hallar el suyo; nos adueñamos de la varita de virtudes "que posee la gracia de convertir el universo en un paisaje habitado sólo por cosas deseadas" y tenemos quien nos dé la compañía sin quitarnos la soledad.

MARÍA LUZ MORALES

Los libros constituyen la prolongación de nuestro cerebro.

PABLO LEÓN MURCIEGO

Dichosos los libros que nos enseñan a creer, a esperar y amar. Dichosos los hombres que los escriben. ¡Qué apaciblemente mueren rodeados de sus obras que se disponen a seguirlos!

F. NAVARRO VILLOSLADA

El libro es casi tan antiguo como su nobilísima madre, la escritura. Fué engendrado por el deseo innato en el hombre de proclamar sus sentimientos, sus invenciones y progresos y de transmitirlos a los descendientes.

CONDE DE LAS NAVAS

Examinadas las comedias y las novelas, no se encontrará en casi todas más que pasiones viciosas embellecidas con unos colores que las hacen agradables a los ojos

del mundo. Si no está permitido amar los vicios, podemos complacernos con lo que tiene por objeto hacerlos agradables.

NICOLE

La nación más instruída será necesariamente la más poderosa, porque el mayor poder reside en el mayor ingenio.

LEOPOLDO O'DONNELL

En todos tiempos y lugares el mejor libro será el que enseñe más y en menos páginas.

OLAVARRÍA

La redención de España, y más que de España de toda la Humanidad, consiste en que aprendan a leer los que no saben y los que saben lean.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Sean los libros del valeroso manchego nuestro breviario de siempre. En ellos podemos aprender la idealidad que ahora nos falta. Pongamos en las manos de nuestros hijos estas historias caballerescas que las nuestras, pecadoras, arrojaron con necio desdén. Volvamos los ojos, arrepentidos, a las ejemplares enseñanzas del hidalgo inmortal.

J. ORTIZ DE PINEDO

Por los libros han adquirido los grandes hombres en su juventud los conocimientos que necesitaron más tarde para realizar sus trabajos.

G. OSTWALD

Lanzar a un hijo sin educación en medio del mundo, además del daño que se le causa, es hacer un agravio al resto de la Humanidad.

PALEY

Como las armas, los libros se ennoblecen con el uso.

ANTONIO PALOMERO

Cuanto más civilizado está un pueblo, tanto más emancipados cuenta, elegidos por la riqueza, y más peregrinos del arte y de la ciencia envía a sus fronteras.

EUGENIO PELLETAN

Es el libro la luz del corazón, espejo del cuerpo, maestro de las virtudes, expulsor de los vicios, corona de los prudentes, diadema de los sabios, gloria de los buenos, honra de los eruditos, compañero en el viaje, amigo en casa, colocutor y confabulador del que calla, socio y compañero del que preside, vaso lleno de sabiduría, caja de olores de la elocuencia, huerto lleno de frutos, prado señalado de flores, principio de la inteligencia, repuesto de la memoria, muerte del olvido, vida del acuerdo; llamado, corre; mandado, se apresura; siempre está pronto, jamás inobediente; preguntado, al punto responde; ingenuo consejero; no adula, no habla para complacer; a nadie perdona, porque a nadie teme; en nada miente, porque nada pide; jamás le molestas, aunque a ti te dé molestia; revela los arcanos, aclarece lo oscuro, asegura lo incierto, resuelve lo perplejo; defensor contra la adversa fortuna, moderador de la favorable, aumenta las riquezas, evita la ruina; pozo inagotable, tesoro inmenso, erario inacabable, paraíso de donde no te pueden arrojar, sino cuando quisieres; amenidad fructífera de que puedes gozar mientras quieras; maestro agradecido, que te hace sabio si te halla ignorante, etcétera.

LUCAS DE PENA

Tengo amigos cuya sociedad me es en extremo agradable. Son de todas las edades y de todos los países. Se han distinguido, a la vez, sobre el campo de batalla y

en el silencio del gabinete, y han obtenido grandes honores por sus conocimientos de las ciencias. Es fácil llegar a ellos, porque siempre están a mi servicio y les admito a mi lado, o los despido cuando me place. Jamás son importunos, y responden a todas mis preguntas inmediatamente. Algunos me refieren los hechos de otros tiempos; otros me revelan los secretos de la naturaleza. Estos me enseñan a vivir, aquéllos a morir. Unos, con su jovialidad, destierran mis cuidados, alegran mi espíritu; otros, me dan la fuerza del alma y me enseñan la importante lección de no contar sino conmigo mismo. Rápidamente me abren los variados senderos de todas las artes y de todas las ciencias, y puedo fiarme de sus informes tranquilamente en todas circunstancias. En cambio de todos estos servicios, solamente me exigen que les preste una habitación conveniente en un rincón de mi modesta morada, en donde puedan descansar en paz, porque a estos amigos seducen más la paz de un tranquilo retiro que los ruidos del mundo.

PETRARCA

No hay libro, por malo que sea, que no contenga cosa instructiva.

Los libros deben ser tanto más estimados que los hijos, porque los hijos del alma superan a los del cuerpo.

PLINIO

El libro gobierna a los hombres, y es el maestro del porvenir.

R. POINCARÉ

El libro une el pasado con el presente; resucita los siglos difuntos; despierta la voz de nuestros antepasados, y nos proporciona vivir en su compañía y conversar con ellos. A la vez, el libro registra los progresos realiza-

dos, propaga las ideas fecundas, estimula las imaginaciones creadoras; es el mensajero de la ciencia y heraldo de las buenas letras; nos abre la puerta a lo desconocido.

R. POINCARÉ

Los libros:: Haced de ellos buena provisión tan pronto como los encontréis en las oficinas de las librerías; no los desgranéis solamente, devoradlos como opiata cordial, incorporadlos a vosotros mismos; entonces reconoceréis el bien que en ellos está dispuesto para todos...

RABELAIS

El saber es lo menos profano, lo más desinteresado, lo que menos depende del placer de todos los actos de la vida.

RENÁN

Los libros son los amigos más discretos que existen; sus visitas jamás nos incomodan, y aunque a veces los apartemos rudamente de nuestro lado, están siempre dispuestos a servirnos y agradecernos.

RICHTER

La poesía, la cultura y la filosofía, son el termómetro, el cronómetro y el barómetro de las civilizaciones.

ROBERTO ROBERT

Como enamorado de los libros desde mi niñez, con amor entrañable que sólo podrá arrebatar me la muerte, hace ahora treinta años... dije que los libros son los mejores amigos que puede tener el hombre; silenciosos cuando no se les inquiere, elocuentes cuando se les pregunta, sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo; fieles, que nunca vendieron un secreto de quien los trata; regocijados con el alegre, piadosos con el dolo-

rído, y tan humildes, que nada piden ni ambicionan, y por ocupar poco espacio se dejan estar de canto y estrechos en los estantes. ¡Oh, qué preciadísimo don del cielo es poder evocar como por conjuro mágico las venerandas sombras de los que fueron maestros del saber, y conversar con ellos siempre que nos place, y sentir con sus corazones, y discurrir con sus luminosos entendimientos, y aprender, en fin, de su madura y saludable experiencia!

¡Bien hayan los libros suaves y deliciosos, cautivadores del alma!

F. RODRÍGUEZ MARÍN

Algunos se quejan de que las novelas trastornan la cabeza. Lo creo. Poniendo de continuo a la vista de los que las leen los encantos de una vida imaginaria, los seducen, los hacen desdeñar su estado y cambiarlo fantásticamente por el que se les presenta, tan lleno de atractivos. Queriendo ser lo que no son, llegan a creerse otra cosa de lo que son y concluyen por volverse locos. La mujer que lea este libro (La Nueva Eloísa) es una mujer perdida.

ROUSSEAU

La instrucción de la juventud es la base principal de la prosperidad de los Estados.

C. RUFINO RUIZ

Ningún libro vale algo si no vale mucho.

RUSKIN

El don más grande que Dios haya hecho al hombre es el libro.

JAIME RUSSELL LOWELL

Conviene favorecer las imprentas, tesorerías de la gloria, donde sobre el depósito de los siglos se libran los premios de las hazañas generosas.

SAAVEDRA FAJARDO

El problema del libro es el mismo del traje: convertirle de artículo de lujo (que es entre los salvajes), en material de primera necesidad, indumento espiritual necesario.

QUINTILIANO SALDAÑA

Los libros deben comprarse con alegría y venderse con tristeza.

SALOMÓN

La lectura nos hace dueños de la experiencia y de los descubrimientos del pasado.

JUAN BAUTISTA SAY

Si deseas que la lectura deje en tí huellas profundas, límitate a algunos sabios autores y empápate en su sustancia. Estar en todas partes es no estar en ninguna. Una vida pasada hace conocer muchos hombres y pocos amigos. Lo mismo sucede con los lectores impacientes que devoran un inmenso número de libros sin predilección por ninguno.

Los alimentos no nutren la sangre y los músculos sino cuando se digieren: los alimentos del espíritu también necesitan ser digeridos.

No leáis sino libros generalmente estimados: es señal de un estómago enfermo comer de todos los manjares, los cuales, lejos de aprovecharle, sólo sirven para debilitarle más.

SÉNECA

No es preciso tener muchos libros, sino tenerlos buenos.

SÉNECA

El libro es el producto más precioso de la civilización.

AGUSTÍN SERRANO DE HARO

La ignorancia es la maldición de Dios; el saber, las alas con que volamos al cielo.

SHAKESPEARE

Emplead el tiempo en vuestra propia mejora mediante los documentos copiados por los demás; de este modo adquiriréis fácilmente lo que a otros costó grandes fatigas.

SÓCRATES

La vida moderna no permite leer las obras desde el principio hasta el fin; generalmente sólo hay tiempo para recorrerlas. Por esto rara vez dejan de carecer de orden y buen método los libros modernos.

EL BARÓN DE STASSART

De los libros se recibe el modo de entender y saber lo que se quiere.

DR. CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA

Puede decirse al lado de un tumba: no me responde, pero me oye; y leyendo ciertos libros: no me oyen, pero me responden.

MADAMA SWETCHINE

Estimo tanto los libros, que me los figuro vivientes, y que, al leerlos, converso con ellos.

SWIFT

El esfuerzo de leer mentalmente cuesta menos trabajo que el esfuerzo necesario para tener el libro en la mano.

TANZI Y LUGARO

El freno más poderoso para contener nuestras pasiones, es la instrucción.

JEREMÍAS TAYLOR

Los muchos años destruyen hasta los mármoles y los sepulcros, pero no tienen acción sobre los libros.

ADRIEN DE VALOIS

No puede haber alma grande ni talento sagaz sin amor a las letras.

VAUVENARGUES

Es cualquier libro discreto  
(que si cansa, de hablar deja)  
un amigo que aconseja  
y que reprende en secreto.

LOPE DE VEGA



Si lees u oyes, hazlo atentamente si no quieres perder tu tiempo y tu trabajo.

VIVES

Cuando leo por primera vez un buen libro, tengo el mismo placer que si contrajese una nueva amistad; cuando le vuelvo a leer, es un antiguo amigo que voy a visitar.

Todo el mundo civilizado, se gobierna por unos cuantos libros...

VOLTAIRE

La lectura es una necesidad del espíritu y un inapreciable sedativo de la turbulenta vida moderna.

ANTONIO ZOZAYA

El mejor compañero en la adversidad es un libro.

PROVERBIO ÁRABE

Las bibliotecas encierran medicinas para el alma, como las farmacias para el cuerpo.

MÁXIMA EGIPCIA

Un buen libro es el mejor amigo. Sirve de entretenimiento cuando se carece de amigos de quien fiarse; no descubre los secretos y enseña la sabiduría.

MÁXIMA ORIENTAL

El libro generosamente ofrece al hombre el caudal más estimable que puede apetecer. Y es él de tal condición, que ni le merman las cotizaciones del mercado bursátil, ni los pedriscos le dañan, ni en él clavan el diente bandoleros y estafadores. Y como nadie le disputa ni le ataca, no queda parte alguna de él engarzada, a cuenta de costas, en los garfios de los litigios judiciales. Nos da el libro cultura, y esta fortuna, de copiosa renta, es inatacable, indestructible, inalienable y permanente, porque de ella estamos en plena posesión hasta que la vida se nos acaba.

Si el libro narra y comenta hechos históricos, ensancha y alarga indefinidamente nuestra vida, porque nos hace compartir la de las sociedades y civilizaciones que analiza, penetrando la entraña y el aliento de los grandes hechos que trazaron el camino de la humanidad.

Con sus certeras y gráficas descripciones nos convida el libro de arte a paladear todas las bellezas de las grandes creaciones del genio.

Nos entrega el libro de ciencia, en preciadas concre-

ciones y sin la fatiga de la propia investigación, todas las conquistas del entendimiento, ofreciéndonos en minúsculas píldoras, que compendian y resumen el vigoroso y perseverante esfuerzo de la acuciosa investigación y del estudio prolijo, las más puras y aquilatadas esencias del saber y del progreso.

Es, en fin, el libro, luz del entendimiento, fuente de sabiduría, paz y goce del alma, fraternal amigo del hombre, templanza de las pasiones, consuelo en la tribulación, recreo y descanso en la fatiga, firme sostenedor del ánimo abatido, gentil bagaje para caminar animosamente por el árido camino de la vida, sabio y fiel compañero que guía y aconseja, enseña y corrige.

Tales son los bienes derivados del libro—del buen libro, claro es—, que con acierto ha podido señalarse como programa mínimo en la vida del hombre culto: plantar un árbol, dar vida a un hijo y escribir un libro.

No parece que haya de haber nadie, con mediana cultura, que deje de reconocer la capital importancia del libro y su poderoso influjo en la civilización y en los destinos de la humanidad; pero si hubiese alguien que estimara que es el libro encomiado hiperbólicamente, bastaría, para salir del error, que con la imaginación se le suprimiera. Suponga el incrédulo que de repente, por arte de taumaturgo, quedan suprimidos todos los libros, y verá cómo la civilización y el adelanto humanos, que, merced a ellos, corren con marcha acelerada, se detienen en el acto sin dar plaza a ningún progreso. Sin libros sería el mundo árbol sin hojas, estéril matrimonio, seca fuente, porque los libros son para la humanidad los ojos para mirar a través de los siglos y columbrar el fruto de la actividad humana en todas las disciplinas y en todas las edades; son la luz con que su camino se alumbra, son el alimento espiritual con que se sustenta, son el agua pura y cristalina que calma su ardorosa sed de ciencia, de adelanto y de cultura.

De todas las conquistas del hombre, quedarían tan sólo el individual bagaje espiritual del sabio, la personal inspiración del artista, la destreza del artífice, los monumentos gloriosos, libros, al fin, de piedra que expresan sin palabras el grado de civilización de las sociedades que los levantaron; pero al ser transmitido a los contemporáneos y a las venideras generaciones, sin el auxilio del libro, el fruto preciadísimo de la investigación y de la actividad del hombre, se vería que se hallaba agrietado y roto el ancho cauce por donde mansamente corre el rico caudal de cultura que ha de fertilizar los vírgenes predios de las generaciones que nos sucedan; mermas enormes sufriría la herencia de la humanidad, y deteniéndola dolorosamente en su brillante y fecundo avance, sin remedio se operaría en su marcha un retraso de siglos.

\* \* \*

El libro es el dueño de la gloria. Sin el libro, el omnipotente Carlomagno, por ejemplo, hubiera sido tan desconocido como el primer Scry de los incas. El ciñe la corona de hierro en la frente de los Césares y la aureola de los divinos en la frente de los sabios.

\* \* \*

El libro es el arca y el instrumento más poderoso que utiliza la inteligencia humana.

\* \* \*

El libro es la encarnación del verbo humano; la lectura es la comunión; el que lee, vive vida nueva; la vida de la idea.

\* \* \*

El libro es la expresión natural y viviente del pensamiento humano.

\* \* \*

El libro es un cielo. En el cielo, cada astro es un punto; en el libro, cada punto es una idea, es decir, un astro.

\* \* \*

El libro es una lira; sus cuerdas, los renglones; su música nos habla de los dioses.

\* \* \*

El libro ha sido, y lo será cada día más, el primordial instrumento del conocimiento recíproco de los pueblos.

\* \* \*

El libro ha sido siempre la imagen más perfecta de la época en que fué impreso e ilustrado.

\* \* \*

Es el libro no sólo un instrumento de cultura y renovación, sino un arma de gobierno.

\* \* \*

Los antiguos llamaban a los libros "partos legítimos de los ingenios y retratos al vivo de los ánimos".

\* \* \*

Los antiguos escribían para todos los tiempos; los modernos suelen escribir sólo para los tiempos presentes.

\* \* \*

Los libros son remedios del alma.

\* \* \*

Los libros son los amigos que nos instruyen sin azotes ni palmetas; si se les llama, no se hacen los desentendidos, y al buscarlos, no se esconden; no nos zahieren por nuestros errores, ni nos escarnecen si no sabemos.

\* \* \*

Los libros son una hermosa alhaja de la humana y divina sabiduría.

\* \* \*

Los libros de mérito deben estar, en un país civilizado, al alcance de todos, impresos en forma excelente, por un precio justo; pero no en forma vil, vulgar, o por razón de la pequeñez del libro, en una forma físicamente perjudicial, a un bajo precio.

\* \* \*

Un buen libro es una provisión para la vida, pues contiene inagotables alimentos espirituales.

\* \* \*

Un libro estropeado parece un herido no socorrido.

\* \* \*

Un libro que no merece ser leído dos veces no debe ser leído totalmente.

\* \* \*

Que cada libro y cada campo produzcan un obrero moralizado.

\* \* \*

Así como el cedro perfuma al hacha que le abate, el libro inmortalizó a sus enemigos más crueles.

\* \* \*

La obra más admirable de la obra divina es el hombre; y de la mano del hombre es el libro la obra suprema, de la cual derivan todas las demás maravillas y portentos llevados a cumplimiento por los hombres sabios. El libro, además de un artífice científico y literario, tiene el artista que lo confecciona bello, pulcro y admirable en

su parte material; las intrincadas cuartillas del sabio, su confusa escritura, resplandecen en tipos claros y abiertos, fundidos con arte supremo, combinados con maestría, distribuídos con elegancia y llevados a millares de manos que los reciben anhelantes, y por ojos que devoran su lectura: es el libro.

\* \* \*

La baratura de los impresos está haciendo olvidar, aun a las gentes sabias, que si un libro es digno de ser leído, es digno de ser comprado.

\* \* \*

Sea cualquiera su categoría o posición social, el aficionado a los libros será siempre el más rico y feliz entre los más felices de los hijos de los hombres.

\* \* \*

Ninguno de nosotros necesita muchos libros, y los que necesitamos deben estar claramente impresos en buen papel y sólidamente encuadernados.

\* \* \*

Destine parte de sus ingresos a la adquisición de libros que le ilustren en su profesión o en las ideas que mantenga. El conocimiento capacita al hombre; el más capaz es el más útil y consigue mayores recompensas.

\* \* \*

Si los libros costasen la décima parte de lo que cuestan las joyas, hasta los más locos de los hombres y de las mujeres sospecharían algunas veces que es tan bueno leer como masticar o brillar.

\* \* \*

Una Biblioteca repleta de libros viejos y nuevos, es

un mundo de difuntos y de ausentes, vueltos a la vida, presentes, familiares.

\* \* \*

El amor a los libros es un amor de alto linaje y subido placer.

\* \* \*

Es digno de hacer constar el hecho de que muchos eruditos y bibliófilos hayan muerto de avanzadísima edad, como si el culto de los libros fuese un elixir de larga vida.

\* \* \*

Lo que pronuncia la voz, pasa y se olvida; pero lo que se imprime, se perpetúa y difunde.

\* \* \*

Aprovechemos los momentos de descanso para leer libros que aumenten nuestra cultura o nos capaciten para aumentar nuestro valor como productores de riqueza.

\* \* \*

Atesora cultura: busca en los libros riqueza para tu espíritu.

\* \* \*

El saber es un tesoro que nada ni nadie pueden quitar; dura tanto como la vida, y como la luz de una vela, se aumenta comunicándolo.

\* \* \*

La lectura es el placer menos costoso.

\* \* \*

Lee: hazte por tu cultura digno de tu patria.

\* \* \*

Leer un libro ameno es algunas veces hacer un viaje sin moverse.

\* \* \*

Por la lectura se anulan los malos instintos y se suavizan los odios.

\* \* \*

Siendo la vida tan corta y las horas tranquilas tan breves, no debemos malgastar ninguna de ellas en leer libros sin mérito.

\* \* \*

En las principales casas de Atenas y Roma, lo mismo que en otros pueblos de la antigüedad donde apreciaban las letras, tenían un doméstico o esclavo llamado Anagnoste, destinado para leer durante la comida. Los preceptores que había en las casas particulares para educación e instrucción de la familia, eran los que ejercían este honroso encargo, que el mismo Emperador Severo desempeñaba por sí muchas veces, leyendo el voz alta mientras comía su familia.

\* \* \*

Habiendo consultado Zenón el estoico a un oráculo acerca del mejor género de vida que podría elegir, le fué contestado: que conversase con los muertos, o lo que es lo mismo: que se dedicase a la lectura.

\* \* \*

El filósofo griego Eratóstones, habiéndose quedado ciego, se dejó morir de hambre por no poder resistir la ceguera que le privaba del placer de la lectura.

\* \* \*

Invitando Juvenal a comer con él a un amigo, le promete que haría leer en tanto algunos versos de Horacio y de Virgilio.

\* \* \*

Carlomagno promovió en su tiempo la cultura creando escuelas en donde le fué posible, y una en su mismo palacio, a la que asistían él y su familia.

\* \* \*

En el Código de las Siete Partidas, se prescribe a los buenos caballeros que presten atención durante la comida a la lectura de las historias de los grandes hechos de armas que otros hicieron.

\* \* \*

Cervantes no perdía ocasión de leer cualquier libro o papel que caía en sus manos o encontraba por las calles.

\* \* \*

El gran poeta Milton unía a su prodigioso talento tan incansable amor al estudio, que las prolongadas lecturas le debilitaron la vista hasta el extremo de perderla por completo. En su ceguera, las hijas de su primer matrimonio le servían de amanuenses y le leían cuantos libros necesitaba para calmar las ansias de sus portentosas facultades.

\* \* \*

Newton desde joven sentía tal pasión por la lectura, que cuando iba por encargo de su madre a compras necesarias o a vender al mercado de Grantham los productos de la granja, único patrimonio de su familia, siempre lo hacía leyendo y estudiando en sus libros, olvidándose de los encargos recibidos. Esto hizo que su madre, con buen criterio, lo enviase a seguir estudios superiores a un colegio de Cambridge.

\* \* \*

Leibnitz, entretenido en la lectura, pasaba muchos días sin levantarse de la silla de su gabinete de estudio, con gran perjuicio de su salud.

\* \* \*

Kosciuszko, el gran patriota polaco, siendo estudiante metía los pies desnudos en agua helada para combatir el sueño y prolongar las horas de estudio.

\* \* \*

La célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), llamada la décima musa mejicana, a la edad de seis años sabía ya leer, escribir, de cuentas y labores; siendo niña, tenía tal entusiasmo por la lectura, que en contra de la voluntad de su madre se imponía castigos cuando no conseguía aprender algo en los días que ella misma se había fijado.

\* \* \*

El General Drouot tenía de niño tal pasión por la lectura, que a ella consagraba todos los momentos que sus ocupaciones en la panadería de sus pobres padres le permitían. Como muchas noches se apagara por economía la lámpara que alumbraba la casa, para no cesar en sus lecturas, robando horas al sueño, lo hacía a la luz de la Luna, cuando la había, o al resplandor del horno abierto y encendido.

\* \* \*

Balmes dice de sí mismo que durante los meses de vacaciones, siendo seminarista, estaba en la Biblioteca de Vich todos los días desde que se abría hasta que se cerraba.

\* \* \*

El poeta Gustavo Adolfo Bécquer, a quien la afición al estudio abrió camino en su educación literaria, era tan apasionado por la lectura, que estando empleado en la Dirección de Bienes Nacionales, entre minuta y minuta que copiaba, leía o dibujaba a pluma alguna escena de Shakespeare.

\* \* \*

Menéndez Pelayo tenía tal pasión por la lectura, que estando para morir exclamó: "¡Qué lástima morirme, cuando me queda tanto por leer!"

\* \* \*

En algunas factorías, fábricas y talleres de California, Cuba, el Transvaal, la India inglesa, Bélgica y Austria, hay lectores, hombres de voz potencial y simpático timbre, que amenizan a multitud de personas las horas de trabajo.

\* \* \*

Los primeros mártires del pensamiento libre no fueron solamente los innovadores de las ideas, sino también aquellos colaboradores modestos que lograron difundirlas por todo el haz de la tierra.

\* \* \*

Editar un libro, en el sentido filosófico de la palabra, es difundir los pensamientos de un autor; es sacarlos a luz para divulgarlos; es recrear el espíritu y alimentar el saber.

\* \* \*

Editores no han sido nunca los que compraron el derecho de representación de obras teatrales, sino los que por medio de la Imprenta han difundido las ideas.

\* \* \*

Los mejores editores fueron casi siempre los más castigados por la suerte, y las mejores obras, las que menos fortuna consiguieron en los primeros instantes, a veces años, de su publicación.

\* \* \*

El Editor más meritísimo de las letras españolas fué D. Manuel Rivadeneyra. Su "Biblioteca de Autores Españoles" ayudó poderosamente a difundir la pureza del Idioma en nuestros perdidos territorios.





## *Aforismos rimados*

Ama a Dios sobre todo lo terreno,  
y ama como a ti mismo al libro bueno.

---

Amigo del humilde y del afortunado,  
el libro es el tesoro más rico que han legado  
a los presentes tiempos los hombres del pasado.

---

En los libros los pueblos deletrean su historia,  
el pasado, el presente, su infortunio, su gloria.

---

¿Un individuo, un pueblo, en la inacción se es-  
[tanca?  
Para moverlo, un libro es la mejor palanca.

---

Al verme de mis libros rodeado,  
no envidio más riqueza, ni otro estado.

---

No te parezca libro alguno caro,  
y sé, de los que adquieras, muy avaro.

---

Ciudad que tiene Biblioteca pública,  
es faro del Estado o la República.

---

Junta libros y forma librerías  
y se hablará de ti todos los días.

---

¿Algún pesar tu alma mortifica?  
Tu librería es la mejor botica.

---

¿Joyas? Mejores que en las platerías  
las hallarás en muchas librerías.

---

Dijo Edmundo de Amicis que el destino  
de numerosos hombres dependía  
de haber, o no, en su casa librería.

L. C. VIADA Y LLUCH (\*)

---

(\*) De su libro "Del amor al libro", Barcelona 1927,  
en 8.º (apaisado). Impr. Miquel Rius.





## Refranes

Leña seca para quemar,  
Caballo viejo para cabalgar,  
Vino añejo para beber,  
Amigos ancianos para conversar  
Y libros antiguos para leer.

\* \* \*

Amigos y libros, pocos y buenos y bien conocidos.

\* \* \*

Inútiles pláticas e inútiles libros, ni las tengan tus hijas, ni los lean tus hijos.

\* \* \*

Leña, libros, vino y amigos, los más viejos preferidos.

\* \* \*

Libro en el que mi padre leyó, ése quiero yo.

\* \* \*

Libro cerrado, maestro callado.

\* \* \*

Libro cerrado, no saca letrado.

\* \* \*

Libro en el estante y guitarra en un rincón, no hacen ningún son.

\* \* \*

Libro prestado, libro perdido.

\* \* \*

Libro prestado, o perdido o estrópeado.

\* \* \*

Es más fácil quedarse con un libro que con su contenido.

\* \* \*

Cada libro que un autor regala, es un hurto que se hace a sí mismo.

\* \* \*

Al libro y a la mujer hasta el culo le has de ver.

\* \* \*

Más vale un libro y un estudioso que cien libros solos.

\* \* \*

Libros de lujo, libros sin uso.

\* \* \*

Libros, caminos y días, dan sabiduría.

\* \* \*

Los libros te enseñarán y no te avergonzarán.

\* \* \*

Los libros nos dan la ciencia, y la vida, la experiencia.

\* \* \*

Los libros reprenden sin empacho.

\* \* \*

Los libros son maestros que no riñen y amigos que no piden.

\* \* \*

No hay mejor amigo o compañero que un buen libro.

\* \* \*

No hay libro tan malo que no tenga algo bueno a alguna cosa buena.

\* \* \*

Escrito está en los libros del Destino que es libre la  
nación que quiere serlo.

\* \* \*

Cuando viajes, lleva libros en tu equipaje.

\* \* \*

La mejor librería, la que del dueño no está vacía.

\* \* \*

Librería muy arreglada, librería poco usada.

\* \* \*

Hasta que el libro no entiendas, no digas de él ni bien  
ni mal.

\* \* \*

El que comienza un libro es discípulo del que lo  
acaba.

\* \* \*

El que no sabe leer, ¿para qué quiere los libros?

\* \* \*

El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe  
mucho.

\* \* \*

Cual libro leemos, tal vida hacemos.

\* \* \*

Leer y comer, despacio se ha de hacer.

\* \* \*

Eso te pega y como lo leíste se te queda.

\* \* \*

Ocio sin lectura, vida en sepultura.

\* \* \*

Todo lo aguanta el papel.

\* \* \*

El papel, que se rompa él.

\* \* \*

Papel, testigo fiel.

\* \* \*

El papel todo lo aguanta, o no tiene vergüenza, o no tiene empacho.

\* \* \*

Papel vendido, papel perdido; papel guardado, papel ganado.



LIBRO



**LIBRO** en español, italiano y esperanto.—**LLIBRE** en catalán, valenciano y mallorquín.—**LIBRU** en vascuence.—**LIVRO** en portugués.—**BUCH** en alemán.—**QETAB** en árabe.—**KNI'RA** en búlgaro.—**SU** en chino.—**BOG** en dinamarqués.—**DEFTAR** en egipcio.—**KIRJA** en finlandés.—**LIVRE** en francés.—**ARMENSALLE** en gitano.—**BIBLON** en griego.—**SEFER** en hebreo.—**BOEK** en holandés.—**BOOK** en inglés.—**HON** en japonés.—**LIBER** en latín.—**KSIAZKA** en polaco.—**CODEX** en reto (cuarto idioma de Suiza).—**CARTE** en rumano.—**KNIKA** en ruso.—**KNJIGA** en servio.—**BOK** en sueco.—**KETAB** en turco.—**BUK** en volapuk.



## *Cómo habla el libro al lector*

1.—No me abras por simple curiosidad.

2.—No humedezcas la yema de los dedos para volver mis hojas. No tosas ni estornudes sobre mis páginas. No me toques sino con las manos limpias. Medita en que, pues podemos encontrarnos nuevamente, te desagradaría verme envejecido, manchado o roto. Así, procura conservarme limpio y lo mejor que te sea posible. En cambio, yo pagaré tu buen tratamiento ayudándote a ser feliz y proporcionándote algunas armas para la lucha por la vida.

3.—No hagas ninguna señal o anotación en mis páginas ni con la pluma ni con el lápiz. Escribe tus anotaciones en un cuaderno bien llevado.

4.—No me levantes en alto tomándome por alguna de mis tapas; y cuando me leas, no te apoyes en mí con los codos ni con los brazos.

5.—No me leas acostado con la cabeza sobre la almohada.

6.—No me dejes abierto ni vuelto del revés, besando con mis páginas la mesa o pupitre. No coloques nunca entre mis hojas un portaplumas, un lápiz ni otro objeto que sea más grueso que una hoja de papel. Si cuando suspendas la lectura temes no recordar la página, no pliegues la hoja ni doubles sus ángulos. Emplea como registro una cinta o una tira de papel, que son señales inofensivas.

7.—Si me tomas de una biblioteca circulante, piensa que no debo acompañarte sino el tiempo estrictamente indispensable, pues solicitan mi compañía y mi consejo otros lectores. Si me compras, no me ocultes, como oculta su tesoro un avaro; dame en préstamo a los que no me conozcan o no me puedan adquirir, o propaga lo bueno que hayas encontrado en mis páginas.

8.—Recuerda que soy el maestro que instruye sin palabras duras y sin cólera. Si me interrogas, nada que sepa te ocultaré. Y aun si me desconoces, jamás me quejaré.

9.—Léeme lentamente y reléeme, siempre con el lápiz en la mano. Discute conmigo procurando ponerte en mi mismo plano mental, sin que tu espíritu esté unilateralizado, ni prevenido intelectual o afectivamente por sistema, y sobre todo, que razones para averiguar la verdad, no para triunfar sobre mí o sobre los que te combaten, ni para que te regocijes en hallarme defectos y yerros.

10.—Cuando me veas en un vitrina y no sepas quién es mi autor porque no está precedido de fama, no me desprecies. Cómprame y léeme.

H. MAXON



## *Decálogo del lector*

1.º Ama a Dios leyendo libros que alaben y estudien su obra.

2.º No perjures de un libro mal escrito: "No hay libro tan malo que no tenga algo bueno".

3.º Santifica tus fiestas instruyéndote una hora con la lectura de buenos libros.

4.º Honra a tus padres y a tu patria haciéndote mejor por el estudio de libros que busquen el bien, la verdad y la belleza.

5.º No mates la pureza de tu alma o la de otros leyendo o escribiendo libros inmorales.

6.º No leas jamás libros pornográficos.

7.º No hurtes tiempo a la cultura robando horas a los libros que debes leer.

8.º No levantes falso testimonio a los libros, ni mientas de ellos: Cuando no los hayas leído o comprendido bien, vuévelos a leer despacio.

9.º No desees los libros de tu prójimo: Si te los presta, devuélveselos.

10.º No codicies los libros ajenos; codicia la honradez, la cultura y el trabajo que hayan llevado a concebirlos.

EUFRASIO ALCÁZAR ÁNGUITA



## *Los diez mandamientos del librero checoslovaco*

Primero. Si eres librero, eres comerciante, y tu mercancía, el libro, la más preciada para la vida de la Nación. Eres el intermediario entre el escritor y el pueblo. Siéntete orgulloso del oficio que tú mismo has elegido, y que tu amor por el libro te ha dado. Observa que quizá ganes menos dinero que en otra rama cualquiera del comercio, pero que tu actividad puede ser origen de un sinnúmero de buenas acciones.

Segundo. Si eres editor, tu papel es importantísimo en la vida intelectual de la nación. Tu empresa hará bien al pueblo, porque de tus máquinas saldrá una buena edición. Pero si faltas a sabiendas, entonces serás una traba para el progreso. No tengas, pues, nunca vergüenza al escribir tu nombre al pie de un libro que das a la venta.

Tercero. De todo lo que leas en la literatura de las grandes naciones, no tomes más que lo que sea bueno. No olvides nunca que eres miembro de la pequeña nación checa, cuyo papel es marchar a la cabeza de la gran familia eslava. El hecho de que te encuentres con otros productores y otros vendedores, no quiere decir que no puedas ir adelante. Has de saber que no te está permitido cometer ciertas faltas, que, en países más grandes que el tuyo, puedan pasar inadvertidas.

Cuarto. Librero y editor deben siempre colaborar estrechamente, y completarse.

Quinto. Cumple siempre con tu deber. Regula tus cuentas, y si eres editor, procura acudir en ayuda de los otros.

Sexto. El precio de un libro es invariable, porque ha sido cuidadosamente calculado: ese precio es preciso mantenerlo a todo trance.

Séptimo. Difunde en derredor de ti el libro bueno; no esperes a que te lo pidan.

Octavo. Como comerciante estás sometido a la ley de la competencia, pero no olvides que hay una cosa que para ti es de más valor que todas las demás: la honradez.

Noveno. Si has dado poderes a uno de tus colegas para la Asamblea general, ten la seguridad de que él no verá más que tu interés.

Décimo. Este Reglamento es nuestra ley: ir contra él es deshonoroso. ¡Siéntete orgulloso de tu oficio!

---

¿Qué Asociación de libreros y editores no querría haber escrito estas normas?

Ellas reflejan la preocupación de los editores y de los libreros de todos los países, porque el motivo de todos los Reglamentos es el mismo: vender el libro nuevo al precio de catálogo del editor o al precio marcado, sin descuento ni ventaja de ninguna clase. Es, en suma, la gran ley del comercio del libro, y casi la única. Con esta ley ha ocurrido como con todas las demás: que algunos interesados se han opuesto y han querido que la ley se volviese en su favor. Las Asociaciones de libreros y editores se han visto entonces obligadas a establecer reglas, fijando las condiciones para la interpretación de la ley, y previendo sanciones para los que la infrinjan.

Las reproducimos por ser de conveniente divulgación, para su aplicación entre nosotros.



## *Manera de conservar los libros*

Tener cuidado de cubrir la obra con papel transparente.

Cortar los pliegos con plegadera que tenga la extremidad en redondo.

No enrollar el libro.

No doblar nunca el libro de manera que las tapas de la cubierta se toquen.

Todos los días hacer pasar una corriente de aire por la biblioteca.

Para borrar las manchas de humedad, frotar con miga de pan.

Para borrar las manchas de barro, poner encima espuma de jabón durante tres cuartos de hora, mojar después la hoja manchada en agua limpia y pasar un trapo muy fino sobre la espuma de jabón, que desaparecerá con el barro.

Para hacer desaparecer las manchas de sangre, aplicar cloruro de cal y frotar después con un trapo impregnado de un ácido.



## Soneto

Retirado en la paz de estos desiertos,  
Con pocos, pero doctos libros (\*) juntos,  
Vivo en conversación con los difuntos,  
Y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,  
O enmiendan, o fecundan mis asuntos;  
Y en músicos callados contrapuntos  
Al sueño de la vida hablan despiertos.

Las Grandes Almas, que la muerte asuenta,  
De injurias, de los años vengadora,  
Libra, oh gran don José, docta la Imprenta.

En fuga irrevocable huye la hora;  
Pero aquélla el mejor Cálculo cuenta,  
Que en la lección y estudios nos mejora.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

\* Madrid, 1580.

† Villanueva de los Infantes, 1645.

---

(\*) Alude con donaire a que casi siempre los tuvo reparados en diferentes partes.





## *Oración de un bibliómano*

Todo el amparo, señora,  
de mi libro en ti le libro;  
pues eres libro en quien Dios  
enquadró sus prodigios.  
Si al que es vida le ceñiste  
en tu virgen pergamino,  
ya libro eres de la vida;  
vida has de ser de los libros.  
El gran Autor con la pluma  
del espíritu divino,  
sobre tu papel intacto,  
sacó su palabra en limpio  
sin copia, por ser tú sola;  
sin tinta, por ser arminio;  
sin original obscuro,  
y sin borrador delito.  
Libro eres de cuenta, donde  
el más estrecho juicio  
siempre suma lo constante  
pero nunca lo caído;

libro de memoria, siempre  
para hacerme beneficio,  
y en blanco, pues por ti Dios  
mis culpas pone en olvido:  
de Palma, o libro, tus hojas  
en tu concepción las miro,  
allá en tu parto azucenas  
y en tu soledad cuchillos.  
Tu esencia es privilegio,  
tu tasa precio infinito,  
general tu aprobación,  
gloria el fin, gracia el principio,  
impresión estrellas, coma  
la luna, punto el sol mismo,  
rectas líneas, blanco margen,  
luces letras, cielo estilo  
y al fin concepción sin mácula  
es el título aplaudido  
de tu libro, porque es Dios,  
el concepto de tu libro.  
O libro cerrado a culpas  
y abierto a humanos gemidos:  
borre un rasgo de tus gracias  
las erratas de mis vicios.

Este romance, anónimo y sin título, está copiado de un cartapacio bilingüe de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo (sign. R. I.-39-29, página 105), que contiene diversas composiciones de los siglos XVII y XVIII.



*Implorando a favor de la  
Real Imprenta*

*la protección de*

*Sus Majestades*

*que fueron a visitarla en 1818.*

(ESTANCIAS)

Feliz hora y bien lograda  
La que trae vuestro esplendor,  
Rey benigno y Reina amada,  
De Minerva al obrador.

Bien es digna de fomento  
Y el favor de un sabio Rey  
La invención que al pensamiento  
Ha sabido dar su ley.

El volará fugitivo,  
Siempre vago y siempre infiel,  
Si la Imprenta su cautivo  
No le hiciera en el papel.

Deteniendo al tiempo el paso,  
Por la Imprenta aun hoy oís  
La lira de Garcilaso,  
La elocuencia de Solís.

Y ya con tipos fecundos  
Las copias multiplicando,  
Haga a un tiempo que dos mundos  
Oigan la voz de Fernando;

Ya lleve vuestras bondades  
Impresas en sus renglones,  
siempre os gana voluntades.  
Siempre os rinde corazones.

La Imprenta, Señor, ampara,  
Que es digno de vuestra gloria,  
Mientras otra se os prepara  
En el templo de memoria;

Donde el apolíneo coro  
Grabará con mano fiel  
Otro nuevo siglo de oro  
Por Fernando e Isabel.

JUAN BAUTISTA ARRIAZA

\* Madrid, 1770.

† " 1837.





## *A mi libro*

(ANACREÓNTICA)

Dime: ¿dónde caminas  
Tan solo y confiado,  
Sin protector alguno,  
Librillo desdichado?

¿En qué elegancia fías  
Tu aprecio y tu despacho?  
¿Qué crítico piadoso  
Te aseguró el aplauso?

Cuando en ti contuvieses  
Los versos que cantaron  
Con sonoras liras  
El Píndaro y Horacio,

De Movios y de Zoilos  
No pudieras librarlos,  
Pues aun al propio Homero  
Se le atrevió Aristarco.

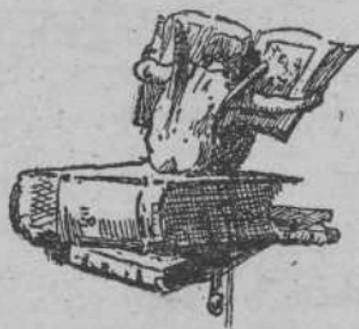
Siendo esto así, no temas  
El verte censurado,  
Que no es toda censura  
Prueba de que eres malo;

Y más en este tiempo,  
Que en la corte de Carlos  
Son muchos los que juzgan,  
Mas los que aciertan, raros.

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

\* Madrid, 1737.

† " 1780.





## *A mis libros*

### ODA

Fausto consuelo de mi triste vida,  
Donde contino a sus afanes hallo  
Blandos alivios, que la calma tornan  
Plácida al alma;

Rico tesoro, deliciosa vena  
Do puros manan, cual el almo rayo  
Que Febo lanza, esclareciendo el orbe,  
Santos avisos;

Donde Minerva providente cela  
Sus maravillas, monumento ilustre  
Del genio excelso que feliz me anima,  
Libros amados

Do de los siglos la fugaz imagen,  
Donde, natura, tu opulenta suma,  
Del seno humano el laberinto ciego,  
Quieto medito.

Nunca dejéis de iluminarme, nunca  
En mi cansada soledad de serme  
Util empeño, pasatiempo dulce,  
Séquito grato.

Vuestro comercio el ánimo regala,  
Vuestra doctrina el corazón eleva,  
Vuestra dulzura célica el oído  
Mágica aduerme;

Cual reverdece la sonante lluvia  
Al seco prado, y regocija alegre  
La árida tierra, que su seno le abre,  
Madre fecunda.

Por vos escucho en el aonio cisne  
La voz ardiente y cólera de Ayace,  
Los trinos dulces que el amor te dicta,  
Cándido Teyo.

Por vos admiro de Platón divino  
La clara lumbre, y si tu mente alada,  
Sublime Newton, al Olimpo vuela,  
Rauda te sigo;

En la tribuna el elocuente labio  
Del claro Tulio atónito celebros;  
Con Dido infausta dolorido lloro  
Sobre la hoguera.

Sigo la abeja, que libando flores  
Ronda los valles del ameno Tíbur,  
Y oigo los ecos repetir tus ansias,  
Dulce Salicio (\*),

Viéndome así del universo mundo  
Noble habitante, en delicioso lazo  
Con las edades que en el hondo abismo  
Son de la nada.

---

(\*) El dulcísimo poeta Garcilaso.

Nuncapreciados, do la suerte, ¡oh libros!,  
Lleve mi vida, cesaréis de serme,  
Ora me encumbre favorable, y ora  
Fiera me abata;

Bien me revuelva en tráfgos civiles,  
Biende los campos a la paz me torne,  
Siempre maestros de mi vida, siempre  
Fieles amigos.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

\* Ribera del Fresno (Badajoz), 1754.

† Montpellier (Francia), 1817.







## *A la invención de la Imprenta*

( O D A )

¿Será que siempre la ambición sangrienta  
O del solio el poder pronuncie sólo,  
Cuando la trompa de la fama alienta  
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?  
¿No os da rubor? El don de la alabanza,  
La hermosa luz de la brillante gloria,  
¿Serán tal vez del nombre a quien daría  
Eterno oprobio o maldición la historia?  
¡Oh!, despertad: el humillado acento  
Con majestad no usada  
Suba a las nubes penetrando el viento;  
Y si queréis que el Universo os crea  
Dignos del lauro en que ceñís la frente,  
Que vuestro canto enérgico y valiente  
Digno también del Universo sea.

No los aromas del loor se vieron  
Vilmente degradados  
así en la antigüedad; siempre las aras  
De la invención sublime,

Del genio bienhechor los recibieron.  
Nace Saturno, y de la madre tierra  
El seno abriendo con el fuerte arado,  
El precioso tesoro  
De vivífica mies descubre al suelo,  
Y grato el canto le remonta al cielo,  
Y Dios le nombra de los siglos de oro.  
¿Dios no fuiste también tú, que allá un día diste  
Cuerpo a la voz y al pensamiento  
Y trazándola en letras detuviste  
La palabra veloz que antes huía?

Sin ti se devoraban  
Los siglos a los siglos, y a la tumba  
De un olvido eternal yertos bajaban.  
Tú fuiste: el pensamiento  
Miró ensanchar la limitada esfera  
Que en su infancia fatal le contenía.  
Tendió las alas, arribó a la altura  
De do escuchar la edad que antes viviera,  
Y hablar ya pudo con la edad futura.  
¡Oh gloriosa ventura!  
Goza, genio inmortal, goza tú solo  
Del himno de alabanza y los honores  
Que a tu invención magnífica se deben:  
Contéplala brillar; y cual si sola  
A ostentar su poder ella bastara,  
Por tanto tiempo reposar Natura  
De igual prodigio al Universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba  
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado  
Nacer vió a Gutenberg: "¿Con que es en vano

Que el hombre al pensamiento  
Alcanzase escribiéndole a dar vida,  
Si desnudo de curso y movimiento,  
En letargosa oscuridad se olvida?  
No basta un vaso a contener las olas  
Del férvido Oceano,  
Ni en sólo un libro dilatarse pueden  
Los grandes dones del ingenio humano:  
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a Natura  
Un tipo basta a producir sin cuento  
Seres iguales, mi invención la siga:  
Que en ecos mil y mil sienta doblarse  
Una misma verdad, y que consiga  
Las alas de la luz al desplegarse."

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento  
Vieras la Europa atónita, agitada  
Con el estruendo sordo y formidable  
Que hace sañudo el viento  
Soplando el fuego asolador que encierra  
En sus cavernas lóbregas la tierra.  
¡Ay del alcázar que al error fundaron  
La estúpida ignorancia y tiranía!  
El volcán reventó, y a su porfía  
Los soberbios cimientos vacilaron.  
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo  
Que abortó el dios del mal, y que insolente  
Sobre el despedazado Capitolio  
A devorar el mundo impunemente  
Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío  
Desplomándose va; pero su ruina

Mostrará largamente sus estragos.  
Así torre fortísima domina  
La altiva cima de fragosa sierra;  
Su albergue en ella y su defensa hicieron  
Los hijos de la guerra,  
Y en ella su pujanza arrebatada  
Rugiendo los ejércitos rompieron.  
Después abandonada,  
Y del silencio y soledad sitiada,  
Conserva, aunque ruinoso, todavía  
La aterradora faz que antes tenía.  
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;  
Cae, los campos gimen  
Con los rotos escombros, y entretanto  
Es escarnio y baldón de la comarca  
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes  
Ornó de la razón, mientras osada,  
Sedienta de saber la inteligencia,  
Abarca el Universo en su gran vuelo.  
Levántase Copérnico hasta el cielo,  
Que un velo impenetrable antes cubría,  
Y allí contempla el eternal reposo  
Del astro luminoso  
Que da a torrentes su esplendor al día.  
Siente bajo su planta Galileo  
Nuestro globo rodar, la Italia ciega  
Le da por premio un calabozo impío,  
Y el globo en tanto sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío.  
Y navegan con él impetuoso,  
A modo de relámpagos huyendo,

Los astros rutilantes; mas lanzado  
 Veloz el genio de Newton tras ellos,  
 Los sigue, los alcanza,  
 Y a regular se atreve  
 El grande impulso que sus orbes mueve.

“¡Ah! ¿Qué te sirve conquistar los cielos,  
 Hallar la ley en que sin fin se agitan  
 La atmósfera y el mar, partir los rayos  
 De la impalpable luz, y hasta en la tierra,  
 Cavar y hundirte, y sorprender la cuna  
 Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,  
 Vuélvete al hombre.” Ella volvió, y furiosa  
 Lanzó su indignación en sus clamores.

“¡Conque el mundo moral todo es horrores!  
 ¡Conque la atroz cadena  
 Que forjó en su furor la tiranía,  
 De polo a polo inexorable suena,  
 Y los hombres condena  
 De la vil servidumbre a la agonía!  
 ¡Oh! No sea tal.” Los déspotas lo oyeron,  
 y el cuchillo y el fuego a la defensa  
 En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿Qué hacéis? Esas hogueras  
 Que a devorarme horribles se presentan  
 Y en arrancarme a la verdad porfían,  
 Fanales son que a su esplendor me guían,  
 Antorchas son que su victoria ostentan.  
 En su amor anhelante  
 Mi corazón extático la adora,  
 Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.  
 No: ni el hierro ni el fuego amenazante



Posible es ya que a vacilar me obliguen.  
¿Soy dueño, por ventura,  
De volver el pie atrás? Nunca las ondas  
Tornan del Tajo a su primera fuente  
Si una vez hacia el mar se arrebataron:  
Las sierras, los peñascos su camino  
Se cruzan a atajar; pero es en vano;  
Que el vencedor destino  
Las impele bramando al Oceano.

Llegó, pues, el gran día  
En que un mortal divino, sacudiendo  
De entre la mengua universal la frente,  
Con voz omnipotente  
Dijo a la faz del mundo: "El hombre es libre."  
Y esta sagrada aclamación saliendo,  
No en los estrechos límites hundida  
Se vió de una región: el eco grande  
Que inventó Gutenberg la alza en sus alas;  
Y en ella conducida  
Se mira en un momento  
Salvar los montes, recorrer los mares,  
Ocupar la extensión del vago viento;  
Y sin que el trono o su furor la asombre,  
Por todas partes el valiente grito  
Sonar de la razón: "Libre es el hombre."

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho  
Se dilata escuchándote, y palpita,  
Y el numen que me agita,  
De tu sagrada inspiración henchido,  
A la región olímpica se eleva,  
Y en sus alas flamíferas me lleva.

¿Dónde quedáis, mortales  
Que mi canto escucháis? Desde esta cima  
Miro al destino las cerradas puertas  
De su alcázar abrir, el denso velo  
De los siglos romperse, y descubrirse  
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra  
Ese planeta mísero en que ardieron  
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,  
Como la peste y las borrascas huyen  
De la afligida zona, que destruyen,  
Si los vientos del polo aparecieron.  
Los hombres todos su igualdad sintieron,  
Y a recobrarla las valientes manos  
Al fin con fuerza indómita movieron.  
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;  
Que amor y paz el Universo llenan,  
Amor y paz por donde quier respiran,  
Amor y paz sus ámbitos resuenan.  
Y el Dios del bien sobre su trono de oro  
El cetro eterno por los aires tiende;  
Y la serenidad y la alegría  
Al orbe que defiende  
En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,  
El magnífico y bello monumento  
Que a mi atónita vista centellea?  
No son, no, las pirámides que al viento  
Levanta la miseria en la fortuna  
Del que renombre entre opresión granjea.  
Ante él por siempre humea

El perdurable incienso  
Que grato el orbe a Gutenberg tributa:  
Breve homenaje a su favor inmenso.  
¡Gloria a aquel que la estúpida violencia  
De la fuerza aterró, sobre ella alzando  
A la alma inteligencia!  
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,  
Su influjo eternizó libre y fecundo;  
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

MANUEL JOSÉ QUINTANA

\* Madrid, 1772.

† " 1857.





## *Epístola a Horacio*

Yo guardo con amor un libro viejo,  
De mal papel y tipos revesados,  
Vestido de rugoso pergamino:  
De sus hojas doquier, por vario modo,  
De diez generaciones escolares  
A la censoria férula sujetas,  
Vese la dura huella señalada.  
Cual signos cabalísticos, retozan  
Cifras allí de incógnitos lectores;  
En mal latín sentencias manuscritas,  
Ecolios y apostillas de pedantes,  
Lecciones varias, apotegmas, glosas,  
Y pasajes sin cuento subrayados;  
Y *addenda*, y *expurganda* y *corrigen*da,  
Todo pintado con figuras toscas,  
De torpe mano, de inventiva ruda,  
Que algún ocioso en solitarios días  
Trazó con tinta por la margen ancha  
Del tantas veces profanado libro.  
Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!  
Mas no en tersa edición, rica y suntuosa:

No salió de las prensas de Plantino,  
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,  
Ni Estéfanos, Bodonis o Elzevirios  
Le dieron sus hermosos caracteres.  
Nació en pobres pañales; allá en Huesca  
Famélico impresor meció su cuna;  
*Ad usum scholarum* destinóle  
El rector de la estúpida oficina,  
Y corrió por los bancos de la escuela,  
Ajado y roto, polvoroso y sucio,  
El tesoro de gracias y donaires  
Por quien al Lacio el Ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,  
A cuántos quitó el sueño ese volumen,  
Lidiando siempre por alzar el velo  
Que tus conceptos al profano oculta!  
¡Cuánto diste suavísimo deleite  
A quien perseveró en la ruda empresa,  
Y cuánto de sudor y de fatiga  
A ignorantes y estólidos alumnos!  
Hiciste germinar a tu contacto  
Miles de ideas en algún cerebro;  
Llenástele de luz y de armonía,  
Y al influjo potente de tu ritmo,  
El *ritmo* universal le revelaste.  
Por ti la antigüedad brilló a sus ojos;  
Por ti Venus Urania, de los cielos  
Bajó a las mentes de adorarla dignas,  
Y allí habitando, cual perfecta idea,  
Dió vida a su pesar, norma a su canto.  
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,  
Al armónico son de tus canciones,  
Brotando de la tierra y del Olimpo,  
Del escolar en torno revolaban,  
Que ante la dura faz de su maestro

De largas vestimentas adornado,  
Absorto contemplaba sucederse  
Del mundo antiguo los prestigios todos.  
Clámides ricas y patricias togas,  
Quirites y plebeyos, senadores,  
Filósofos, augures, cortesanas,  
Matronas de severo continente,  
Esclavas griegas de ligera estola,  
Sagaces y bellísimas libertas,  
Aroma y flor en lechos y triclinios,  
Múrrinos vasos, ánforas etruscas:  
En Olimpia cien carros voladores;  
En las ondas del Adria, la tormenta:  
En el cielo, de Júpiter la mano;  
La Náyade en las aguas de la fuente,  
Y allá en el bosque tiburtino oculta  
La dulce granja del cantor de Ofanto,  
Por quien los áureos venusinos metros  
En copioso raudal se precipitan  
Al ancho mar de Píndaro y de Safo.

Yo también a ese libro peregrino,  
Arca santa del gusto y la belleza,  
Con respeto llegué, sublime Horacio;  
Yo también en sus páginas bebía  
El vino añejo que remoza el alma.  
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos:  
Mente pelasga, corazón romano;  
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,  
La ática sal, las mieles del Himeto,  
El ditirambo que a los cielos sube,  
El canto de Eros que inspiró Afrodita,  
El *Otium Divos* que la mente aquieta,  
Y el júbilo feroz con que en las cumbres  
Del Citerón, en la ruidosa noche,  
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste  
Como nadie en el mundo la ha encarnado.  
A tu triunfal corona las preseas  
Grecia engarzó de su mejor tesoro;  
Rindióte Jonia las melosas voces  
Con que Anacreon arrulló a Batilio,  
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio  
Loara al púgil en la lid triunfante,  
Y al vencedor en la cuadriga rauda;  
Del enemigo de Licambo hubiste  
El crudo hierro convertido en yambo,  
La alada estrofa en que de Cleis la madre  
Supo inflamar con férvidos amores  
A bien trenzadas vírgenes Lesbianas,  
Y el son de Alceo, entre borrascas hórridas  
Al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste;  
Pusiste en todo la medida tuya,  
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!  
La concisión, secreto de tu numen.  
En torrentes de números sonoros  
Despéñase tal vez tu fantasía;  
Mas nunca pasa el término prescrito  
Por la armónica ley, que a los Helenos  
Las hijas de Nemósina enseñaron;  
¡Tiempo feliz de griegos y latinos!  
Alma, serenidad, dulce concierto  
De cuantas fuerzas en el hombre moran;  
Eterna juventud, vigor perenne,  
Culto sublime de la forma pura,  
Perenne evocación de la armonía.  
¡Bárbaros hijos de la edad presente!  
Horacio, ¿lo creerás? Graves doctores  
Afirman que los hórridos cantares  
Que alegran al Sicambro y al Scita,

O al Germano tenaz y nebuloso,  
 Obscurecen tus obras inmortales  
 Labradas por las manos de las Gracias  
 Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!  
 ¡Quién te dijera que en la edad futura  
 De Teutones y Slavos el imperio,  
 En la ley, en el arte y en la ciencia,  
 Nuestra raza latina sentiría,  
 Y que nombres por ti no pronunciables,  
 Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,  
 El habla de los dioses enturbiando,  
 Tu nombre borrarían?

Orgullosos

Allá arrastren sus ondas imperiales  
 El Danubio y el Rhin antes vencidos,  
 Yo prefiero las plácidas corrientes  
 Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,  
 Del Ebro patrio o del Eucóreo Betis.  
 ¡Ven, libro viejo: ven, alma de Horacio;  
 Yo soy latino y adorarte quiero;  
 Anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente,  
 Y el beso esquive de la casta esposa,  
 Y el pueblo aparte que su paso impide,  
 Y a los tormentos inmutable torne:  
 Que entre las ruinas del vencido mundo  
 Caiga el atroz Catón, nunca domado:  
 Que Druso a los Vindélicos aterre,  
 Como el ave de Jove fulminante  
 Desciende sobre tímida bandada:  
 Que las torres de Ilión maldiga Juno,  
 Dos veces humilladas en el polvo,  
 De Laomedón por la perfidia insana,

Por el inicuo juez y la extranjera:  
Que la elegida de Palas, resonante  
A los Titanes otra vez resista:  
Que las Danaidas el acero empuñen  
Y en sangre tiñan los nupciales lechos:  
Que el niveo toro, a la de cien ciudades  
Creta, conduzca la robada ninfa:  
Que los corceles del rugiente trueno  
Lance el Saturnio por el aire vago,  
Y se estremezca desquiciado el orbe,  
Mas nunca el pecho del varón constante.  
¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!  
Quiero embriagarme de tu añejo vino,  
A Baco ver entre escarpados montes,  
A Fauno amante de ligeras ninfas,  
A Hermes fecundo y al intonso Cintio.  
Quiero vagar por los amenos bosques  
Donde la abeja susurró de Tíbur,  
Y en los brazos de Lidias y Gliceras  
Posar la frente, al declinar la tarde,  
Orillas de la fuente de Blandusia;  
O ante la puerta de la dura Lyce,  
Que el Áquilón con ímpetu sacude,  
Amansar su rigor con mil querellas;  
O volar con la nave de Virgilio,  
Que hacia las playas áticas camina  
Y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!  
Canta la paz, la dulce medianía.  
El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,  
El *Carpe diem* que al placer anima,  
El *Rectius vives* que enaltece el alma;  
Canta de amor, de vinos y de juegos;  
Canta de gloria, de virtudes canta.  
¡Siempre admirable! Recorrer contigo

Quiero las calles de la antigua Roma,  
Con Damasipo conversar y Davo,  
Reírme de epicúreos y de estoicos,  
Viajar a Brindis, escuchar a Ofelo,  
Sentarme en el triclinio de Mecenas,  
Y aprender los preceptos soberanos  
Que dictaste festivo a los Pisones!

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,  
Caldeados en tu fragua creadora.  
¡Que se entrelacen en vistoso juego,  
Y dances cual las ninfas desceñidas  
Que con rítmico pie baten la tierra!  
La antigüedad con poderoso aliento  
Reanime los espíritus cansados,  
Y este hervir incesante de la idea,  
Esta vaga, mortal melancolía  
Que al mundo enfermo y decadente oprime,  
Sus fuerzas agotando en el vacío,  
Por influjo de nieblas maldecidas  
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre  
Disípense otra vez. Torne el radiante  
Sol del Renacimiento a iluminarnos;  
Cual vencedor de bárbaras tinieblas,  
Otro siglo lució sobre Occidente;  
Los pueblos despertando a nueva vida,  
¡Vida de luz, de amor y de esperanza!  
Helenos y latinos agrupados,  
Una sola familia, un pueblo solo,  
Por los lazos del arte y de la lengua  
Unidos, formarán. Pero otra lumbre  
Antes encienda el ánima del vate;  
El vierta añejo vino en odres nuevos,  
Y esa forma purísima, pagana,  
Labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la *armonía*  
Así León sus rasgos peregrinos  
En el molde encerraba de *Venus*;  
Así despojos de profanas gentes  
Adornaron tal vez nuestros altares,  
Y de Cristo en *basílica* trocose  
Más de un templo gentil purificado.

¡Adiós, adiós, monarca de la *lira*!  
En vano el *Septentrión* hordas salvajes  
De nuevo lanzará: sobre las ruinas  
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,  
De mal papel e innúmeras erratas,  
Que con amor en mis estantes guardo.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

\* Santander, 1856.

† " 1912.





## *De los librerros*

**L**A profesión de librería mereció en todos tiempos ser contada entre las nobles y honradas, según se puede probar con muchas razones y autoridades. Sin otras, trae una eficazísima Polidoro Virgilio, diciendo, ser la comodidad de los libros la que adelgaza los ingenios, y la que abre un camino facilísimo para todas las ciencias y disciplinas, incitando maravillosamente nuestros ánimos a los estudios de las letras dignísimas de toda reverencia y honor. Sácase también la nobleza de los librerros de la grande estimación en que en todos los tiempos tuvieron las librerías Emperadores, Reyes, señores particulares y hombres doctos de toda suerte.

Isidoro refiere haberse deleitado mucho Alejandro Magno en juntar con todas sus fuerzas cantidad de libros, teniendo siempre el ánimo aplicado a la honrosa profesión de letras. El mismo escribe haber juntado el Rey Ptolomeo Filadelfo en la ciudad de Alejandría setenta mil libros, librería notable por dos cosas. La primera, porque aquí fué depositado el Testamento Viejo de los 72 Intérpretes; la otra, por el gran número de los cuerpos congregados en ella. Mas Aulo Gelio y Amiano Marcelino, junto con Séneca, le crecen más diciendo llegó al de setecientos mil, lo que no parecerá increíble a quien considerase las famosas riquezas de los Reyes de

Egipto, y los memorables gastos que hicieron en pirámides, obeliscos, templos, edificios y otras grandezas inestimables, de que cuenta algunas Budeo en las anotaciones de sus Pandectas. Y asimismo Lázaro Baifo, en su tratado de las cosas Navales. Escribe Plinio haber hecho Eumenes, Rey de Pérgamo, otra, en competencia de la referida, donde afirma Plutarco haberse juntado trescientos mil libros. Julio Capitolino refiere otra de Gordiano Emperador, en que juntó sesenta y dos mil volúmenes. El mismo Plinio apunta haber sido el primero que instituyó librería en Roma Asinio Polion, y el primero que condujo gran suma de libros, fué, según Isidoro, Paulo Emilio, tras la victoria que alcanzó de Perseo. Luego, Lucio Lúculo, riquísimo con la presa de Ponto.

Tras esto, Julio César, que dió el cargo a Marco Varron de hacer una librería famosa sobre las otras, habiendo sido todas después (según Paulo Orosio) abrasadas en gran parte por los incendios que muchas veces sucedieron en Roma. Y aunque Domiciano restauró aquel daño, enviando a Egipto por traslados de los libros reservados de los robos de los soldados de César, cuando siguió allí a Pompeo, con todo eso en tiempo de Comodo Emperador, sucedió el mismo incendio, si bien se enmendó (como ya dije) con la diligencia de Gordiano. En Grecia, concuerdan todos los autores en decir fué Pisistrato, tirano de Atenas, el primero que en la misma ciudad hiciese una pública librería de suma estimación; no obstante afirmase Estrabon (hablando de hombres particulares) haber sido Aristóteles el primero que juntó libros en Grecia, con el socorro y favor de Alejandro. Ateneo pone la librería de Larenso Griego superior a la de Pisistrato, a la de Aristóteles, Euclides, Polícrates, Eurípides y Nicrocates, celebrándola como cosa singularísima. Entre cristianos, el primero que procuró igualar a Pisistrato Ateniense en la librería, fué,

según Isidoro, Panfilio, mártir, cuya vida escribió Eusebio Cesariense. Mas la primera librería que se vió en el mundo (dice Isidoro en el mismo lugar) fué la Biblioteca de los Hebreos, quemada miseramente por los Caldeos, y tras el curso de muchos años reparada por Esdras Scriba, lleno de Espíritu Santo, volviendo a escribir de nuevo los libros del Testamento Viejo, y reduciéndolos al número de veintidós, según que son veintidós las letras del alfabeto. En tiempos más modernos, escribe Filipo Bergomense haber hecho en Pavia, Juan Galeazo Vizconde, una famosa librería, por la gran copia de tomos que juntó en ella. Bartolomé Casaneo tiene por memorable la de Luis XII, Rey de Francia, en Bles; y aquellas dos famosas Parisienses (especialmente en Teología) una en el Colegio Real y otra en el de S. Victor.

Tiene Italia, asimismo, algunas famosas, como la Biblioteca Apostólica, en Roma; la del Duque de Urbino; la de los Médicis, en Florencia, sin otras. España, descuidada en tiempos pasados en este género de curiosidad, parece florecer hoy más en ella que en todas las provincias de Europa, por poseer infinitas librerías de personas particulares, de mucha consideración y precio, sin la Real del Monasterio de San Lorenzo, llamado El Escorial, que viene a ser no menor maravilla que la misma obra. La nobleza de las librerías así antiguas como modernas, se infiere de hallarse ilustrada con las imágenes y estatuas de personas excelentísimas en virtud y letras. Por ello, dice Plinio de sí, haber merecido (aun siendo viudo) ser colocada su estatua en la pública librería de Asinio Polion. Marco Tulio escribe a Fabio Galo le compre estatuas o retratos para su librería. Plinio Nepote, escribiendo a Julio Severo, dice quería Eremo Severo, varón doctísimo, poner, entre otras, las imágenes de Cornelio y Tito Anio. En razón desto, se vió la librería de Paulo Jovio adornada con retratos de personas insignes. Puédesse, pues, decir ser la profesión de los libre-

ros por extremo noble, respecto de éstas siempre en compañía de personas virtuosas y doctas, como Teólogos, Médicos, Legistas, Matemáticos, Humanistas y otros muchos científicos con cuya conversación y manejo se vuelven muchas veces más agudos, inteligentes y pláticos, no sólo del arte, sino de las cosas de todo el mundo. Así, son raros los lerdos, y en especial, en vender su mercancía. También participan de nobleza por la limpieza y curiosidad que tiene en sí. Adquiere el arte nombre del beneficio universal que produce a todos; porque de los libros se recibe el modo de entender y saber lo que se quiere, y no sólo nos hacen poseer ciencias y artes, sino cuanto se puede desear de guerra, estado, amor, letras, manejos de papeles oficios y otras cosas.

De sus librerías salen diferentes encuadernaciones, como llana de pergamino, dorada de pergamino, a la italiana verdadera, dorada de Breviario, llana de becerro, de Breviario, O Misal, vayo, negro, y otros colores. Breviario de cuatro cortes, dorado, embutido las tablas, matizado de colores, bordadas y matizadas las hojas. Encuadernación de cartones, llana o dorada, libro de coro de Iglesia, de casa y otros. Los instrumentos que intervienen en su magisterio, son: plegadera, mazo de hierro y piedra para batir, telar para coserle con sus clavijas, y aguja larga, reglas para enlomarle con su prensa, ingenio para cortarle, con lengüeta, tornillo y puerquecilla, sisa para dorarle, cabezadas de cordel y valdres, varios hierros para labrar tablas y cortes, ruedas y viradores para lo llano, cepillo, gubia, punzón, tijeras, martillo y otros. Por de buenos colores que se quieren pintar los libreros, no dejan también de padecer sus defectos y vicios. Cuanto a lo primero, sin los descuidos en las obras y costumbre de mentir que ya es hábito en ellos, les atribuyen principalmente los daños que se siguen a la República de los libros legos y escandalosos. Porque comoquiera que consigan ganancia

(blanco en que siempre ponen la mira) no reparan en esparcir por el mundo tan mala semilla. Encárganse con particular ansia de su impresión, comprando a veces a subido precio lo que de balde sería carísimo. Por maravilla admiten libros eruditos y doctos, por ser en su conocimiento, *tamquam asinus ad lyram*. Sólo eligen lo que les puede ser útil, y lo que como dice se halla guisado para el gusto del vulgo, cuyo talento en cosas de ingenio descubre quilates de plomo pesado y vil. Mas no paso adelante, supuesto son amigos, y no es bien los irrite; siquiera porque no se muestren poco favorables en el despacho de este libro. De los libreros tratan el Cardano *De rerum varietate*, fol. 868, y Pedro Vitorio, folio 469 y 486.

DR. CRISTÓBAL SUÁREZ FIGUEROA

\* Valladolid, 1571.

†       "       1645.







## *De los impresores*

**S**I los libros, según San Jerónimo, son verdaderas efigies y eternas representaciones de los ingenios de sus dueños, deben dar grandísimas gracias sus autores, a los que procuran con su industria, mediante las estampas, tener vivas sus memorias y manifestar a todo el mundo la excelencia de su entendimiento, mostrado en las obras que escribieron. Y en esta parte viene a ser el arte de imprimir ilustre y clara; porque ella sola desencentra los tesoros de erudición, que sin su cuidado se hallaran sepultados en perpetuas tinieblas. De aquí es poseer nosotros por su medio los Filósofos antiguos, Médicos, Poetas, Oradores, Astrólogos y todas las ciencias, artes, profesiones y oficios que pertenecen al hombre para ser letrado y virtuoso. Así se puede decir haber sido la imprenta quien despertó los espíritus del hombre, que estaban como adormecidos en el sueño de la ignorancia; porque antes de su invención se hallaban en comparación de ahora muy pocos letrados. Esto procedía del intolerable gasto de los libros, supuesto podía sólo estudiar el rico y facultoso, cuya hacienda resistía a tan crecido interés como el de entonces, causa de quedar muchos pobres, mal de su grado, ignorantes. Ahora todos pueden aprender y darse a virtud por

haber cobrado los libros moderados precios y manifestándose las obras de los antiguos. Como las estampas, pues, se deshicieron los encantos y se supieron las necedades de Anaxágoras, las ignorancias de Heráclito, los dislates de Demócrito, las vanidades de Melifo, los descuidos de Carneades y las soberbias de todos los filósofos de aquel tiempo, tal vez no menos arrogantes que locos. Ella sola abrió los ojos a los ciegos y dió luz a los ignorantes. Ella hizo conocer y distinguir el oro del plomo, la rosa de la espina, el trigo de la paja, dando juntamente noticia del bien y del mal. Esta es el arte que da vida a la virtud, que solicita fama a los beneméritos, que mantiene vivos a los muertos, que vitupera a los viciosos. Esta madre de las honras, debidas a sujetos famosos, centro de ingenios fútiles, perpetuo albergue de senadores, teólogos, filósofos, históricos, académicos, doctores, estudiantes y de todo lo bueno y loable que se halla en la ciudad. Mas sobre todo se debe inestimable gloria a los primeros inventores de esta ingeniosa ocupación. Fué el principal, según Polidoro Virgilio, Juan Gutenberg, caballero alemán, que la ejercitó desde el año 1442, o, según otros, 1451, en la ciudad de Maguncia, habiendo hallado también la tinta que usan los impresores. Por lo que el Beroaldo escribió en loa de Alemania los siguientes versos:

*O Germanas muneris repertrix,  
Quo nil utilius dedit vetustas,  
Libros scribere quæ doces premo.*

Después, el año de 1458, dos hermanos alemanes (según el Bolterano), o sólo Conrado Tudesco introdujo tal ejercicio en Italia y fué el primero que imprimió libros en Roma, en casa de los Máximos, siendo los primeros que estampase, la "Ciudad de Dios", de San Agustín, y las "Divinas instituciones", de Lac-

tancio Firmiano. Asimismo fué Nicolás Ienfon, francés en tiempo de Agustín Barbarigo, Dux de Venecia, el primero que ilustró aquella República con la estampa. Tras él hubo después, en todo el mundo, hombres rarísimos, como Aldo Manucio en la misma Venecia, que restauró la lengua latina; Francisco Priscianense, en Roma; Badio, Frobenio, Pauló Manucio, el Novel Aldo; los Balgrifios, Yuntas, Yolitos, Ziletos, Bertanos, Somascos, Bevilaquas, Moretos, y sobre todo, el Plantino. Añádese al valor del arte haber en Roma favorecido sumamente la estampa Nicolao Quinto, junto con Bexarion, Cardenal Niceno, y Nicolás Cusano, Cardenal de San Pedro. Después León X. En Francia, a su imitación, el rey Francisco, y el invictísimo Carlos V, en Lovaina; en Heidelberg, Ludovico, Conde palatino; en Witemberg, Federico, Duque de Sajonia; en Ingolstand, Guillermo, Duque de Babiera; en Maguncia, Alberto, Arzobispo, y en otros lugares muchos príncipes y señores. También crecen el honor de esta ocupación, el orden junto con los instrumentos que usan sus profesores, de quien por curiosidad quiero dar alguna noticia.

Consta de varios instrumentos y oficiales, como fundidor, componedor, corrector, tirador y batidor. Toca al primero fundir caracteres, viñetas, que son ciertas flores halladas para ceñir cosas que requieren particular curiosidad y reglas para dividir y cercar las planas o páginas. Para la fundición se derrite estaño y plomo, todo mezclado en una cuchara de hierro grande y con con otra pequeña se hecha el metal en sus moldes de hierro, con las matrices de cobre, donde está formada la letra. Quiébrase, pásase por una piedra y se compone para cortarle el pie, porque estén iguales y derechas, y luego se cuentan y entregan al impresor.

Pertenece al componedor sacar del original lo que ha de componer. Los instrumentos necesarios para seme-

jante ministerio son letras *usuales e iniciales*, ligaturas y diftongos de diferentes formas y grandezas, aunque de una misma igualdad y altura. Los mayores son caracteres de canto o música; luego gran Canon, menor Peticanon, y respective menores las de misal, parangona, texto, atanafia, letura, breviario, glosa, miñona y nonparella, con griego y hebreo en proporción. Echanse las letras en una caja grande, dividida en otras pequeñas, llamándose distribuir el repartirlas en semejantes cajetines. Distribuída la letra, se pone el original, que se debe acomodar en cierto instrumento largo y angosto, con un encaje al pie donde se tiene firme, con nombre de divisorio. Pónese en forma de cruz otro de hierro o palo de una pieza, que desde el principio al fin está cortado por medio, sirviendo de ceñir el original, porque no se caiga, y de ir apuntando con él la materia que se compone, y dicese mordante. Lee el componedor lo que ha de sacar, y en otro instrumento de una o dos piezas, de palo, metal o hierro (con cierta concavidad bastante para poner en él las líneas de la medida que se quisiere hacer), se va componiendo y ajustando los renglones iguales todos, llamando espacio al que divide una palabra de otra, y cuadrado, al que parte los mismos renglones, siendo uno y otro del propio metal que las letras. Compuesto el renglón, se pone en otro instrumento de madera con unos perfiles en forma de paredes más bajas que la letra por cabeza y lados solamente, que se llama galera, y se pone ladeada la parte inferior, porque no se caiga lo compuesto. Por el pie entra una tabla tan delgada como un cartón, con una parte de ella que sale fuera de la galera, de cuatro dedos de largo y dos de ancho en su principio, y al fin de cuatro poco más o menos; y a ésta llaman bolandera. Ya hecha la página, se ata con una cuerda, sácase la bolandera, pónese encima de una tabla igual y lisa, y tirando de ella, queda la página en la tabla,

Compuestas las páginas competentes, según la marca en que va el libro, grandes o pequeñas, que llenen un pliego por la una parte (sea de a folio, de a cuatro, octavo, diez y seis, treinta y dos, sesenta y cuatro y otras), se pone un instrumento de hierro igual, lisa y fuerte, hecho de cuatro piezas juntas y unidas, y otra que atraviesa de alta abajo por medio, que ciñe aquellas páginas de que consta la forma y se dice rama. Esta tiene ciertas concavidades por los dos lados, y el pie en que encajan, de metal, cobre o hierro, ciertos pedazos que llenan aquellos vacíos, llamados porqueçuelas. Atraviesa la rama y porqueçuela un agujero con roscas dentro, por donde entran ciertos tornillos. Pónense en la parte alta unos palos que llaman cabeceras. El hierro que atraviesa la rama y las reglas que se le arriman, se dicen cruceros: lo que se pone a los lados, lado, y pie, lo que se pone al pie, siendo la obra de a folio; mas si de otra suerte se llaman medianiles, por demediar las páginas y sus divisiones. Después se ponen dos hierros a los pies, y otros dos a los lados, llamando imponer a esto, y al poner las páginas en tal concierto y orden que se puedan leer. Impuesta la forma, se aprietan fuertemente los tornillos, dando vueltas con un instrumento de hierro con nombre de llave, que tiene dos como dientes en que encajan los tornillos. Lévese tras esto a la prensa, donde se saca una muestra que llaman prueba, dándose al corrector para que corrija las mentiras y las enmiende el componedor. Estámpase al fin en la prensa llamando tirar a semejante operación. La prensa consta de varios instrumentos: tablado, dos piernas o maderos a propósito, escalera, dos vandas, camprones, cofre, cigüeña, carro con cierta cuerda, manija, una piedra en que asiente la forma con hierros y tornillos a los lados, con nombres de visagras y cantoneras. De aquí está asido uno que llaman tímpano, encima de quien ponen ciertos paños. Tápase con otro llamado timpanillo cu-

bierto de pergamino. Hállanse en él dos puntas a quien dicen punturas, para que el papel esté firme. Aquí se pone el pliego, y se prende con unos instrumentos llamados chavetas, de que se hace otro dicho frasqueta, que guarda limpia la obra. Dásela tinta, que consta de aceite de linaza y trementina, sin llevar rejalgar, como pensaron algunos ignorantes. Cuécese y confecciona, recibiendo después el color negro de humo de pez, y el colorado de bermellón. Toca al Tirador el cargo principal de la prensa; él es quien ajusta para que los renglones salgan a la vuelta (que llaman retiración) en línea con los precedentes que se dicen del blanco. Es propio suyo mirar las concordancias del guión o reclamo, de la signatura, que es la letra que se pone al fin de algunas páginas, como A 2, y el reclamo es la palabra última de la página que está junto a aquella signatura, que concuerda con la que se sigue. También es de su obligación mojar el papel, no pudiéndose imprimir seco.

Pertenece al Batidor ser coadjutor del Tirador, como subordinado a él, y hacer las balas, que son ciertos instrumentos a manera de plato con un palo que sale de ellas, con que se toman en la mano. Hínchense de lana, cúbrese de valdres; toman tinta con las mismas, y después de bien repartida (a quien llaman distribuir) se la dan a la forma. Es suyo asimismo mezclar la tinta, para que salga bien negra; lavar las formas con lejía para que se limpien, etc. Toca al Corrector corregir las mentiras, señalándolas; comprobar para ver si están correctas, mirar las concordancias, folios y signaturas, con otras cosas advertidas ya en el discurso de los Correctores.

Por evitar molestia al lector he dejado de poner otros muchos instrumentos que intervienen en la imprenta, aunque de menos consideración. Asimismo el artificio con que se hacen las obras de colorado y negro, como

son las de Horas, Breviarios y Misales, fáciles de ver a quien entrare en ella.

En suma puedo decir ser tal arte, no sólo ingeniosísima y noble, sino del provecho público y particular que se sabe, y así digna de toda honra y estimación. La fatiga de todos sus oficiales es increíble, y no menor la de los autores mientras duran las impresiones de sus libros. Entre unos y otros suele haber no pocas diferencias, y voces, nacidas así de las prolijidades de los primeros, como de las remisiones de los últimos, si bien en parte están disculpados por ser precioso en ellos cualquier instante de tiempo, para la puntualidad de sus tareas que suelen ser grandes. Mas al cabo paran todas estas rencillas en mucha conformidad, satisfacción y agradecimiento: con que tendrá fin este volumen, que justamente puede ser intitulado libro de libros, universal Doctor y Jardín deleito de admirables frutos y flores. Quiera Dios (a quien todo se debe) aproveche a todos al paso que tuvo su autor deseo de acertar.

DR. CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA.







## *De los libros, sus valores y Mecenas*

**E**S seguida hoy la costumbre de escribir obras con tanto deseo, que se verifica bien en nuestros tiempos aquel dicho de Salomón, tocante al no tener jamás fin el componer muchos libros. El origen de formarlos se derivó de Anaxagoras, según Laercio; según Gelio, de Pisistrato; mas, según la verdad, de los hebreos o sacerdotes egipcios, moviéndose todos, cuanto al fin, respecto de aquellos dos amores que pone San Agustín: esto es del amor de Dios, cuyo nombre desean que sea santificado y predicado por todo el Universo; y del amor del prójimo, a quien desean aprovechar. Para esto es necesario haberse interiormente ilustrado cualquier autor, si es que quiere dar luz a otros. Por eso fué dicho al Profeta: *Fili hominis sta super pedes tuos*. Como si dijera el Espiritu Santo: "Quien quisiere enderezar a otros, es menester se enderece primero a sí, limpiándose del amor propio, encaminado a componer y escribir, o por cobrar fama, o por mostrar que se sabe, o por descubrir valor, o particular interés, o ganancia." Los sujetos o son divinos o profanos, y por eso, muy diferentes entre sí, porque los primeros tratan de cosas provechosas a la salud del alma, desper-

tando las dos principales virtudes: Esperanza y Caridad. Hablando San Agustín de las obras, tocantes a la Sagrada Escritura, dijo: *Propter Fidem, Spem et Charitatem fovendam omnium sacrorum voluminum machinameta consurgunt.*

Y este asunto (según el mismo) resulta en singular provecho, proponiendo ante todas las cosas, la providencia de Dios, se debe advertir cuán importante sea para escribir libros la noticia general de Gramática, Dialéctica, Historia y Aritmética, a quien se puede añadir la Jurisprudencia, Medicina, Geometría y otras ciencias, con la Física o noticia de cosas naturales, cercenando siempre cierta superfluidad de cuestiones del todo inútiles, porque no les suceda lo que dijo Séneca: *Necessaria nesciunt quia superflua didicerunt.*

Sobre todo, les conviene saber Teología, supuesto que será para ellos el ramillete de mirra, digno del seno de la Esposa, la regalada y única paloma, y la Reina que está asentada a la diestra de Dios. Los segundos emprenden sujetos meramente curiosos; materias que sólo deleitan al mundo; obras que no alimentan al espíritu; antes se hallan cercadas y vestidas de vanidades, como fundadas sólo en el placer y pasatiempo del ánimo. En la forma de componer observan los primeros de ordinario, los dos principales requisitos, que son: dulce y provechoso; por eso, se suele alegar aquel brocardico común de Horacio: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.*

Mas, ambas cosas se adquieren en varios modos. Lo primero, no variando demasiado el autor, con evitar la importuna muestra de que sabe mucho de toda cosa en un discurso como Hípia acerca de Platón; porque de aquella gran junta nace confusión, y tal, que no puede el que lee tener en la memoria las cosas dichas, ni percibir las que se han de decir, haciendo el escritor superfluas disgresiones, como acaece bien de ordinario. De

este inconveniente deben huir los históricos y poetas, con todos los que toman a su cargo urdir alguna tela varia, siendo menester (por la necesidad del sujeto) pasar de un hilo a otro para tejerla toda junta. Lo segundo excusará el escritor los vocablos, que son demasiado antiguos, y también los que son demasiado comunes, porque vuelven oscura y decaecida la oración, corriendo su opinión no poco riesgo. Por tanto, es de seguir el parecer de Favorino, que afirma se debe valer cuanto al decir palabras presentes, cuanto al vivir de costumbres pasadas.

A esto se añade sea la oración numerosa, acabando los períodos con número cumplido, y, sobre todo, solicitando conveniente brevedad, no concisa ni falta, como en muchos sucede, causa de volverse oscurísimos, según Horacio. Lo tercero no juntando todo lo que a un propósito se podía decir, sino con modestia, dejando algunos fragmentos para que los otros ejerciten también su ingenio y capacidad, tratando los pasos oscuros con claridad de palabras, y guardando en todo cierto modo y medida.

Lo cuarto, es menester tenga el Autor orden y proceda con sus divisiones claras y distintas lo más que sea posible, porque como dice San Ambrosio: saber uno lo que hacer, ignorando la forma con que lo ha de hacer, es de imperfecto conocimiento; siendo el orden, según Marco Tulio, una compostura de cosas bien acomodadas; y según Baldo, una figura expresa de la sustancia de la cosa. Lo quinto, conviene sea verdadero si escribe historias; si poemas, diga cosas que tengan por lo menos semejanza de verdad; si cosas de ciencias, alegue razones; si artes, traiga experiencias; si Gramática o Retórica, pruebe con autoridades, porque el lector no ama ser engañado, sino leer y entender cosas varias en todo género de escritos, o a lo menos sustentadas como verdaderas. Todos estos particulares se adquieren me-

diante la sutileza del entendimiento, junto con una diligente fatiga o fatigosa diligencia. La pureza de espíritu es necesaria; porque así como en una fuente turbia no se ven las imágenes, así en un ánimo sensual no se divisa la sabiduría. Por eso se lee de Carneades que purgaba el cuerpo con eleboro antes que se pudiese a escribir para tener los espíritus más limpios y purificados. A este propósito, dice Marfilio Ficino, conviene al que se ocupa en ejercicio de letras tener mucho cuidado de la salud corporal; supuesto depende de la misma en gran parte la purificación del ánimo, y la ilustre y clara operación de las potencias. Es necesario, asimismo, usar la fatigosa diligencia que se adquiere primeramente con dilación de tiempo, debiendo un sabio Autor engendrar partos perfectos y no abortivos, como muchos hacen. Esto se consigue con dilación de tiempo competente, en que se recoja para escoger después. Así afirma Quintiliano no haber hecho la Naturaleza cosa grande con celeridad; antes, haber propuesto no poca dificultad para cualquier obra insigne. Lo mismo declara Plinio en los elefantes, de quien dice traen diez años los partos en el vientre; si bien Aristóteles tiene que sólo dos. Sobre todo, deben componer sus obras debajo la corrección y juicio de personas doctas, no fiándose demasiado de su parecer, muchas veces engañoso; porque como los partos del entendimiento son hijos propios, suelen los más feos parecer más hermosos. Es importantísima la varia lección de autores, de quien se pueden servir en ocasiones a manera de abejas, destroncando las flores melosas de dichos y sentencias, no vistiéndose en todo como la corneja de Horacio, de plumas ajenas. De aquí es referir Aulo Gelio de Platón haber gastado en los libros de Filolao Pitagórico diez mil denarios que le dió Dionisio, y él mismo cuenta haber comprado en tres talentos áticos las obras de Speusipo, sólo para estudiar y servirse de ellas en ocurrencias.

No es de pasar en silencio el abuso que hoy se tiene de imprimir papelones esterilísimos de todas buenas letras. Muchos (así viejos vanos como mozos ligeros) faltos de experiencia, ciencia y erudición, escriben y publican sobre temas absurdos librajos inútiles, guarnecidos de paja y embutidos de borra: cuyos verosímiles son patrañas, cuyos documentos indecencias, y cuyo fin, todo mal ejemplo. Dicen ser tales cuentos a propósito para entretener y hacer perder la ociosidad; agudeza a que responde San Bernardo cuando apunta:

*Pro vitando otio otia sectari ridiculum est.*

Alegan éstos bastar para componer cualquier obra acertada sólo el ingenio, y que así los libros sirven de ordinario a los de menos elevación, razón por cierto muy propia de su ignorancia; mas óigase a Ovidio, que dice:

Si no recibe a menudo,  
la cultura del arado,  
abrojos en vez de fruto  
rinde el más fecundo campo.

Si bien por castigo les basta el menosprecio y risa que provocan los doctos, cuando ven desean apropiarse tan desabridas cigarras la habilidad de sonoros ruiñeños. Con Parto niño, según Gregorio Tolosano, nombre niño se adquiere. Sin duda, ignoran al paso que presumen, y lo peor es que ignorando lo más esencial: *Turpe est (dice Aristóteles) ignorare quod omnibus scire convenit.*

El cielo por su piedad limite tan excesivo número de zánganos, tanta copia de Marsias desvanecidos, que ponen su felicidad y opinión antes en la inútil cantidad que en la calidad provechosa.

Por otra parte, causa crecidos frutos cualquier buen autor con sus obras: en particular, muchas cosas que se

olvidarían, en cierto modo se immortalizan por ellas, teniendo los libros veloces plumas para volar por todas regiones. Sin esto, adquieren los libros eruditos fama y resplandor para sus dueños, y en esta parte valen más que la viva voz, aunque ésta tiene mayor energía, como dice San Jerónimo escribiendo a Paulino. Con las obras se corre por todo en un instante; muda patria un Autor, halla la gente que desea, platica con todos, causa placer y produce varios efectos en los lectores.

Ocasionan, por el consiguiente, los libros este bien en los propios autores, que poniéndose a escribir (con la invocación del Espíritu Santo, causa eficiente de los buenos tratados y quien los dicta y enseña) fuera de perfeccionarse, se adelgazan a sí mismos, con hallar muchas cosas en obras de otros, que mezclan en las suyas, haciéndoles parecer famosos en breve tiempo; como sucede en un niño, que por pequeño que sea, si se pone sobre los hombros de un gigante, parece a otros ojos de inmensa estatura. Asimismo causa en los lectores no poco provecho, porque con ellos desechan el enfado y ocio, que molesta por instantes los ánimos, aliviando juntamente los humores melancólicos, que tanto afligen los cuerpos, dando refrigerio al alma, consolando los espíritus interiores, recreando la fantasía y deleitando admirablemente todas nuestras potencias. Finalmente, uno de los más calificados frutos de los libros es que por los mismos se puede volver el lector virtuoso y santo, leyendo ejemplos de varones justos, oyendo palabras de personas pías, hallando acciones y obras en todo perfectas. Y esto no sólo puede suceder en los lectores, sino como ya se dijo, en el mismo autor, porque leyendo cosas ajenas halla un camino abierto para corregirse y seguir las pisadas de hombres virtuosos. No es maravilla, pues, si por las referidas razones se hace tanto caso de los famosos y grandes Autores; y es tan celebrado un Teofrasto, que escribió trescientos volúmenes; un Cri-

sipo, que escribió setenta; un Servio Sulpicio, que escribió ciento y ochenta libros de Leyes civiles; un Arteyo Capiton, que formó sesenta; un Empedocles, que hizo cuarenta y tres; un Galeno, que compuso ciento treinta; un Paracelso, que dejó escritos casi innumerables tomos en facultades varias; un Aristarco, discípulo de Aristóteles Gramático, que compuso más de mil; un Beda, que ordenó treinta y seis; un Orígenes, de quien escribe San Jerónimo haber leído seis mil obras suyas; un San Agustín, que escribió casi una infinidad, como dice San Isidoro, sin otros así, prodigiosos por lo mucho y bueno que escribieron. Si bien soy de parecer haber sido muy pequeños algunos de aquellos volúmenes que llaman libros.

Estas son las condiciones honrosas que pueden dar nombre a los ilustres y célebres autores apuntadas brevemente aquí; mas sus vicios comunes son que, a veces, eligen sujeto bajísimo y vilísimo, como Pitágoras, que escribió un volumen de los pulpos; Fania Frisio, que celebró las labranzas de la ortiga, y Demócrito, que escribió un volumen sobre el número cuatro. A veces le eligen demasiado ridículo, como las "Burlas del Piobano Artolo y las del Gonela", o la "Macarronca", de Merlin; a veces demasiado deshonesto, como son en común las obras del Aretino; a veces demasiado injusto, como Isócrates y Polícrates, que loaron a Busiris Tirano, y Glauco, que alabó la injusticia; Favorino, que encareció la cuartana, y Hortensio Lando, que hizo aquellas "Paradojas", con exquisita sutileza de razones contra la riqueza, la libertad y otras cosas que, naturalmente, se desean. A veces demasiado satírico, como Nicolás Franco y su maestro, con el inventor de la Esfera de los Escritores. A veces demasiado impío, como son las obras de los herejes publicadas contra la Santa Iglesia Católica y justamente prohibidas por el Santo Oficio de la Inquisición. A veces demasiado profano,

como es el "Alcorán de Mahoma". A veces demasiado falso, como el libro de la vanidad de las ciencias de Cornelio Agripa. A veces demasiado inútil, como el de muchos Romances y Novelas, y así discurriendo de otros infinitos sujetos indignos y viciosos. Tienen también los autores otro vicio grande, que es loar a menudo sus cosas y vituperar las ajenas, como Babio y Mevio, que decían mal de las de Virgilio, ensalzando solamente las suyas, y está el mundo tan lleno de esta ceguedad, que parece a todos ser Argos en cosas propias y ajenas, siendo apenas Cyclopes.

Cuanto al modo de componer, no faltan vicios por todas partes. Quien es demasiado oscuro, quien demasiado largo, quien demasiado flojo, quien demasiado hinchado y quien demasiado humilde. Muchos pecan en el fin buscando sólo el aplauso de la plebe, el honor del vulgo y el útil de la imprenta. En el título caen diversos, llamando Epístolas los volúmenes, Problemas las Homelias, Scolios los Sermones, tomos los tratados sin otra distinción. Muestran, sobre todo en las Dedicatorias, cuán aduladores son. Hacen por extremo sabio al ignorante, al plebeyo por nacimiento, semidios en nobleza, y de este modo van apurando el juicio por hallar epítetos inauditos con que puedan adquirir la gracia de tales Mecenas. Estos por la mayor parte son los peores del mundo, por ser los más ricos de él, los más ignorantes de todas las ciencias y los que sólo ponen cuidado en manifestar su disolución con juegos, crápulas y sensualidades, siendo ellos solos aquel escuadrón de quien se dice en el Exodo:

*Sedit populus manducare et bibere, et surrexerunt ludere.*

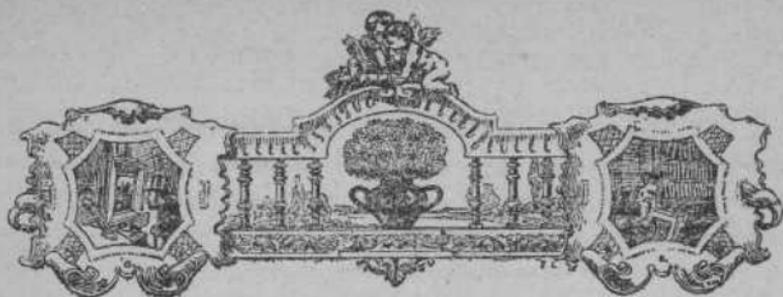
Nace de aquí la poca estimación que hacen de lo que se les dirige; supuesto no tiene lugar la virtud donde reina el vicio. Lo más ridículo viene a ser que, en vez de patrocinio, se adquiere con ellos descrédito y

menoscabo, por ser los primeros en ostentar con desprecios y censuras, acompañadas de gestos de boca, de hablas afectadas y brutales acciones. Si el libro contiene versos, llaman al autor coplero, y trovas a las poesías, sin saber distinguir el Soneto del Romance, y así de otras composiciones. Cuanto al premio, es cosa vergonzosa ver su escasez, porque si dan, es poco, y ello con molestas dilaciones y en libranzas casi inciertas. Cuán diferente de lo que usó la antigüedad, donde los Césares y mayores príncipes honraban y premiaban prodigiosamente a los doctos profesores de letras, haciéndolos comer en sus mesas y llevándolos en sus carros triunfales. Este inconveniente dió motivo a que Pedro Aretino, satirizando tan vil abuso como el de hoy, dirigiese un libro a un mono que tenía en su casa, diciendo en la dedicatoria: "Bien sé yo, mono mío, harás de esta obra que te ofrezco lo mismo que el más ilustre titular. Cuanto a lo primero, hallando en ti corta aceptación, la tomarás en la mano, no la entenderás; romperasla, o la dejarás caer detrás de algún cofre, olvidando la obligación que te corre de amparar a su dueño que te inmortalizó con sus escritos."

DR. CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA







## *Libros usados*

**H**AY una rara voluptuosidad, un goce indefinible y exquisito al desflorar el libro que llega a nuestras manos con su cubierta limpia, con sus pliegos intonsos, con el acre perfume de la impresión reciente...

En la plegadera que esgrimimos impacientes va también nuestro espíritu anhelante de luz y de verdad... Con ansia cortamos las herméticas hojas y afanosos recorreremos sus renglones en busca de una alegría nueva, ¡que no ha de ser al fin más que un nuevo dolor!...

Si hay algo en él que responda a nuestras inquietudes, que calme nuestras zozobras y engrandezca nuestras esperanzas, otorgamos al libro la intimidad de nuestro trato... Bien pronto se le arroja con ira, o con desprecio se le abandona, cuando no tiene de nuevo más que la fecha de su impresión... ¿Para qué nos sirve la vulgaridad, aunque nos visite con un traje flamante y llamativo?

¡Ay!... Buenos o malos, útiles o ineptos, agradables o dolorosos, los libros que fueron llegando a nuestras manos ávidas; que nos dieron fuerzas para sacudir el árbol de la vida; que acortaron el tedio de nuestros

días y alargaron el insomnio de nuestras noches, yacen en los armarios, en los estantes o sobre la mesa de trabajo, como los botes y tarros en la farmacia... Tal vez necesitamos una cita oportuna; quizá nos sea precisa una observación apropiada o una sentencia justa; acaso nos convenga un pensamiento feliz... Entonces alcanzamos los libros que encierran estos ingredientes, y, después de utilizados, los volvemos a colocar en su sitio...

A veces esta necesidad es íntima, completamente sentimental. Recordamos algo que nos hizo mucha sensación y volvemos a rememorar con su lectura las fechas y lugares ya distantes... Al releer un libro muy amado, se siente esa sincera alegría que nos causa el encuentro con un camarada a quien no vimos en mucho tiempo.

¿A qué manos irán a parar nuestros libros, cuando el de nuestra vida se cierre para siempre? La figura del librero "de viejo" tiene algo de trágico y de insensible, como la misma muerte. Sombrío liquidador de la desgracia, en su tienda caen, al soplo de la miseria, las pilas de tomos que se derrumbaron al derrumbarse la fortuna o la vida de su propietario. Y luego se alzarán bajo otros techos, y nutrirán a otras inteligencias, y encenderán nuevo fuego en nuevos corazones. Porque el papel del libro es más duradero que la carne del hombre... ¡Oh, miseria de nuestro destino!...

Al internarme en los puestos de nuestra clásica feria de septiembre, siento siempre un poco de amargura mientras me dedico al *buquineo*... ¿De quién sería este pequeño tomo de versos, encuadernado con tanto lujo?... ¿Qué mano pondría estas sabias apostillas en las páginas de este recio volumen?... ¿No delatan largas horas de fiebre las huellas que manchan estas hojas, vueltas una y cien veces en persecución de una verdad?... ¿Qué pasiones habrá despertado esta obra?... Como las armas, los libros se ennoblecen con el uso. Todos tienen su historia de gloria o de desaliento. Pero a nadie se la

cuentan cuando brindan sus tesoros para una nueva resurrección.

Un secreto impulso nos lleva a adquirir estos libros, como si en ellos fuéramos a encontrar algo que nos ayude a comprenderlos. Ni su fecha puede quitarles juventud, si la tuvieren, ni los estragos del tiempo disiparán su frescura eterna. Lo mismo que los hombres, los libros que nunca fueron viejos por la edad, no lo son tampoco por el aspecto... ¿Y no es nuevo para nosotros el libro que abrimos por primera vez, aunque su fecha sea antigua o su traje esté sucio y en mal uso?... Siempre hay algo que descubrir hasta en el terreno más hollado por la humana planta; pero nuestro orgullo sufre un rudo golpe cuando no es nuestra mano la que corta la primera flor en los jardines... ¡Y esto es tan difícil!... Todos quisiéramos ser el primer amor, y acaso en ser el último consista la verdadera felicidad.

Sobre estos puestos de libros usados parece flotar el espíritu de la resignación... ¡Esos libros, al fin y al cabo, correrán la misma suerte que nosotros! ¡Ellos también entregarán sus carnes a la tierra, y sobre sus nombres caerá el olvido!... Quizá cuando llega la noche y cesa el ruido vulgar de la feria y se cubre la tienda con un lienzo, esos tomos salen de sus estantes y bailan la danza macabra... Confundidos ricos y pobres, altos y bajos, magnates y plebeyos; el poeta genial y el novelista por entregas; el gran filósofo y el despreciable foliculario; todos, en fin, los que reposan en los estantes, acaso bailen la danza de la muerte, burlándose de las vanidades de la vida... ¿No es uno de esos puestos igual a un cementerio?... En sus nichos duermen los libros que fueron algo y los que parecieron algo por su ostentación y por su vanidad. Allí están sus lápidas y allí se lucen algunos monumentos. Y hay también ese montón de libros donde van a parar, como a la fosa común, los pobres, los infortunados y los débiles...

¡Entre ellos están muchos grandes espíritus, que surgirán gloriosos cuando suene una voz de resurrección!

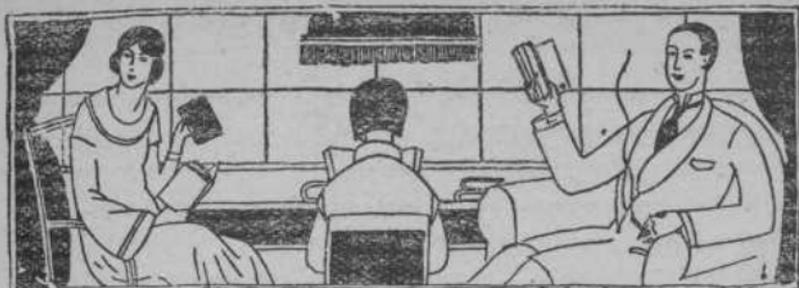
ANTONIO PALOMERO

\* Madrid, 1869.

† " 1914.

De *El Libro de los Elogios*. Madrid, 1911, en 8.º, F. Beltrán, editor.





## El amor de los libros

LOS norteamericanos están contentos. Después de todos los *records* que ya poseen de *boxe*, de rapidez, de enormidad, de elevación, helos aquí dueños de lo que ellos llaman "un *record* de cultura". De lo que es trata, realmente, es de mucho menos. Se trata, como es natural, de grandes cifras. Y se trata, además, de libros. La casa Rosembach, de Nueva York, ha comprado para sus clientes, en 20 millones de francos, la biblioteca Olry-Roederer. Comparada con esta suma, ¿qué son los legendarios nueve millones de la venta de los 14.000 volúmenes de Robert Hue? ¿Qué los cuatro millones de la herencia de Fermín Didot...? ¿Qué los dos millones de los 50.000 tomos de sir Richard Heber...? Pero si realmente el campeonato que consiste en vencer a fuerza de oro resulta visible e indiscutible, en cambio lo de *the culture* no aparece por ninguna parte. Y no me atrevo a decir "al contrario" por temor a que se me acuse una vez más de ser aficionado a las paradojas. Pero es sabido que no son los que más libros compran, ni menos aún los que compran los libros más caros, los que más leen. La anécdota del famoso bibliófilo que dejó un día solo en su biblioteca a Anatole France y que, al volver, viéndolo abrir con una plegadera las páginas de uno de sus tomos de la gran edición de Aris-

tóteles, echóse a llorar cual un niño, es característica y hasta simbólica.

—¡Qué desgracia!—exclamaba el buen coleccionista—. ¡Yo que tenía los veinte volúmenes intonso, sin haberme atrevido jamás a hojearlos...!

Los yanquis que acaban de adquirir las obras de Olry-Roederer, en vez de llorar, se indignarían, de seguro, si alguno de los que visitan sus gabinetes de trabajo se consagrara, no a admirar el precio de sus libros, sino a leerlos. Lo importante, en efecto, para quien posee el *Shakespeare*, de Daniel, o la edición de Molière ilustrada por Moreau, o la *Biblia*, de Mazarino, o el *Apocalipsis*, de Auvray de Tours, o el *Libro de horas*, de Engel Gros, es que se sepa que cada uno de esos tesoros vale cuatrocientos, quinientos, seiscientos mil francos. Y es que el esnobismo de pagar caro es tan humano en nuestra época, que ya la mejor recomendación no es decir que en tal o cual tienda se vende barato, sino lo contrario. En asuntos editoriales, sobre todo, la teoría de la virtud de los *altos precios* está tan aceptada, que cuando quieren los libreros ganar mucho dinero con poca literatura, se consagran a la industria del libro de lujo, o, mejor dicho, del libro raro. Hay, según parece, un millar de coleccionistas repartidos por el mundo, que compran todos los libros anunciados como singulares, ya sea por el papel, ya sea por los tipos de imprenta, ya sea por la forma tipográfica, ya sea por el número de los ejemplares. Estos mil, más heroicos que los de Garibaldi, tienen sus bibliotecas llenas de poetas cubistas, de eruditos medievales, de latinistas provincianos, de historiadores de menudencias. Lo más importante para ellos son las márgenes, las portadas, los números romanos, los colofones, las marcas de la Manufactura Imperial de China o la filigrana de las viejas papelerías holandesas. En cuanto al texto, puesto que nadie ha de leerlo, lo

mismo da que sea un canto de Homero comentado por un profesor de danza, que una monografía del chal de Manila.

Estos bibliófilos, que no saben leer, son, según parece, un producto de nuestra época; pero no como algunos creen un resultado de las fortunas improvisadas durante la guerra. Desde hace cerca de un cuarto de siglo, en efecto, los verdaderos *amateurs* de libros interesantes se quejan de la invasión de sus dominios por los intrusos adinerados. "Los bibliófilos de antaño—dice Jacques Deville—ignoraban el valor mercantil de los libros: compraban según sus gustos, sin fijarse mucho en las condiciones materiales del volumen y sólo por el interés que la obra les inspiraba. Cuando aquellos buenos señores decían "*el comercio de los libros*", es como cuando se escribe "*el comercio de las musas*": comercio, en ese caso, es trato y frecuentación. Como no eran muy numerosos, encontraban siempre lugares para satisfacer sus nobles apetitos. Las tiendas de los libreros eran entonces salas de charla docta. ¡Feliz tiempo en que vendedores y compradores sabían hablar de literatura, acariciando un hermoso ejemplar de alguna obra clásica! Desde fines del Segundo Imperio, por desgracia, las palabras *libro interesante* fueron reemplazadas por *libro de lujo* o *libro raro*, y desde entonces, a medida que los precios suben, el gusto baja."

Me preguntais, después de oír esas frases nostálgicas, cómo, en tal caso, se ven ahora novelas que alcanzan la cifra fantástica de quinientos mil ejemplares. Sencillamente, porque los libros, que antes no eran indispensables sino en el ornato de las casas linajudas, ahora forman parte del mobiliario de las clases más modestas. No hay casa de obrero en Francia y en Inglaterra en la que no se vea, en el comedor, un armario lleno de tomos, por lo general intonsos.

—*Cela fait joli*—murmuran, con ingenua franqueza, las modestas matronas parisienses.

Pero si les preguntais lo que piensan de esas obras, os contestarán con franqueza que aún no han tenido tiempo de leerlas.

Cierto que el mismísimo Renán, según lo insinúa su yerno Psicharis, murió sin *haber hallado tiempo para leer a Homero...* Pero Renán tenía la excusa de saber, antes de que Mr. Thomas L. Masson nos lo demostrase con cifras, que la vida humana no permite leer sino un número relativamente corto de tomos. Calculad, en efecto, que la suma de palabras que podemos ver y articular cada minuto no pasa de 240. Y luego, multiplicando, calculad el tiempo que se necesita para devorar una biblioteca entera. El *record*, en este terreno, no pertenece a un yanqui, sino a un inglés. "Llevo un registro—dice Macaulay—de mis lecturas desde diciembre de 1834 hasta enero de 1835. En estos trece meses he leído a Esquilo dos veces; a Sófocles, dos veces; a Eurípides, una vez; a Píndaro, dos veces; a Apolonio de Rodas, a Quinto de Calabria y a Teócrito, dos veces; a Herodoto, a Jenofonte y a Platón, una vez; una parte de Aristóteles y todo Plutarco, una vez; la mitad de Luciano y tres libros de Ateneo, una vez; a Pecauro, a Terencio y a Lucrecio, dos veces; en fin, a Cátulo, a Tibulo, a Propercio, a Lucano, a Estacio, a Silio Itálico, a Tito Livio, a Patérculo, a Salustio, a César y a Cicerón, una vez." Sumad si tenéis paciencia; multiplicad en seguida, y veréis que, con ser un *record*, no es gran cosa lo que un Macaulay o un Menéndez Pelayo pueden leer en su existencia. Sólo el *Quijote*, nuestro divino *Quijote*, con sus 461.000 palabras, requiere muchísimas horas. Y nada digo de la *Biblia*, que tiene 758.000 palabras, ni de *Clarisa Harlowe*, que es más larga que la *Biblia*; ni de la *Historia de la decadencia*

romana, de Gibbon, que es más larga que *Clarisa Harlowe*... En nuestro planeta, para poder exclamar, como Mallarmé: "*La chair est tiste hélas et j'ai lu tous les livres*", se necesita estar loco.

Nicolás Rubakine agrega:

—Se necesita, sobre todo, no saber lo inútil que es la lectura...

Este apóstol ruso ha descubierto, en efecto, que "una conferencia de Einstein, una oda de Víctor Hugo o un libro de Darwin, no le enseñan nada a nadie, y no sirven sino para sugerir creaciones paralelas". El descubrimiento se llama la psicobibliología. Y la psicobibliología, según Dauphin Meunier, es la ciencia que demuestra que en la instrucción no hay traslación, sino excitación... ¿Os dais cuenta exacta de las transcendencia de tal principio? Hecho de retazos de paradojas de Anatole France, de Tolstoy, de Mallarmé, de todos los que han dudado de la virtud de la enseñanza o predicado la virtud de lo sugestivo, podría, como juego de salones literarios, servir de base a una nueva escuela de jóvenes poetas. Pero lo que Rubakine se propone, lo que Rubakine espera, no es eso. ¿Qué le importan a él los desertores del dadaísmo ni los hijos del cubismo que no saben a qué santo encomendarse para lanzar manifiestos revolucionarios? Lo que él quiere es cambiar todo lo relativo a la cultura universal, haciendo ver que un texto no sirve más que para obligarnos a recurrir a nuestro propio fondo ideológico, en el cual, al contacto de ideas ajenas, las nuestras surgen de la penumbra de los subconsciente...

E. GÓMEZ CARRILLO

\* Guatemala, 1873.

† París, 1927.

Este artículo, fechado en Niza en abril de 1923, apareció en el núm. 6.326 del diario *A B C*, de Madrid.





## El libro

**E**L mundo fué el primer libro sin final. El agregado ingente de cosas características, formaron las hojas de ese libro que prorrumpió en el universo, y sin dificultad, llenóse con los actos de las generaciones todas. Cada generación dejó en grandes divisiones su conciencia y su deseo: la conciencia, era el alma; el deseo, la vida, y la historia de los pueblos, la fuente clara donde cada humano bebió considerable su estilo, su facundia, el ingenio y la belleza de conceptos.

Libro fué la tabla tosca—*de jure*—, donde Moisés, “el grande”, grabó sus enseñanzas deíficas; libro, el que mostraron a los demás Abel y Caín con su arte de pastoreo y cultivo; libro, el de los fenicios al donar las reglas aritméticas; libro de mérito, aquel en que los chinos brindaron la moneda, las pesas, las campanas; libro egipcio, el de la química aplicada a sus momias; indico, el del álgebra, la trigonometría, el papel de algodón y el ajedrez.

*Bheral* dejó su acento bello y magno en libros dramatizados, pedazos de existencia donde lucía el sol de la verdad. Tol y Hermes, formaron las primitivas diez y seis letras del alfabeto—ocho añadieron los griegos—, y más tarde, Cleofanto, el enamorado de la luz, mostró a los humanos en libros espléndidos la pintura sobria y el arte único.

El libro nació con el mundo, y acabará su última

página cuando el mundo acabe y las razas no existan.

Libro es la vida, libro el corazón, libro lo que soñamos, libro cuanto vemos o deseáramos ver, libro el mar con su realeza brava, la tierra con su maravilla, el sol con su fuego, el bien con su enseñanza y el mal con su experiencia.

Libro la riqueza, la pobreza, el vencido, el vencedor, la estela de ensueños, la realidad fría. Libro la ambición, la gloria, el hijo, la madre, la opresión, la libertad. Libro nuestra sangre, plétora lozana. Libro la mano que levanta, y la palabra que rinde. Libro es todo, porque es el transcurso de nuestro desenvolvimiento y cuanto nos rodea, material o psíquico, enlazado o sin principios, fundamental o enraigonado; libro es el "yo mismo", el *ego sum* que existe en todos nosotros, donde se enristra el suficiente encanto para enlazar un asunto, y hállase la trama de un pensamiento feliz.

#### HABLA EL LIBRO.

Débora, la fuerte, libro era de pujanza y heroísmo. Martín Lutero, libro fué de yerros y equivocaciones. Francisco Pizarro, claro libro de abnegación y temeridad llevaba en sí. Isabel de Castilla, tuvo en el libro de su alma grande, arenga y gentileza. Carlos V, pulió renglones donde la victoria era inmensa tromba que arrollaba al paso, y Napoleón I era el libro de la vida y de la muerte.

#### LOS QUE LLENARON LAS HOJAS DE LOS LIBROS.

Y como en cada mortal luce la antorcha de la inspiración fecunda, más tarde, los libros, las páginas de los libros, llenáronse de dicción, de alma, de cuerpo, de savia, de lindeza... El soplo que besa el cerebro y pone en los sentimientos algo divino, en los ojos claror de

misticismo y en la frase raudales de inventiva, bajó a los hombres y ordenó suavemente a los elegidos que trazaran sobre el papel blanco algo florido y ameno, sencillez de égloga y paz en los campos, olor de tomillares y cantos de flores y pájaros maestros, y ante los no elegidos, que absortos escuchaban, los cinceladores de la palabra hicieron de ésta, flecha que hendía los espacios, trino que sabía de encantamiento, súplica que lograba voluntades, risa que moría en el viento, lágrima que quedaba en perla.

Nacieron los poetas al estremecimiento de tierra y cielo, nacieron de una tempestad y un amanecer, nacieron de la verdad y la ficción, nacieron de los elementos y las costumbres, nacieron de la paz y la lucha, de la mano del Dios-hombre y de la voluntad del hombre-Dios.

#### ENSEÑANZA DEL LIBRO.

El libro cumplió su misión y el libro educó, enseñó, fortaleció el espíritu y limpió de molicie la especie.

Leyó el hombre, aprendió lo que otros para él habían forjado; hizo dentro de sí sitial a la enseñanza más de su gusto, se adormeció rezando sin mover los labios aquello que pecho adentro quedado había; comprendió que sobre la tierra el mejor compañero, después de la madre, la esposa y los hijos, era el libro, que por tener algo de todas las vidas, parecíase tanto a la suya; y el libro constituyóse en fiel amparador de toda la familia, institución firme y acrisolada, principio empírico de las naciones más fuertes.

#### ACTIVIDAD METÓDICA EXTENSIVA.

Libros claros, de una diafanidad imperante como cosa vivida—no uno de tantos—, que se acomoden a nuestros vicios y buenas obras, que digan de todo y entié-

danlos todos, labor culta y racional, que puedan ser leídos con la ansiedad del que espera saber más, sazonzarse, constituirse.

Luego, ediciones al alcance de todos, sin carácter privativo y sí universal, que comprenda a todos y todos sepan que la instrucción es lo único que eleva y vence. Después, bibliotecas gratuitas, como en Alemania, Inglaterra, Francia, Norteamérica, que enseñen a leer y saber lo que se lee; premios a lectores; certámenes al fomento de la lectura con justicia; festivales donde el libro sea el principal motivo como perfil ecuánime y racial de un pueblo; ayuda a los que desean leer y prodigalidad al que ofrece escribir para que otros lean; libros de clara ilustración en ingenio sencillo para las escuelas, sin leyendas absurdas; libros de capacidad mental fácil, en que el intelecto se forma sin la anodina insulsez de la enseñanza actual; libros y horas de lectura y lectores en talleres, fábricas y centros; libros cerca de los ojos, a la altura del examen general; libros para todos y por todos, que formen hombres capaces del concepto de regirse y saber ser regidos.

Amor al libro, deseo del libro, acuciamiento en los concursos, verdad en ellos, sin fanatismos ni preferencias, único incentivo para formar una masa de verdaderos escritores; cese de precios elevados, que aleja de la mano del buen lector la obra fomentadora; difusión de las firmas mundiales; quioscos de libros en parques y paseos; libros a las aldeas distantes; casas que ofrezcan cultura y amenidad por un módico precio; y en una palabra, proteger al lector modesto y ayudar al que escribe para formar más lectores.

¿Que son muchos libros? No importa; vengan libros a millares y lectores sin fin.

Los deportes fortalecen el músculo, el aire vigoriza, el sol curte y sana, el mar—jordán purificador—limpia y tonifica; el libro, la lectura, engrandece el espíritu,

alegra el ánimo, estímulo de educación, caldea el pensamiento y detiene en su carrera los sentidos turbios.

EL BIEN QUE OFRECE Y PUEDE  
OFRECER EL LIBRO.

Las factorías de San Francisco tienen lectores que amenizan en las horas de trabajo, ofreciendo lo mejor editado al personal reunido; lectores hay también en las fábricas de tabaco cubanas; lectores en Transvaal e India inglesa; lectores en Bélgica y Austria; hombres de voz potencial y simpático timbre que llevan pendientes de su acento a multitud de personas que, a pesar de gustar de la lectura y sus transparencias gráficas, vense privadas de ellas por sus penosas tareas.

Sea, pues, España amante del libro; seamos lectores de arraigo y condición civilizadora; gustemos del talento ajeno que enseña. Y pues no existió invento que pueda compararse al de la imprenta y sirviera mejor para unir los pueblos todos como verdaderos hermanos o compañeros de la primera obra llamada mundo, unámonos optimistas, sinteticemos nuestras sentidas violentas emociones y ayudemos la obra de redención y moral educativa, que hace del niño un gigante y del libro de la vida un recuerdo eterno para la humanidad y un fruto vivificador para el mañana feliz.

COMPENDIO.

El libro es el vaso de las creencias, el corazón del pueblo, el credo sin palabra de las patrias, dilatadora explicación de la cultura, el cáliz sin mácula de los siglos en pugna, la espiga fecundante y lozana, el faro de la inteligencia y sus libertades, nuestro pasado y nuestro pre-



sente: la historia; el libro somos nosotros mismos, libro que se empieza al nacer y acaba al cerrar los ojos cansados de ver mucho.

RAIMUNDO ALFONSO

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1928 con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *Una letanía y una glosa*

**E**S costumbre, desde muy antiguo, dedicar loas y chicoleos al libro, hasta el punto de que una colección, siquiera fuese antológica, de ellas y de ellos, llenaría volúmenes de consideración. Entre tantas alabanzas conviene, pues, destacar alguna significativa, que bien puede ser la que adopta la forma rancia y prestigiosa de la letanía.

La más célebre letanía bibliográfica es la atribuida por Gabriel Peignot a Lucas de Penne. Gabriel Peignot, que vió parte de los siglos XVIII y XIX, fué un buen profesor que consagró ígneos entusiasmos al estudio metódico del libro—de que fué precursor en Francia—con la pureza y el desinterés propios de persona tan modesta que, según expresión suya, no hubiera dado ni el tabaco que cabe en una pipa para que su nombre le sobreviviese. Lucas de Penne es una incógnita que Gabriel Peignot dejó sin esclarecer, cosa que tampoco hacen los correspondientes lexicones biográficos.

Pero lo importante es la letanía bibliográfica de Lucas de Penne, que corre en varias versiones, si bien aquí se aceptará la que ofrece Gabriel Peignot.

La letanía en cuestión dice que el libro es:

*Lumen cordis.*—El corazón tiene, sí, óptimas cualidades, como son la bondad, la compasión, la valentía,

no siempre tenidas en cuenta. Dijo Pascal y repite Eugenio d'Ors que hay razones del corazón que la razón no conoce. Pero también hay razones de la razón que el corazón ignora. De ahí se sigue una ceguera cordial que origina acerbos males y engendra desengaños. Ahora bien: para esa ceguera puede ser un apreciable remedio la luz del corazón que proporciona el libro.

*Speculum corporis.*—Cuando se coge un libro, sin apoyarlo en mesa o atril, ¿no se le tiene a manera de un espejo de mano? Sí; pero ese espejo no devuelve la imagen del lector, aunque el lector vea a veces en el libro, por sobrada fantasía, la propia imagen. ¡Ay, si el libro fuera verdaderamente espejo del cuerpo! Seguramente habría más riqueza de lectores femeninos...

*Virtutum magister, depulsor vitiorum.*—El libro, efectivamente, enseña las virtudes y arroja los vicios, a condición, sin embargo, de que su finalidad no sea exclusivamente moral. Basta que un libro nos produzca un deleite estético o una preocupación intelectual para que surja la eficacia moralizadora. Pero los libros que se han propuesto ésta, no la han alcanzado generalmente más que haciendo intervenir intelecto y belleza.

*Corona prudentium.*—La corona, en términos generales, es un signo distintivo, según particularidades, de imperantes o nobles de varia condición. También distingue, cuando es de yedra, a cierto jocundo dios de la antigua mitología. ¿No son acaso los libros una nota distintiva de las personas medidas que andan con pies plúmbeos, que saben medir al punto el pro y los inconvenientes de las cosas? Justo, por lo tanto, es llamar a los libros corona de los prudentes.

*Comes itineris.*—Se cuenta de Plinio el Antiguo que aun en los viajes, que a la sazón no eran prototipo de comodidad, se dedicaba a los libros. De muchas personas puedese decir actualmente que sólo tienen trato con los libros cuando van de viaje. El libro, por lo visto, compen-

sa placenteramente el enojo de los largos trayectos, del paisaje monótono o archisabido, de las estaciones sin poblado. Pero huelga decir que las personas únicamente lectoras en ruta no son portentos de ilustración.

*Domesticus amicus.*—En el hogar tenemos a los padres de cabellos escarchados, o a la hermanita reposada que tan lindas labores hace con la aguja, o a los hermanillos que arman horribles trapatuestas, o a la esposa que mira el horizonte con ojos azules. Lo que no tenemos es un amigo, porque bajo el techo del hogar sólo moran parientes. ¿No tenemos un amigo? ¡Sí, sí! El libro nos dice que sí.

*Congerro jacentis.*—Cierto es que, a veces, la persona tendida en el tálamo por causa de enfermedad, no puede contar con la compañía del libro que hasta sería gravosa para su salud. Pero ¿hay estado más bello que el de convalecer en una camareta blanca, con ventana abierta a la campiña primaveral, y con un libro en la mano que podamos leer como quien dice a sorbos?

*Collega et consiliarius praesidentis.*—No hay inconveniente, dirán algunos, en admitir eso de que el libro sea colega y consejero del gobernante. Pero es evidente, añadirán, que muchos gobernantes lo han sido sin usar más libro que el de cheques y el de papel de fumar. ¡Cierto, ciertísimo! Pero da la casualidad que de esa catterva han salido los gobernantes más taimados y deficientes. En cambio, ¡qué magna es la figura de aquel John Gladstone, tan generoso, tan vidente, a quien, ajustándose a la realidad, lo presenta un retrato en el despacho de su casa, leyendo, abstraído, los dulces libros de humanidades!

*Myrothecium eloquentiae.*—Este elogio del libro tenía, en los tiempos en que fué elaborada la letanía—que data, cuando menos, del primer tercio de la centuria décimo séptima—un sentido que hoy no tiene. Entonces la elocuencia estaba férreamente determinada por los li-

bros, que le imponían el sendero a seguir, la guisa de andarlo y los gestos a producir. Hogaño la relación entre la elocuencia y el libro es más laxa. Y quizá por ello mismo resulta más oportuno decir que el libro es la cápsula con perfumes de la elocuencia.

*Hortus plenus fructibus, pratum floribus distinctum.*—Puede parangonarse el libro, ciertamente, a un huerto repleto de frutos y a un prado salpicado de flores. Los frutos se llaman ideas; las flores, figuras retóricas. Y tanto el huerto como el prado, tienen en todo su perímetro un seto que ha levantado el estudio y la reflexión. Pero el seto, aunque ha recibido refuerzos de los poderes públicos en forma de ley de la propiedad intelectual, impone poco respeto. Por eso lo trasponen tantos golosos del cercado ajeno.

*Memoriae penus, vitae recordationis.*—Pasaron ya aquellas épocas en que los aedas remontaban las amables colinas de Grecia para dirigirse a las fortalezas donde narrarían las proezas de las divinidades antropomorfas; pasaron ya aquellas épocas en que los juglares escalaban las graníticas montañas de la Europa Central para encaminarse a los castillos donde recitarían hazañas de amor y de guerra. Entonces, la no existencia o la escasez de libros hacía ejercitar la memoria, que ahora ha decaído en importancia porque el libro la tiene en depósito y la hace vivir cuando es menester.

Pero no acaban ahí las alabanzas que del libro escribe Lucas de Penne o quien sea el autor de la letanía.

Añade que el libro acude cuando se le llama, corre cuando se le ordena, siempre está presto, nunca deja de ser complaciente, contesta en cuanto se le interroga, revela lo oculto, ilumina lo oscuro, resuelve lo dudoso, protege contra la suerte adversa, templa la prosperidad, fomenta la riqueza, evita los derroches...

Todo ello esta bien, muy bien, puesto que sería bal-

dío advertir que lo dicho en favor del libro en general ha de volverse al revés cuando se trata del mal libro.

Y claro está que esto mismo—el daño que puede causar un mal libro—habla muy alto en pro de la eficacia que tiene el libro en general.

F. ALMELA Y VIVES

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Barcelona en 1929 con ocasión de la Fiesta del Libro.







## *El libro, embajador de la cultura*

**R**ECUERDO que, cuando pequeño, mis libros favoritos fueron el *Quijote* y las obras de Shakespeare, en una edición especial para niños, hecha por la Casa Araluce, si la memoria no me es infiel.

La figura del caballeroso y noble Don Quijote se me antojaba a las primeras lecturas como un pobre loco que sólo hacía desatinos tras desatinos, y los hechos de Sancho Panza me parecían razonables.

“¿No ve vuesa merced, señor Don Quijote, que aquellos son carneros y no ejército, como dice?” Y nosotros, los muchachos, reíamos de muy buena gana leyendo que el Caballero de la Triste Figura, lejos de atender las razones de su escudero, se lanzaba sobre los supuestos enemigos, entre los que hacía gran número de víctimas.

Más tarde a la par que nuestras inteligencias iban desarrollándose, iba aclarándose, elevándose, ennobleciéndose, la figura de Don Quijote, y envolvíamos con nuestro desprecio al cachazudo, festivo y egoísta Sancho, el que sólo soñaba con ver su estómago repleto.

Las obras del gran dramaturgo inglés Shakespeare, tales como *El mercader de Venecia*, *Otelo*, *Macbeth*, to-

das ellas, en fin, nos presentaban tipos ejemplares de honradez, hombres que cumplían la amistad como un ministerio sagrado, y tales lecturas fueron formando nuestro carácter y robusteciendo la voluntad y el amor al trabajo.

Ya en la edad adulta, cuando hemos leído las mismas obras en ediciones corrientes, siempre hemos recordado nuestras primeras lecturas, que nos prepararon con aprovechamiento para empezar una carrera universitaria, o bien para trabajar con laboriosidad y aplicación en cualquier otra modalidad.

Todos los hombres debieran darse exacta cuenta de lo beneficioso que resulta el gustar de la lectura, el sentir amor por los libros. Ellos son los embajadores de la cultura y el progreso, y pueden ser admitidos lo mismo en el palacio del poderoso que en la humilde vivienda del trabajador.

Antes de la invención de la imprenta en 1445 por el alemán Gutenberg, era preciso poseer riquezas para ser dueño de algunos manuscritos, relatando hechos de las guerras o historias antiguas. Por este motivo, solamente poseían la cultura los magnates, los ricos, aquellos que podían pagar a peso de oro tales libros. Hoy ha cambiado totalmente la situación, de tal suerte, que la cultura está difundida por todas partes, puesto que en todos los lugares encontramos los elementos principales de ella.

Por mediación del libro recorremos mentalmente países para nosotros desconocidos y llenos de misteriosa emoción, como la India, el Japón, la China, cuyos lugares nos describen tan maravillosamente Blasco Ibáñez y Enrique Gómez Carrillo en *La vuelta al mundo de un novelista* y en *El Japón heroico y galante*.

Palacio Valdés, para el que, muy acertadamente, se ha pensado solicitar el premio Nobel de Literatura, nos relata muchas bellezas artísticas de Sevilla, la belleza in-

comparable de su suelo y los encantos de sus mujeres seductoras.

Y así podríamos enumerar tantas y tantas obras de Insúa, Valle Inclán, Benavente, etc., tan al alcance de todos los bolsillos, que es menester ser muy pobre para no poder adquirir alguna novela o comedia de estos eximios escritores.

El libro es como el balcón en el que nos asomamos al paisaje hermosísimo del mundo y cuya contemplación nos extasía; es cual antorcha refulgente que ilumina con luz deslumbradora el camino por donde transcurren las generaciones.

Los libros no deberían faltar en ningún hogar. Las obras maestras deben ser conocidas, adquiridas por todos. Hoy ya se van dando cuenta muchos padres del bien que reportan a sus hijos en lo futuro, al acostumbrarlos de niños a la lectura de libros al alcance de sus inteligencias, para lo cual varias Casas de Madrid y Barcelona han hecha preciosas traducciones resumidas de algunas novelas, consideradas como las mejores en el mundo intelectual. Ellas estimulan las iniciativas del niño, poniéndolo en condiciones de seguir con verdadero entusiasmo la carrera u oficio para el que tenga aptitud.

En nuestro país todavía no se ha dado la debida importancia a la adquisición de buenos libros, y esto es un defecto que contribuye eficazmente al retraso y analfabetismo de España.

\* \* \*

Del propio modo que las ondas hertzianas transmiten con pasmosa rapidez la palabra hablada a través del mundo, de la misma suerte es el libro el conductor más poderoso de la cultura y del saber humano. En este tiempo de actividades intensas, el que no estudia, el que no lee, el que no lucha, queda postergado en la vida. Sólo vence el que con toda su alma se dedica a la ad-

quisición de conocimientos, sin desmayos de ningún género, teniendo como compañero inseparable el libro.

El célebre estadista inglés Gladstone, hombre cultísimo, manifestó en cierta ocasión que su posición la debía exclusivamente a los libros, los cuales le elevaron al Poder. Sin salir de España, D. Antonio Maura, que estudió la carrera de Derecho sin grandes bienes de fortuna, gracias a su amor al libro y su perseverancia en el estudio, logró llegar a la cumbre del Poder, adonde sólo debe llegar la aristocracia del saber y la entereza del carácter. Algún tiempo antes de su fallecimiento manifestó a un periodista que se dedicaba a leer algunas novelas, ya que en su juventud no había tenido ocasión de leerlas, debido a sus estudios.

En España tenemos obras selectísimas y perfectas traducciones de novelas francesas, como las de Pierre Loti, dignas de estar en todos los hogares. Es lamentable que en un país de más de 22 millones de habitantes no se agote nunca una novela, cuya edición no pasa de seis mil ejemplares. Esta es la muestra, mejor dicho, el botón de muestra de nuestra cultura. Sin embargo, los libelos y novelas picarescas abundan y, desgraciadamente, se venden.

Es menester que el público en general se interese por lo que ocurre en el mundo; no sea como el topo que se esconde en las entrañas de la tierra para no ver siquiera la luz.

Que se asome al balcón del mundo, el libro, el que dará al espíritu necesitado ánimo y aliento y fortaleza, y a la mente, sabiduría e inteligencia, refrescando con sus bellas enseñanzas la fiebre de las rencillas y de las envidias, que es uno de los tristes patrimonios de la Humanidad.

MANUEL BARBERÁ

(*Mundo Gráfico*, Madrid, 1928.)



## *El placer de la lectura*

*(Conferencia para el día de la Fiesta del Libro)*

**D**ESDE que—tendría yo cinco o seis años—me regalaron mi primer libro, que era muy grande, con hermosas láminas en colores y bellos cuentos de títulos sugestivos: “La princesa de los cabellos de oro”, “La cierva encantada”, “La Gata blanca” .... desde entonces, digo, ha sido el libro mi mayor y más constante amigo.

Siendo esto así, parece que hablar y escribir del libro habría de ser para mí tarea fácil y, sin embargo, cuando se piensa que han disertado sobre tema tan vasto desde los más eminentes ingenios hasta el charlatán de aldea, parece imposible encontrar algo original que decir de él.

Por eso debo afirmar muy sinceramente, y no por cumplir con el ritual, que no voy a tratar aquí de sentar en tono doctoral principios incontrovertibles y que no me precio de daros valiosos consejos, sino únicamente pensar en alta voz delante de vosotros, comunicándoos impresiones, casi debiera decir sensaciones personalísimas, acerca del libro y de la lectura, que como tales os presento sin la menor pretensión de que puedan tener algún valor. Y aunque el hablaros de algo tan estrechamente relacionado con mi vida me da la impresión de regalaros

algo de mi intimidad, gustosa os hago el obsequio, esperando que, en cambio, conseguiré infundir en vosotros, jóvenes estudiantes que acabáis casi de tropezar con él, un poco del amor que al libro profeso.

Pero imagino que alguno de los que me escuchan piensa: "Pero si también nosotros queremos mucho al libro: las novelas de Salgari, de Conán-Doyle; los episodios de Buffalo-Bill o de Dick Turpin; ¡ah!, en cambio, ¡esa incomprendible Geometría!, o ¡esa latosísima Geografía! ¿Cómo los vamos a querer, si nos cuestan tantos disgustos?"

¿Reís? Yo también he sido estudiante y he pasado por el amargo trance de tener que declarar aborrecible a un infeliz libro, que ninguna culpa tiene de nuestra incompreensión, ni de nuestra pereza, ni... de nuestra afición a otros papeluchos que nos distraen de lo que más debe importarnos.

Me diréis que esos son también libros, y lo son en efecto; mas... hay libros y libros, y si unos son nuestros amigos, otros pueden ser nuestros corruptores.

Y a este propósito se me ocurre contaros una historia muy antigua, que puede ayudaros a comprender mis palabras.

Cuentan que allá por el año 500 a. de J. C., un opulento ciudadano ateniense, que había convidado a un banquete a sus numerosos amigos de la ciudad, hizo venir a su presencia a aquel de sus esclavos que ejercía las funciones que pudiéramos llamar de jefe de cocina. Era este esclavo originario de Frigia, hombre pequeño, contrahecho, muy observador, de gran ingenio, entre filósofo y poeta, y respondía al nombre de Esopo.

—Mañana—le dijo Xanto, así se llamaba el señor—, se sientan en mi mesa los más importantes ciudadanos de Atenas. A la integridad de tus espaldas confío la seguridad de que el banquete sea excelente y que en él nos harás servir lo mejor que puedas encontrar.

Inclinóse Esopo ante su amo y, disponiéndose a cumplir las órdenes recibidas, durante todo el día organizó los trabajos, movilizó un batallón de pinches y ayudantes, salió, entró, trabajó con entusiasmo.

Y llegó el momento del banquete—Simposiom, le llamaban ellos—, y habiéndose reunido los invitados de Xanto en el hestiatorium o comedor, fueron ocupando los ricos lechos colocados alrededor de la engalanada mesa.

Numerosos esclavos invadieron la sala: corpulentos tracios, esbeltos fenicios, hombres y mujeres de todas las razas, incluso algún etíope, poniendo la nota oscura de su bella figura de ébano en el abigarrado conjunto. Y mientras unos se disponían a amenizar la comida al son de arpas, de cítaras y pífanos, otros, portadores de bellas ánforas, escanciaban el dorado néctar de Chipre, el rojo vino de Falermo o el aromático hidro-miel...

Aparecieron entonces, hiératicos, estirados, los esclavos portadores de bandejas en las que se servía el primer plato. Era éste un complicado guiso de lengua con salsa aromática de coluquintida.

Este primer plato fué unánimemente alabado por los comensales, así como el segundo, que se componía de lengua también, aderezada con vino de Samos. El anfitrión, muy satisfecho, recibía contentísimo las alabanzas que se le prodigaban por tener tan excelente cocinero.

Mas comenzó a sorprender a todos que el tercer plato, y el siguiente, y los demás, fueran siempre de lengua: lengua de faisán, de cordero, de ternera, de vaca... en los más variados y excelentes guisos, pero siempre lengua.

La sorpresa se tradujo en comentarios y, poco a poco, el que fué al principio un murmullo, fué elevando el tono hasta que, súbitamente, todos callaron ante una gran voz de Xanto que ordenaba viniera el cocinero.

Un profundo silencio reinaba en la sala cuando Esopo penetró en ella.

—¡Miserable!—le gritó su amo—. ¿Has querido burlarte de nosotros? ¡Te haré apalear hasta que mueras!

—Señor—gimió el infeliz—, perdóname; pero no he sabido cumplir mejor tu mandato. Querías que os sirviese lo mejor, y eso es lo que os he servido.

—¿Te atreverás, ruin esclavo—rugió, más que dijo, el señor—a sostener que nada hay mejor que la lengua?

—Yo, señor—repuso el esclavo—, así lo creo. La lengua nos sirve para orar, por medio de la de las pitonisas nos comunican los dioses sus mandatos y consejos, con la lengua los filósofos nos expresan sus sublimes pensamientos; la lengua sirve para hablar de amor, para prodigar consuelos, defender las causas buenas y justas; es también el instrumento de los poetas. ¿Piensas, señor, que puede haber en el mundo nada más excelente que la lengua?

Cayó en gracia tal alarde de ingenio, hasta el punto de que casi todos los asistentes al banquete se mostraron dispuestos a perdonar el fiasco en atención a la habilidad dialéctica del culpable, y así, viendo Xanto que la hostilidad de sus convidados se había trocado en benévola curiosidad, se volvió a Esopo y le dijo:

—Por lo que veo, has querido lucir tu ingenio a costa de nuestros estómagos. Sin embargo, te perdono, con una condición: mañana nos reuniremos de nuevo todos los aquí presentes, y tú nos harás servir lo peor que puedas imaginar.

Cuando al día siguiente, congregados de nuevo los amigos de Xanto, se sirvió la segunda comida, el asombro y la sorpresa de todos no tuvo límites al ver que otra vez, como la víspera, Esopo les daba de comer lengua y más lengua.

Xanto, fuera de sí y sin escuchar a los que esperaban una nueva y más ingeniosa explicación del esclavo, le hizo llamar y le dijo, enfurecido:

—Te he hecho venir, no para pedirte explicaciones, que no quiero oír, sino para comunicarte que esta noche dormirás en el estanque, sirviendo de banquete a mis anguilas.

Esopo, lívido y temeroso de haber ido demasiado lejos, y que la aventura tomase mal cariz, arrojóse a los pies de Xanto y dijo, aterrado:

—¡Oh, señor! ¿Y este es el premio que me das por obedecer tus órdenes?

—Te dije que nos sirvieras lo peor y, después de habernos dicho que lo mejor es la lengua, nos la das otra vez por comida.

Esopo lanzó un imperceptible suspiro de alivio; le dejaban una última oportunidad de defenderse, y esto le tranquilizaba, pues él era de los que si les dejan hablar no los ahorcan.

Algo más animado repuso:

—Meditando, señor, acerca de tu encargo, he llegado a la conclusión de que es la lengua lo más malo que se pueda encontrar: de ella se sirven los hombres para cometer el más nefando crimen, que es el de blasfemar de los dioses; ella es el instrumento de la mentira, ella propala la calumnia; con la lengua se maldice a los semejantes, se enseña el error, se induce al crimen, se fomenta la intriga. ¿Crées que puede haber en el mundo algo peor que la lengua?

Es fama que, impresionado Xanto por el talento de su esclavo, no tardó en concederle la libertad, con lo que facilitó a Esopo los medios de llegar a ser el más grande, profundo y célebre de los fabulistas del mundo.

Sin embargo, aunque ingenioso, el argumento de Esopo es totalmente falso, ya que atribuye a la lengua lo que ésta es incapaz de hacer: pues ella ni ora, ni blasfema, ni miente, ni dice la verdad, ni maldice, ni consuela. Quien hace todo esto, y las demás cosas buenas y

malas que Esopo le atribuye, es el espíritu que la mueve y del que ella es un instrumento inerte.

Y aquí es adonde yo quería venir a parar, pues si es la ya tantas veces nombrada lengua el instrumento de la palabra hablada, el libro lo es de la escrita, y cuanto se diga de aquélla se puede aplicar a éste.

Así, hijo de una personalidad eminente y superior, el libro puede ser vehículo de verdades sublimes, mensajero de los lejanos países de ilusión y de ensueño, puerta que nos abra perspectivas maravillosas, lente que nos permita acercarnos a inasequibles horizontes de belleza y poesía.

En cambio, engendrado por una mentalidad mezquina, puede ser maestro del error, llevarnos a visitar insospechados antros de miseria espiritual y moral. En manos de un libelista puede perseguir con sus calumniosas acusaciones a un inocente, puede mover la mano homicida, deformar un carácter. ¿Quién puede decir todo el mal y todo el bien que cabe encontrar en un libro?

Mas hemos de tener también presente que no son sólo malos los libros malos, sino los inútiles, que nos hacen daño en cuanto que nos roban el tiempo que debemos a los buenos y necesarios.

Un libro en la mano, con sus hojas sin abrir, es siempre un misterio inquietante; empezar a cortar las cerradas páginas de un volumen es experimentar una ligera emoción de inquietud. ¿Qué buena nueva o qué dolorosas cavilaciones no traerá? O ¿qué oro de tiempo irremplazable se habrá deslizado de entre nuestras manos durante las horas que nos costó su lectura?

Es preciso seleccionar las lecturas de modo que, cuando después de cerrar un libro, ya doblada la última hoja, hagamos el balance de las impresiones que nos ha producido, podamos decirnos que nos sentimos un poco más sabios o un poco más buenos; que por haberlo leído hemos añadido algunas ideas al caudal de nuestros conocimientos, o que ha despertado en nosotros una emoción

de belleza, o que nos ha hecho vibrar con el afán de acercarnos a un ideal santo y bueno.

Pero con leer mucho no nos basta. Hace falta, además, saber leer.

Leer de modo que las ideas del libro que sostienen nuestras manos pasen sobre nuestro espíritu como el agua resbala sobre la superficie de un tejado de pulimentada pizarra, eso no es leer; será, a lo sumo, deletrear.

El alma de un libro, ese algo sutil que no se percibe del exterior, pero cuya captación—valga la palabra—produce tan agradables emociones, y su vestido: el lenguaje elegante, conciso, adornado, con que se viste, son cosas que no todo el mundo sabe apreciar en él.

Hay en los "Los Cuatro jinetes del Apocalipsis" un personaje cuyo amigo era muy dado a la lectura, y al cual, cuando le encontraba con un libro, pedía invariablemente: "Cuéntame el argumento". Y así le fueron contados "argumentos" de Kant, de Platón, de Goethe.

Para ese personaje, como para tantos personajes que en el mundo han sido, son y serán, en un libro no hay otra cosa que "argumento": las ideas, las imágenes de que el autor se vale para expresarlas; las palabras, las frases, el arte con que están enlazadas, todo eso no vale nada, o poco menos que nada.

Esas personas, leyendo el *Quijote*, por ejemplo, no sabrán ver otra cosa que al pobre Don Alonso Quijano apaleado por las malandrines, maltratado por las aspas de un molino o arremetiéndolo contra inofensivos pellejos de vino, pacíficas ovejas o inocentes figuritas de barro. Pero la magna lección de Cervantes no la sabrán apreciar, porque no está en el "argumento": la eterna historia del ideal malparado y aleccionado por la vulgar prosa, la gigantesca lucha del espíritu en pugna con las pequeñas miserias de la vida, no la podrán comprender, como tampoco serán capaces de saborear el maravilloso

lenguaje con que Cervantes se recreó en vestir la historia del Caballero de la Triste Figura.

No seas como el necio, que al mirar la virgínea imperfección del mármol que la arcilla aprisiona, queda sordo a la entraña de la piedra, que entona en recóndito ritmo la canción de la línea.

Dice así un exquisito poeta. Mas si en un bloque de piedra inerte se puede adivinar la maravilla de línea y armonía que encierra en potencia, ¡cuántos recónditos ritmos de belleza insospechada puede descubrir, ocultos en un libro, un buen "gustador" de lecturas!

Hacerse con el alma del libro, identificarse con su espíritu, penetrar el móvil que pudo impulsar al autor a escribirlo, desentrañar los símbolos que encierra, la lección que nos da, recorrer paso a paso el camino cuyas puertas nos abre y mirar en ese camino con amor todas las flores, escuchar con cariño el canto de sus pájaros y pararnos en él un momento a soñar las cosas que tal recorrido llegó a sugerirnos, eso es lo que el libro puede darnos, y bien exigente será el que encuentre que todo eso es poco todavía.

Mas, para este exigente, el libro reserva aún más: la cadencia, el ritmo de sus palabras, el ingenioso juego de sus imágenes.

Un buen libro es nuestro mejor amigo, pero a un amigo no llega a querérsele bien si no cuando se ha llegado a comprenderlo, cuando se conocen hasta los más recónditos y escondidos pliegues de su personalidad, cuando nada de su historia y sus sentimientos es un secreto para nosotros. ¿Habrà de ser una excepción nuestro afecto por un libro que tan generosamente nos ofrece desde el primer momento, con su amistad, las puertas de su alma de par en par abiertas?

Mas veo que esto se alarga, y he de concluir con un consejo como resumen de estas que yo he llamado, quizá

con excesiva indulgencia, mis divagaciones: leed mucho, todo lo que podáis; poned sumo cuidado en seleccionar vuestra lecturas, y cuando tengáis un libro entre las manos no lo dejéis antes de convenceros de que habéis aprendido cuanto él era capaz de enseñaros. Hacedlo así, y estad seguros de que habréis hecho mucho por el mejoramiento y perfección de vuestro espíritu. He dicho.

JUANA CAPDEVIELLE







## *El libro en las manos de todos*

**R**EPARAD, si no lo hicisteis, en la certeza del aserto. El pecho que se descubre en plena calle para amantarlo al hijo pequeño no excita ni encandila al cuerpo masculino; llama, por el contrario, al espíritu, que ve limpia de toda impureza la función maternal, elevándola hasta divinizar casi las fuentes de la vida.

Análoga idea de admiración y respeto, observadlo también, sugiere la contemplación del libro en las manos de todos. Y es que el libro, producto de múltiples vigili-  
lias, en que el autor puso inteligencia y alma al servicio del progreso por las ciencias, las artes o las letras, establece, como ninguna otra cosa, comunicación de continuidad y semejanza loables.

Todo lector, por el hecho de serlo, engrandece y eleva su pensamiento, purifica su aspiración, orientándola por la diáfana senda del trabajo razonado y digno.

Lectura es abstracción, y abstraerse, "estar aislado de los objetos exteriores, para entregarse a la consideración del pensamiento que nos ocupa". Por eso, sin abstracción no habría ciencia; sin ciencia desconoceríamos el progreso y la bondad del bienestar debidamente encauzados, y faltos de bondad y progreso, la vida no podría hoy vivirse.

Esta circunstancia, exteriorizada o sólo sentida si no pudo expresarse, liga indudablemente la obra del autor, el buen propósito de ilustrarse que abriga todo lector asiduo y la frecuente admiración por quienes se consagran a las lecturas provechosas y a componer libros útiles.

¿Por qué, si esto ocurre aquí, no son más todavía los amigos del libro ni se emplean medios totalmente eficaces para acrecer con rapidez la cultura patria?

En España hay autores con tal bagaje científico, literario y artístico, que equiparada su labor con la de no pocas primeras figuras mundiales, constantemente la igualan y a veces la sobrepasan; hay quien comprende y estimula su ejemplar esfuerzo; quien, atraído por él, lo sigue, buscando esparcimiento unas veces, orientación solvente otras, ampliar su caudal de cultura siempre. Pero seamos justos. Estos, los lectores, están en número reducido y hay que aumentarlo.

Si progreso y bondad, repetimos, son carriles precisos para el avance ligero del bienestar humano, deber general es contribuir a él, aficionándose a las lecturas instructivas.

El día que en cada sér haya un lector fervoroso, de curiosidad cultural incansable; que esté el libro en las manos de todos, la verdadera fraternidad humana comenzará su obra, porque todos entenderemos, sin mediadores egoístas, el purificador lenguaje de la cultura, que es, en fin de cuentas, el de la comprensión y la bondad grata, el que empleaba el Santo de Asís para llamar al "hermano pájaro" y al "hermano lobo", dándoles trato de ejemplar familia universal.

PEDRO DE CASTILLA



## *Libreros de Madrid a fines del siglo XVIII*

**S**ABIDA cosa es que el mejor barómetro para medir y graduar la cultura intelectual de un pueblo es conocer el número de imprentas y librerías que posee, así como para apreciar su riqueza material, que no siempre andan unidas, es ver sus fábricas, almacenes y oficinas de exportación a los demás países.

Madrid, que hace siglo y medio apenas contaría la cuarta parte de habitantes que en la actualidad, tenía un número de librerías proporcionalmente mayor que hoy. Verdad es que ahora existen otros medios de difusión cultural, como la prensa periódica, que entonces sólo en forma muy circunscrita y pudiéramos decir rudimentaria, existía. Ciertamente que la instrucción que la Prensa suministra al pueblo pierde en intensidad lo que gana en extensión y variedad; pero como no excluye la adopción del libro y el folleto, fuentes únicas de enseñanza en otros tiempos, quizá venga en resolución a hacer innecesaria la publicación de muchos escritos que tenían entonces el carácter fugaz y transitorio del periodismo moderno.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Madrid

contaba, al finalizar el reinado de Carlos III, una cantidad de librerías tal que no deja de sorprender el ánimo del curioso inteligente. Elijamos para hacer el cómputo un año cualquiera, por ejemplo el de 1784, en que se empezó a publicar el célebre *Memorial literario*, que nos suministra con sus bibliografías mensuales el medio de llevarlo a cabo.

El centro de la vida intelectual madrileña era entonces más que hoy la Puerta del Sol y calles adyacentes. Sin embargo, en esta misma plaza, entonces muy pequeña, no existía en 1784 más librería que la de *Esparza*, situada, como dicen los anuncios, precisamente enfrente de la Fuente, la famosa Mariblanca, siempre rodeada de cubas de aguadores.

Pero no muy lejos, a la entrada de la calle Mayor, estaba el convento de San Felipe el Real, y en él las insignes covachuelas, con gran número de libreros de viejo y lonjistas de comedias antiguas y modernas. Entre los meses de marzo y abril de 1784 hallamos citadas las siguientes librerías, todas "frente a las Gradas de San Felipe el Real". Estas gradas eran las que daban ingreso al templo, pasando por el patio llamado el *Mentidero*. Librerías de D. Antonio del Castillo, de Correa, de Francisco Fernández, de Manuel Fernández, de Valentín Francés, de Escamilla, que duró muchos años, y en 1835 todavía sus descendientes seguían vendiendo libros, y de Manuel Godos. En las mismas Gradas tenía su puesto Saturnino Fernández. Ocho librerías en tan reducido espacio debían de dar pábulo suficiente a la curiosidad de los bibliófilos y aficionados que en busca de noticias cursaban el *Mentidero*.

En la calle de las Carretas había las de Manuel Hurtado, de Bailo, de Corominas, de Escrivano, de José Francés, "frente al Correo"; de Blánquez, de Orcel, de Martínez y de Munita; en junto, nueve librerías.

En la Carrera de San Jerónimo estaban las dos de Al-

berá (Felipe y Bernardo), de Plácido Barco, de José Herrera, de Mafeo, de Nicasio y la de Miguel Copín. Este era flamenco de nación; surtía a la corte de libros extranjeros, y algo literato, pues en este mismo año de 1784 publicó en esta corte unas *Definiciones y elementos de todas las ciencias, traducidas del francés*, en octavo, e ilustradas con multitud de grabados. Siete librerías.

En la calle de Alcalá no hallamos más que el puesto de Manuel del Cerro. En la de la Montera, la de Pascual López; en la del Carmen, la de Novoa; en la de los Preciados, la de Felipe Tieso; la de Sotos, "frente a San Ginés", y la de Villel, en los Caños del Peral. Seis librerías.

Ensanchando algo más el círculo de nuestro paseo, hallamos la de Ferrer, "en los Portales de Provincia", y Llera, en la Plazuela del Angel..

En la calle de la Paz, la antigua imprenta y librería de comedias de cordel, de los herederos de Antonio Sanz. En el edificio llamado de la "Aduana vieja", sito en la antigua Plazuela de la Leña, hoy de la Bolsa, porque allí estuvo ésta antes de pasar a su casa actual, tenía entonces su casa y oficinas el benemérito impresor y editor don Antonio de Sancha, a quien tanto deben las letras españolas. En frente de este edificio de la "Aduana vieja" tenía su librería D. Casimiro Razola, y en la de Atocha, frente a la iglesia de San Sebastián, la suya D. Pedro Texero.

En la calle de la Cruz suenan como libreros Martínez y Plácido Barco López, que no sabemos si será el mismo Plácido Barco que tenía otra tienda en la Carrera de San Jerónimo, como va dicho; y en la de la Gorguera (Núñez de Arce), estaban la librería y más famosa tipografía de D. Joaquín de Ibarra, que tantas hermosas impresiones nos ha dejado.

En el Postigo de San Martín se hallaba la librería de Ramón Herrera; en la Red de San Luis, la de Luna; en

la Plazuela de Santo Domingo, la de Bartolomé López; en la calle de Tudescos, la de Isidoro Hernández Pacheco, y las tres de Vizcaíno, de Ximénez y de Yuste, en la Concepción Jerónima.

Por último, dos viudas aparecen como libreras: la de Aguado, en la calle de la Paz, y la de Manuel Sánchez, en la de Toledo, llevada allí quizá por su proximidad a los Reales Estudios de San Isidro.

Cincuenta librerías, que todas vivían y vivieron muchos años, dan una idea muy lisonjera del estado de instrucción de nuestros bisabuelos del siglo XVIII. A ellas acudirían el prelado magnífico a la busca de aquellas Biblias impresas en Alcalá, Amberes y Roma, que hoy rarísima vez se ven en nuestras tiendas de libros y cuestan miles de duros; el gran señor y el hidalgo en demanda de ejecutorias de lindas miniaturas, raros libros de genealogía y heráldica; el fraile estudioso insaciable en adquirir historias de las Ordenes monásticas, de santuarios y vidas de piadosos varones; el aficionado a la historia compraría viejas crónicas de reyes y héroes impresas en tipos góticos de los primeros años del arte; el aficionado a versos adquiriría por cuatro reales cancioneros y romanceros que valen hoy cuatro mil; el lector de buen gusto pediría las veinticinco *partes* de las comedias de Lope de Vega, las cinco de *Tirso*, las cinco primitivas de Calderón o las cuarenta y ocho de Escogidas, y el mosquetero burlón la comedia de Moncín o Valladares, silbada la víspera en el corral del Príncipe.

En una de estas tiendas sucedería el hecho que tan discretamente narró D. Tomás de Iriarte en su piececilla *La Librería*, y en otra, o acaso en las covachuelas, sería donde D. Hermógenes vociferaba a diario contra los infinitos envidiosos de su gran sabiduría y allí le oíría alguna vez el maligno D. Leandro F. de Moratín.

EMILIO COTARELO



## *Mi canto al libro bienhechor*

**E**XISTE algo más bello y más útil que los libros, algo que haya prestado a la Humanidad servicios más relevantes? Son ellos nuestros más nobles y fieles amigos, siempre dispuestos a ofrendarnos, con singular desprendimiento, el tesoro de su ciencia, la magia de sus narraciones, la flor de su poesía.

No se han hecho los libros para servir de adorno; sin embargo—Beecher lo dice—nada hay que embellezca tanto como ellos el interior de una casa. Donde quiera que se alineen, otorgan una patente de estudio, de buen gusto. Allí hay quien lee, quien medita y eleva su espíritu a esas regiones excelsas donde el genio interroga a los elementos y dialoga con los astros. Todo hombre que sienta en su interior ese “algo divino” a que aludía el inmortal artífice de las “Rimas”, ha de venerar a los libros, a estas creaciones las más peregrinas y puras que el corazón y la inteligencia producen. Llevado del amor que le inspiraban, pudo comparar Cicerón una habitación sin libros a un cuerpo sin alma. ¡Frase feliz la del insigne patricio!

Desde que la Humanidad logró libertarse de las primitivas luchas que sostenía para atender a las más elementales necesidades, y sustituir más tarde la tradición

oral por la escrita; desde que la utilización del papiro por los habitantes del valle del Nilo, y de la piel aplicada a los usos de la escritura por los industriales de Pérgamo, permitió la confección de rollos o libros, Egipto, Grecia y Roma formaron grandes bibliotecas, a las cuales debemos el conocimiento de la cultura clásica. Y en la Edad Media, el celo de los religiosos, en cuyos claustros se conservaban y copiaban los libros de la antigüedad, y el entusiasmo y buen gusto literario de los árabes, que fundaron la biblioteca de Córdoba con más de 400.000 volúmenes, y en toda España más de 60 bibliotecas públicas, permitieron legarnos verdaderos tesoros, hasta el descubrimiento del papel y de la Imprenta, que vino a coronar la obra iniciada muchos siglos antes por los egipcios, y perfeccionada después por griegos y romanos, cristianos y árabes.

Por el culto al libro se han hecho y se harán siempre grandes los pueblos. Plinio sostenía que cualquier libro, por malo que sea, alguna cosa buena encerrará. Los normandos atribuían a los libros un poder milagroso; los árabes los embellecieron merced al arte de sus hábiles calígrafos, y refiriéndose a la sabiduría, opinaban que el día de un sabio vale más que la vida entera de un necio. Y del mismo Confucio se dice que, en su afán de leer y saber, olvidábase de tomar alimento, y devorando libro tras libro, ni aun advertía que la vejez avanzaba el célebre filósofo, autor del consejo que nos incita a imitar al sándalo que perfumó el hacha que lo corta...

Cuanto más proteja un país a las artes del libro, tanto más grado civilizador alcanzará. Son las páginas impresas las que hacen las conquistas más perdurables. Un pueblo culto podrá ser vencido por la fuerza; pero su ciencia y su arte, sus libros y sus genios, acabarán por sobreponerse al vencedor e influirlo y dominarlo. Tal el caso de Grecia con respecto a Roma.

¡Los libros! ¿Quién podría indicar cuál fué el prime-

ro publicado? La Biblia, la fuente más antigua de la sabiduría y de la historia humana, menciona varios escritos anteriores, que no han llegado hasta nuestros días. Y es aquel libro venerable—el Libro, por excelencia—la “más pura revelación que de Dios existe”.

Divulgar el libro, esparcirlo a todos los vientos con la fe honrada del sembrador de cultura; fomentar su lectura y su devoción, mediante premios, disertaciones y escritos; llevar al convencimiento de la muchedumbre las ventajas y dulces emociones que proporciona; abaratar la producción para que el humilde pueda deleitarse en las sublimes concepciones del pensamiento y en los delicados matices de las almas privilegiadas; subvencionar la difusión económica de las grandes obras científicas y literarias: esta es la cruzada más noble y más patriótica que puede emprenderse. También se siente en el presidio el tirón que da el libro. Y, sobre todo, demòs luz a tantos ciegos del espíritu, a tantos que tienen cerebro y no piensan, que tienen corazón y no sienten.

Si son los libros una prenda inestimable para todos, mucho más lo son para los que carecemos de bienes materiales. Además del consuelo que nos reportan con sus morales exhortaciones, además de la grandeza que nos infunden para sobrellevar con dignidad los infortunios y desventuras, permiten a nuestra imaginación recorrer toda la superficie del planeta y conocer las razas y pueblos, los países y costumbres, los monumentos y religiones, los paisajes y fenómenos; y reproducen en nuestro corazón las floraciones sentimentales de quienes trazaron los grandes y pequeños poemas; y nos asoman al Mundo de lo Microscópico, pleno de insospechadas maravillas, y a los Universos que palpitan en las inmensas nebulosas espirales... ¡Oh libros admirables por quienes mi vida tiene razón de subsistir; libros, como escribe Gabriela Mistral: “vivos en su silencio, ardientes en su calma;—libros los que consuelan, terciopelos del alma”; nobles y desinte-

resados amigos que a diario auxilian a la mía, brindándola sus tesoros y sublimidades; ángeles tutelares que por mí velan desde las filas bellas de las estanterías; amorosos protectores en mis vacilaciones y desfallecimientos, en mis flaquezas y amarguras; vosotros, los eternos compañeros de mi caminar por el mundo, los que florecéis a mi lado como "crece en el páramo la flor"; los que acudís siempre en desinteresado auxilio de mis penas y tribulaciones; los que me guiais hacia lo bello y lo bueno, hacia la Suprema Verdad, que lo mismo reside en el fondo de la gota de agua—en que se copia el Universo—, que en los espacios enormes donde flotan los archipiélagos de soles... ¡Recibid mi cántico sincero y efusivo, y sumadle al coro de alabanzas que los hombres no ingratos entonan en vuestro loor. Con filial ternura, os he contemplado siempre, "legados preciosos que los autores hacen a la humanidad". Y donde quiera que se trate de ensalzaros y difundiros—misión benemérita que tienen las Cámaras Oficiales del Libro—siempre se hallará presta a cooperar mi pluma modestísima, pero decidida y animada de las intenciones más puras.

Los libros conservan el recuerdo de nuestra infancia y juventud; y el aroma de las flores que una mano delicada aprisionó en sus páginas; los libros tienen su alma: el alma de las cosas bellas. El Cantar de los Cantares, los Salmos y Proverbios; las "Floreillas" del Santo de Ásis, "fino como las rosas", según la celebrada poetisa chilena; las grandiosidades de la "Divina Comedia" y de "Fausto"; la "Imitación de Cristo", del piadoso Kempis; los grandes poemas clásicos; las exquisiteces de las orientales poesías; el encanto dulcísimo de "Mireya", rimada por Mistral, bajo el sol de la Provenza; las "Rimas" y "Leyendas", del Cisne sevillano; la helénica elegancia de Pierre Louis, en "Afrodita"; las narraciones amenas de Verne; el verso deslumbrante de Zorrilla; las ensoñaciones siderales de Flammarión, poeta

de los cielos... ¿qué encantos no proporcionan, muy superiores a los toscos goces de la materia? ¿Qué placer puede compararse al de hojear esas obras sorprendentes del humano ingenio, de la inspiración divina? ¿Con qué cariño, con qué respeto no ha de tratarse a esos libros que dejan en quienes los leen, sedimentos de bondad, de galanura, de arte y de ciencia? "Habla como un libro", se dice de quien se expresa con autoridad y corrección. ¿Quiérese más popular reconocimiento de las excelencias que proclamamos?

Saludemos en los libros a los bienhechores de la humanidad, a los paladines de la cultura, a los que enseñan al que no sabe. Son ellos la obra más grande, más fecunda, más perdurable; la supervivencia luminosa de sabios y artistas, de historiadores y literatos. Son los que, en bellísima poesía, dice Proctor:

Angeles protectores que bajando  
de las etéreas salas  
y frases misteriosas murmurando,  
el polvo del saber traen en sus alas.

EDUARDO LÓPEZ

Granada, septiembre 1927.







## *La medicina mejor*

UNA ventana abierta sobre el oro de los trigales. En el horizonte, tras un altozano ondulado y suave, el sol se apaga. Y se enciende arriba, en la alta paz inasequible, la luz violeta.

Acodado en el alféizar, el caballero contempla la tarde. Fruncido el ceño y grave la mirada, sigue con los ojos una nube blanca que corre ligera arrastrada por la brisa. A lo lejos cabecean lentamente los chopos del regato.

Malhumorado llegó a su hogar el caballero. Fué dura y fatigosa la jornada. Anduvo en tratos y contratos con aparceros y arrendadores, y en cada uno aprendió la certeza del mal año. Recorrió las alquerías y los rediles, y hubo ingrata certidumbre de su diezmo y su desmedro. Han bajado los precios en el mercado. Persiste la sequía. No halló adobo a sus actuales penurias. Y de la ciudad llegaronle, con relación a sus negocios, malas noticias y barruntos de fracaso.

Con sólo mirarle al rostro, en viéndole entrar, la mujer y los hijos hánle adivinado el agrio y atormentado humor. Medrosos y callados—pues saben la violencia de su iracundia—se han retirado a la sala, ya ganada por las sombras del crepúsculo.

Pero el más menudo de los arrapiezos quedó en el zaguán, tenazmente empeñado en descifrar, en un libro abierto, la traza exacta, la auténtica prestancia del abe-

cedario. No ha hallado dificultades en trepar y descender por la escalera de la A, ni halló tropiezo ninguno hasta la resbaladiza cucaña de la I; pero la revuelta cayada inversa de la J le trae caviloso.

Y cuando los recios pasos del padre han resonado en el zaguán, el rapaz ha acudido a él impaciente:

—Padre, padre, ¿qué letra es ésta?—le ha gritado, mostrándole con el dedo exiguo la letra grande.

Entonces, el caballero, tirando lejos de sí con violencia el abierto cuaderno, ha desatado su ira:

—¡A trabajar, holgazanes!

Ha inquirido el retiro de los familiares; ha amonestado a todos. A la madre, por pretendidos descuidos en el rigor del cuidado; a la hija, por el arrobo de un casto amorío incipiente; al hijo primogénito, por su flaqueza y señorío.

Las iracundias del caballero, acompañadas de grandes gestos y ruidosos golpes sobre el arcón, han percutido dolorosamente en el corazón de la casa. Sollozos, lágrimas, débiles protestas. La vida ha destilado un momento en el hogar su infinita melancolía.

Empapándose en ella como esponjas en la hiel, la casa y la familia se han sobrecogido.

La mujer y los hijos del caballero saben bien la temerosa continuidad de sus arrebatos. Va a ser triste y enojosa la cena. Y cada uno siente pesar sobre su alma la amenaza triste.

El caballero, luego de rematar con rotundos vocablos conminatorios sus vociferaciones, dando un violento portazo, se ha encerrado en su cámara.

\* \* \*

Y por la ventana abierta se ha hundido en la tarde. La tristeza de la hora vespéral, más que paz, le aportó desasosiego. Acúcianle los mil cuidados de su inquietud como mil alfilerazos.

Todos los dolores de la vida toman entonces corporeidad y presencia. Es, a través de la tarde que muere, un vía crucis.

Y cuando, desleída y como volatilizada en la tiniebla naciente, llega hasta el oído del caballero la voz de no sabe quién, que canta no se sabe qué desde no se sabe dónde; cuando el paisaje amortecido ha hallado la voz de su melancolía, el caballero siente como traspasado de dolor el pecho.

Busca entonces nuevo y más alto y más seguro y más durable refrigerio. Abroquelado de hurañez, ha guarecido en la ira su fracaso. Y más que nunca le escuecen sus lacerias y dolamas. No le ha aquietado el paisaje, ni le ha convalecido la contemplación.

Más que nunca dado de humor a los diablos, se aparta de la ventana, se aleja de la tarde. Enciende el velón, y con gesto desabrido, arrellenándose en su butaca, se apodera de un libro.

Poco a poco se va metiendo alma adentro una suave paz, una serenidad inédita. Siente el caballero, hundido en la lectura—la mano en la frente, el alma en los ojos—, que el ánimo se le temple y fortalece. Una confortación decisiva le penetra los sentidos. La vida cambia de aspecto a los ojos del caballero, que se ha apartado del ventanal y se ha asomado al mundo.

¿Dónde está ahora aquella nube blanca que arrastraba la brisa?

Allá lejos se han dormido los chopos del regato.

\* \* \*

Dos horas largas ha leído el caballero. Dos horas, y ha visto cambiarse la faz del mundo.

Ahora, en la suya, resbala, desde la serenidad de la frente hasta la prominencia del mentón, una suave luz risueña.

Ha aprendido el secreto. *Ha visto el alma del mundo.*

Transfigurado, embebido en el íntimo deliquio provechoso, el caballero se reúne con los suyos.

Esperábanle éstos temerosos y acobardados. Sólo de verle entrar, tan reposado y como iluminado por una llama interior, se les serenan los ánimos.

Y él, animoso, locuaz y comunicativo, los agrupa en torno y habla de sus proyectos. De lo que conviene hacer en cada cosa. Loa en la mujer la perseverancia y tino de sus buenos cuidados; bromea con la hija a cuenta de la timidez del enamorado; asocia al primogénito, con blandas y al mismo tiempo, fuertes palabras animosas—palabras fraternales—, a sus trabajos de la jornada venidera.

Frente a la mesa abastecida, confortando sus dolores y sus fracasos en la conciencia de la perpetuidad renovada del esfuerzo humano, lleno el espíritu de la miel que las abejas de su curiosidad han libado en el libro, que es panal rezumante, el caballero—lector durante dos horas—*ha comprendido* el secreto vital.

Y antes de la bendición del condumio recoge el libro del hijo pequeño, se lo entrega y le dice:

—Aprende de prisa; aprende pronto a leer, hijo mío. No hallarás para tus dolores una mejor medicina.

Y besa a la esposa y a los hijos.

Y éstos sienten que la paz vuelve a la casa y a sus corazones. La cena va a ser alegre y gozosa.

RAFAEL MARQUINA

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1930 con ocasión de la Fiesta del Libro.



## Soneto

Amigo Carlos Luis (\*): Los Aforismos  
que en defensa del libro has publicado  
demuestran que eres hombre de cuidado,  
tratando al mal lector con sinapismos.

Si el decir la verdad sin eufemismos  
fué siempre un proceder recomendado,  
sufra de su estultez quien no ha llegado  
a amar los libros por los libros mismos.

Bien haya en cambio quien los libros trata  
como amigos sapientes y leales,  
cuya lectura el ánimo arrebatá

y ayuda a superar todos los males;  
y quédese por mulo de reata  
quien nunca gastó en ellos ni dos reales.

RAMÓN MIQUEL Y PLANAS

(\*) Don Luis Carlos Viada y Lluch, "Del amor al Libro". Aforismos rimados. Barcelona, 1927, en 8.º (apaisado). Imp. Miquel-Ríus.





## La voz de los libros

UNA mujer, un libro y un camino". Esto escribió un novelista como lema literario y como *leit-motiv* de su vida y de su espíritu. El quería que el destino tutelase amorosamente su ruta por el mundo con aquella triple sombra amable. Los brazos de la mujer, las páginas del libro, las perspectivas del camino. En realidad, las tres cosas resueltas en una misma: conocer, sentir. Ir, fuera de nuestra alma, en busca del alma de la mujer, del libro y del camino.

Pero hay un momento en que los pies fatigados no quieren seguir la ruta. Las perspectivas no tienen ya la gracia de promesa de antes. La senda se hace áspera... Y el corazón, andariego, también—consonante de esa fatiga de los pies rendidos—busca un puerto, una quietud. Los nombres y las almas de mujer no tienen ya su antigua gracia de sirena. Quedaron atrás, quedaron lejos el brío mozo, la ilusionada audacia, la pasión con que el espíritu se prendía en cada sonrisa de mujer. Y quedó solo, ante el pensamiento, el libro. Su gran sombra—olvidadas ya las otras sombras amables—fué la tutela única, inmortal, para el espíritu.

La frente está ávida o cansada, es optimista o pesimista, sueña o llora. Mas ante ella, el libro es siempre el mismo, amoroso, generoso, cordial. El libro es fuente para la sed, almohada para el cansancio, tamiz sereno para la loca alegría, sol en las tinieblas del pesimismo, escala para los sueños, pañuelo para el dolor.

Horas de pesadumbre y de tristeza  
paso en mi soledad. Pero Cervantes  
es buen amigo. Endulza mis instantes  
ásperos y reposa mi cabeza.

A medida que la cuenta de los años crece, el hombre vuelve con más reiterado afán sus ojos y su espíritu hacia los libros. La vida material se hace menos intensa, en inversa proporción de la del alma. Esta se sutiliza, se depura, se ennoblece. Unos versos, una novela, un ensayo son ya el mejor paisaje para la vida. Leer, conocer, sentir. Todo ello reunido, fundido en un volumen cuyas hojas son como brazos múltiples que se nos tienden generosos.

Acerca la muerte sus pasos callados, y el alma, perpetuamente ávida, se aferra con creciente emoción a los libros. Los libros son los mejores amigos de los enfermos, y sólo cuando la niebla última se pone ante los ojos, las manos dejan caer el volumen que suavizó tantas horas ásperas. Ya la muerte está ahí. Y es la voz maestra de Menéndez Pelayo la que encarna esa curiosidad infinita del hombre y dice en la hora de la muerte: "¡Qué lástima, cuando me quedaba tanto por leer!..."

\* \* \*

Los libros de los años primeros son las historias de Blanca Nieves y de Pulgarcito y del Gato con Botas. Una vieja emoción ingenua, cimentada en castillos fabulosos, en príncipes encantados, en bosques, en luces a lo lejos. Cuentos de brujería y de milagro, que adquieren una humana realidad en las frentes niñas. Pero estos cuentos de hadas quedan también atrás, insuficientes ya para la inquietud que va transformando aquellas imaginaciones infantiles. La vida real asoma, con su primer telón de aventuras, de diversidades, de mosaico. El espíritu es, ante todo esto, una gran sed, que pronto halla el manantial. El manantial lo forman las novelas de

aventuras. Lo fabuloso empieza a hacerse ya real, aunque de una realidad que no es todavía la común, la verdadera. Y he aquí, de pronto, la juventud y el amor. Sus libros están ya iluminados por la luz inmortal. Son esos libros —versos, novelas que tiemblan y lloran de amor— los que ponen música a la letra imprecisa, recóndita, de nuestro corazón. Se convierten en breviaríos, en guía y espejo de las horas sentimentales. Pero este ritmo apasionado se pierde en la distancia. La serenidad se ha hecho en el espíritu. Conocer todo, amar todo, perdonar todo. Y el alma se prende en la gama infinita de los libros, de todos los libros. El verso y la novela, lo clásico y lo audaz, lo hondo y lo frívolo. Un solo denominador común: la belleza.

Si cada español, según la frase de Costa, defenderá su patria con un libro en la mano, cada hombre ha de defender, igualmente, con un libro en la mano, el bien de la Humanidad. Los mejores ensueños de amor universal, las más bellas utopías de este género temblaron en el corazón, ilusionado de fe, de los libros. Y es luego la vida, la "losa de los sueños", la que mata ese deseo de amor y de redención.

Fracasan cruzadas redentoras, sistemas políticos, concepciones nuevas o viejas del mundo y de la vida, sin que en este continuo tējer y destejer asome la imposible aurora del gran amor humano. Acaso la única esperanza de esa aurora esté en los libros. Ellos pueden dar una educación, una sensibilidad nueva a la Humanidad. Si se dice que el *Contrato social* preparó la Revolución francesa—aurora roja—, ¿por qué unos cuantos libros de luz y de amor no han de preparar también una aurora blanca?

"La verdadera Universidad de hoy es una colección de libros", escribió Carlyle. En esas aulas imaginativas de los libros, el espíritu escucha la voz más bella y más eterna. Una voz inmutable, que viene de todas las eda-

des y todas las fronteras, y que busca, inquieta, el porvenir. Los libros hermanan, en una prodigiosa resurrección y en un admirable sincronismo la voz de Homero y la voz de Dante, la de Fray Luis y la de Rubén, la de Cervantes y la de Goethe, la de Shakespeare y la de Shaw...

En aquella Universidad que Carlyle apuntó, las voces de todos los poetas y todos los pensadores, concertadamente, irán sembrando los gérmenes de la nueva Humanidad. ¿Tardará mucho en ser fruto y flor esa semilla que unos cuantos elegidos vienen lanzando desde hace siglos al surco del espíritu universal? La cosecha algún día pondrá en el mundo su horizonte de luz. Entretanto, la siembra debe hacerse por todos: por los creadores de esos libros—universidad de hoy—y por los que, con su lectura, somos soldados de la gran cruzada. Crear, conocer un libro, equivale, en uno y otro caso, a mejorarse...

JOSÉ MONTERO ALONSO

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1927 con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *El libro, camarada y amigo bondadoso*

**T**RAS la diaria actividad, con su natural desgaste de energías; tras la cotidiana ocupación, profesional o manual, que embarga varias horas, necesaria e imperiosa para la gran mayoría, que no ha recibido ni un solo halago de la fortuna, el hombre puede hallar un remanso de paz, un refugio de satisfacción, un albergue de tranquilidad y un puro goce para el espíritu acogiéndose a la grata compañía que le brinda el amigo más leal, a la cariñosa solicitud del camarada bueno, a la docta experiencia del mejor de los guías y a las sanas enseñanzas del más sabio de los consejeros: El Libro.

La inteligencia, como arquitecto del mundo del pensamiento, con sus ideas luminosas, con sus juicios serenos y con sus raciocinios elevados, ha construído esos maravillosos palacios espirituales, ha edificado esas hermosas moradas de la verdad y ha levantado esos bellos alcázares del saber: los libros.

Y en ellos, la mente humana, que siempre tiene hambre de conocimientos y sed de perfección, ha calmado esas ansias y ha procurado llenar esa necesidad, asimilándose ideas nobles y generosas y ensanchando su acción al recibir nuevas verdades estampadas en las páginas impresas.

Todo es caduco y perecedero en la tierra. Una vida gloriosa del estadista, del científico, del literato, del guerrero, del maestro, al fin, la cruel Segadora, con su insaciable guadaña, la corta y sólo queda su recuerdo, que lentamente se va desvaneciendo, si no procuró sobrevivir por sus obras escritas.

Todas las conquistas de la inteligencia humana, aparte de esbozarlas en la atalaya de la actualidad, que es lo que constituye el periodismo moderno, se procura depositarlas en las fieles guardadoras páginas del libro, donde su custodia ofrece mayores garantías y la máxima duración. El libro proclama la perdurable juventud de los laureles, que el pensador, el sabio o el artista supieron tejer en el florido vergel de la verdad, en el lozano jardín de la ciencia o en el prodigioso pensil de la belleza.

La lucubración científica, la disquisición filosófica o teológica, todas las verdades de Dios, del hombre y del mundo que la mente puede abarcar, en unión de sus excursiones por el campo de la estética, se consignan y difunden hoy merced al portentoso invento de Hans Gensfleisch de Sulgeloch, conocido con el nombre de Gutenberg (Buena Montaña), por el feudo que su familia poseía, y forman una obra determinada, consagrada al estudio de una ciencia o al cultivo literario, digna de nuestro amor y respeto, el libro.

Prescindiendo de los pornográficos, que atacan al pudor y depravan la juventud, y de los subversivos, que hieren el sentimiento religioso y bambolean el orden social, y que por sus perversos fines no merecen el dictado de libros, en todos los demás, según su índole, encontraremos sanas enseñanzas, buena doctrina, abundantes principios científicos, claras ideas, selectos pensamientos, escogidas imágenes, artísticas expresiones, belleza y moralidad.

El Libro es depósito de verdades, manantial de ilustración, archivo de enseñanza, fuente de cultura, caudal

inagotable del saber, maestro experimentado y discreto, relicario de erudición, tesoro inapreciable como fruto sazonado de la inteligencia, y antorcha de luz potente y diáfana, que ilumina el entendimiento, deleita el espíritu y ennoblece el corazón.

Como rico manjar han de saborearse las páginas impresas, donde hallaremos copiosas enseñanzas o amenas distracciones. El libro bueno es el que lleva en su seno fecundo la semilla del bien, de la virtud, de la belleza y de la verdad, que luego brotará vigorosa y tendrá espléndida floración en nuestras almas. De él surgirán variedad de ideas, que pueden dejar honda huella en el ánimo, imprimir un derrotero a nuestros pensamientos, marcar la senda de nuestros estudios, señalar la ruta de nuestras aficiones, determinar con firmeza nuestra vocación, probar exactamente nuestra aptitud, y aun su nobilísima doctrina puede llegar a convertirse en norma directriz de nuestros actos.

A todos precisa el libro; en todas las épocas de la vida humana es necesario. El niño recibe de él el sople vivificante de la instrucción; el joven, los conocimientos imprescindibles para su carrera científica o literaria; luego, ya hombre, si se consagra al cultivo de determinada disciplina, prefiere los que han de ampliar su cultura, los libros de doctrina y erudición; esto respecto a los estudiosos, que cuando se trata de obras de grato provecho y lícito recreo, la niñez se inclina a los libros de cuentos y a los de narraciones de aventuras y viajes; la juventud elige los volúmenes de poesías líricas y las novelas amorosas; la virilidad muestra sus preferencias por los que contienen problemas biológicos, cuestiones filosóficas o selecta literatura, y la vejez se complace con los libros morales y ascéticos.

Quien no sienta el placer de la lectura, no recibirá tan sabroso alimento espiritual, se verá privado de la enseñanza y el deleite que el libro encierra y más árida

se le ofrecerá la vida, por no encontrar este refugio grato y acogedor.

Amemos al Libro, instructivo y deleitoso, sano y bueno, que ennoblece y consuela, que enseña y educa, y procuremos siempre su apacible compañía. Amemos al libro y sea nuestro cariño preferente para el Libro Español, que guarda el pensar y el sentir de tantos peregrinos ingenios antiguos y modernos, en nuestro rico y majestuoso idioma. Profesemos siempre afecto a los libros, ya que de ellos podemos decir, con el más ilustre de nuestros cervantistas actuales, "que son los mejores amigos que puede tener el hombre: silenciosos cuando no se les inquiere; elocuentes cuando se les pregunta; sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo; fieles, que nunca vendieron un secreto de quien los trata; regocijados con el alegre; piadosos con el dolorido; y tan humildes, que nada piden ni ambicionan, y por ocupar poco espacio, se dejan estar de canto y estrechos en los estantes".

MANUEL MOZAS MESA

Artículo premiado en el concurso periodístico convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1927 con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *El hermano libro*

**E**L libro es la mejor fiesta para el espíritu, el más fecundo arado del entendimiento. En la mañana de la vida, rayo de sol que habrá luego de dorar la tarde con la dulzura de su lumbre. Pájaro del aula, ave de oro del cuarto de estudio, canta un poco austero, un poco áspero, un poco monótono, pero llevando en su canción el íntimo gozo, y de ahí que para el que sabe escucharla tenga un tintineo de plata cada granito de enseñanza...

\* \* \*

Libro rico de enseñanzas, plétórico de verdades, que entre mis manos esperas a que inicie la sabrosa lectura: con qué emoción exploro tus páginas... Tesoro inestimable, de ningún otro envidioso, que sabes de tantos bienes y a tantos contribuyes; amigo generoso que brindas cuanto posees con preciosa liberalidad... Libro noble, limpio, sabio, de honroso linaje, de castellano resplandeciente como el del grave Romancero; libro discreto, prudente, que a un tiempo enseñas y deleitas; camarada sin igual que tan bien sabes agradecer y pagar la compañía que te hacen; caudal purísimo de una fuente que a nadie desdeña...

\* \* \*

La humana inteligencia no puede verse en mejor espejo; quien en él se mira, y cuanto más, más grata ha-

llará su propia imagen, pues que es cristal que todo lo hermosea. Mentor lleno de experiencia, da siempre un buen consejo e inclina al reposo y la meditación; brasa divina, aliento del hombre en la tierra, el libro calienta su corazón y alumbra su entendimiento. Todo lo riega su virtud; el docto aumenta su saber frecuentándolo, y la ignorancia no conoce mejor lazarillo que él: el libro.

\* \* \*

Tu poder es sin igual. ¿Qué fuerza hay en el Mundo superior al pensamiento? ¿Qué conquistas, materiales o espirituales de él no dimanan? El pensamiento es la gracia inmortal del hombre; y tú, Libro, abeja de oro del saber, ofreces solícito las mieles dulcísimas de tu panal...

\* \* \*

Estás llamado a los más altos destinos. Cierto que ya es mucha tu riqueza, pues no pasa día sin que agrandes tu granero, y cuentas de trabajo y fatigas una jornada milenaria; pero aún serán mayores tus conquistas. Sabiduría, Libro; libro de origen el más alto, pues naciste de Moisés. Tu naturaleza, tu cuerpo, fué después formándose, delineándose. De la piedra y de la madera, de la cera y el punzón, pasaste al papel y a la letra impresa y divulgaste de este modo la forma de que todos puedan servirse de ti.

\* \* \*

A todos eres necesario, como el pan. Nadie diga que no le haces falta, y triste del que no sienta tu necesidad. El pobre y el poderoso te buscan y, santuario de la ciencia, relicario del arte, curioso siempre, debes ser nuestro pan de cada día... Pues tu alimento espiritual es regalo de nuestras horas, salud que nos sustenta, gra-

cia que nos recrea, dignidad que nos eleva, orgullo que nos disculpa de otros muchos.

\* \* \*

Libro cordial, "Hermano Libro", digamos parafraseando al "mínimo y dulce Asís" cantado por Rubén: Hermano Libro, arca del humano saber, tabernáculo precioso de los tesoros del entendimiento: aun guardando un solo grano de enseñanza o de belleza, es mucho el bien que nos haces, y por este bien, bendito seas, Hermano Libro, ingente y poderoso—por breve o humilde que te ofrezcas—entre tantos livianos, indignos y falaces como manchan la sagrada virginidad de las páginas...

\* \* \*

Amad al libro... El os pagará este amor con creces, a la manera que las semillas del fruto y de la flor. Amad al Libro sinceramente, apasionadamente, con deseo de aprender, que en este deseo lleváis ya echada al surco la semilla prometedora. Amad al Libro español, que os brinda con delicioso regalo el colorido y aroma de la lengua de Castilla, en la que tantos ingenios brillaron. Amad al Libro, al libro bienhechor, al libro educador, al libro puro, al libro sano, al Hermano Libro...

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO

Artículo premiado en el concurso periodístico convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1928 con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *El veneno literario*

**E**STO de la literatura—decíanos cierto amigo pintoresco—acaba por constituir un vicio, un veneno, que nos corroe, que nos desfigura. Lo que tanto nos ilusiona y deleita al principio, termina produciendo en nosotros la peor de las intoxicaciones: el hastío. Yo, a ratos, me siento empachado de lectura, ahito de prosa novelesca, asqueado de tanta letra de molde. A fuerza de tragarse libros y más libros, y de contribuir uno con la propia producción a que la balumba crezca, a fuerza de buscar o ver en todo un tema literario, acabamos por confundir lo real con lo imaginativo, lo normal con lo absurdo, y es que nos estraga el virus que llevamos dentro...”

En estas singulares declaraciones del camarada humorista podemos hallar precisamente la mejor defensa del arte de la pluma. Para que su ejercicio resulte fecundo y hermoso de veras, *vicio* ha de ser, embriaguez, apasionamiento, ensueño de toda hora, empeño nunca satisfecho, por alto que se muestre el galardón logrado. Es cualidad indispensable a toda manifestación artística. Otra clase de trabajos, aun intelectuales, pueden realizarse *en frío*; el esencialmente literario, no. Por fuerza ha de ser su motor el entusiasmo. Y este entusiasmo es todo el veneno, divino veneno paradójico, que vivifica en vez de destruir.

Preguntad al músico, a la actriz, al poeta, y os dirán que en su trabajo, en su obra, ponen siempre “toda su

alma". Podrá no ser cierto cuando se limiten a dejarse llevar por la facilidad adquirida, como quien dice por el mecanismo y entrenamiento del oficio; pero es indudable que cuando aciertan plenamente pusieron en cada nota, cada palabra o cada verso, el alma entera. No hay triunfo grande sin grande entusiasmo.

El otro veneno existe cuando se lee mucho y malo. Hay una literatura de cabaretismo y cocaína, de vicio y de absurdo, falsa y torpe, que constituye por sí sola un tóxico fatal. Morbo novelesco, con un denso poso de pesimismo, no el que impregna de noble amargura las páginas del "Kempis", ni siquiera el romántico y visionario de "Werther", sino otro turbio, enfermizo, mal-sano, de lepra y crimen, que rebaja el ánimo, que asquea y que fatiga.

Para combatir este microbio se impone una terapéutica severa. Escrupulosa selección de lecturas. No leer más que aquello que conviene a la buena salud del entendimiento, del mismo modo que al enfermo del estómago se le prohíben los manjares que le hacen daño. En la cocina literaria son muchos los guisotes que estragan el gusto y el paladar, pese algunos a la acreditada etiqueta extranjera. Saber elegir los platos de un menú tan sano como sabroso, es ciencia reservada únicamente al buen "gourmet".

La lectura requiere una disciplina, y cuando el lector carece de la facultad de seleccionar por sí mismo, debe acudir a un guía, a un mentor que le facilite el camino. Ahora precisamente con la fundación de "El libro del mes" se ofrece al dudoso una buena orientación. Pero independientemente de lo recomendable que se publica, hay obras de eficacísima aplicación en estos casos de "empacho o envenenamiento literario". Un solo capítulo del "Quijote" o el "Gil Blas", por ejemplo, bastan para devolver el gusto y la alegría de leer al atacado. En los casos crónicos o rebeldes será necesario el ponerse durante

una temporada a plan, "a régimen" de clásicos y de modernos que los recuerden o los emulen. No sabemos de medicación más apropiada.

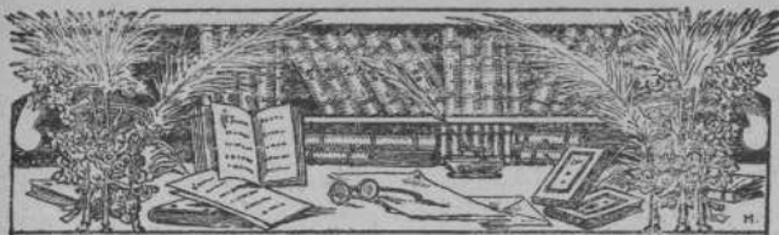
Hay que procurar la higiene del espíritu tanto como la del cuerpo. *Mens sana...* Emilio Faguet tiene un libro interesantísimo, "El arte de leer", donde se apuntan las más finas observaciones para ejercitar del mejor modo tan noble ocupación. "Tragarse" un libro no es leerlo; leerse cuanto cae en las manos, no es leer; enterarse de lo que el libro dice, sin que el lector "colabore" un tanto con el autor, no es tampoco perfecta lectura. A propósito de su necesidad, escribe Faguet: "Uno de los enemigos de la lectura es la vida misma. La vida no es lectora, porque no es contemplativa. Todo cuanto agita y violenta la vida: la ambición, el amor, la avaricia, las envidias, los odios—particularmente los odios políticos, las luchas íntimas o públicas—alejan prodigiosamente hasta la idea de leer algo." Y en otra página: "La espantosa cantidad de tiempo que malgastan los hombres en no decir nada, entregados a las delicias de la conversación, bastaría para leer un libro diario; pero impide que se lea uno al año."

Leamos. Tanto para curarnos del mal a que se refería el colega aludido como para remedio de quebrantos y dolores del espíritu. No hay medicina mejor que un buen libro. Lecturas que no nos hagan perder el gusto de la vida con su negro escepticismo o su inútil perversión, sino que, por el contrario, dejen en nosotros, cuando no la miel de un sano deleite, la nobleza y la enseñanza de los frutos amargos.

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO

Artículo premiado en el concurso periodístico convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1929 con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *En vísperas de la Fiesta del Libro*

### I

#### EL DÍA DEL LIBRO

Yo guardo con amor un libro viejo.  
MENÉNDEZ Y PELAYO, *Epístola a Horacio*.

CONOCIDA es la cautela del P. Villacastín, quien al dispensarse de asistir a la colocación de la primera piedra del monasterio escurialense hubo de reservarse para la colocación de la última. Sería asimismo prudente aguardar a que la Fiesta del Libro haya arraigado en nuestras costumbres para referirse a ella, si tal proceder, que elude los riesgos del fracaso posible, no incluyese la complicidad del indiferentismo, que siega en flor todas las iniciativas. Siempre será más noble el ideal quijotesco del sembrador que la realidad sanchopancesca del cosechero. Procuremos, en la medida de nuestras fuerzas, que no se malogre la primera Fiesta del Libro español. Y como quiera que se malograría, a pesar de la intervención oficial, o a causa de la misma intervención oficial, si el espíritu popular no la vivificase, tal convicción indujo al autor de estas líneas, recién dictada la disposición del Ministerio de Trabajo, a llevar el tema a la tribuna públi-

ca, a las Bibliotecas populares y a la Casa del Pueblo, y ella le induce a renovar la campaña en vísperas de la celebración de la Fiesta del Libro, trayendo a la prensa obrera este tema de cultura. La fiesta es la corona del trabajo. Para que un día pueda celebrarse la Fiesta del Libro es menester que se haya trabajado sobre el libro muchos días. En vísperas de la solemnidad, tres semanas antes de la fecha acordada, no dan señales de viva preocupación las Corporaciones oficiales en lo docente ni en lo administrativo. Todavía se ignora cuál haya de ser la aportación intelectual de Academias y Universidades. De los presupuestos de Diputaciones y Ayuntamientos no ha trascendido noticia clara de su contribución a la empresa. A los Centros docentes los sorprenderá la fecha cervantina al término de unas largas vacaciones de tres meses. Las otras Corporaciones gozan a estos efectos de actividad espiritual, de vacaciones más prolongadas. Duran doce meses al año. Recuerdo que durante el año en que la Diputación provincial hubo de honrarme con el cargo de Bibliotecario, no tuvo tiempo aquella Corporación, no ya para crear una Biblioteca, sino para transformar la Biblioteca provincial en Biblioteca pública. Pude aprender en aquel año todo un curso de resistencia pasiva. Su narración sería un interesante capítulo de novela picaresca.

Pero aunque todas las entidades llamadas por decreto a colaboración cumplieren su cometido, aunque rivalizaran en actividad, de los beneficios de la fiesta, de la gracia de la cultura, quedaría siempre excluido el pueblo, el verdadero pueblo. A los cuarteles, a los Asilos, a las Cárceles, llegará el don de la lectura. Llegue en buena hora. Para el soldado, para el asilado, para el preso, ¡quién sabe cuán grande pueda ser la generosa eficacia de las letras, el don mirífico de las páginas impresas!

Mas entre los quince artículos del decreto, ni uno solo menciona a los dependientes de Comercio, a los obreros

de la industria, a los trabajadores. ¡En un decreto del Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria! Hay que subsanar el error. Hay que pensar en hacer popular la Fiesta del Libro.

\* \* \*

Hay que hacer popular la Fiesta del Libro. Mientras la solución a la crisis del libro se busque fuera de la cultura popular, la crisis del libro seguirá sin solución. Y lo que digo de la crisis del libro puede decirse de la crisis del teatro, o de la crisis del arte, o de la crisis de la cultura. Mientras las empresas teatrales prefieran el encarecimiento de las localidades en el abono del día de moda, al abaratamiento de los días populares, mal negocio para su taquilla. Mientras al artista le seduzca el espejuelo de las recompensas oficiales, difícilmente hallarán mercados para sus obras pintores y escultores. Mientras se ignore que no se puede celebrar la Fiesta del Libro sino después del trabajo de la extirpación del analfabetismo, continuará la crisis del libro. Mientras los Centros de Enseñanza, en sus grados superiores, no estén abiertos a todos, sin obstáculos económicos, a la selección única del mérito personal; mientras tantas inteligencias superiores se malogren en la vida social y tantas incapacidades medren por privilegios de clase; mientras no haya cultura popular, habrá crisis de cultura. El lector se hace en la escuela. El problema del libro es un problema pedagógico. Es un problema de coordinación de las más humildes actividades literarias. Coordinación. Coordinación de la instrucción primaria con la cultura superior. Coordinación (quisiera que se me entendiese) del Ministerio de Trabajo con el Ministerio de Instrucción Pública.

\* \* \*

A esta coordinación suprema (la del trabajo, que es acción, y la cultura, que es verdad) deben obedecer otras

coordinaciones no por más inmediatas menos importantes. Por ejemplo, la coordinación de autores, editores y libreros. No se trata de que el autor se mercantilice (ya lo está más de la cuenta), no se trata de que el editor se intelectualice (aunque menos de la cuenta lo está). Se trata de que desaparezca bajo una disciplina superior de cultura toda la latente incomprensión entre los factores de la creación del libro. Su misma disociación los hace verse como antagónicos en sus intereses. Hacen una obra común y se contradicen entre sí. Claro es que son cosas distintas escribir libros, imprimirlos, editarlos y venderlos. Pero el libro es una misma cosa. Y el libro exige de todos los factores de su producción la unidad de espíritu como concepción de la mente, como producto industrial, como mercadería de tráfico. Cuando los intermediarios quebrantan la solidaridad de la producción, ceden a un empeño suicida. En la conexión de sus esfuerzos triunfarían simultáneamente la cultura española y la economía nacional. El día en que integrasen las Cámaras del Libro desde los escritores y los impresores hasta los editores y libreros; el día en que la producción y la circulación del libro en España estuviesen regidas por esta disciplina espiritual, los 2.000 libros que, poco más o menos, se producen al año en España, se habrían convertido en 20.000, en 200.000... ¡Quién sabe los ceros que se multiplicarían al lado de esta unidad espiritual del libro español!

Para esta Federación del Libro, en la que deberían entrar todos los agentes de su producción, no sería empresa difícil interesar al Estado en cuanto a los intereses del libro concierne, y dentro y fuera de España la magna coordinación de voluntades y de inteligencias haría cruzar nuestra tierra al libro con franquicias ferroviarias y lo llevaría más allá de la frontera, mediante convenios arancelarios... Yo sueño para esta coordinación espiritual con un agente del libro español en cada Embajada y en

cada Consulado. ¡Gran día del libro aquel en que los españoles emigrados recibiesen en nombre de Cervantes el regalo del libro español en recuerdo de la patria ausente!

La fuerza de penetración del libro es incalculable. Pudiera afirmarse que el libro guía a la Humanidad a través de la Historia. Las grandes efemérides no son otra cosa que días del libro. El mayor acontecimiento de la antigüedad, aquel que puso en contacto Oriente y Occidente en el imperio de Alejandro, no habría sido posible sin la sugestión de un libro, la "Iliada" homérica, sobre el caudillo macedonio. El valor ideal de la Edad Media cristiana irradia del libro del Evangelio. Un libro, el de los viajes de Marco Polo, enciende en el alma de Colón la pasión de los descubrimientos geográficos e ilumina la ruta de las Indias por el mar tenebroso. Otro libro, el del romano Vitrubio, levanta como por ensalmo en las arquitecturas del Renacimiento las cúpulas de los templos y las columnatas de los palacios. Cuando frente a los palacios y los templos la Revolución francesa suscita las democracias del mundo moderno; cuando Mirabeau sube a la Convención, lleva en el bolsillo un libro: "El contrato social", de Rousseau. Rousseau era un hombre que había leído otro libro, el de Plutarco. El libro de una débil mujer, Enriqueta Beecher Stowe, tiene fuerza para romper las cadenas de la esclavitud de los negros. Y otro libro, "El Capital", de Marx, está transformando el Mundo a la hora presente...

## II

### EL AMOR AL LIBRO

Indudablemente, el reparto gratuito de libros el 7 de octubre puede ser eficaz. Pero ¿qué criterio ha de presidir en estas dádivas? Hay dos clases de libros. Los libros impuestos y los libros deseados. De aquéllos, Dios nos



libre. Ya tenemos la experiencia de aquellas colecciones de volúmenes con que antaño las corruptelas políticas habían resuelto el doble problema de servir al escritor amigo mediante la adquisición de publicaciones sin público y desalojar después los sótanos del Ministerio de tan indigestas producciones, vomitándolas sobre las Bibliotecas populares. El sistema es más eficaz para producir el odio al libro que para producir el amor al libro. Pero aun supuesta la buena voluntad para con el lector, aun supuesto el deseo de acierto, ¿cómo resolver el problema de cuáles son los libros que deben ponerse en manos de todas las gentes? Este es el problema de los problemas. Sus magnitudes exceden de los límites de esta fecha ocasional. Yo no conozco problema bibliológico más arduo. Tampoco sé de campo menos explorado científicamente. Acaso tan sólo en los trabajos de Roubakine sobre psicología bibliológica se ha planteado debidamente. La formación de este catálogo ideal, la respuesta a la interrogación acerca de cuáles son los mejores libros, viene inquietando espiritualmente, desde hace mucho tiempo, a los enamorados de la cultura. Este género de escrutinios fué la obsesión de Cervantes. Desde "La Galatea" hasta el "Persiles", desde el "Viaje del Parnaso" hasta el prólogo de sus comedias, aparece y reaparece continuamente tan noble preocupación. No fué otra la de Comenio, el pedagogo del "Orbis pictus". Descartes soñó con un "Códex poetarum" que debiera integrar los mejores poemas de la inspiración universal. En nuestros días, H. J. Wells, en su admirable trabajo "La Biblia de la civilización", aspira a entresacar de toda la literatura acumulada del mundo el contenido de un tomo universalmente accesible que a toda la Humanidad conviniere leer y conocer. De tiempo en tiempo, Peignot, en 1817; Augusto Comte, en 1852; Aimé-Martin, en 1880; Lubbok, en 1887; Lemaître, en 1893; Joel de Lyris, en 1906; Henri Mazel, en 1907, han tratado de

determinar cuáles son los mejores libros, los cien mejores libros, como se ha dicho repetidamente en catálogos ideados para captar la atención del lector... Don Juan Valera decía que él soñaba "con una bibliotecuita de cuarenta o cincuenta volúmenes chiquitos, elegantes y primorosos, donde se reuniese lo mejor de la inmensa riqueza intelectual", y no ha faltado escritor, como Agenor Bardoux, que, llamado a designar los veinte mejores libros, respondió con una lista de veintiuno, dejando el último renglón en blanco para que lo llenase a su capricho el gusto individual. Bien se advierte, por tanto, que no ha salido todavía esta idea del estado de nebulosa. La perspicacia de "Clarín" acertó a aconsejar en un ensayo sobre "El arte de leer" que "no se olvide, por la lectura de muchas obras de segundo o tercer orden, para satisfacer la vanidad de conocer lo que conocen pocos, la lectura de los "grandes hombres" que han escrito libros y de los libros buenos que traten mejor que otros de las "grandes cosas". "A Dios gracias—decía—, la posteridad ha solido acertar al consagrar a los grandes hombres de las letras y de la filosofía. Es un consuelo—añadía—, un gran consuelo, en medio de tantos engaños como trae la vida, que este criterio tradicional, en conjunto anónimo, que reparte la justicia de la gloria, sea "casi" infalible, es decir, que puede equivocarse, pero que nunca se haya equivocado". A falta de otras normas para el donativo de libros, ésta pudiera ser la norma. Importa seguirla. Importa sustituir a la noción cuantitativa que dieron todos los catálogos anteriores, desde el de Jorge Willer, en 1564, al de Melvil Dewey, en 1885, la noción cualitativa, crítica y más delicada de ese catálogo ideal de selección de libros. Acaso lo que ahuyenta a masas de lectores es la babélica magnitud de las Bibliotecas. El Instituto Bibliográfico Internacional de Bruselas calculaba que se habían publicado doce millones de libros desde la invención de la imprenta hasta 1900.

Y en un reciente estudio sobre "El crecimiento de las grandes Bibliotecas de la Tierra", demuestra su autor, Enrique Sparr, el fabuloso movimiento ascensional de la bibliografía contemporánea.

Ante esas montañas de papel impreso la generalidad de las gentes sienten más el respeto que aleja que la admiración que atrae. El libro es a la vez un maestro, acaso el mejor maestro, y un amigo, acaso el mejor amigo. Pero conviene que el libro amable preceda al libro aleccionador. Ya decía Santa Teresa: "Deos Dios a entender, o por mejor decir, a gozar, porque sin gozar no hay entender posible". Suscitemos, ante todo, el placer de la lectura. Es preciso que el himno vivo de amor a los libros que escribió el hagiógrafo de Santa Wilborada, patrona especial de los bibliófilos, se repita a coro por las multitudes sedientas de saber. Que todos los lectores digan, como Petrarca, de sus libros: que son amigos de todas las edades y de todos los países. Llegan cuando se los admite y se van cuando nos acomoda. Revelan los secretos de la Naturaleza y los fines de la sociedad. Unos enseñan a vivir y otros a morir. Muéstranse joviales cuando reclamamos alegría, y nos transmiten energía cuando solicitamos sus impulsos. Suprimen el tiempo porque hacen revivir la experiencia de las generaciones pasadas, y suprimen el espacio porque dilatan nuestra cultura, haciéndonos viajar desde nuestra casa por todos los países del orbe. Y estos ideales compañeros de viaje, estos incomparables amigos, nunca nos privan de su consejo. En los años de la mocedad nos abren horizontes, y en los años de la vejez nos redimen del hastío. Y nunca el hombre es más digno de serlo que cuando en la actitud del lector, bajo el peso de las ideas, inclina la cabeza sobre el libro abierto. No la inclina ante nadie con gesto de humillación, porque es hacia sí mismo, hacia sus propias ideas, adonde su reverencia se dirige. Al favorecer el autodidactismo inicia el libro la definitiva emancipa-

ción espiritual del hombre. Reconociendo el magisterio del libro, decía Nietzsche: "El libro acorta el camino de la escuela". Y decía Carlyle: "Las Bibliotecas son hoy las verdaderas Universidades". Escuelas para el pueblo, Universidades para el pueblo, Bibliotecas para el pueblo. En la inauguración de la Free Library de Shremburg, decía John Lubbock: "Yo me inclino a pensar que los más fervientes partidarios de la lectura se reclutarán, en lo porvenir, no entre los hombres de ley, ni los hombres de negocio, ni los profesionales de la ciencia, sino entre los obreros de la industria y los trabajadores del campo." Y razonaba su aserto afirmando que los individuos consagrados a las profesiones liberales verán disminuída, por su cansancio nervioso, la avidez que llevará a las gentes de los oficios mecánicos a buscar el complemento de su actividad psicofisiológica cuando hayan dejado de ser bestias de carga para ser personas humanas. No es otro el sentido con que podría contraponerse, mediante la plasticidad de las imágenes, un lector a otro lector en dos obras famosas del arte español. Es la una la de "El Primo", el bufón retratado por Velázquez. Diríase que es la caricatura del intelectual de cuerpo raquíptico, macrocéfalo, con un infolio que parece sepultarle vivo. Es la otra la escultura bellísima de Sigüenza, Martín Vázquez de Arce, el joven héroe de la conquista de Granada. Supo luchar y supo leer. Sobre su sepulcro lo incorporó el escultor con un libro en las manos. No hay en esta obra ni abatimientos fúnebres ni desmayos espirituales. No es una estatua yacente ni una estatua orante. Es la imagen del amor al libro, triunfante como en una resurrección. Cuando las nuevas generaciones junten con la pasión del trabajo, que las hará fuertes, el amor del libro, que las hará cultas, verán su imagen en el doncel de Sigüenza.

## III

## LA DIFUSIÓN DEL LIBRO

El proceso de la difusión de la cultura ha de pasar necesariamente por tres fases. La primera es la extinción del analfabetismo, y corresponde a la escuela. La segunda es la transformación de los núcleos sociales de gentes que saben leer y no quieren leer, en gentes que sientan la apetencia de la ilustración. Esta labor corresponde a las instituciones post-escolares. Sólo en ellas se puede alcanzar a corregir el desuso de la lectura. La tercera fase de este proceso habrá de ser, ineludiblemente, la socialización de la cultura. Para esta campaña, que es nuestra campaña, el arma es el libro. En parte lo señaló ya Joaquín Costa cuando hablaba del deber de "defender la patria con los libros en la mano".

Mas para esto es menester poner los libros al alcance de la mano... y al alcance de la inteligencia. Que todo español tenga los libros a sus alcances. Desde lo material, oídllo bien, señores libreros, hasta lo espiritual, oídllo bien, señores publicistas. Al librero hay que decirle que lo más importante de su establecimiento es el escaparate, y que la mejor librería será la que tenga el escaparate abierto. Facilitar el examen de los libros es una buena obra de cultura y un buen negocio. Al publicista hay que advertirle del deber de la crítica. El deber de la crítica no consiste en juzgar los libros, sino en dar a conocer los libros. Si el vendedor de libros no debe hurtar éstos a la curiosidad del cliente, el intelectual no debe consentir que por negligencia suya continúen siendo inaccesibles tantas obras grandes a tan grandes muchedumbres de lectores. Hay que llevar a los Centros obreros esta extensión de cultura. Hay que establecer Círculos de lecturas comentadas. Refiriéndose a la extensión universitaria, decía el profesor Altamira: "Hay que escoger

libros notables, de amena literatura, de cuestiones económicas, de ciencia popular, de historia, de viajes, y leer capítulos, párrafos seleccionados, escenas que por sí mismas formen un todo. ¡Qué sesiones tan animadas, tan agradables pueden nacer de aquí! ¡Qué cebo tan poderoso para que el obrero que se ha deleitado escuchando se mueva personalmente a continuar la lectura de aquel libro! Probad a dejarlo allí, en la Biblioteca del Centro, después de haber hecho sentir alguna de sus bellezas o de comprender alguna de sus verdades: él hará su camino, tendrá lectores."

¡Y qué lectores! Los más entusiastas, los que incorporan la lectura a su vida, aptos maravillosamente, por la ingenuidad de su emoción, para convertir el libro en un episodio de su existencia. Recuérdese, como ejemplo, la anécdota de sir John Herschell: "En cierta aldea, el herrero había sabido procurarse la novela de Richardson titulada "Pamela, o la virtud recompensada", y en su yunque sentado tenía la costumbre de leerla en alta voz a un auditorio numeroso y atento durante las horas de siesta del estío. No es ciertamente esa obra un libro breve; pero no se cansaron de escuchar. Y al final, cuando llega el dichoso cambio de fortuna que reúne a Pamela con su amado y les hace vivir juntos largos y felices años, el auditorio quedó tan encantado, que dejó oír un ¡hurra! de aclamación, y buscando las llaves de la iglesia hizo al punto repicar las campanas."

Aquel alegre voltear de campanas se oye siempre, como el de las campanas de la sumergida ciudad de Is de la leyenda bretona, en las tormentas sociales, porque lo guardan escondido en su silencio de estudio las Bibliotecas populares. En el proceso de la difusión de la cultura, la definitiva influencia pertenece a las Bibliotecas populares. La historia de estas instituciones es el coeficiente de los progresos de la democracia. Nacen a mediados del siglo XIX, después del movimiento revolucio-

nario del 48. Crecen rápidamente. En 1850, en Alemania, había cuatro Bibliotecas populares, con 25.000 volúmenes. En 1880, eran ya 21 Bibliotecas y 388.000 volúmenes. En Inglaterra, el Instituto de Chancery-Lane, o Colegio de obreros, de 1842 a 1850 sirvió de prototipo a más de 700 establecimientos análogos que se fundaron en diferentes puntos de Inglaterra, y en 1849 el número de volúmenes que poseían los Mechanic's Institutes ascendía a 400.000. Desde la ley de 1850, la creación y organización de Bibliotecas fué declarada carga municipal tan obligada como las de alumbrado, abastecimiento de aguas, etc. La obra de "The Fabian Society" es igualmente gloriosa para la cultura de Inglaterra y para el movimiento laborista. El primer novelista de Inglaterra, Wells, es socialista. El primer dramaturgo de Inglaterra, Bernard Shaw, es socialista. En Viena, la Biblioteca de la Cámara de los Obreros y de los Empleados, fundada en 1921, a los cinco años de existencia cuenta con 100.000 volúmenes, y es la que dispone de más recursos financieros en comparación con las otras Bibliotecas de la República. Su vitalidad está asegurada bajo la dirección del socialista doctor Fritz Boügel. La obra de Italia es prodigiosa. Turati, el líder socialista, le dió el apoyo de su elocuencia y de su talento. Y desde la Secretaría General de la Federación Italiana de Bibliotecas Populares, Ettore Fabiotti se ha hecho merecedor del título de apóstol de la cultura popular, reuniendo más de medio millón de volúmenes en 3.620 Bibliotecas populares. Y auspiciado por la "Umanitaria" de Milán ha surgido el Instituto italiano para el libro del pueblo. De Bélgica nos dice el "Rapport" de la Conferencia internacional de Educación obrera cómo el Office de Bibliotecas públicas, constituido en 1912 como Sección de la Central de Educación Obrera, disponía al año siguiente de 42 Bibliotecas y un presupuesto de 682 francos, y en 1922, de 207 Bibliotecas,

con un presupuesto de 64.900 francos, hasta que la vigente ley de Bibliotecas públicas las puso bajo el control y la subvención del Estado, llevando la adecuada representación socialista al Consejo Superior de Bibliotecas Públicas. De Rusia sabemos, por declaraciones del comisario de Instrucción pública, Lounatcharsky, formuladas públicamente en la Embajada de la República de los Soviets en París, que los "isbas" de lectura fundados en 1923 disponían en 1925 de 4.500 Bibliotecas populares, y esperan llegar pronto a 10.000.

Fuera de Europa, el caso más interesante para nosotros es, sin duda, el de Méjico. Desde la Secretaría de Educación Pública dió Vasconcelos el impulso del "Kulturkampf" de la conquista de la cultura. La obra de Vasconcelos es verdaderamente admirable. Baste recordar las ediciones de libros de la Universidad de Méjico, que desde las Universidades españolas envidiamos; baste recordar la publicación del boletín bibliográfico "El libro y el pueblo", y baste, sobre todo, recordar la más radical transformación del departamento de Instrucción pública, operada por Vasconcelos al dividir aquel ministerio en tres Secciones de igual importancia y acción paralela, añadiendo a los servicios de Instrucción pública y de Bellas Artes el servicio de las Bibliotecas, señaladamente el de las Bibliotecas populares, de las que supo señalar Vasconcelos la significación social, pensando alto, sintiendo hondo y hablando claro. ¡Gran ejemplo para España! España cuenta en la historia de estos esfuerzos culturales con la iniciativa feliz del P. Sarmiento, el gran gallego, quien nada menos que en 1743, en sus "Reflexiones literarias para una Biblioteca Real y otras públicas", propone la creación de Bibliotecas populares costeadas por la rentas de las vacantes eclesiásticas. España debe recordar asimismo el antecedente democrático del caso. En 1869 se dispuso la creación de Bibliotecas públicas, ordenándose que en todas las es-

cuelas hubiera una sala para Biblioteca. Se frustró la iniciativa del fraile benedictino y se frustró la iniciativa del Gobierno revolucionario. Seguimos en toda España sin Bibliotecas y sin escuelas. En estos últimos años se ha dado algún avance. Pero todavía en Madrid, para diez distritos, sólo existen cinco Bibliotecas populares. Ya hemos visto cómo han sentido esta necesidad gentes de espíritu religioso y gentes de espíritu laico. Diríase que la Biblioteca es para la lucha de las ideas como la Cruz Roja de la Civilización. No cesaremos de repetirlo: la conmemoración anual del nacimiento de Cervantes, la Fiesta del Libro, el rito de la cultura, debe celebrarse en las Bibliotecas populares.

ANDRÉS OVEJERO

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1926 con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *Un libro es un alma*

### LA ESCUELA Y EL LIBRO.

**E**L amor al libro presupone la solución del problema de la enseñanza y la educación—uno de los problemas palpitantes todavía en España—. Si no existe de hecho el número necesario de escuelas; si no disponemos de una legión de maestros verdaderamente dignos de este nombre, con una formación sólida, consciente de su elevada misión y de su responsabilidad; si el analfabetismo absoluto ofrece aún una densa mancha en nuestras estadísticas, ¿cómo podremos aspirar a que el libro sea objeto de devoción y acatamiento por parte de todos?

Este amor es preciso inculcarlo a la infancia, con exquisita discreción, en el hogar y en la escuela. Hay que enseñar, como uno de los primeros deberes del buen ciudadano—ciudadano de su patria y del mundo—el respeto al libro. ¿Cómo podrá amarlo el niño, si se acostumbra a considerarlo como un compañero enojoso?

El maestro puede influir de un modo decisivo en esta devoción infantil al libro; mas también puede y debe ejercer su benéfico influjo el editor. A todos nos consta que circulan libros—singularmente entre los de enseñanza—que han sido escritos y publicados sin otro objetivo que el de la ganancia personal inmediata. Aunque se haya dicho que en todo libro, por malo que sea, suele

encontrarse algo bueno, hay que proclamar que aquellos libros no son merecedores de ningún respeto, puesto que constituyen una carga odiosa, inspiran tedio y llegan a hacer dudar de la eficacia y de los beneficios de la cultura que deberían difundir.

Justo es decir que se ha iniciado ya, por fortuna, entre nosotros la tendencia a hacer ante todo el libro agradable, con su texto en el que la ciencia no esté exenta de gracia y amenidad, con sus tipos claros, sus láminas seleccionadas con acierto y sus materias bien distribuidas. Este libro, dando por descontado que el contenido corresponde a la presentación, es un buen amigo y un excelente guía del niño, y no se separa un momento de él, sino que le acompaña amablemente, presente o invisible, en el aula, en la calle, al ir y venir de la escuela al hogar, no abandonándole ni siquiera cuando el niño duerme su apacible sueño y florece en sus labios su divina sonrisa en la que se halla como suspendido un mundo de inocencia.

#### DOS GRANDES AMIGOS DEL LIBRO.

Algunos hombres que han sobresalido en las más diversas actividades nos han dejado en sus obras testimonio perenne del amor que profesaron al libro. Citaremos, sin observar el orden cronológico, dos entre los que, a nuestro juicio, son más singulares y más representativos: Anatole France y Napoleón Bonaparte.

Anatole France debe su formación literaria a la librería de su padre, un librero de viejo del "Quai Malaquais". ¡Con qué ternura, con qué melancolía evoca el gran escritor, en alguna de sus obras, aquel ambiente familiar! Es indudable que en contacto con aquellos libros amados comienza a abrirse, tímidamente al principio, aquella flor suprema de la literatura francesa de nuestro días. Las primeras meditaciones del futuro autor

de "Thaïs" surgirán bajo la sugestión de aquellos volúmenes llenos de sorpresas.

Quisiéramos evocar aquel niño pensativo del "Malaquais", que hojea y acaricia con mano febril los viejos libros y se pasa horas enteras contemplando los grabados que ilustran fantásticas historias. Aquel niño que tal vez pasa inadvertido entre los contertulios de la librería paterna, será el sabio y delicioso evocador del pasado. Un día, inopinadamente, debe de decirse, primero para sí y luego en alta voz, con asombro de su buen padre el Sr. Thibault: "Yo también quiero escribir bellos libros"; y desde entonces trocará su verdadero nombre, muy honrado, sin duda, pero un poco vulgar, por el seudónimo inmortal de "France", en homenaje a su patria.

La pasión de Anatole France por los libros ya no se extinguirá jamás, y su simpatía por los libreros del "Quai Malaquais", comerciantes de cosas espirituales, será perdurable. ¿Recordáis las palabras de Silvestre Bonnard? "Todos ellos—dice—, son mis amigos, y apenas paso delante de sus tiendas sin llevarme algún viejo libro, que me faltaba hasta entonces, sin que yo tuviese la más leve sospecha de ello." Y al llegar a su casa, "oye los gritos de la sirvienta, que le acusa de echar a perder todos sus bolsillos y de llenar la casa de viejos papeles inútiles, que atraen a los ratones" (\*).

Triunfalmente, en todo el esplendor de la gloria literaria, el pequeño librero convertirá su villa "Saïd" en una "ciudad de los libros", en la que estarán representadas todas las épocas del pensamiento y de la cultura.

Este amor, esta pasión de Anatole France por el libro, se explican perfectamente por los orígenes del ilustrado escritor, por el ambiente familiar de su infancia, pues ya es sabido con qué poder influyen en nosotros aque-

---

(\*) "Le crime de Silvestre Bonnard".

llas cosas que nos rodean en los primeros años. Pero ya no parece tan explicable el amor al libro que constantemente puede comprobarse en la extensa y agitada vida de Napoleón, nacido en las luchas por la libertad de Córcega, en las que su misma madre, la bella y espartana señora Leticia Ramolini, ha representado un papel preponderante, siguiendo a los combatientes, alrededor de Paoli, caudillo de la independencia isleña.

Bonaparte, nacido en la acción y para la acción, es, como su antípoda Anatole France, un amigo leal, un enamorado del libro. De él puede decirse en verdad que amó el libro en sus días oscuros, en sus días gloriosos, en su descenso fatal, en la soledad trágica de Santa Elena... El libro fué para él un buen compañero—el mejor de todos, puesto que no le engañó ni aduló—, en todas las épocas de su vida.

¿No habéis visto la estatua de Rochet?... El humilde estudiante de Brienne aparece en ella pensativo, con el libro entreabierto en la mano izquierda y la mano derecha sobre el pecho, mientras dirige la mirada a lo lejos, como si sondease el futuro—el futuro, que será para él, como para ningún otro humano, la gloria rápidamente conquistada y el infortunio sin esperanza.

Lo mismo en aquellos días oscuros e inciertos, evocados por el cincel de Rochet, que cuando—señor de las batallas—guerreaba o construía con mano titánica un vasto y efímero imperio, o se preparaba para el tránsito definitivo, Napoleón, en la paz y en la guerra, no quiso separarse de la compañía del libro. Esta bella pasión le enaltece tanto como pueda enaltecerle la gloria, tal vez percedera, conquistada en Austerlitz.

El mismo ha hecho acerca de su amor al libro algunas confesiones interesantes. Refiriéndose a sus buenos tiempos de estudiante pobre e inquieto, que siente ya vagamente grandes ambiciones y desconfía de realizarlas por falta de medios, dice: "Yo vivía como un oso,

solo, en mi cuartito, con mis libros. ¡Con qué duras economías sobre lo necesario compraba yo aquel poder! Cuando, a fuerza de abstinencias, había reunido dos o tres escudos de seis libras, me encaminaba, con alegría de niño, hacia la tienda de un librero de viejo que vivía junto al Obispado. Frecuentemente iba a visitar sus estantes, cometiendo el pecado de envidia, pues pasaba mucho tiempo deseando antes de que mi bolsa me permitiese comprar."

El libro fué siempre un amigo predilecto de Napoleón. Su biblioteca portátil, compuesta de un millar de volúmenes hábilmente seleccionados, le acompañaba a través de los campos de batalla. En Santa Elena, la lectura continuó siendo uno de sus raros placeres espirituales. Humillado y abandonado, la lectura mitigaba sus sufrimientos morales, y el libro constituía todavía una de sus contadas ilusiones. ¡Qué lejos estaban entonces los días del pobre estudiante de Brienne que intenta penetrar con la mirada del espíritu el porvenir enigmático! Sin embargo, algo perduraba en él: ese algo es el amor al libro, amor que acaso es parte a absolverle de muchas de sus grandes culpas.

#### LAS VÍCTIMAS DEL LIBRO.

Otros hombres notables han amado el libro con tal apasionamiento y en circunstancias tales, que han sido sus víctimas. Con razón se ha dicho que el que quiera conocer de súbito todas las miserias de la tierra, ha de verse obligado a vender sus libros. Ha de causar ciertamente una dolorosa tristeza la necesidad de vender los libros que hemos logrado reunir a costa de esfuerzos y sacrificios y que han sido nuestros compañeros fraternales en las horas de alegría y en las horas de abatimiento; esos libros, como el humanísimo "Don Quijote", que nos han hecho reír y nos han hecho pensar, o

han sido un bálsamo para nuestras heridas, o nos han aconsejado sabiamente en la incertidumbre y en la angustia.

Ante nuestra imaginación desfilan los que no tuvieron otra pasión que la del libro y por él vivieron y murieron. ¡Cuántas tragedias íntimas y silenciosas!... Citemos someramente algunas de esas víctimas ilustres del libro, aunque sólo sea para ejemplaridad de los que, desconociendo su valor y trascendencia, sienten por él, en su triste ignorancia, indiferencia o desprecio.

El abate Claudio Goujet (1697-1767), historiador, murió de pena, después de haber vendido, por azares de la suerte, su biblioteca, en la que había llegado a reunir diez mil volúmenes. El filólogo Ricardo Brunck (1729-1803), que se vió precisado a desprenderse de sus libros, lloraba cada vez que oía citar a alguno de sus autores predilectos. De la Bedoyère logró reunir, durante veinte años, una colección de libros y estampas de la República francesa, y tuvo que venderla. Arrepentido de ello, sólo pudo recuperarla después de tantos sacrificios que le causaron la muerte.

Gaupil, profesor de Botánica en París, murió de desesperación al ver saqueada su biblioteca por la multitud. Lo mismo ocurrió a Colnet du Ravel, que en la revolución del 1831 contempló sus libros impiamente arrojados al Sena. El sabio italiano Urceo, después de haber trabajado una noche en su biblioteca, salió sin extinguir la lámpara, y el fuego devoró sus papeles y sus libros; él se arrojó entre las llamas para salvarlos, y luego huyó y anduvo errante por los bosques...

Conocido es también el caso de Lanwers, que pasaba toda suerte de privaciones para poder enriquecer su biblioteca, y la muerte le encontró con la mirada fija en sus libros; no había querido desprenderse de uno solo de ellos para cambiarlo por un pedazo de pan. Otra víctima del libro fué el austero filósofo católico Bordas Demou-

lin (1798-1859), que vivía pobremente, privándose de lo más necesario para poder adquirir libros. Un día bajó de su buhardilla para comprar, con los últimos céntimos que le quedaban, un pedazo de pan; pero al pasar delante de una librería de viejo, vió un libro que le interesaba. Si lo adquiría, se quedaba sin pan. El buen filósofo no vaciló: compró el libro y volvió contento a su buhardilla, de donde salió pocos días después para el Hospital Lariboisiere y el cementerio. Proudhon, otro gran amigo del libro, confesaba haber llorado ante el caso de Bordas Demoulin y haber visto en la vida de este filósofo el reflejo de su propia vida.

Citaremos, por último, el caso del ilustre periodista Armando Bertin (1801-1854), director del *Journal des Débats*, que se extinguió en su biblioteca, poco después de la muerte de su esposa, mientras acariciaba uno de los libros favoritos de ella... (\*).

Si hemos mencionado estas víctimas del libro, entre otras muchas, esto no significa, ciertamente, que sea preciso llevar a tales extremos la bibliofilia. Tal vez alguno de esos hombres eran, más que bibliófilos, bibliómanos; y el bibliómano ya sabéis que es un sér raro, que colecciona volúmenes por puro afán de coleccionarlos o por vanidad pueril, como podría reunir otros objetos, y sólo los conserva para sí, como guarda el avaro sus tesoros.

Amar el libro no quiere decir, por consiguiente, que hayamos de sacrificarnos para adquirirlo, colocarlo en un estante y aumentar una papeleta en el catálogo, sino que hemos de tenerlo por compañero en nuestras penas y en nuestras alegrías, y leerlo y releerlo, si contiene discretos consejos, sabias enseñanzas o primores de estilo. Libro único, en este sentido, es el "Quijote", cuyo contenido, antes de agotarse, diríamos que se remoja cons-

---

(\*) V. Albert Cim, "Les victimes du livre".

tantemente; así, por más que lo leamos, siempre nos dirá cosas nuevas, profundas y originales. Y claro está que no nos referimos a aquellas cosas que se han propuesto ver en él algunos, no ya cervantófilos, sino cervantómanos, en las cuales ni remotamente soñó su excelso autor.

#### EL LIBRO Y SU INFLUENCIA.

¿Qué es en realidad un libro?... "Un libro que se escribe, ha dicho José Enrique Rodó, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia substancia su capullo." Un libro es, pues, algo vivo, algo que palpita en nuestras manos mientras lo acariciamos. Un libro es "un alma"—el alma del autor, y aun diríamos el alma del mismo lector, si acierta a identificarse con él—, o no es nada. "El libro amigo, ha escrito otro pensador—Guyau—es como un ojo abierto que ni la misma muerte lo cierra, y en el que se hace siempre visible, en un rayo de luz, el pensamiento más profundo de su sér humano" (\*).

A menudo se olvida esta concepción del libro. El escritor debería poner en él lo mejor de sí mismo. Así, aun sin proponérselo, ennoblecería al lector. Bondad y belleza fundiríanse en sus páginas.

La influencia del libro, así concebido, es infinita. Los grandes libros han forjado los caracteres heroicos y las almas exaltadas por el puro misticismo, y han contribuido maravillosamente a la formación de aquellos pueblos que han dejado una imperecedera huella luminosa en la Historia.

Nos place volver a citar al autor de "Ariel", cuyas obras deberían figurar entre los mejores compañeros de todo espíritu selecto. "Obstáculo a la acción del ejemplo, dice el gran ensayista de Hispano-América, es la distan-

---

(\*) "L'art au point de vue sociologique".

cia que en el espacio o en el tiempo aleja a unos hombres de los otros; y el libro aparta ese obstáculo dando a la palabra medio infinitamente más dilatado y duradero que las ondas del aire. Para los espíritus cuya aptitud es la acción, el libro, sumo instrumento de autoridad y simpatía, es, aún con más frecuencia que el ejemplo real y que el modelo viviente, la fuerza que despierta y dirige la voluntad."

La antigüedad nos ofrece numerosos ejemplos de la influencia del libro en los hombres de acción. Así, Alejandro Magno encuentra en la "Iliada" el arquetipo de Aquiles, y la "Cyropaedia" de Jenofonte inicia a Escipión Emiliano en la devoción de Ciro el Grande. Juliano, por su parte, se inspira en la historia de Alejandro. Más modernamente, dos grandes caudillos, Condé y Napoleón, se inspiraron para realizar sus gestas en los "Comentarios" de César. Pero el libro cuya influencia es decisiva, desde Marco Aurelio a Bonaparte, es "Vidas Paralelas". Este libro forja grandes caracteres para la acción y suscita movimientos trascendentales. Como ha observado Carlos Riba, "Plutarco tiene evidentemente una responsabilidad indirecta en la Revolución francesa. Todo el mundo lo leía, hombres y mujeres, pequeños y grandes; el máximo honor para una personalidad de aquel tiempo consistía en ser comparada con algún héroe plutarquiano; y no hay duda que más de una implacable efusión de sangre fué precedida por un enternecimiento con el ejemplo de Timoleón o Bruto".

Fervorosas vocaciones de escritor se han revelado también con la lectura de las obras maestras. Rodó recuerda que Tucídides descubre su genialidad de historiador por un pasaje de Herodoto; Sófocles, su alma de poeta por las epopeyas homéricas, y Epicuro, su don de filosofar por las obras de Demócrito. La Fontaine sintió nacer sus alas de poeta mientras leía una oda de Malherbe. Sil-

vio Pellico nació para las letras después de haber leído los "Spolcri" de Fóscolo. Reid se dedicó a la filosofía bajo el estímulo de la lectura de Hume. Augusto Thierry sintió revelarse su genio de vidente del pasado con la lectura de "Les Martyrs", de Chateaubriand. Víctor Hugo relata cómo en su infancia encuentra en un estante de su casa una Biblia, comienza a leerla, y se pasa toda la mañana en la lectura; así surgió el poeta formidable de "La Legende des Siècles" (\*).

#### EL NIÑO Y EL LIBRO.

No hay nada que nos haga soñar en el porvenir como una cabecita de niño atentamente inclinada sobre un libro. El niño ha de jugar, sin duda; el que huye de los juegos no suele ser eufórico... Pero no interrumpamos inopinadamente a ese niño que lee, mientras sus bucles de oro se mezclan a los graves pensamientos, y pone en la lectura, creyendo que nadie le contempla, tanta devoción y tanta fervoridad. Acaso bajo esa frente dulcemente pensativa hay en germen el genio; tal vez ese niño expresará el alma de las cosas con nuevo ritmo y levantará el idioma, si se halla en postración y decadencia, a una altura jamás soñada.

Aquel humilde muchacho de Folgarolas, vestido como un campesino, que devoraba los libros que hallaba a su mano, sin olvidar la contemplación de la Naturaleza, ¿quién hubiera podido imaginarse que llevaba dentro de sí la fuerza soberana e incoercible del genio, capaz por sí sola de hacer renacer una lengua y una literatura que parecían definitivamente muertas?...

Sobre el niño que siente la fiebre de leer, debemos a

---

(\*) V. "Noticias de Proteo".

"Xenius" una página evocadora. "Este niño que mira la librería—escribía el glosador—tiene los ojos turbados por la confusión y por el deseo. Este niño sabe de libros que le infunden una manera extraña de pavor, a la vez que le atraen furiosamente. Oscuramente adivina que uno de esos temerosos volúmenes contiene la llave de su destino. Desde el punto en que habrá consumado la lectura de uno de ellos, ya su pasión quedará esclavizada, y él sin sosegar, hasta que habrá hecho entrar lo que dicen aquellas páginas en la familia de la propia mente. ¡Pobre niño pálido, que eres un sabio de mañana! Por este miedo de hoy, medimos la alteza de su futuro. A quien se queda suficiente y tranquilo ante un libro que no comprende, no le llama Dios, en verdad, por el camino de las fuertes cosas espirituales. Así como no es llamado a excelsitud de amor quien en la adolescencia no se turba ante una mujer desconocida. Se cuenta de sabios a quienes libros de matemáticas han hecho llorar. Tal vez este niño pálido que contempla ahora la librería, lloraría también" (\*).

Quisiéramos que este niño pálido y febril, triste como todos los muchachos precoces, sintiese también la necesidad ardiente de jugar. Quisiéramos que abandonase por algún tiempo la librería que le atrae y corriese a través de los campos. Quisiéramos ver un florecimiento de rosas en sus pálidas mejillas. Quisiéramos que en la adolescencia se turbase ante la bella desconocida que encontramos por el camino, que tal vez sea la elegida, y que acaso ya no volverá a cruzarse en la vida con nosotros.

Pero el niño evocado por "Xenius" está predestinado: será el genio; y ya es sabido que la infancia de los hombres geniales es rara en juegos.

---

(\*) "Flos Sophorum".

## EJEMPLARIO.

Nosotros hemos seguido últimamente, a través de los viejos papeles, las huellas de un catalán eminente que amaba con toda su alma los libros y el estudio. Era ampurdanés; se llamaba José María Maranges. Fué Catedrático de Derecho romano en la Universidad Central. Hombres esclarecidos como D. José Moreno Nieto, don Francisco Giner de los Ríos y D. Gumersindo Azcárate, le profesaban férvida admiración y entrañable afecto. Maranges murió muy joven, y España perdió en él una de las más altas mentalidades.

La casa solariega de Maranges, situada en la hospitalaria villa de La Escala, cerca de las ruinas sagradas de Emporió, era un lugar de ardiente lucha. Los liberales de la época se reunían allí para conspirar, y por sus salones desfilaron personajes de relieve en la política y caudillos como el general Prim, camino del destierro. José María Maranges llegaba de Barcelona o de Madrid, donde cursaba brillantemente sus estudios, y todos le solicitaban. El correspondía muy atento a las pruebas de afecto que se le tributaban, y luego, con mal disimulada impaciencia, iba a encerrarse en su biblioteca, entre sus libros queridos, esos libros que desde su prematura muerte se conservan en la Universidad Central, donde expuso las primicias de su pensamiento, renovador del concepto del Derecho romano.

Maranges tenía la frente dilatada y la mirada profunda. Si su padre sobresalió como hombre de acción, él fué ante todo un hombre de meditación. Seguramente que él fué también, en la biblioteca paterna, el niño pensativo cuya imagen hemos intentado trazar, atento a la lectura reveladora de su mente privilegiada, por la que había de conquistar noblemente en la Corte las más altas posiciones intelectuales.

En nuestro amor al libro, sírvannos de ejemplo hombres como D. José María Maranges. Sepamos atravesar, como él, en silencio, los lugares en donde hierven las pasiones o donde la gente se divierte, y encerrarnos en la amable compañía de los libros amigos, pero sin levantar jamás, en nuestro egoísmo de autodidactos, una barrera infranqueable entre nuestra biblioteca y el mundo.

Pensemos que los benedictinos, trabajando en el fondo de sus celdas solitarias, salvaron los tesoros literarios de la antigüedad rediviva en sus grandes autores, pero que no por eso dejaron de influir eficazmente en la formación social de su época. Pensemos que el amor al libro ha de ser activo y altruísta y ha de cristalizar en instituciones de cultura, como las bibliotecas populares, donde cada día sean en mayor número los que cultiven su espíritu por la lectura que nos pone en contacto con los más altos ingenios de todos los pueblos y de todas las épocas.

CARLOS RAHOLA

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1927 con ocasión de la Fiesta del Libro.







## *El libro creador*

**E**L libro es creador, el libro ha revelado fervorosas vocaciones intelectuales, el libro ha contribuido eficazmente a la formación de los grandes espíritus que son gloria y prez de la humanidad.

Si estudiamos la vida de los escritores ilustres, veremos cómo ha influido en ellos, desde sus primeros años, la lectura de los buenos libros, y con qué fervor los han amado.

Cervantes es quizá, entre todos, el ejemplo más representativo. Cervantes es, ya en su infancia, un lector insaciable; el estímulo de la lectura es en él poderosísimo. Si llega a escribir una donosa sátira contra los libros de caballería—sátira que, gracias a su genio, tiene un sentido profundamente humano e inactual—, es porque los conoce a maravilla, como lo demuestra el famoso capítulo del *Quijote* en el que se describe el implacable expurgo realizado por el cura y el barbero en la biblioteca del que será en todo tiempo la más excelsa personificación del idealismo.

Si nos fijamos en otros países, si estudiamos, por ejemplo, la vida de los hombres que ilustraron con su genio la Alemania inmortal de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, tan influenciada por la Revolución francesa—como ésta, a su vez, había sentido el influjo

de la Revolución inglesa—, veremos que la primera inclinación a la poesía, en Schiller, nace de la lectura de la *Messiada*, de Klopstock, y que los autores que más eficazmente contribuyen a su formación espiritual son Plutarco, artífice de almas heroicas, y Rousseau, cuya influencia, por otra parte, ha sido tan intensa—a pesar de tratarse de un espíritu solitario—, que ha sido señalado como uno de los inspiradores del 1789.

Goethe nos explica él mismo cuáles fueron sus primeras lecturas predilectas: el *Orbis pictus*, del pedagogo Comenius; la Biblia; la *Historia Universal*, de Abelin; la *Acerra philologica*, especie de antología clásica; las *Metamorfosis*, de Ovidio; el *Telémaco*; el *Robinson*; el *Viaje alrededor del mundo*, del almirante inglés lord Anson, por Walter y Robins; *La Isla de Felsenburg*, de Schnabel... También leía con deleite ciertos libritos populares y tradicionales, que él mismo compraba en las paradas de las calles. En esta biblioteca infantil de Goethe se adivina ya el instinto certero de su genio universal. Libros de imágenes, historia sagrada y profana, mitología, narraciones de viajes y aventuras, cuentos tradicionales,, forman el bagaje intelectual de aquel niño, de una curiosidad vigilante, pensador y poeta, que iluminara el mundo con los fulgores de su genio (\*).

De Novalis, otra de las mentes luminosas de aquel pueblo, cuenta su ilustre traductor Juan Maragall que, a los diez años, “leía apasionadamente poesías, y sobre todo baladas, que después sabía contar muy bien a sus hermanos”, y que su afición a los libros le inducía a saquear la biblioteca de su tío (\*\*) y es tan ferviente la fidelidad de Novalis a la Bibliofilia—digamos que

---

(\*) V. *La Revista dels Llibres* (Barcelona, 1925).

(\*\*) Prólogo a “Enric d’Ofterdingen” (Barcelona, 1907).

no sólo son bibliófilos los que aman las ediciones raras y suntuosas, sino también los que adoran todos los buenos libros, por humilde que sea su apariencia—, que el día de su prematura muerte aún pide—¡pobre Novallis!—unos libros que quisiera consultar. El alma del poeta volará al cielo, perfumada por el olor sutil de los libros que él amaba tanto.

Si estudiamos la biografía de los hijos selectos de Britania, veremos que el poeta Shelley, dulce muchacho de una belleza casi femenina, es llamado *Shelley el loco* por sus bulliciosos compañeros del colegio de Eton, porque su afición a los libros es tan intensa, que le priva de jugar. Observemos, de paso, que éste no es el ideal para los jóvenes escolares. El buen estudiante ha de leer y ha de jugar. El juego es tan necesario a la vida como la lectura. Pero en nuestros días acaso se olvida demasiado la lectura por el juego y los deportes.

En cuanto a Byron, su admiración por las obras de Gray, de Burns y de Ossian y por las antiguas baladas, le inspira, en su juventud, una de sus primeras obras: *Flours of idleness*. ¡Quién sabe si en la gesta que pone heroico fin a la agitada y tormentosa vida del lord poeta—su ayuda para alcanzar la independencia helénica—, hallaríamos también la influencia inagotable del Plutarco.

En otro inglés ilustre—John Ruskin—vemos cómo, en su infancia, la Biblia, Shakespeare, Walter Scott, Cervantes, Pope y el mismo lord Byron fueron sus lecturas favoritas, y cómo, bajo el magisterio de tan egregios consejeros, comienza a escribir sus primeros trabajos... a los siete años.

Ruskin, apóstol de la belleza, es también un "hombre de acción". Su amor al libro es activo y fecundo; si él tiene libros, quiere que sus semejantes, por humildes que sean—y cuanto más humildes más los necesitan—los tengan también. Con este propósito emprende Ruskin

en Inglaterra ardientes cruzadas poniendo de manifiesto el valor y eficacia de los libros y al propio tiempo da numerosas conferencias para ayudar a la creación de Bibliotecas como la del Instituto de Rusholms, cerca de la industrial Manchester, demostrando que la lectura es exactamente una conversación con hombres mucho más sabios y más interesantes que los que podamos tener ocasión de conocer a nuestro alrededor.

Carlyle es otro gran amigo del libro, y este amor se traduce en obras de tanta trascendencia como la fundación de la Biblioteca de Londres. En la profunda amistad que le une a Ruskin, con el que sin duda no coincide ideológicamente, debe de influir mucho esa común devoción al libro.

Otro inglés esclarecido, Stuart Mill, aporta en su *Autobiografía* copiosos datos sobre sus primeras lecturas. A los ocho años ya había leído, bajo la docta tutela de su padre, Herodoto, la *Ciropedia*, de Jenofonte; los *Diálogos*, de Sócrates; algunas vidas de filósofos de Diógenes Laercio, parte de Luciano, los seis primeros *Diálogos* de Platón...

Stuart Mill fué precocísimo: así se ha dicho hiperbólicamente que sólo tenía tres años cuando empezó a aprender la lengua griega... Entre los libros recreativos de su predilección figuran el *Robinsón Crusoe*, que siguió deleitándole en su mocedad, y nuestro *Don Quijote*.

Como casos representativos del amor al libro en Francia, ya hemos hablado detenidamente en otro lugar de dos grandes hombres, antípodas por muchos conceptos: Napoleón y Anatole France. "Napoleón, ha dicho Mouvrit, tenía un gusto natural, casi innato, por los libros. Los amaba. Y no había en ello, seguramente, el atractivo algo enfermizo del coleccionista, la autosugestión del bibliómano, sino el *entrenamiento* natural del hombre que, teniendo las más imperiosas, las más intensas de sus necesidades en el intelecto, llama a sí el libro, a

la vez como útil de su trabajo intelectual y como descanso para los horas de calma" (\*).

Por lo que se refiere a Anatole France, ya sabemos cómo los primeros recuerdos de su vida están íntimamente ligados con el célebre *Quai Malaquais*, donde su padre, el buen señor Thibault, tenía una librería. El mismo ha dicho ingeniosamente que, aun antes de saber leer, el diario ejercía en él un misterioso atractivo. "Cuando veía a mi padre desdoblar aquellas grandes hojas llenas de pequeños signos negros, y cuando alguien leía trozos en voz alta, y de aquellos signos salían ideas, yo creía asistir a una operación mágica" (\*\*). Paul Valéry, refiriéndose al autor de *Thais*, ha escrito elocuentemente: "Nació en los libros, se educó en los libros, siempre sediento de libros. De los libros lo conocía todo: papel, tipos, tamaños, encuadernaciones; todo lo que se sabe del impresor, del escritor, de las ediciones, de su fondo, de su destino. Su vida le hizo sucesivamente librero, bibliotecario, juez de libros, autor" (\*\*\*). Anatole France es, por antonomasia, el hombre de los libros.

También podemos citar, entre los amadores del libro en Francia, al filósofo Descartes, quien pone de manifiesto que "la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los hombres más honrados (*les plus honnêtes gens*) que han sido sus autores"; a Théophile Gautier, a quien como sabéis, debemos una de las mejores obras que se hayan escrito sobre España, esto es, su maravilloso *Voyage*, en el que se dicen cosas que no han perdido actualidad sobre nuestro arte: Gautier,

---

(\*) "Napoleon bibliophile" (Paris, 1905).

(\*\*) "Le petit Pierre" (Paris).

(\*\*\*) "Discours de réception à l'Académie française" (Paris, 1927).

decimos, cuyas aficiones literarias se revelaron con la lectura de los poetas de la Pléyade; al moderno Marcel Proust—que tuvo que pasar gran parte de su vida enferma y fecunda entre libros—, el cual, en un estudio psicológico de la lectura, se observa que acaso los días de nuestra infancia que hemos vivido más plenamente son los que hemos pasado con los libros preferidos, y que si hoy, por azar, hojeamos algunos, son como los únicos calendarios que hemos guardado de los días fugitivos, “con la esperanza de ver reflejadas en ellos las mansiones y los estanques que ya no existen”; añadiendo que el recuerdo de las encantadoras lecturas de la infancia ha de perdurar para cada uno de nosotros como una bendición (\*).

Podrían escribirse muchas páginas sobre el culto al libro en los Salones franceses, presididos por hermosas damas que hacían florecer el ingenio a su alrededor. Nos limitaremos a recordar el bello gesto de una cortesana, Ninon de Lenclos, que, habiendo adivinado el talento de escritor de Voltaire, cuando éste sólo tenía once años, le hizo en su testamento un legado de 2.000 francos para que pudiese adquirir libros.

Costis Palamas, el gran poeta de la Grecia moderna, campeón de la lengua popular, a quien hemos preguntado cuáles fueron sus primeras lecturas, nos escribe que los libros que más influyeron en su espíritu, hacia los doce años, fueron los de Gerostathis—escenas populares didácticas, para niños, conteniendo la historia y las tradiciones helénicas—; un resumen del Plutarco, la *Iliada*, Teócrito, Víctor Hugo, *Corinne* de Mme. de Staël y Valaoritis y Solomos, los dos poetas griegos más ilustres que le han precedido.

Los escritores españoles no se han distinguido menos

---

(\*) “Pastiches et Mélanges (Paris, 1919).

por su afición a la lectura y por su amor al libro, desde sus años juveniles. Ya nos hemos referido a Cervantes, que se destaca como la cima de una montaña eterna entre colinas y llanuras. También fué Santa Teresa de Jesús una lectora insaciable, según nos cuenta ella misma en el *Libro de su vida*. Las lecturas, en la futura santa—tan humana en su santidad—, debían ser hagiográficas. “Tenía un hermano, escribe ella misma, casi de mi edad, y juntábamonos entrambos a leer vidas de santos”. Así concertaron irse a tierra de moros; así nacería en el alma de Teresa aquel infinito anhelo de Dios que había de elevarla hasta la cumbre de la santidad más excelsa.

En el siglo pasado podríamos mencionar a Balmes, joven demacrado y pálido—en quien alienta ya el futuro pensador católico—, que se pasa horas y horas solo en la Biblioteca del Seminario de Vich, la noble frente inclinada sobre los libros sabios.

¿Cómo no recordar a nuestro Pi y Margall—el estilista perfecto para quien el genio de la lengua castellana no tiene secreto alguno—que, mientras los otros niños de su calle se van a jugar libremente al sol, se queda solo en la humilde tiendecita de su buena madre, vendedora de cal, sin otra compañía que la de los libros, que constituyen entonces su desiderátum?

Precoz amigo del libro es también el poeta Núñez de Arce, quien desde su niñez muestra una enorme pasión por la lectura, hasta conseguir, a fuerza de terquedad y destreza, leer los periódicos que pasan por la oficina de su padre, funcionario de Correos en Toledo. (¿Os imagináis la travesura del futuro autor de los *Gritos del Combate*?) Poco después Núñez de Arce frecuenta la biblioteca de la Catedral: nuevos horizontes se despliegan ante su mente. El bibliotecario se convierte en su consejero y guía literario. A los quince años, el poeta estrena un drama en verso: *Amor y orgullo*. Primer

galardón: la ciudad imperial le confiere el título de hijo adoptivo.

Menéndez y Pelayo figura en lugar preeminente entre los amigos del libro. Cuéntase que, siendo muy pequeño, su buena madre tenía que vigilarle para que no se pasara las noches leyendo. Pero toda vigilancia es poca para el que siente el deseo infinito de saber. El primer ambiente literario del genial polígrafo, mientras estudió el bachillerato, fué la tertulia del librero Hernández, en Santander; allí adquirió el primer libro de su biblioteca: las *Disquisitiones magicæ*, de Martín del Río.

El sabio maestro Dr. Rubió y Lluch, condiscípulo de Menéndez y Pelayo, ha podido escribir con justicia estos versos:

Hablar de amor al libro, y en la mente  
no evocar a Menéndez y Pelayo  
fuera cantar el esplendor de mayo  
olvidando su flor más excelente (\*).

En nuestros días, sabemos del filósofo Ortega y Gasset, el autor de las *Meditaciones del Quijote*, que, a los siete años, ya leía la obra maestra de Cervantes y se la asimilaba hasta el extremo de saber de memoria algunos de sus capítulos, que recitaba impecablemente.

Otro escritor español que posee relevantes aptitudes para la metafísica—el Dr. Diego Ruiz—, nos hablaba, en una carta autobiográfica, de sus primeros años de estudioso precoz en casa de un tío suyo, que era notario en Granada.

“El notario, nos decía el autor de la *Genealogía de los Símbolos*, poseía una biblioteca para la cual no bastaban tres grandes salones; y yo allí tomaba libros y li-

---

(\*) Viada y Lluch, “Del amor al Libro” (Barcelona, 1927).

bros, en lenguas que no comprendía aún... Pero fué sobre todo la lectura de ciertas *Vidas de sabios ilustres*, ilustradas a colores, que renovó en mí las sensaciones del *Plutarco paterno*".

Diego Ruiz, formidable lector en las más diversas lenguas, médico y filósofo trashumante, sólo tenía entonces diez años.

Eugenio d'Ors no nos habla de sus primitivas lecturas; pero la influencia del libro es evidente en él, a través de la educación materna—la más eficaz de todas, la que moldea siempre de un modo indeleble nuestro espíritu—, en sus tiernos años. "Recibí, nos dice, la primera educación en el seno de la familia, dejándose sentir muy vivamente el influjo de mi madre, dama cubana, formada en la lectura del Romanticismo francés, desde Rousseau a Balzac. Durante algún tiempo, las *Confidences* de Lamartine nutren la visión que la madre se hace del hijo." El hijo había de figurar también entre los devotos amigos del libro.

Los escritores catalanes suelen ser parcos en sus confesiones sobre sus primeras lecturas. Maragall, en su *Autobiografía*, nos parece que ni siquiera alude a su prístina formación intelectual; pero en una de sus cartas nos habla de algunos de los autores que leyó en su juventud: uno de ellos fué el malogrado Guyau. "Me dominó, dice, durante mucho tiempo... Tiene lo que no tienen muchos, grandes como él: tiene fuerza de simpatía."

El venerable Narciso Oller leyó en sus días de estudiante a Chateaubriand, Eugenio Sué, Edgardo Poe, los románticos franceses y Pastor Díaz, entre los españoles. Así nació su vocación de novelista, consagrada por la pluma de Emilio Zola, en el famoso prólogo a la traducción francesa de *La Papallona*.

"Mis primeras lecturas, nos escribe Gabriel Alomar, no fueron infantiles." El *Quijote* y la Biblia. Esta, sin-

gularmente, selló su alma. Así, siendo casi un niño, Alomar se puso a escribir una *Historia de Israel*, que aspiraba a ser una exégesis, con la "impronta" del estilo hebraico. Después se dedicó apasionadamente a las lecturas de historia religiosa hasta el punto de extractar una *Historia de la Iglesia*, de Alzog. En aquella misma época leyó también la *Historia de España*, del P. Mariana, cuya influencia de estilo considera muy peligrosa.

Toda la literatura clásica castellana siguió después en las lecturas de Gabriel Alomar, el cual, al mismo tiempo, aprendía el francés sin profesor. Dos autores muy divergentes armonizaban, por contraste, su estilo: Voltaire y Víctor Hugo. Flaubert le reveló nuevos secretos de elocución. "El magisterio italiano, nos dice Alomar, siguió al de Francia, mi madre espiritual."

El poeta José Carner ha hablado concisamente de sus lecturas de niño: *Las mil y una noches*, Andersen, Walter Scott, Dickens... Hijo único, Carner vivió en un hogar sin compañeros: éstos fueron, en todo caso, los libros. "Yo leía, dice, porque mi madre leía." A los once años el poeta publicaba sus primeros versos.

Juan Estelrich confiesa también que pasó sus primeros años entre los libros. "Puedo afirmaros, escribe, que he encontrado en ellos una exaltación y un goce por lo menos tan profundos como los que me daba el mundo exterior..." El primer libro que leyó fuera de los deberes escolares—*El viaje al centro del Africa*, por Stanley, en busca de Livingstone—, le produjo una intensa emoción. Estelrich ya debía de ser entonces lo que es hoy: un escritor de amplias perspectivas intelectuales y de vastas realizaciones para la difusión del libro.

Santiago Rusiñol, anciano ya, pero con una juventud espiritual inmarcesible, nos cuenta, con su sonrisa amable, entre sorbo y sorbo del fatal licor verde, que lo único que recuerda haber leído con deleitación en sus días de adolescente, fueron las obras de Julio Verne.

Esta confesión nos hace pensar en lo curioso que sería un estudio sobre la influencia de este autor en la imaginación de los niños. Como ha dicho muy bien Valéry Larbaud, "el nombre de Julio Verne figura sólo en la cubierta, pero el libro que el niño lee es una obra suya, en colaboración con Julio Verne: él la enriquece con su experiencia, con sus sentimientos, con sus descubrimientos, con sus más antiguos ensueños; alarga y complica las aventuras y añade episodios y personajes de su invención."

El gran prosista Joaquín Ruyra fué, siendo muy joven, cuando estudiaba el primer año de latín en el Seminario de Gerona, un fervoroso lector del *Quijote*. "Entonces lo leí, nos dice, en una letra muy sugestiva, con un interés y una fruición de que difícilmente podría darle idea, y eso que no dejaban de disgustarme las derrotas de Don Quijote, porque mi deseo de niño era que el buen caballero triunfase siempre y se hiciera poderoso... Seguramente (dados mis deseos de ver triunfar al héroe), un Orlando, un Curial... aún me habrían gustado más".

"Durante mi bachillerato en Gerona, añade el autor de *Marines i Boscatges*, leí y releí el *Quijote*. ¿Ocho, diez veces? No lo sé. Muchas. Saltaba solamente algunas descripciones y el discurso de las armas y las letras, que me parecía muy pesado y que ya conocía fragmentariamente por mis libros de aula. Los diálogos de Sancho y Don Quijote me divertían superlativamente, causándome a menudo un efecto cómico que me hacía prorrumper en grandes risas. Ahora, estos diálogos constituyen la parte que más me gusta de la obra; pero, cuando los vuelvo a leer, no sé explicarme que me divirtiesen tanto y tanto y que excitasen en tanta manera mi hilaridad en aquella edad temprana."

La primera lectura clásica de otro escritor ilustre,

*Gaziel*, fué Homero, especialmente la *Odisea*, a los diez años. Este libro le produjo un entusiasmo enorme. "La sabía de memoria, nos dice, y la impresión que me causaba era la del más grande, más maravilloso y más emocionante cuento que yo hubiese conocido nunca, mezcla de cosas fabulosas y de cosas reales, de cuento de hadas, de libro de aventuras y, en conjunto, de incomparables narraciones para ser leídas a la lumbre del hogar."

La primera lectura castellana impresionante de *Gaziel* fué el *Quijote*, a los doce o trece años. Fué un *desastre*, observa. La confesión del autor del *Diario de un estudiante en París* nos recuerda la de Ruyra. "Yo era *quijotista*, añade; me tomaba al héroe seriamente y quería que triunfase en sus empresas. La primera paliza me dejó asombrado; la segunda me sublevó, y a la tercera tiré el libro con indignación. No podía comprender cómo el autor se tomaba las cosas. Me pareció un insensato, y la gran fama del libro inexplicable." La segunda lectura del *Quijote* no la hizo *Gaziel*, con cierta "malicia", hasta los diecisiete o dieciocho años. La plena y fecunda lectura del libro maravilloso no llegó hasta pasados los veinticinco años. Su influencia se advierte a menudo en los razonados artículos de *Gaziel*.

Nuestro escritor se inició espléndidamente en la literatura francesa, a los catorce años, a través de P. L. Courier, "el formidable y delicioso pamfletista." Luego pasó a Pascal, cuya religiosidad le cautivó, y de Pascal hizo un salto (¡qué salto!) hasta Voltaire.

Los ejemplos se multiplicarían hasta el infinito, si nos propusiéramos demostrar la influencia de las primeras lecturas en los escritores más ilustres. Ello nos enseña elocuentemente cómo debemos amar el buen libro y cómo tenemos el deber de trabajar sin tregua para esparcir sus semillas de luz entre nuestros semejantes y con preferencia entre los que, por ser más humildes, más

han menester del pan hecho de palabras y de ideas que nutre y fortalece el espíritu.

CARLOS RAHOLA

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1928 con ocasión de la Fiesta del Libro.







*¡Dios se lo pagará,  
señorita!*

**E**L caso es que ha nacido usted bonita, elegante, encantadora y, sin embargo, consulta a menudo el espejo, el figurín, la mirada de la amiga y aun la palabra de los hombres para percatarse absolutamente de que sus atractivos son, a primera vista, y en última instancia, atrayentes. Toda inquietud y todo dispendio se le antojan siempre mezquinos para realzar su hermosura, o adobar su garbo, o complicar con las sutiles confabulaciones de la cosmética y del indumento su evidente elegancia. Usted invierte—hace invertir—varios miles de pesetas en una piel, y se gasta unos cientos de duros en una tuniqueilla de espuma, y no vacila en pagar gruesas de reales por un perro feúcho, por un frasco menudín, por un bolso, por una flor... Todo “está por las nubes”; es cierto, señorita. Pero usted se las compone de tal suerte, que todo logra encontrarlo accesible, y propicio y fácil a ras de las aceras, en casa de la modista célebre, en la tienda del perfumista renombrado. Abramos juntos los paquetes que le han traído hoy. Agotó usted sus dineros en elegir tanta menudencia encantadora. A ver: trapillos, chucherías, reflejos, fragancias, levedades... Y no hay más. Pero, mujer, ¿cómo se le olvidó comprar un libro? Aquel duro último, el que “olía a la legua a

sevillano", el que colocó usted casi de matute en las últimas atropelladas adquisiciones, aquel pobre duro que "no sabía usted en qué gastar", ¿por qué no tuvo el valor de invertirlo en una obra literaria cualquiera?

Yo me atrevo a confesar a usted que en España existen hace algún tiempo admirables novelistas, narradores amenísimos, comediógrafos ilustres, poetas deliciosos. Sobre todo, poetas. Líricos, dulces, hondos, claros, que se rebullen en su libro como bebés en la cuna para que los contemplen ustedes, las mujeres, muertos de orgulloso placer, sobre su regazo. Y estos poetas, tan inofensivos, tan callados para todo lo que no sea cantar lo bello de la vida, por agría que sea, no venden sus obras. Muchos de ellos, además de no vender sus obras, se mueren de hambre. A mí, lo mismo que a usted, no me preocupa demasiado el que fallezcan los poetas; también desaparecen los millonarios y los felices. Pero lo triste es que estos buenos amigos del hombre, a quienes no alcanza la piedad de las Sociedades protectoras de animales y plantas, sólo alimentan una aspiración: la de ir a parar a las manos de usted, señorita, y conquistar el honor de que usted se aprenda de memoria sus versos para repetirlos después, si a mano viene, y por puro compromiso, en cualquier cachupinadita decorosa. A los poetas se les ha dicho que la sensibilidad de la mujer, siempre exquisitamente hospitalaria, constituye una fuente de ingresos en todas las librerías, por escondidas que estén en las ciudades. Y los poetas, después de realizar una porción de prosaicas diligencias y de devorar muchos cafés con media tostada, logran editar sus tomos, tan dignos de amor y de solicitud. Pues bien: en las librerías del Reino se nos asegura a todas horas que no entra un centavo ni se vende un volumen de versos.

No incurriremos nosotros en la descortesía de opinar que las "novelas blancas" o las "novelas verdes", que algunas damitas compran, sean dignas de un auto de fe.

Cuando en el siglo se vende todo, escaso debe ser el rigor que se aplique a la letra impresa, la cual, por lo común, aun siendo deleznable, siempre suele contener entre sus impurezas una burbujica de luz. Lo que importa es que usted, tan sensitiva, tan generosa para el gasto, tan amante de su aliño físico y espiritual, se acuerde a tiempo de esa moneda sobrante de cinco pesetas y corra a dejarla gentilmente en la primera librería que halle a su paso.

Y si en esa librería le manifestasen que no les quedan ya tomos de versos, insista usted en su petición. A unos ojos bonitos no se les ha negado nada nunca en España ni en sus antiguas posesiones ultramarinas, y el señor dependiente bajará a escape a la cueva o trepará hasta el estante más cimero para traerle inmediatamente a un poeta. Un poeta quizá obscuro, nuevo, balbuciente, trémulo de vergüenza, de estupor y de júbilo; un poeta valioso, insigne, acaso mal vestido y sin afeitado, que seguramente se arrodillaría ante usted, si usted, señorita, no estuviera riéndose de él con tan saladisima falta de respeto.

EMILIANO RAMÍREZ ANGEL

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1926 para conmemorar la Fiesta del Libro.







## *El Libro y su Semana*

**H**OY termina la Semana del Libro. En principio era solamente el Día del Libro; pero la importancia de la celebración ha hecho que se multiplique ese día para dar tiempo a los diversos actos encaminados a ensalzar los libros y encarecer el amor a ellos.

Algo extraño resulta que en pleno siglo XX de la Era cristiana sea menester cantar los loores del libro y predicar su culto; pero, por lo visto, aún es necesario. Yo no soy, sin embargo, de los pesimistas en la materia. Creo que, afortunadamente, cada vez es mayor la afición a la lectura. Pero nunca será bastante insistir sobre este tema.

Los librereros y el público han estado igualmente bien durante la semana que acaba de transcurrir. La librería, saliendo al encuentro del transeúnte, no ha sido desairada por el viandante, que ha detenido su paso ante la letra impresa y ha llevado a su hogar unos cuantos libros. La Cámara Oficial ha dado todo el esplendor posible a la fiesta, señalando toda su transcendencia, y los alumnos de la Escuela de Librería han mostrado el fervor de su vocación con iniciativas que si no han llegado a ser totalmente eficaces, no ha sido por culpa de estos estudiantes de la venta del libro, ejercicio que constituye una ciencia y un arte, y requiere la formación de una especie de facultad.

Ha habido librería, como la de Paco Beltrán, cuyo

nombre nos evoca la vieja librería clásica del siglo XIX, que daba carácter y prestigio a la Carrera de San Jerónimo, quien ha publicado un "Índice bibliográfico" de una manera original y atractiva, ilustrándolo con antiguas viñetas, y datos y aforismos que hacen de él una curiosidad bibliográfica.

Para que toda la atención de la gente se fijara en asuntos relacionados con la lectura, hasta ha ocurrido la coincidencia de que en estos días haya caído un anate-ma sobre un libro, y haya sido dispuesta la recogida de su edición.

Existe el Día de la Raza. En algunos países se celebra el Día de la Madre. Como en los siglos del paganismo, gloriosos para la cultura y para las artes, vuelven a consagrarse jornadas a los sentimientos de lo más vital y de lo más merecedor de ser amado. Así nació también el Día del Libro, fiesta prolongada en una semana, con lo que aumenta su carácter litúrgico, como cuando se dice la Semana Mayor de un pueblo o la Semana Santa, ampliando la dedicación a los vastos ámbitos de la cristiandad.

¡Oh amable y admirable variedad de los libros!

El libro menudo y cubierto por una piel suave parece la prolongación de la mano enguantada de la dama que lo lleva como el estuche de un joyel. El libro de fascistol, cuyas hojas son pieles enteras de corderos, y está encuadernado con la de una ternera, nos trae la visión de los antiguos y enormes monasterios rabelesianos. Aquellos donde, según la tradición, de cada carnero hacían dos albondiguillas y le daban tres a cada fraile.

El libro de estampas, que ilusiona al niño, despierta su inteligencia, abriéndola a la noción de las cosas. Y arrancando de él, no en dos sendas distintas, sino como las dos orillas de un mismo camino, los libros de estudio, que guían y afirman en la vida, y los de pura concepción literaria, suscitadores de emociones, espejos de

problemas del alma o fugitivos hacia el ideal en el arranque ingravido de las alas del espíritu.

En los libros sagrados está la historia y la esencia de las religiones. La de Buda, la de Moisés, la de Cristo, la de Mahoma. Otros libros han guardado los posos de los pueblos, y han sido el arca sacra de sus libertades. Era en las tinieblas de la Edad Media, y el Becerro de las Behetrías servía de salvaguardia a los pecheros, que tenían derecho a elegir por señor a quien mejor les cumpliera.

Ante la veneración al libro cedió la espada del primer genio de la guerra. Las campañas de Alejandro el Magno se dignificaron porque su gran ejército era custodio del cofre suntuoso que encerraba La Iliada. Y ese prodigioso Mirab de la Mezquita de Córdoba, ¿para qué, sino para depositar el Corán, para guardar un libro, vió florecer su fronda de alabastro y de mármol, y destellar el iris de su refulgente pedrería?

¡Libros viejos que han sentido el halago de las manos y de los ojos de otras generaciones! ¿El secreto de qué fecha ocultará esa cinta de seda que quedó de señal en una página? ¿De qué madrigal trocado en elegía es testimonio esa flor disecada? Ha habido veces que entre las hojas de un libro viejo se ha encontrado descolorido un billete de Banco, oculto por la inútil codicia, y ya sin valor desde hace muchos años. Pero el libro que le servía de escondite conserva inmarcesible su frescura y toda la valía de su tesoro espiritual.

En la Fiesta del Libro adquiere junto a él toda la justa importancia el ministro del libro; es decir, el librero. Pudiera hacerse un símil entre el escritor y el librero, señalando el paralelo con la práctica de dos Facultades. La Medicina y la Farmacia.

Antes del establecimiento de la Imprenta, y todavía en los primeros tiempos de este invento prodigioso, el librero era por completo el autor material del libro. Per-

gamineros, copistas, iluminadores y vendedores constituían la corporación de libreros, y en el siglo XIII formaban parte de la Universidad de París. En España hubo gremio de libreros en Barcelona el año 1446, veintiocho años antes de la introducción de la Imprenta, pues nuestro país se apresuró a acoger la maravilla del invento maguntino, tan sorprendente, que a Fust, el colaborador de Gutenberg, se le ha llegado a confundir con el mágico Fausto.

Los libreros seguían siendo a la vez impresores y encuadernadores. Sastre de libros llama Quevedo al padre de Juan Pérez de Montalbán, que tenía una librería en la calle Mayor. Pero Quevedo sabe que el de la librería es un ejercicio insigne. Que la Corporación de los libreros de París tiene su escudo, y que ostenta su blasón la estirpe de Plantín, a quien Felipe II hizo librero real. Y que los Elzevir forman una dinastía gloriosa. Y en España, ¿qué ejecutoria más alta que la que se traza Juan de la Cuesta, cuando en la entraña de Madrid, en plena calle de Atocha, imprime la edición príncipe del Quijote?

La librería es una institución muy española y muy madrileña. En el siglo XVII es antesala y prolongación de las Academias, donde contienden con sus discreteos los ingenios. En el siglo XVIII, cuando Iriarte toma de ella título y escenario para una comedia, es el centro de reunión de los hombres atentos al ritmo del mundo. Esa librería de la calle de Carretas, que conocemos retratada por Goya, ha sido mirada con horror por las gazmoñas de su tiempo. Y el Santo Oficio la ha vigilado porque preside desde el fondo de su tienda una tertulia de abates que consultan su hora en relojes de Francia.

Y en los días del terror fernandino, los libreros españoles tienen su figura histórica, Antonio Miyar, cuyo nombre, como otros heroicos, está grabado en el martirologio de la libertad.

En el siglo XIX no se concibe ya Madrid sin la librería de Fe. Desde el romanticismo de 1840 hasta el naturalismo de fin de centuria, todo el esplendor literario ha tenido allí su amplia lucerna. Con el natural progreso de los tiempos es hoy en su casa de la Puerta del Sol la continuación de aquella de la Carrera de San Jerónimo, donde, en la reunión vespertina, Castelar discutía con Barbieri, tan grande bibliófilo como músico; Menéndez Pelayo saludaba a Galdós, y ante la acera, en su coche parado, recibía el homenaje de sus admiradores y de sus admiradoras D. Ramón de Campoamor.

Pero la librería de hoy sería el regocijo y el asombro de los hombres de antaño. Con las ediciones populares, el libro al alcance de todos, la librería abierta para que el ambiente de la calle penetre en ella, cuando no es ella la que invade la calle, y, en fin, la publicidad demostrando que el buen paño no se vende en el arca, sino que es preciso orearlo y lucirlo para que se conozca y se desee.

¡Libro! El es discreto. Guarda su ciencia para cuando al abrirle queremos interrogarle. No se enoja si le dejamos. Y está constantemente alerta para recibirnos, como tenían siempre encendida su lámpara las vírgenes prudentes, para esperar la llegada del esposo.

¡Libro! Compendio de lo más recio y noble de la Naturaleza. Su papel es la pulpa del árbol, sus caracteres vienen del mineral descuajado de las entrañas de la tierra. Su idea y su sentimiento arrancan del cerebro y del corazón del hombre. Tiene hojas como el árbol, del que ellas proceden, y es a la vez sementera y fruto. Su nacimiento ha significado dolor. Por eso es tan digno de ser comprendido. Por eso es tan digno de que le amemos.

PEDRO DE RÉPIDE

(*La Libertad*, de Madrid, 13 octubre 1929.)





## *El santo patrón de los bibliófilos*

**L**A *Pequeña Colección del Bibliófilo*, dirigida por D. Ramón Miquel y Planas, ha publicado recientemente el *Philobiblion*, de Ricardo de Bury. Este libro viene a ser como el Nuevo Testamento de los profesores y de los oblatos de la religión del libro. Es un bellissimo minúsculo volumen, estuche de oro y de marfil, regalo del tacto y caricia de los ojos. Harto se muestra en él el amor mimoso y minucioso del editor, para quien los libros son la mitad del alma. El culto humanista P. Tomás Viñas, escolapio, que tan elegantemente sabe forjar los metros horacianos y aprisionar el leve pie fugaz de las antiguas musas, ha vertido esta vez a un castellano cuidado y sabroso el latín ascético y un poco agreste del obispo de Durham. Y José Triadó ha ilustrado el libro con mano morosa y con la milagrosa paciencia de un iluminador medieval. Dice un proverbio árabe que frustra su destino sobre la tierra aquel hombre que, o no planta un árbol, o no engendra un hijo, o no escribe un libro. Es tan breve el tiempo que el corazón mortal puede medir con su latido, que, sintiéndose el hombre nacido para la supervivencia, es menester que del borde de las corrientes aguas que van al morir lance una flecha

hacia el futuro. En el hijo trasmite, avivada con su soplo, la lámpara de la vida; en el árbol da a las generaciones que han de venir fruto y sombra; pero la simiente más vivaz que el hombre puede dejar detrás de sí es la que fructifica entre la hoja perenne que la idea empapó en su celeste rocío. El libro fatiga los siglos. Si Cronos lo devora todo, el libro devora a Cronos. Es *cronófago*, para decirlo con la osada palabra de Saint-Beuve.

Nada hay tan dulce y tan sabroso como el comercio con estos devoradores del tiempo. Renán enamoróse de aquella fórmula de la vida, escondida y feliz, que dió Thomas de Kempis: *In angello cum libello*; en un pequeño rincón con un libro pequeño. Hay libros que tienen un extraño poder de pacificación. Erasmo decía de sí que salía de la lectura de los *Diálogos* ciceronianos con el alma aplacada. Y no era cosa baladí llevar la paz a las almas tremebundas del Renacimiento. A las páginas de estos libros hay que acercarse como a una comunión espiritual:

*Sunt certa piacula vitae quae te  
Ter pure lecto poterunt recreare libello.*

“Hay ciertos vicios de la vida—dice Horacio—por los cuales debemos expiación, que pueden redimirse con la trina lectura de un libro hecha con pureza de alma.” El poeta sentencioso habla de la lectura de estos libros consoladores como de un acto de religión o de liturgia.

La dulce Persuasión que Homero colocó entre los dioses, y que los romanos divinizaron con el nombre de Suadela, ha descendido del cielo y mora en la selva multifolia del libro, como en un santuario antiguo oculto entre las frondas de un bosque religioso. Más que la palabra alígera lanzada al viento, tiene larga eficacia persuasiva la elocuencia de la palabra escrita, que fluye abun-

dante y continua, a manera de las aguas del río bíblico de Siloe, que discurren en silencio.

Si los amadores del libro que en todos los tiempos han sido; si los que profesan el amor del libro a la manera que los claustrales profesan sus votos; si los que se han acogido a los silenciosos monasterios de Bibliofilia hubieran de elegir abad, con báculo y mitra, la elección recaería sobre Ricardo de Bury con unánime sufragio. Nadie como él amó el libro. Nadie como el canciller de Inglaterra llevó el amor al libro a tan desmesurado extremo. De otra suerte de amor, dijo Ramón Lull, que no tenía *manera* o moderación. Y dice el viejo proverbio catalán:

*Amor, quan desmesura  
semblant es d'oradura.*



El amor por el libro de Ricardo de Bury llegó a aquella desmesura que linda con la insania.

Antes del *Ceci tuéra cela*, antes de que enfrente de la Arquitectura gigantesca de Nuestra Señora de París, la Tipografía, recién inventada, pululara con el menudísimo hormiguero, y que lo Enorme, para decirlo con Verlaine, fuese vencido por lo Delicado, parece que el amor del libro tenía no sé qué de más tierno y más paternal que ahora que se difunde con tan hojosa exuberancia. En esta época vivió el autor del *Philobiblion*, que vale tanto como decir tratado del amor a los libros. Las dos únicas versiones que existen en lenguas ibéricas han salido de Cataluña. Pin y Soler lo romanzó en catalán. Y ahora un traductor y un editor catalanes lanzan la primera versión castellana. La orden de Bibliofilia tiene en Cataluña sus más fervorosos recoletos.

Ricardo de Aungerville nació en 1281, cerca de Bury St. Edmund, y murió en su sede episcopal de Durham

en 1345. Fué un santo confesor que edificó a su iglesia con la palabra y con el ejemplo. Así como había puesto al servicio de los libros su cargo áulico en la Corte de Eduardo III y las misiones diplomáticas que tuvo a bien confiarle, al servicio de los libros puso, al ser obispo, su sagrado carácter pastoral. Los amó con un amor temprano y casi diríamos ingénito. *Amables super amorem mulierum* fueron los libros para él. "El amor de los libros que nos viene de muy joven llega a producirnos una especie de lánguida voluptuosidad", confiesa el santo y timorato obispo. No está seguro de que su amor tan grande por las escrituras no le haya hecho cometer algún pecado venial, "aunque el objeto de nuestro amor fuese honesto y la intención recta y pura." De buen grado deja a otros obispos la gloria de las grandes construcciones arquitectónicas y de las ingentes catedrales que en aquellos siglos—como en los días primitivos en que la joven Geo paría monstruos y gigantes—la tierra cristianizada lanzaba al cielo el triunfo de las catedrales góticas con un ímpetu y exaltación de aleluya o de hosanna. El ha escogido para sí la gloria escondida y humilde de haberse empobrecido comprando libros, es decir, "arcas de Sabiduría en cuya comparación la plata es estimada como fango y el oro como arena menuda y escurridiza". A quienes le muerden con diente teoguino y le critican con acerbidad y no le absuelven de su incurable bibliofilia, que le arrastra como por la melena a la más temeraria emacidad, él les perdona su pasión por la agricultura, por el áspero deporte de la caza, por el ansia de beber vientos y de viajar; les perdona su impío amor por la guerra, ya que él se siente sojuzgado por la pasión de los libros, que es inocente y honesta; y en los libros halla solaz, reposo y dulcedumbre y motivos infinitos para mejor amar a Dios y reverenciarlo. Y fiel a sí mismo, Ricardo de Bury siente gravitar sobre su conciencia de pastor el deber de promover y suscitar en el clero enco-

mendado a su vigilancia y regimiento su entrañable y apostólica bibliofilia. Y para ello escribe su *Philobiblion* pastoral, que se sale de los límites de su jurisdicción prelatia y viene a ser como un documento papal *Urbi et Orbi*, para la Ciudad y para el Orbe, para los fieles de su diócesis de Durham y para los fieles de todos los siglos y de todo el mundo.

Con un no menor entusiasmo y trasporte con que invitaría un mistagogo a la celebración de sus ritos arcanos, Ricardo de Bury intenta comunicar a todos los que sus letras vieran el amor de los libros. Los libros no son para él cosa muerta, no son un puñado de hojas secas. Son un ramo de hojas vivas como las que produce y renueva todos los meses el árbol místico del Apocalipsis, plantado a la vera de las corrientes aguas. Para él son algo animado y tienen habla y tienen voz. Reunidos en los anaqueles hablan con muda facundia, como padres en concilio: Platón, el autor del "Logos", dialoga con San Juan, el evangelista del Verbo; Virgilio, profeta del orden de los siglos áureos, intima con San Pablo, predicador de la plenitud de los tiempos. Todos los libros, unidos en asamblea, increpan a los clérigos por el olvido en que los tienen y la soledad en que los dejan, y por la afrenta que les causan al desterrarlos de sus estancias para dar en ellas albergue a aquellos animales bípedos que han nombre de mujeres, con quienes un clérigo no debería jamás tener ninguna suerte de familiaridad y de quienes los bibliófilos huyen como de un áspid o de un basilisco, y al desahuciarlos de los armarios para meter en ellos cofias bien guarnecidas, piezas de brocado, sederías finas, vestidos y pieles, madejas de lino y de lana, mejunges y adobíos. Sobre los libros destruidos por la incuria, el obispo de Durham deshácese en voz de llanto y de gemido, con aquel alarido nocturno con que Raquel lloraba a sus hijos inconsoladamente porque ya no eran y sus lágrimas no los habían

de resucitar. El sacrificio de Ifigenia, la inmolación de Jefté, le parecen cosa baladí en comparación de los libros sacrificados. Su sed de libros es inextinguible; las muchas aguas no la apagarán, ni los ríos caudalosos habrían de darle saciedad. Para ponderar su bibliofilia no titubea en despojar de símbolos el libro de los libros y expoliar el tesoro del santuario. Considera como la edad más dichosa de su vida aquella edad en que, antes de que cargara sus hombros con la onerosa pesadumbre del episcopado, que es *culmen et onus*, por comisión del rey de Inglaterra podía visitar por dondequiera—como si fuéramos de caza por cerrados cotos—las librerías públicas o privadas, así laicas como eclesiásticas. Allí encontrábase a su sabor, como el químico en el secreto de su laboratorio. Allí encontraba a la vez medicina y tormento. Los libros le vulneraban y le curaban a la vez, como la lanza de Aquiles, que metía bálsamo en las heridas que abría. En París—paraíso del mundo—, sus brazos ávidos cargáronse de cosecha. A fin de que sea más copiosa las mies y la siega más áurea, requiere la ayuda de los frailes mendicantes, caballeros andantes de Dios, que recorren y miden el universo mundo con sus pasos infatigables. Con estos sabuesos sagaces no hay libro que se escape de su olfato ni que se redima de su afán de adquisición. “Los frailes mendicantes—dice—son las prósperas hormigas que lo acarrearán todo y son las abejas oficiosas que no tienen nunca suficiente carga para sus panales. Entraron en la viña del Señor a la hora undécima y ya han añadido más folios a los libros sagrados que todos los otros obreros juntos, que fueron al trabajo a la del alba...” No quiere que los libros adquiridos permanezcan ociosos y vírgenes de todo contacto humano. Quiere que sean tratados con mano diurna y con mano nocturna. Autoriza la lectura de las sagradas páginas con el ejemplo del eunuco de la reina de Etiopía, que leyendo consiguió las aguas del bautis-

mo y la admisión en la ciudadanía del reino de Dios. Estimula el fervor de los copistas para que sustituyan los libros que perezcan con los que salgan de sus manos, según aquel mandamiento del Eclesiástico: "No haya fin en la multiplicación de los libros." Hay que poner en lugar de los desaparecidos a los legítimos herederos, nacidos de ellos mismos, como dice también el Eclesiástico refiriéndose al justo que murió: "El padre es difunto ya, y nadie lo diría, porque dejó otro él mismo." Con la misma ternura y con la misma delicadeza con que son tratados los niños recién nacidos, *Parcendum teneris!*, deben ser tratados los libros, y deben ser reverenciados con el mismo respeto que las vestiduras litúrgicas y los vasos del altar. Jesucristo en persona dejó a los clérigos ejemplo de cómo los libros deben ser tratados, cuando al iniciar su divino ministerio y tomar en sus manos santas y venerables el volumen de Isaías, después de haberlo desplegado y leído, lo volvió a enrollar con cuidado sumo y lo entregó al ministro de la sinagoga. Y evoca las palabras solemnes y testamentarias de Moisés al entregar a los levitas el "Deuteronomio" acabado de escribir: "Tomad este libro y ponedlo a un lado del Arca de la Alianza del Señor Dios Nuestro." Y en el acto de fijar con un acto de suprema irrefragable voluntad todas sus otras voluntades cambiantes, establece el obispo de Durham que todos sus libros, tan sin número que ya no cabían en los estantes y casi lo desalojaban de su palacio, sean donados en limosna perpetua y en sufragio de su ánima y del ánima de sus padres, y del rey Eduardo III y de su mujer la reina Felipa, a los estudiantes de la Universidad de Oxford, convencido de que los libros que en vida atesoró tendrían un poder de muda exoración ante el acatamiento de Dios y de que, con voces imperceptibles y con gemidos inenarrables, le impetrarían su admisión en el reino de la luz. Allí, sus ojos ya inextinguibles, podrían perpetuamente leer en el apo-

calíptico Libro de los Siete Sellos, que sólo el Cordero puede abrir...

LORENZO RIBER

*"Roque Guinart"*

Artículo premiado en el concurso convocado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1928 para conmemorar la Fiesta del Libro.





## *El libro.*

### *Disculpas del desamor*

**E**L libro no llega a las manos de todos porque es caro, suelen decir los que no aman la lectura. Son injustos. Nunca han sido los libros tan baratos como ahora. Hay bibliotecas populares al alcance de todas las fortunas. Lo que sucede es que en el presupuesto familiar de cada uno no entra, como forzosa partida de gastos, el coste de la que podríamos llamar literatura doméstica, y cuando se gasta dinero en libros hay indefectible perturbación en la hacienda privada. Los libros deben ser una necesidad en los hogares. Reconocerla es señalar un lugar a su coste en la clasificación de los gastos. Negarla vale tanto como hacer profesión de filisteísmo (indiferencia ante la vibración de la vida mental, científica, artística, literaria, etc.). Preguntad a cualquiera que sepa leer y escribir por su minerva, si queréis vislumbrar la trayectoria de sus aficiones intelectivas. Apenas la descubriréis como no se trate de profesionales universitarios. Un profesor, un abogado, un médico, un matemático, un ingeniero, un escritor, un periodista no pueden dejar de sentir la atracción del libro, porque en él se dilata su personalidad. ¿Encontraréis entre los adscritos a los servicios burocráticos, públicos o particulares, que ya han constituido una casa, muchos a quienes

preocupe un testimonio nuevo de la intelectualidad de su país?

Es algunas veces el teatro lugar de fiestas de literatura. Cuenta con muchos aficionados. Los reclamos de Prensa, la crítica laudatoria, lo llenan muchas noches. En el orden financiero familiar no puede omitirse el dispendio que supone la compra de localidades. Las niñas y la señora estarían en ridículo si al ir de visita o al recibir las en su casa no supieran dar opinión sobre los últimos estrenos por no haber asistido al espectáculo.

Pero el libro suele rechazarse como un estorbo. Ocupa lugar. Si es viejo aparece como vehículo de bacterias. Puede ser causa de enfermedades infecciosas gravísimas. La señora cree que con el tomo que el marido compra se ha llevado a la casa un peligro. No puede convenirse de que el libro es el consuelo de nuestras aflicciones, el amigo y el confidente, una perspectiva, a nuestra disposición, del panorama de la existencia, donde la fantasía de los escritores puede colocar lo más halagüeño para los espíritus desolados. La amistad con el libro es más grata que la amistad con el hombre. Este hay que sufrírle muchas veces porque cansa y molesta. El libro te aconseja sin humillarte. El amigo te humilla cuando se convierte en tu consejero. La sociedad con los amigos sólo puede ser sociedad de iguales; la sociedad con los libros te remonta a un plano de la elevación que apetezcas. En sus estantes están tal vez aprisionadas las almas de los sabios de todos los tiempos y de todos los países. Hablan al imperio de tu voluntad. Puedes oír las palabras de los santos y de los herejes, de los tiranos y de los siervos, de los genios y de los conformistas, de los que han creado seres que no han de morir nunca, de los que han concebido ideas que llevan consigo la perdurabilidad, de los que han dicho lo que vieron después de ver lo que no vió ninguno de los hombres que les precedieron en la vida. Si eres un lector ardoroso puedes vivir

en todos los tiempos, escuchar la voz de todas las sociedades, oír la palabra que ha seducido a la humanidad en los distintos periodos de su historia. No creas que hablas con muertos. El hombre sólo es por lo que piensa. Su organismo nada valdría si no fuese como lámpara en que arde la luz de la razón. Lo que desaparece del hombre, lo que es forzosamente mortal, no le pertenece; lo lleva de prestado. Lo que es suyo, propio, eso no se lo arrebatara nadie, porque consiste en ese conjunto de partículas luminosas que se condensan en los conceptos, forman ideas y vuelan al infinito con las alas de la inmortalidad.

Hay libros que son medicina del alma, porque la libran del tedio y despiertan en nosotros el amor a la vida. ¿No los habéis apretado algunas veces sobre vuestro corazón como si fuesen amigos leales que no pueden traicionaros? ¿No habéis acariciado con vuestras manos sus lindas cubiertas y su papel suave como si fuesen la epidermis de una mujer amada? ¿No habéis sentido latir en su seno inexplorado las puras linfas secretas prontas a romperse en forma de manantial? Los libros grandes son las hornacinas de sus autores, en las que parece que se presentan a nuestra veneración. Llamo grandes a los libros, antorchas que sabemos que no han de extinguirse nunca, porque no hay generación que no avive su llama para que siga resplandeciente al advenimiento de las nuevas generaciones.

Explicad todo esto a la señora enemiga del libro. ¿La convertiréis al amor que merece como mensaje de un alma selecta? ¿La convenceréis algún día de que cada instante que pasa deja en el libro inmortal una gota de bálsamo, un átomo de perfume, como ofrenda del tiempo a lo que no debe morir? Los libros no son caros. Dejemos de buscar esa disculpa a nuestra pereza y a nuestra tacañería. Son más caras las corridas de toros y las funciones teatrales, y asistimos a ellas. No los amamos,

quizá porque en años muy distantes se impuso alguno de ellos a nuestra atención como el grillete al pie del condenado; porque fueron para nosotros alguna vez instrumentos de tortura como un amor a la fuerza; porque no hemos querido nunca descubrir su misterio y no los hemos conocido. Si son el consuelo de nuestras aficciones, el incentivo de nuestra voluntad, la copa en que bebemos la sabiduría, los santuarios que conservan las almas de los muertos que no pueden morir, ¿cómo os atrevéis a hablar de su encarecimiento? El incurable desamor es lo que nos aleja del libro. Ni como dádiva de la generosidad le profesamos la estimación merecida.

JOSÉ ROCAMORA

(*Heraldo de Madrid*, 14 de octubre de 1927.)





## Los libros

**E**L libro es el palacio del espíritu. Abrir sus hojas es levantar las tapas de los cofres de Darío. Una nueva riqueza llega a nosotros e hincha nuestro espíritu de sugerencias maravillosas. El libro es el alivio de nuestra congoja, el agujiamiento de nuestro espíritu, el acicate de nuestros sentidos, el aldabonazo dado a nuestra sensibilidad para que despierte, el archivo de las grandes acciones, la pincelada fisionómica de los hombres extraordinarios, la áurea vasija donde la Humanidad vuelca sus grandes y eternas ideas.

En el tomo—grande o pequeño—están encerradas una porción de aventuras espirituales. Aquí, en sus páginas, duermen las mariposas inmortales del ideal, el enjambre magnífico que llena de oro nuestra fantasía, la llave que abre todos los caminos del ensueño.

En los subterráneos de nuestra conciencia duermen muchos deseos humanos y justos que son descubiertos por el milagro de la palabra escrita. “¡Adsum!” Aquí estoy, dice el espíritu, y la llama viva de otra alma prende en nuestra hojarasca y se enciende una espléndida hoguera. ¿Quién descubrió en nuestro glorioso abuelo Don Quijote las raíces profundísimas de su heroicidad? Los libros. ¿Quién hizo caballero andante de la cristiandad, y quién curtió el espíritu recio, y le abrió el camino de la santidad a nuestro Iñigo de Loyola? Los libros.

¿Quién levantó del suelo y lo elevó a la cumbre de la gloria imperecedera al cazador furtivo de Stratford, Shakespeare? ¿Quién elevó a las altísimas especulaciones espirituales al simplísimo Juan de la Cruz, que llevaba en su zurrón por todo ajuar los *Evangelios*? ¿Por qué conocemos las gestas magníficas de los grandes capitanes, las vidas luminosas de los sabios, los misteriosos secretos de la Naturaleza, los insondables abismos del espíritu, el genio y el valor de nuestros antepasados? ¿Quién hizo a Teresa de Jesús, una mujercita tímida y endeble, levantarse sin pihuelas hasta las altas cimas de la inmortalidad? Los libros.

Los libros son lo más grande y lo más noble porque encierran el espíritu, que es la divinidad. Por ellos podemos sostener, a través de los siglos, un diálogo eterno con los grandes hombres, evocar los fantasmas de otras épocas, sentir revolotear junto a nosotros las criaturas creadas por la fantasía. De niños encontramos en sus páginas las hadas del bosque; sentimos crujir las hojas al paso de los gnomos; vemos la mansión magnífica donde el ogro guarda a la princesa, y saludamos, regocijados, los buenos gigantes que vigilan nuestros sueños. De jóvenes, abren nuestro corazón a todos los heroísmos y al amor, a la ternura y a las grandes y gloriosas empresas. De viejos, los libros son como brazos amorosos que nos sostienen, y nos hacen olvidar nuestros achaques, nuestros pesares y nuestras angustias. El libro hará del cobarde, un héroe; del pastor, un vidente o iluminado; del grosero, un hombre delicado y amable; al cruel lo convertirá en blando y dulce; al rufián, en caballero, y al sensual, en mártir.

Caen los pueblos, fenecen los hombres, y se pierden en el polvo de los siglos generaciones de criaturas. La máquina implacable del tiempo va moliendo, como la rueda de un molino gigantesco, las civilizaciones. ¿Quién

hará desfilár por nuestros ojos las magnificencias de Darío, la gloria militar de Alejandro, la virtud y entereza de Catón, la palabra encendida de Demóstenes, el gesto, el verbo, las facecias y elocuencia de Cicerón, las trifulcas del ágora y del foro, el limpio linaje de los Gracos y las heces de la Roma decadente? Los libros.

¿Queremos reconstruir la Grecia de los tiempos heroicos? Ahí están los poemas de Homero. ¿Queremos oír las súplicas de los senadores romanos en días turbulentos, los gritos de los tribunos de la plebe y las pisadas amenazadoras de los soldados de Tigelino? ¿Queremos saber la grandeza de corazón de Cornelia, la fortaleza de Porcia, la impureza de Lamia, y la agudeza, coquetería y liviandad de Cleopatra? Ahí están los libros de Plutarco.

La fisonomía de la Edad Media, sus luchas, sus inquietudes, sus miserias y grandezas ¿no están en las páginas del Dante? El espíritu paradójico, atormentado, inquieto y vacilante de nuestro tiempo, ¿no está en Shakespeare? ¿Queremos conocer a nuestro pueblo, sus frailes, sus caballeros, sus curiales, sus aldeanos, sus príncipes, sus magnates, sus mozas de mesón y de partido, sus truhanes, sus hidalgos de gotera, sus fanfarrones, sus damas arriscadas y melindrosas?

El Arcipreste de Hita nos dará su profundo conocimiento del hombre y de su tiempo; Rojas nos asombrará con su ciencia y su perspicacia; Tirso nos ofrecerá en sus libros sus villanas sagaces y desenvueltas; Guillén de Castro, sus dulces y suaves diálogos; Lope removerá todo un mundo poético, deslumbrándonos con el torrente de su genio inagotable. Calderón, con su estilo patético, sublimará las pasiones alumbrando el caos, para ofrecernos tipos de una extraordinaria grandeza, y Cervantes hará la historia de un pueblo y la apoteosis de una raza, burgando en los estratos más profundos de nuestra na-

turalaleza, para darnos, en Quijote y Sancho—sus dos tipos inmortales—el arquetipo del hombre.

¿Quién podrá luchar con el Tiempo? Cuenta una vieja leyenda escandinava, que al enterarse el gigante Thor de que había en el mundo un sitio llamado Utgard, poblado por los gigantes Joetuns, quiso medir con ellos su fuerza, y allá fué Thor dispuesto a vencerlos. Y con la pesada y formidable maza al hombro llegó a Utgard. Los gigantazos, al ver a Thor, lo miraron desdeñosamente y le preguntaron:

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Quiero pelearme con vosotros—gritó Thor, apretando la maza hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

Rieron los Joetuns haciendo un ruido de tormenta.

—¡Bah, es un fanfarrón!

Thor, furioso, quiso descargar un golpe; pero uno de los Joetuns lo paró con un dedo.

—Si quieres quedarte con nosotros, tenemos que someterte a una prueba.

—¿Cuál?

—Toma.

Y le dieron a Thor un enorme cuerno lleno de agua.

—Si lo apuras, eres de los nuestros.

Thor se lo tiró a pechos, y no lo pudo mermar ni un dedo.

—¡Vaya, hombre, vaya! ¿Y tú eres un gigante?

Rugió Thor. Sus ojos enormes eran dos agujeros de fragua.

Los Joetuns quisieron someterlo a otra prueba.

—Aquí tienes una vieja que quiere luchar contigo.

Cayó Thor como una tromba sobre la endeble valedudinaria. Su maza golpeó una, dos, diez veces la frente de la viejecita, que sonreía sin inmutarse. Thor, vencido, avergonzado, tiró el artilugio y dejó caer los brazos con

desaliento. Los gigantes de Utgard le dieron unas palmaditas y lo despidieron cariñosamente:

—Has quedado vencido—le dijeron—; pero no te avergüences. El cuerno que quisiste apurar de un sorbo es el mar, ¿y quién podrá beber lo insondable? Por lo que hace a la vieja esa, era el Tiempo, ¿y hay alguien capaz de vencer al Tiempo?

.....

Sí, hay alguien capaz de vencer al tiempo. Los libros.

La llama del espíritu inmortal que arde en ellos vence al Tiempo inexorable. Se hunde Grecia y quedan libros de Platón, de Sófocles y Eurípides; cae Roma y quedan Horacio, Séneca, Cicerón y Plinio; desaparece el pueblo judío y queda el libro, que es la voz del mundo: la Biblia; los siglos tenebrosos del feudalismo nos dejan su palabra en el libro de *Los ejemplos*, del conde de Lucanor; en el *Libro del Buen Amor*, del Arcipreste de Hita, y en *La Celestina*, de Rojas, y en *Mío Cid*. Por los libros penetramos en el fondo y esencia de las cosas; ellos limpian nuestra alma de tinieblas y nos llevan a la mansión de la luz. Los libros son el ritmo, la heroicidad, la paciencia en los trabajos, el amor, la dulzura, la sinceridad, la coherencia, un mundo nuevo sacado del caos por la mano del hombre. Ellos, por último nos acercan a la divinidad, porque donde está la palabra escrita, allí está el dedo de Dios.

JULIO ROMANO

Artículo premiado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1927, en el concurso celebrado con ocasión de la Fiesta del Libro.





## Soneto

Hablar de amor al libro, y en la mente  
no evocar a Menéndez y Pelayo,  
fuera cantar el esplendor del Mayo  
olvidando su flor más excelente.

Mas tú en tus Aforismos (\*), breve ensayo  
digno en manos de andar de sabia gente,  
nos muestras al polígrafo eminente,  
rey del libro, en su culto sin desmayo.

Si cual él su caudal—desde su infancia  
profética—el hispano se gastara,  
lo que en mil fruslerías, en lectura,

en España, vencida la ignorancia,  
la afición a los libros prosperara  
y al cenit se elevara la Cultura.

ANTONIO RUBIO Y LLUCH

---

(\*) "Del amor al Libro". Aforismos rimados por don Luis Carlos Viada y Lluch. Barcelona, 1927, en 8.<sup>o</sup> (apaisado). Imp. Miquel-Rius.





## *Sobre el amor al libro*

AL cumplirse el aniversario de la subida al Poder del actual Gobierno francés, los ministros que lo componen han dedicado un homenaje a su presidente, M. Poincaré. Y el homenaje ha consistido, sencillamente, en una comida de camaradería y en el regalo de un libro, una novela de Robert de Flers, en cuya anteportada han estampado sus firmas, al pie de una dedicatoria muy expresiva, los ministros de Francia. Y nada más.

Es decir, que no ha habido espectáculo ni fiesta, ni empaque, ni placas, ni discursos, ni bandas; el acto ha transcurrido dentro de la más ática sencillez, propia, por otra parte, de un puñado de hombres que constituyen la flor de la política francesa. Y como en Francia no es obstáculo al ejercicio de la política la condición de intelectual, no será exagerado decir que esa flor es también la de la intelectualidad francesa.

La sencillez del acto contrasta con su importancia. Porque ese aniversario marca un período trascendental en la vida de la nación. Basta recordar cómo estaba Francia hace un año, al encargarse del Poder el Gabinete actual, y ver cómo se encuentra ahora; qué confianza inspiraba a la economía francesa, y la que ahora inspira. Las victorias de este Gabinete son tantas en lo interior

y en el exterior como han sido sus batallas, y sus batallas han sido constantes.

Y la conmemoración ha consistido en el regalo de un libro curioso, de una novela. M. Poincaré, al volver a su casa con el precioso libro (desde aquel momento un libro histórico), ha podido pensar que llevaba en las manos el corazón de Francia, la prueba de la gratitud de una nación grande y poderosa, y de la admiración general por su sabiduría y su patriotismo. ¿Podía escogerse un símbolo mejor en una nación como Francia? Libro puesto por encima del oro y de los brillantes, de las placas y los pergaminos, de las condecoraciones y los títulos. Un pueblo capaz de comprender la gran significación del acto del Gobierno francés al conmemorar de este sencillo y ático modo su primer aniversario, es digno de ser el primero entre los pueblos de la tierra.

Y los ministros franceses han llevado hasta la última consecuencia la espiritualidad de su acto. Han regalado un libro a M. Poincaré; pero no han ido a buscar el libro útil ni la obra monumental y ostentosa, ni la riqueza; sólo, por una parte, una cierta curiosidad bibliográfica, y, por otra, lo más alado, lo más ingrátido, es decir, una novela de Robert de Flers.

\* \* \*

Bien hace Francia en honrar de ese modo al Libro. Por su culto al Libro, su lengua es todavía la lengua adoptiva del mundo, y Francia, que no ha criado a sus pechos otras naciones, es, sin embargo, por el libro la nutriz de la inteligencia universal. Por su amor al Libro, no sólo ha llevado su espíritu a todas las naciones, sino que de todas ellas ha recogido el espíritu. Tanto ha dado de su alma y su cultura, como ha sabido recoger de las culturas ajenas, y su libro no ha sido solamente el libro del poeta, del historiador, del filósofo, del novelista y del político francés, sino del poeta, del historiador, del

filósofo, del novelista y del político del mundo. El Libro francés ha traducido todos los grandes Libros del mundo, y por eso ha sido el Libro universal.

El camino que nos falta recorrer a nosotros para que nuestros homenajes públicos logren alcanzar una espiritualidad y una sencillez parecidas a las del homenaje dedicado a monsieur Poincaré por sus compañeros de Gabinete, es el mismo camino que le falta recorrer al Libro español. Hasta que no lo pongamos por encima de los ramos de flores y las pulseras, las placas y los solitarios, las bandas y los discursos, no podemos pensar en que figure dignamente junto a los Libros de los grandes pueblos donde se ama y se reverencia al Libro, como en Francia, en Inglaterra, en Alemania, donde una joven recibe por regalo de Navidad de su novio un libro con el alborozo con que aquí recibe una alhaja.

El amor que debemos al Libro en España debería ser tan grande como en esas naciones que nos aventajan precisamente en el amor a nuestros propios libros, porque si todavía somos algo en el concierto de las naciones lo debemos primeramente a la lengua formada por los libros y a aquellos libros escritos en esa lengua que ha sido pasmo del mundo.

JUAN RUIZ Y PABLO

Artículo premiado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1927, en el concurso celebrado con ocasión de la Fiesta del Libro.







## *El caballero del libro en la mano*

**E**N aquel hombre todo se manifestaba para definir su estampa física: sus gestos, sus actitudes, su idiosincrasia, hasta su manera de andar. Le rebosaba el alma por los ojos.

Quien, como aquel hombre, saciaba todas sus apencias, buscando en la letra impresa ese manjar, para tantos desconocido, que llena el alma de soles y ensancha el entendimiento; quien como aquel hombre tenía el "vicio" de la lectura, como un refinamiento espiritual, y a todas horas se le veía con el libro en la mano, el nuevo libro de cada día—como el pan nuestro—, devorando sus páginas, lo que se dice "tragándose el libro", debía ser, por fuerza, un ente cuya salud del alma le robustecía aquel cuerpecillo desmedrado, aquella figurita de hombre indiferente por todo lo que le rodeaba, aquel espíritu tan dentro de sí que se mostraba sordo y ciego al mundo en que vivía.

Era frecuente sorprenderle en lo más apartado de los parques, en el banco más desvencijado, lejos del mundo material, los bolsillos colmados de periódicos, con los ojos vagos, el libro cerrado entre sus manos, como la presa que se retiene con avaricia. Diríase que aquel hom-

bre retenía el libro a las miradas de los transeúntes, no fiándose de la mirada inquisitiva que le pudiera hurtar aquel tesoro que era suyo.

Y se le percibía como el rumiador de pensamientos, los que había captado a aquel panal del libro, como el niño que paladea un confite.

Todos los días, aquel hombre se situaba frente a los escaparates de libros y se extasiaba ante ellos, clavando las agudas miradas en los títulos, embriagándose los ojos de azul empapados en el paisaje de la tricromías de las portadas, recitando, con el fervor de una letanía, los títulos más eufónicos, los nombres de los autores más gloriosos, la casa editorial de más acreditado gusto para presentar aquella mercancía, que era el mejor manjar para paladares refinados.

La casa de aquel hombre era una pieza modesta, pero ricamente abastecida de libros de todas clases, que mostraban sus lomos en compacta hilera, llenando las paredes de la habitación, hasta tocar el cielo del techo.

Una mecedora, junto a un ventanal que daba a un jardín, acogía a aquel hombre, y como le hundía el cuerpecillo desmedrado, le agigantaba el espíritu. Allí pasaba muchas horas, sin que el dragón que llevamos en el estómago le acometiera. Se decía él que le alimentaban sus libros; y era que su delectación por la lectura le alejaba tanto de la hora del yantar que, muchas veces, dejaba pasar esa hora. Y decía:

—Esta mañana almorcé opíparamente. Me tragué un volumen de trescientas páginas. ¡Y qué bien me ha sentado!

Aquel hombre no existía para nadie. Sus relaciones sociales se limitaban a las que forzosamente tenía que establecer en la mesa, en el café. Su familia comenzaba y terminaba en él. Su mundo real era el mundo ideal que le fabricaba la fábula, la trama de bellos ensueños o el bagaje de pensamientos que le brindaba el buen libro, en

cuyas redes vivía preso y a placer, desde sus tiernos años.

Lo que otros niños gastan en golosinas, él lo empleó en romances de ciego, en cuentos infantiles. Más tarde, cuando las aulas se le abrieron, fué un gran estudiante que aprende por saber. No le inquietó el destino, ni la gloria, ni los honores. Era el periodista anónimo que dejaba en las cuartillas, diariamente, lo más puro de su alma y dedicaba su actividad a aprender siempre. Decía que no pasaba de estudiante quien llevaba cincuenta años de vivir entregado a los libros.

Se contaban de él anécdotas curiosas. La de aquella mañana que conversaba con su predilecto amigo, el librero, y reparó en el muchacho tímido que entró en la tienda, pidió el libro que más había herido su sensibilidad, y cuando creía más suya la mercancía que acariciaba entre sus manos, se avergonzó de que le faltaba dinero para pagar el libro de sus sueños. Entonces, aquel hombre pagó el volumen, y aún le regaló al mozalbete para confites. ¡Cómo gozó por el bien espiritual que acababa de hacer!

Le complacía saciar el hambre de saber, que es mucho más devoradora que la del estómago. En vez de monedas, daba limosna de libros. Estaba en contacto con las escuelas más conscientes de su deber y a los niños más aventajados les ofrecía el premio del libro.

Para aquel hombre fué como una derrota, el día que sorprendió a un hombre joven, fuerte, de toscas maneras, que escuchaba con emoción la lectura de una novela. Fué en una biblioteca pública. Y supo que aquel mozalbete era un analfabeto. A las preguntas que le hizo, el zafio se avergonzó de no saber leer ni escribir. Y el caballero del libro en la mano, desde aquel día, le protegió, poniéndole un maestro.

¡Cómo perdonaría aquel hombre, que tenía el oficio de escritor, al amigo a quien dedicó fervorosamente un libro y encontró el volumen en un puesto de viejo, sin

cortar sus páginas! Pensó que aquel ultraje no era al amigo de las ideas, de los sentimientos del autor; que era como rechazar la sangre vertida por un ideal, en honor de aquel amigo, por aquellas páginas que, como banderas, se alzaban en la cima de su corazón.

Un día, este hombre murió. La Prensa le dedicó unas líneas. Su cuerpo fué arrojado a la fosa común. Y dejó por herencia una cosa inmaterial que no se paga con oro y que ella misma se recompensa; dejó la mejor y más provechosa siembra: el amor al libro.

JUAN SOCA

Artículo premiado por la Cámara Oficial del Libro de Madrid en 1930, en el concurso celebrado con ocasión de la Fiesta del Libro.





## *El libro roto*

PROEMIO

**A**MABA yo con pasión aquel libro. Parecía un breviario. Sus pastas eran de fina piel; sus páginas, de pergamino. Estaba apostillado, y cada frase escrita al margen era una idea captada para mi tesoro espiritual. ¡Le debía muchas horas de quietud, de serenidad interior, de suave consuelo contra las argucias pasionales de los hombres! El autor, Cicerón; la obra, "Las paradojas".

Al llegar a casa hoy he sufrido una dolorosa sorpresa. Mi libro, bien amado, yacía en el suelo, roto. Desgarrada su piel, tan amiga de mis dedos; dispersas algunas hojas por el suelo, arrancadas con saña del cuerpo pequeño que formaba su encuadernación; pintarrajeadas las más con los trazos gruesos de un lápiz azul.

Indago, con voz trémula, el origen de este bárbaro destrozo. Comparecen a mi llamada los familiares. Me encuentran consternado, temblón, lleno de una santa ira. Interrogo, inquiere, pido detalles. Por fin, el que ha cometido este crimen bibliográfico se echa a llorar...

Ha sido Carlitos, cuyos seis años están llenos de ignorancia. Me resigno, no sin antes decir unas palabras de protesta para que las oigan los demás. Beso al inconsciente y pequeño criminal, que, ante mi ternura, se arrepiente.

Pero la emoción del episodio, que ha truncado mi serenidad interior, me obliga imperativamente a coger la pluma y expresar el inmenso cariño que siento por mis silenciosos amigos, los libros. En la gran armonía de mi biblioteca—mundo de ideas y de sentimientos—un astro se ha desplazado.

Como esas estrellas que en las apacibles noches estivales caen en el vacío dejando tras sí una estela luminosa.

El libro roto, inútil, dejó una huella de luz en mi espíritu sediento de sabiduría.

#### DESAGRAVIO AL LIBRO ROTO

Un libro tiene alma. Reflejo del alma del autor. Su luz—que sale de los potentes reflectores del sentimiento—se filtra por los intersticios de las letras impresas para iluminar al intelecto de los lectores. Maestro y amigo. Simiente fecunda que puebla de frutos ubérrimos los campos de la inteligencia. Captador de la verdad en los horizontes de la ciencia, del arte y de la literatura.

Mientras existan libros, ¿puede el hombre bostezar? A los cerebros sometidos a la rígida disciplina del estudio, los libros irán saciando aquella curiosidad mental de que nos habló Anatole France; a los que sólo desean distraer las horas de sus ocios, pueden contemplar en el amplio panorama de la novela la divertida o la triste comedia humana de las pasiones; los que se afanan por conocer la evolución del progreso y el valor del pasado, con sus tradiciones y enseñanzas, la Historia colmará su afán, y los que sienten la inquietud de ahondar en el misterio del alma o en la esencia de la verdad, en la filosofía encontrarán una ruta de posibilidades dialécticas...

Nada se oculta a la investigación del hombre. Todos los secretos que guarda la Naturaleza en su seno, al ser descubiertos, se plasman en la eternidad de un libro.

El libro habla y no se le oye. Y, sin embargo, el eco de su voz—como el de las hondas hertzianas—llega al auricular de nuestro espíritu, que lo recoge y lo esparce con el ademán rítmico y solemne del sembrador...

Si queréis sonreír—la sonrisa del hombre culto es comprensión de todas las cosas—, abrid el "Quijote" por cualquiera de sus páginas. Ironía, humorismo, idealidad.

Si queréis emocionaros, seguid la marcha de los acontecimientos en las tragedias de Shakespeare. Veréis desfilar los siete pecados capitales con la belleza del arte griego.

Si queréis recoger el espíritu y el paisaje de los países lejanos—delicia de ver y andar—, leed a Loti, a Gómez Carrillo, a nuestro García Sanchiz. Orgía de colores, ortos y crepúsculos maravillosos, encanto de aventuras insospechadas...

Si queréis poseer un alma delicada y sensible, entregaos en brazos del venerable Hugo. Victoria magnífica del bien, depuración del sentimiento, bellas utopías románticas.

Si queréis odiar la guerra, leed a Barbusse, a Remarque, a Glaeser. Visiones dantescas, exaltación de la fraternidad, poema del dolor de morir sin saber por qué...

No hay un espectáculo más interesante que el que nos ofrecen las páginas de un libro.

En las horas amargas de la desgracia, en los momentos desfallecientes de melancolía, en los negros instantes del fracaso, un libro escogido, favorito, nos devolverá nuestro dinamismo espiritual.

Su fuerza, siendo tan fágiles sus hojas, es superior a la de las más potentes máquinas. Fortalece las almas.

El Mundo tiene una conciencia, que se ha formado con el áureo tesoro que guardaron las bibliotecas de todos los tiempos.

Los libros nos enseñan a amar lo bello inteligentemente.

Y son—así debemos creerlo—el formidable dique que se opondrá, con su ejército de ideas, a la guerra del porvenir.

\* \* \*

Para la juventud actual, los libros deben ser como faros luminosos que marquen una ruta. Orientación hacia la cultura, que crea las fuertes individualidades.

El joven que no ama a los libros, cierra los ojos al porvenir. Convierte en yermo su jardín interior. Se vuelve de espaldas al presente y al futuro de España, y niega su cooperación a la obra común.

Los libros irán formando poco a poco su experiencia. No pedimos una pasión bibliófila. Sí un deseo de saber, de inquirir, de analizar, compatible con los deportes, con el amor, con la alegría jocunda de los que viven la época primaveral de su existencia.

\* \* \*

Se ha dicho muchas veces que la sabiduría hace triste al hombre. No es cierto. Leer sin disciplina puede convertir una inteligencia en torre de Babel, en la que la turbia incomprensión haga estéril el esfuerzo. Hay que seguir un camino recto. Es preciso una sobriedad llena de eficacia. La gula es perjudicial en todos los aspectos. Antes de digerir hay que saber comer.

En los banquetes de la inteligencia no se puede abusar de los manjares indigestos. Por ejemplo: la filosofía sienta bien en la madurez. La novela, con sus atisbos psicológicos y su estudio de las costumbres, puede ser una iniciación agradable en la pasión por las lecturas.

Cada libro que un joven lee es una revelación. La primera de todas debe ser el *Quijote*. Las andanzas de Alonso Quijano—idealismo—y las sentencias de San-

cho—sentido práctico—divierten a los veinte años, enseñan a los cuarenta y consuelan, frente a las sigilosas pisadas de la Pálida, de todos los escepticismos y desengaños recibidos.

Los libros son una guía de caminantes. ¿Y qué es la vida sino un camino? Al iniciar el viaje, los jóvenes deben ir acompañados siempre del hermano libro.

¡Desgranemos el collar de algunas horas cotidianamente leyendo un libro, abiertas las ventanas del espíritu, para que entren las alondras de las ideas!

\* \* \*

No temamos al fracaso. Los libros nos salvarán restituyéndonos el optimismo. Ellos son los grandes creadores de la voluntad, del amor y de los ideales.

¿Habéis observado que los viejos no leen? Es porque su alma es un inmenso, un hermoso libro, donde crecieron las flores del Mal y del Bien. Serenidad ante todos los espectáculos de la pasión. Fortaleza. Y un gesto de resignación al saltar en el instante supremo sobre la barca de Caronte, que boga por la laguna en busca de la orilla ignota... ¡El último libro que no tiene capítulo final! Eternidad...

LÁZARO SOMOZA SILVA

Artículo premiado por la Cámara oficial del Libro de Madrid en 1930 en el concurso celebrado con ocasión de la Fiesta del Libro.







## *El autor a su libro*

(SONETO)

¡Oh libro! ¡Oh libro mío! ¡Breve suma  
de cuanto al caso hallé en graves autores!  
¡Panal que fabriqué con los dulzores  
de tanto infolio que mi hogar perfuma!

¡Jarrón por cuyos poros se rezuma  
la esencia de los férvidos loores  
que otros vates, ¡oh, amor de mis amores!,  
te han dicho con mejores estro y pluma.

¡Oh libro! ¡Ave pintada! Surge, vuela  
al taller, a la fábrica, a la escuela,  
al tugurio, al palacio, al caserío,

a la urbe. A quienquier que te acogiere  
benévolo, o curioso te leyere,  
contáguale mi amor, ¡oh libro mío!

LUIS CARLOS VIADA Y LLUCH

(“Del amor al Libro”. Aforismos rimados. Barcelona,  
1927, en 8.º (apaisado). Imp. Miquel-Rius.)





## *Culto y superstición del libro*

**E**s curioso que la palabra inspirada de la Religión por excelencia se designe sencillamente con el nombre de *Biblia* o *Libro*, libro que se abre con las misteriosas evocaciones del llamado *Génesis* del mundo y se cierra con las imponentes perspectivas del *Apocalipsis*, a cuyas palabras no es dado añadir ni quitar cosa alguna sin exponerse a ser borrado del *Libro de la Vida*, tras el riguroso proceso que nos anuncian las temerosas estrofas del *Dies irae* en su alusión al Libro del Juicio final:

Liber scriptus proferetur  
in quo totum continetur  
unde mundus judicetur...

La tendencia de las grandes religiones a cristalizar en Libros sagrados corre parejas con el carácter cuasi religioso que fácilmente adquieren los libros aun profanos. Si la Religión, en efecto, trata de dar la posible solución a los grandes enigmas de la vida humana, ¿no es un libro el símbolo acabado de todo misterio, con el doble arcano de sus signos literales y de sus páginas yuxtapuestas, a través de las cuales, no obstante, circula periódicamente la lumbré espiritual proyectada por la chispa fecunda del autor que lo concibiera o del lector que lo asimila?

De ahí, sin duda, la propensión a hacer del libro un objeto de religioso culto, que tiene su contrapartida en la

deformación supersticiosa de que, con no menor frecuencia, lo hacemos víctima.

Culto y bien legítimo rendimos al libro en su inestimable función de aprisionar y fijar el humano pensamiento, sustrayéndolo a los eclipses de la memoria, a la irremediable limitación de la palabra humana. Archivo de la cultura para el individuo que lo engendra, es el libro vehículo callado, pero tenaz de la misma, en la amplia órbita del medio social presente y futuro, con la perspectiva sin fin que a su irradiación ofrece el maravilloso progreso de las artes gráficas. Todo cuanto en este sentido se haga y se diga para enaltecer el valor cultural del libro, será pálido ante el incalculable exponente de su eficacia. De ahí también el cariño que instintivamente otorgamos a nuestros libros, no sólo en razón de su valor espiritual, sino también de sus condiciones materiales—papel, tipografía, encuadernación—, que cuidamos con el arte más esmerado y consignamos con fruición en nuestros Registros bibliográficos.

Pero ya aquí linda el culto con la superstición, la "bibliofilia" con la "bibliomanía", en la extrema tendencia a cifrar el valor de un libro en su condición de "raro" o "curioso", no tanto por los vuelos de su espiritualidad cuanto por lo peregrino de sus características editoriales. Es el caso del catador que juzga de las excelencias del mosto por las filigranas del envase. Algo también por el estilo—siguiendo el hilo de las supersticiones—de lo que ocurre en el alma del primitivo cuando, olvidadiza del eminente rango que para el Autor de la Naturaleza reclama la recta razón, lo encarna lamentablemente en el idolillo salido de sus propias manos.

A esta idolatría libresca se añade también, como aberración supersticiosa, la exorbitante apreciación de su propia espiritualidad.

Limitárase aquélla a ver en cada libro la expresión acabada del pensamiento de su autor, y aun en este orden

habrían de hacerse fuertes reservas. Y no me refiero precisamente en ellas al hecho trivial de que un hombre escriba lo que no siente, o sienta lo que no escribe; ni siquiera a las vicisitudes tantas veces inéditas de las convicciones de un escritor, que raros son los que al fin de su vida se sienten con fuerzas para dedicar un volumen a la "Retractación" o revisión de los anteriores, con que humildemente clausurara la suya el Aguila de Hipona. Me refiero, sobre todo, a ese semiconsciente desdoblamiento de la humana personalidad en un "yo superficial" y otro "yo más profundo", o en un "yo individual" y otro "yo social", que la moderna ciencia del espíritu pone tan de manifiesto, y según el cual procedería no pocas veces atribuir el contenido de nuestros libros, más que a una sentida convicción personal, a la menguada sugestión de un convencionalismo impuesto por el ambiente, cuando no adulterado por el interés...

Aun con tales salvedades, el libro es, sin duda, un instrumento precioso de penetración en la vida interior de su autor. Pero ¿es algo más? Seguramente que sí. Y no es quizá ocioso subrayarlo en una época harto indiferente al sesgo de las orientaciones doctrinales, y demasiado propicia a cifrar en la mera familiaridad con el alfabeto la ejecutoria inequívoca de la cultura. Porque si todo libro, como producto de nuestro espíritu, encierra un indudable interés humano, sobre este interés se halla el valor doctrinal que cada uno de nosotros persigue insaciablemente al producirlo, y cuya medida se halla en su aproximación o alejamiento del prototipo ideal de Verdad, de Belleza y de Bondad, tan imperfectamente realizado en los seres de la creación, y que sólo logra su plenitud en aquel Verbo divino que, en expresión del apóstol San Juan, "ilumina a todo hombre que viene a este mundo"...

Pero de este legítimo aunque limitado culto doctrinal a que, como chispa prendida de la divina Lumbre, se hace acreedor todo libro honrado, ¡cuán fácilmente se desvía

el hombre hacia la superstición libresca cuando se postra y rinde su mente ante el hieratismo de las fórmulas gráficas, símbolo sugestivo de la Verdad inmutable y eterna! ¡Oh, sí! Eterna e inmutable es la Verdad, pero ¡cuán pobre y efímeramente captada por la deleznable malla de nuestro pensamiento personal! Tributar a éste, bajo el espejismo dogmático de la palabra escrita, el homenaje de una adhesión sin reservas que sólo a la Verdad pura debiera otorgarse, ¿no es por ventura incurrir en la superstición del "está escrito", que resume en un falso culto al libro todas las abdicaciones del espíritu humano?

Abdicaciones, por cierto, que llegan en ocasiones a traducirse en ese otro aparente culto al libro—que más bien debiera denominarse esclavitud—, propio del que rinde pleitesía a uno solo, como si encerrara la clave de toda la cultura humana. *Lectorem unius libri timeo*, "temo al lector de un solo libro", se ha llegado a decir, pero en sentido un tanto equívoco: de alabanza, en quien la lectura detenida de un libro es síntoma de meditación doctrinal; de vituperio, para quien la sobreestimación de un libro lleva aparejado el menosprecio, cuando no la ignorancia, de los demás...

Sea, pues, señores, la Fietsa del Libro una invitación anual a ponderar en nuestra intimidad sus títulos acreedores a un culto razonable, y, por lo mismo, limpio de toda superstición.

JUAN ZARAGÜETA





## *Los libros*

Alineados, de roble en los estantes,  
mis libros, cual legión de mesnaderos,  
adustos me recuerdan y severos  
grandezas y saber que fueron antes.

Conservo en los infolios deslumbrantes  
hazañas de famosos caballeros,  
sentencias de filósofos austeros,  
frases de amor y dichos de bergantes.

Y, apartando del fárrago infinito,  
en un rincón que a meditar convida  
y por su noble oscuridad bendito,  
he colocado mi obra más querida,  
que se llama "La dicha de la Vida",  
y en cuyas páginas, ¡ay!, no hay nada escrito.

ANTONIO ZOZAYA





## *Defensa del editor*

**N**O por haber sido aludido en un discreto artículo, que ello ya sería justificación para hablar de mí mismo, aun cuando no sea muy de mi gusto, sino por lo que tiene el asunto de impersonal y por lo que puede servir a una especie de información pública, voy a permitirme escribir algunas palabras en disculpa de los editores españoles, a los cuales se viene culpando de la decadencia del libro español en América y de su prostración absoluta en nuestra patria.

Por pequeñas que sean las ganancias que los editores han procurado a los escritores que se lamentan tan doloridamente, me figuro que no serán menores que las que a mí me han hecho disfrutar. Veintidós libros llevo publicados; pues bien: ninguno, absolutamente ninguno, excepto una novela de la casa Henrich, y algunas cortas populares, que no cuento, me han hecho ganar una sola peseta. He publicado tres por mi cuenta: *Solares de hidalguía*, *La guerra de las ideas* y *La Patria ciega*, y tan escarmentado he quedado, que he regalado los manuscritos de todos los demás. Mis libros no se venden. Es ésta una verdad dolorosa que me obliga a hacer la sinceridad. Y si no se venden, ¿con qué motivo voy a indignarme con los editores que me han dispensado el favor de publicar mis pobres cuartillas? Pues bien: la mayor parte de los escritores que se quejan se encuentran en el mismo caso. Sus libros no se venden, y pretenden

echar la culpa a los editores, como si ellos no estuvieran interesados en vender mucho, siendo ese su oficio. ¿Que hay algunos que ofrecen un tanto por ciento por ejemplar y falsean las cuentas? Podrán hacerlo en un centenar o, a lo sumo, en un millar de ejemplares; y eso, ni vale la vergüenza que ellos pasan al estafar a sus clientes, ni la pena de que éstos se enojen. Cuando un autor está seguro de que sus libros van a venderse, no acude a esos desgraciados a proponerles que lo publiquen, o, agotada la primera edición, toma sus precauciones para que la fechoría sea imposible.

Con buenos y con malos escritores, el libro español se vende muy poco. Los míos no se venden porque no lo merecen, sin duda, y porque no llegan al nivel artístico e intelectual de ciertas narraciones famosas. Además, no se venden porque los señores libreros dicen sistemáticamente que no los tienen, sin informar a los compradores de dónde pueden encontrarlos. De este modo, aunque fueran cien mil los deseosos de adquirirlos, se quedarían con las ganas. Después de esto, lo que me asombra es que haya editor que se atreva a publicar libro alguno mío regalado, sabiendo que son centenares de miles los aficionados a la lectura que me ensalzan con toda su alma; pero que, cuando tocan a comprar un libro mío, cambian inmediatamente de opinión. Me parece que no soy vanidoso ni echo la culpa a nadie de no haber sabido cautivar a las gentes. Hagan otro tanto los demás y habremos resuelto parte del problema.

Por lo que atañe a los libros ajenos, puedo afirmar que nunca, en ninguna época ni en país alguno, se han publicado, ni se publican, tantos libros interesantes como en España. Nos hallamos en un pleno florecimiento literario, que no tiene en nuestra patria precedentes. Y esos libros admirables y esas ediciones estupendas de obras consagradas se venden muy mal, y la culpa tampoco es de los editores, y muy poca parte en ella tienen los libre-

ros, aunque, en verdad, hay muy pocos que sepan serlo. La culpa es del público. ¿Para qué "buscar al dolor nuevo argumento"?

De veinte millones de habitantes que cuenta España, diez no saben leer. De estos diez, que dicen en el padrón que leen y escriben, cinco apenas si aciertan a deletrear las muestras de los establecimientos comerciales y a trazar un garabato a guisa de firma. Para estos quince millones de... ¿los llamaremos ciudadanos, o se ofenderán?, llamémosles simplemente *personas*, los libros son tan inútiles en el mundo como los hormigueros o las margaritas silvestres. Pero ahora viene lo más sensible: de los cinco millones de lectores posibles, cuatro no leen absolutamente nada más que las cartas de sus familiares y amigos, las cuentas de sus negocios y, allá, de vez en cuando, los epígrafes de alguna estampa que cae en sus manos o los letreros de las cintas cinematográficas. ¡Bien venidas sean esas películas que obligan alguna vez a deletrear a gentes que serían incapaces de tomarse en cualquiera otra ocasión semejante trabajo, aborreciendo, como aborrecen, la letra de molde!

La tirada de todos los periódicos españoles reunidos no pasa de un millón de ejemplares. Y tantos son los españoles que leen; pero no nos hagamos la ilusión de que todos leen el periódico en su parte doctrinal y literaria. De este millón, ochocientos mil no fijan la vista sino en los *monos* y en las noticias. Lo demás les parece una estupidez: cosas que inventan los literatos para no trabajar. De modo que son doscientos mil los compatriotas capaces de leer un artículo, aunque la mitad de las veces no sepan lo que dice.

¿Podrá contar un editor, al publicar un libro, con estos doscientos mil lectores? Si tal pensara, se equivocaría en la mitad, más otro tanto, del justo precio. Una cosa es gustar de comprar un diario y otra leerlo bien y ser aficionado a los libros para desasnar. El periódico

cuesta diez céntimos, y el libro de dos a cinco pesetas, o más, y hasta allí podían llegar las aficiones literarias. Una novela de a treinta céntimos no puede tirar más de cinco mil ejemplares, pongamos diez mil. ¿Cómo va a venderse igual cantidad de ejemplares de una novela de cinco pesetas? Adviértase que hablo de *novelas*; porque de libros de ideas, que son los verdaderamente útiles, quien vende dos mil ejemplares puede decir que ha llevado a cabo una hazaña digna de ser perpetuada en mármoles.

¿Cómo entonces se publica tanto? ¡Ah! Porque la mayor parte de los libros se escriben para ser regalados, y porque se procura por los editores que los quinientos primeros ejemplares cubran gastos. Si han de pensar en esto, ¿por dónde van a regalar al autor diez mil pesetas y un automóvil de gran lujo? Se contentan con ofrecerle un tanto por ciento de las ventas, que no saca al infeliz de apuros, ni más ni menos que en los tiempos de Roberto Robert y de Pelayo del Castillo.

Repito que hay escritores que hacen dinero. Son los menos, y lo hacen en América, también por rarísima excepción; porque hay mucho que hablar de la librería en América y del concepto que tienen de nosotros aquellos queridos hermanos.

Para comprender bien la magnitud de la desdicha, yo quisiera que se preguntara a cualquier persona de las más ilustradas y aun ilustres cuánto cree que lleva gastado en su vida en café, o en tabaco, o en licores, o en toros, o en meriendas, etc., y que, luego que contestara, se viera lo que valía su biblioteca. Lector: ponte tú mismo la mano sobre el pecho y di, sin que nadie lo oiga, si has gastado en libros la centésima parte que en alguna de las cosas antedichas o en otras diversiones análogas, y pregúntate si no vale mejor tres pesetas un libro bueno, que enseña y consuela y recrea, y hace pensar y recordar y esperar, que alguno de los objetos frívolos que se te han roto a las pocas horas de

adquiridos entre las manos, sin haberte procurado el menor deleite.

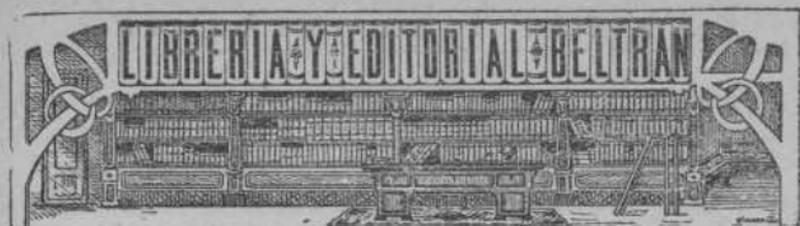
Por todo lo cual creo que librereros y editores podrán disminuir con su supuesta torpeza o su egoísmo el bienestar de los escritores en una cantidad mínima; pero que el problema en grande no está en ellos, y que mientras encontrar un individuo que sepa leer en voz alta sea un milagro patente, y en tanto que no gasteamos en libros siquiera la milésima parte que derrochamos en vicios enfermizos y en diversiones crueles o estultas, no se puede entrar a discutir si los escritores cobran diez duros menos de lo debido al editor. Por mi parte, les regalo mis libros. ¡Quieran los hados que consigan que se lea alguno y que no hayamos trabajado toda una vida en balde para contribuir a mejorar una humanidad que acaso no merece ni el trabajo de tomar la pluma!

ANTONIO ZOZAYA

(*Mundo Gráfico*, Madrid, 8 septiembre de 1926.)







## *Una ciudad de ideas*

"The true University of these day  
is a collection of books."

TH. CARLYLE

**L**OS instantes más preciosos de nuestra vida se incrustan en esta hora del atardecer madrileño. No hacemos nada, absolutamente nada; por eso tienen tantísimo valor. Con esos ocios y ambulaciones, hemos adquirido las mejores ideas, porque no hemos querido discutir las que nos salían al paso. Nos hemos informado de muchas cosas, porque entonces, relajada nuestra personalidad de lo que para el resto se ofrece, nos hallamos como inocentes y limpios del prestigio personal y de todas las coberturas que nos defienden de las saludables inclemencias del mundo. Vamos vestidos por respeto a las autoridades; pero nos hallamos completamente en cueros, huecos, vacíos, llenos de una envidiable vaciedad interior, donde con poco trabajo se encuentra la profunda simpatía que tanto se desea en otras horas.

Provincianos madrileños, nos estacionamos en la calle del Príncipe. Vamos a la librería de Beltrán, situada en el número 16, al lado del teatro de la Comedia,

y camino de la plaza que el maestro Cavia propuso se llamara de la Cerveza.

A la librería de Beltrán van muchachas deliciosas; no en balde desfila por ella lo mejor de la mentalidad española: los graves y sesudos historiadores, los pedagogos, los filósofos, los poetas, los políticos de todos los partidos y los escritores de todas clases.

El buen Federico, uno de los dependientes, otea los gustos de las damas, tiene para ellas, para sus gustos y preferencias literarias, una sonrisa y una observación discretas, y hace los lindos paquetes mientras otros señores husmean los libros de tinta reciente y las estampas bonitas, sin dejar de contemplar las parroquianas.

Beltrán hace amablemente los honores de su casa, una de las librerías más elegantes y mejor surtidas de Madrid. La sala destinada al público es ciertamente la más reducida. Lo que hay que ver es el interior, los interiores, mejor dicho o diciéndolo mejor. En aquel laberinto de habitaciones superiores y subterráneas, se puede rehacer la cultura del mundo, si por acaso se perdiera, como ha podido resucitar el mundo antiguo por el estudio de la Gran Pirámide.

Su tienda está llena de esas ediciones modernas y publicaciones de arte que permiten, por decirlo así, tener en casa todos los Museos y todas las obras maestras que ha producido el afán humano de idealidad y de belleza, y que Beltrán se esfuerza en difundir entre nosotros. Allí hay tal cantidad de libros de todas clases, antiguos y recientes, españoles y extranjeros, que asombra. Grandes habitaciones, cuevas, estantes centrales abarrotados de libros. Los infolio, forrados de viejos pergaminos, alternan con los libros modernos lujosamente editados, pero todos ordenados metódicamente por materias en sus estanterías (que por cierto los huecos o separaciones de ellas miden *¡más de dos kilómetros!*), como pudieran estar en un Museo o Biblioteca

bien organizada y no por tamaños, como suelen estar en muchas, donde al lado de un tratado de filosofía hay un libro de cocina. *Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa*, es lo que allí se observa, y esto realizado y sostenido por personal competente, porque su casa puede decirse que es una verdadera *escuela de librería*.

Beltrán tiene también magníficas encuadernaciones. Es uno de los últimos entusiastas del cuidado del libro, y se esmera por colocarlos en las mejores condiciones de conservación, de hacerlos bien y de presentarlos mejor. Quien en Madrid necesite regalar un libro lujoso, bien presentado, una hermosa edición, a la librería de Beltrán tiene que recurrir.

Beltrán se ha entregado a su trabajo con verdadera voluptuosidad y entusiasmo, pero no tiene tiempo para todo lo que quiere. Su obsesión es tener todos los antecedentes posible de los libros publicados en español, para poder servir pronto y bien a su numerosa clientela y publicar catálogos de los libros. Catálogos por materias de todas sus existencias, muchos catálogos, único medio de dar a conocer la inmensidad de libros que su casa contiene. Millares y millares de papeletas de estos y de otros muchos, están metódicamente clasificadas en grandes ficheros. Ha publicado varios; uno que hacía periódicamente lo suspendió porque el resultado no respondía al esfuerzo, y en la imprenta siempre se trabaja en alguno. Hace poco, con motivo de una de las Fiestas del Libro, ha repartido otro magnífico, titulado INDICE BIBLIOGRAFICO, de obras de fondo y algunas de surtido, hecho en una forma nueva, amena, instructiva y atrayente, como no se hizo hasta ahora por editor ni librero alguno ni en España ni fuera de España. Es un hermoso libro bien ideado y bien impreso, lleno de curiosidades, con preciosos adornos y grabados en todas sus páginas—y son *más de cuatrocientas*—; los libros están registrados por grupos de materias iguales o afines

con toda clase de datos: autores, títulos completos, nombre de los traductores, cuando de traducción se trata, el lugar y año de la impresión, los tamaños y otros pormenores, que no suelen poner otros editores ni libreros que no sean anticuarios, con aclaraciones o comentarios muchas veces que son de verdadera utilidad y de enseñanza para muchos, por no decir para todos.

Tiene libros que no venderá jamás, unos porque no habrá quien los compre, otros porque no quiere venderlos y otros en colección, que no podrá colocarlos más que en manos de un Morgan, de un Carnegie, de un Rosenthal o bajo custodia del Estado; su colección de *Bibliografías*, numerosísimas, es verdaderamente magnífica, es como si tuviera en casa y en una sola pieza a Menéndez y Pelayo, a D. Bartolomé José Gallardo y a Brunet. Me parece que he dicho una cosa grande. El encargado de la sección, cuida este tesoro bibliográfico, de inestimable valor, como pudiera guardar el Santo Sepulcro. De tan excelsa colección publicó en 1927 un soberbio Catálogo, obra verdaderamente notable que honra a España, a la clase y a su autor, y que seguramente ha de prestar grandes servicios a todos, especialmente a investigadores y bibliófilos, y del cual han hecho su apología en la prensa escritores tan ilustres y prestigiosos como Gómez de Baquero, Azorín, Castrovído, Sáinz Rodríguez, Millares y otros, más competentes que yo en estas materias.

Editor inteligente, sabedor de que el mundo se rige por ideas, las cultiva y las ofrece en abundante cosecha, dando cuanta perfección cabe a las semillas regnicolas. Sus primeros pasos editoriales fueron una justa visión de lo que ha tardado tanto en decir y confirmar la crítica. El novelista más personal de nuestros días, Pío Baroja; el discípulo de Galdós, Mauricio López Roberts; la reencarnación de Silvio Pellico, Ciges Aparicio; Azorín, Marquina, Palomero, Pérez de Ayala, Rubén Darío,

Gómez Carrillo, Belda y otros muchos, fueron hace tiempo editados por él.

A Beltrán se debe también la introducción en España de pensadores tan originales y fuertes como Bergson, Croce, Duguit, Henry George, Mgr. Ireland, Loisy, Seligman, Ward; de novelistas y poetas como Fogazzaro, Queiroz, Baudelaire, Verlaine, Heredia.

Convencido de que es verdad el hermoso pensamiento de Carlyle, de que la verdadera Universidad de nuestro tiempo es una biblioteca, viene publicando desde hace años la *Biblioteca moderna de Filosofía y Ciencias sociales*, que inauguró con las obras de Henry George, y en la que han aparecido otras de tan notables autores como Bain, Claparède, Decroly, Dewey, Demoor, Dubois, Ferrière, Kautsky, Marx, Murri, Posada, Rouma, Ruskin, Simmel, Sorel, Vanni, Vorlander, Zozaya, además de otros de los pensadores antes indicados. Esta biblioteca aspira a ser en España y entre los pueblos que hablan el idioma castellano una de esas empresas de cultura que, al correr de los tiempos, conquista para sí no sólo el favor del público, sino la mayor consideración de los doctos.

Los volúmenes que la integran, cuidadosamente traducidos, cuando de traducciones se trata, encomendados a los más prestigiosos y autorizados escritores cuando son originales, ofrecen al público lector de castellano las producciones de más relevante interés y reconocida importancia que en cualquier parte del mundo produce la inteligencia, sin que haya en la elección para publicarlas preferencias de escuela, de partido, de raza, ni sujeción a una norma doctrinaria, que, por buena y autorizada que fuese, sería, en último extremo, una imposición a la libre enseñanza. Las obras están presentadas con verdadera elegancia y gusto tipográfico poco frecuentes en los libros de estudio; forman volúmenes en cuarto y en octavo,

impresos en claros caracteres; los precios varían según la extensión de cada uno.

La amplia calificación dada a esta empresa dice mucho más de lo que podríamos decir nosotros sobre la índole de publicaciones que la forman y la han de formar. En ella tienen su representación todas las disciplinas de la inteligencia, y al lado de los pensamientos de hoy, nacidos en la fiebre del dinamismo actual, están, como mudos testigos del pasado y jueces de lo presente, las expresiones del entendimiento clásico, permanente y nuevo a través de las edades.

No hay un conocimiento humano que no quepa en tan abierto marco, y no puede darse una fórmula más completa y expresiva de esta labor emprendida. Los métodos más modernos de educación y enseñanza, tan necesarios y útiles en los tiempos presentes, han merecido del editor preferente atención: una sección está consagrada especialmente a "ACTUALIDADES PEDAGÓGICAS": son tratados magistrales donde se encuentran no solamente las teorías y procedimientos más en boga en los métodos modernos de enseñanza, sino las aplicaciones prácticas que a esas teorías cabe dar en la escuela; los más detallados pormenores que es indispensable conocer en la vida escolar.

La extensión de conocimientos que abraza esta serie, la importancia y trascendencia de los principios pedagógicos establecidos por autores de renombre universal y tan eminentes en el arte de enseñar como los que figuran en esta colección, la necesidad en que se halla todo el que se dedica a la enseñanza de estudiar y comparar los juicios y opiniones de los maestros de la pedagogía, con el fin de que su esfera de acción pueda ensancharse aplicando los principios que más convengan a su actividad y especiales condiciones, son motivos poderosos para que ningún Maestro por instruído que sea deje de tener es-

tas obras al alcance de la mano, como imprescindibles libros de consulta y de incalculable provecho.

Tal como sea el Maestro será la Escuela, y todos los adelantos modernos, los mejores textos y los útiles más perfectos del mundo serán poco menos que inútiles si el educador no reúne los conocimientos pedagógicos necesarios para servirse de los medios puestos a su alcance para la enseñanza. Sin guías para el manejo de la Escuela, sin consejos para la dirección de la clase, sin fuentes donde se adquieran ideas nuevas, no es posible que la enseñanza dé los resultados que debe dar.

Los libros de esta colección no pueden ser ni más interesantes ni más instructivos para los que ejercen la honrosa profesión de la enseñanza; hacen Maestros porque presentan todos los problemas educativos desde el punto de vista histórico, teórico, práctico y crítico, proporcionando al educador los materiales técnicos y de aplicación que el Maestro necesita en cada etapa de su profesión, haciendo del que enseña un obrero capaz para lograr los mejores resultados en el ejercicio de su magisterio.

A los gobiernos que ponen empeño en la educación del pueblo, cuyos destinos rigen, se les puede y debe decir que no puede haber buenas Escuelas sin buenos Maestros, y que no puede haber buenos Maestros si carecen de libros adecuados. Una Colección de *Actualidades Pedagógicas* en toda Escuela y algunos de sus libros a cada Maestro, y el buen resultado de la enseñanza del pueblo sería una realidad en poco tiempo.

A las muchas que figuran en esta Biblioteca, luego seguirán otras traducciones y obras originales de los pensadores y escritores españoles, desde los más profundos y respetados hasta los más originales y desconcertantes dentro de la seriedad científica y la dignidad del pensamiento. "No tengo prejuicios de ninguna clase—nos dice Beltrán—; yo he trabajado siempre por mi pa-

tria y por el libro. y en cuanto de mí dependa, pondré todo lo que pueda para dar la flor del pensamiento español y la flor del pensamiento extranjero, decorosamente presentados."

Es la hora de trabajo, y dejamos al simpático e inteligente editor bajo un mar de notas y de facturas.

Va a trabajar, pero se detiene un instante. Un señor grave penetra en la tienda, Beltrán nos despide subido en una silla, en la misma silla donde Azorín todas las mañanas lee los periódicos extranjeros, callado como un cartujo, con su cara de luna llena, de fraile madrugador y casto.

ROBIN HOOD



BIBLIOTECA  
BIO-BIBLIOGRAFICA

---

CATALOGO

DE UNA IMPORTANTE COLECCION DE  
LIBROS Y FOLLETOS  
ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

REFERENTES A

BIBLIOGRAFÍA

BIOGRAFIA, BIBLIOLOGIA, BIBLIOFILIA,  
LA IMPRENTA Y SUS ARTES AUXILIARES, & &  
FORMADA, CATALOGADA Y PUESTA EN VENTA POR

FRANCISCO BELTRAN  
LIBRERO-EDITOR

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION POR EL  
MARQUES DE VILLA-URRUTIA



M A D R I D  
LIBRERIA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA  
16, PRINCIPE 16





En este CATALOGO de tan importante y notable BIBLIOTECA-BIO-BIBLIOGRÁFICA, se registran *tres mil cuatrocientas treinta y dos* obras (2352 españolas y americanas, 66 en portugués, 85 en latín, 801 en francés, 67 en inglés, 39 en italiano y 22 en alemán) que en *cuatro mil seiscientos dos* volúmenes existen en dicha BIBLIOTECA, y, además, otras doscientas trece, todas españolas—en junto 3645 obras con muchos más títulos, pues algunas comprenden dos o varios—; constituye una BIBLIOGRAFÍA DE BIBLIOGRAFÍAS IBERO-AMERICANAS (manuscritos, cartografía, grabado, imprenta, bibliología y bibliofilia, archivos, bibliotecas, etcétera, etc.), una verdadera GUÍA DEL INVESTIGADOR, de gran utilidad a todos, y especialmente a bibliotecarios, libreros, eruditos, etc., etc.

Las partes de que consta, son:

INTRODUCCION, por el Sr. Marqués de Villa-Urrutia.

NOTA DEL EDITOR.

LA BIBLIOGRAFIA. Nota sobre esta ciencia.

EL LIBRO. Máximas y aforismos. (9 páginas.)

REGISTRO ALFABETICO por autores de las obras que forman esta notable colección. (360 páginas.)

LIBROS españoles e ibero-americanos sobre Bibliografía, la Imprenta, etc., que no figuran en esta Biblioteca. (13 páginas.)

## INDICE DE ASUNTOS O DE MATERIAS.

(70 páginas.)

INDICE CRONOLOGICO Y DE IMPRESORES. (9 páginas.)

## INDICE GENERAL.

Forma un lujoso volumen en 4.º mayor de 504 páginas, ilustrado con 57 grabados, habiéndose hecho del mismo una edición reducida, *toda ella numerada*, en dos tiradas: una de *cien* ejemplares en papel superior verjurado de hilo, marca "Guarro", numerados 1-100, y otra de *quinientos* en excelente papel "Cíceros", numerados 101-600, de los cuales se ponen a la venta solamente algunos, a los precios de:

50 pesetas los de papel de hilo, y de

30 pesetas los de papel "Cíceros".

Para que el lector pueda formar idea algo aproximada de la importancia de esta numerosa y selecta colección bibliográfica y de su notable *Catálogo*, reproducimos a continuación *Introducción*, *Nota del Editor* y *La Bibliografía* en él contenidos y algunos juicios, opiniones y artículos de diversas personalidades sobre tan valiosa Biblioteca Bio-Bibliográfica.

Después de la publicación del *Catálogo*, se han incorporado a ella cerca de *seiscientos* volúmenes, todos decorosa o lujosamente encuadernados, como lo están los otros que la forman, de obras de las mismas materias. Esta notable y única colección Bibliográfica, consta actualmente de más de 3.900 títulos en unos 5.200 volúmenes, y se seguirán adicionando otros para que esté siempre al día hasta que se realice su venta en conjunto.



## Introducción

**D**E las muchas formas que reviste la tan humana manía del coleccionismo, desde los que andan a caza de aguas fuertes de Rembrandt o de Goya hasta los que se contentan con aleluyas, cajas de cerillas o billetes capicúas del tranvía, la de juntar libros, no sólo para mirarlos, sino para leerlos, parecióme siempre la más noble y la más cuerda, y a ella me dediqué principalmente, siquiera fuera la menos adecuada para un diplomático, sujeto, por razón de oficio, a frecuentes viajes y mudanzas en que los libros, amén de ser costosa impedimenta, padecen harto, porque los embaladores los tratan con despego y con descuido, considerándolos de menos valor que los objetos frágiles de porcelana o de cristal, lo cual no siempre es cierto.

Ello es que desde muy temprana edad dediqué mis aficiones y mis ocios y ahorros a los libros, frecuentando en los comienzos de mi carrera las librerías madrileñas, y con especialidad, y por costumbre, la de D. Gabriel Sánchez, en la calle de Carretas, y la de D. Fernando Fe, en la Carrera de San Jerónimo, surtiéndome el primero de libros antiguos españoles, y el segundo, de muchos que para mí hacía venir de Francia, de Inglaterra y de Alemania, despertando y saciando mi voraz apetito con los catálogos de libreros extranjeros que me facilitaba. En casa de Fe conocí a un joven dependiente muy despierto y entendido, que había vivido siempre entre libros y cobrádoles gran afición, teniendo a un tiempo lo que los franceses llaman *le goût du métier y l'art de faire l'arti-*

cle, por lo que su jefe D. Fernando tenía en él depositada la más absoluta confianza, reputándole muchos asociado al negocio. Si lo estaba o no, no hace al caso; lo que sabemos es que allí debutó como editor de refinado gusto, dando a la publicidad las primeras producciones de algunos escritores españoles que hoy gozan de gran celebridad, y propagando en ocasiones propicias, por medio de esmeradas publicaciones, el culto a la memoria de algunos de nuestros excelsos escritores, dando además a la publicidad constantemente muchas, no sólo literarias, sino también otras de diversas manifestaciones del espíritu.

No bastaba esto, sin embargo, para satisfacer la justificada ambición de aquel joven, que tiempo ha dejó de serlo, quien sintiéndose con alas para volar por sí propio, y en su deseo de mayor libertad, para hermanar sus ideales de producir libros con los de poseer aquellos de sus predilectas aficiones, con temerario arrojo adquirió una de las más antiguas librerías de Madrid, en la calle del Príncipe, núm. 16, donde D. Francisco Beltrán sentó sus reales como librero y editor de buena fama, acrecentada por el saber que da la experiencia y por el ingénito buen gusto, habiendo logrado que su casa sea una de las librerías mejor surtidas de Madrid y el centro de consulta de investigadores y de bibliófilos.

Nada de lo que al libro se refiere le es extraño, y era natural que, criado entre libros, con la costumbre de venderlos y de darlos a luz, presentándolos al público de la manera más bella y atrayente para facilitar su venta, se aficionara a aquellas obras para su profesión más o menos indispensables, y fuera juntando con labor pacientísima, y a no pequeño coste, todas las de carácter bibliográfico que, con epígrafe más extensivo y comprensivo, llaman los libreros ingleses *books about books* (libros sobre libros), es decir, no sólo la bibliografía o descripción de los libros, sus ediciones, su rareza, su valor en el mer-

cado, etc., o sea el Manual del librero, sino todas las artes que con la creación y el embellecimiento del libro se relacionan; libros que tratan de la imprenta, del papel, del grabado, de la encuadernación, del amor a los libros en su doble aspecto de la bibliofilia y de la bibliomanía. Limitó Beltrán su colección a la bibliografía ibero-americana, es decir, a los autores españoles, portugueses e hispano-americanos; mas no reduciéndola a libros españoles y portugueses, sino extendiéndola a los extranjeros en que, por cualquier concepto, se hallan datos que tengan alguna relación con autores u obras españolas. Y como antes queda dicho, dió también cabida en su escogida biblioteca a cuanto libro sobre el libro cayó en sus manos. Vistiólos todos con encuadernaciones muy decentes y algunos con verdadero lujo, que harto lo merecían siendo ejemplares de excesiva rareza, y colocados en una especie de *sancta sanctorum*, recreábase contemplándolos con ojos de librero y de bibliófilo.

Pero con el transcurso del tiempo, empezaron a pesarle a la par los años y los libros, y sintió el dolor que afligió al Cardenal Mazarino cuando se dió cuenta de que no podría llevarse al otro mundo cuanto en éste había juntado en punto a libros y objetos raros y preciosos. Dolíale a Beltrán pensar que su BIBLIOTECA BIBLIOGRÁFICA, única en su género, tan laboriosa y costosamente reunida en largos años, se deshiciera, desperdigándose los libros, que Dios sabe a qué manos irían a parar, y dolíale también que no se conservara en una Biblioteca española una colección que debiera interesar a España. Y así como un buen padre desea, para disfrutar de algún descanso en las postrimerías de su vida y para morir tranquilo, dejar bien colocados a sus hijos, así Beltrán desea hoy para estos libros, que son sus hijos predilectos, que hallen quien los prohije y los quiera y los cuide con el cariño que él siempre les tuvo.

MARQUÉS DE VILLA-URRUTIA





## *Nota del editor*

**E**L presente CATÁLOGO de la selecta BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRÁFICA que ponemos a la venta, formada de 3432 obras en 4602 volúmenes (\*), comprende los libros que durante muchos años, y a costa de no pocos cuidados, sacrificios, viajes y tenacidad —siempre guiado por la idea de formar la colección más completa posible de Bio-bibliografías ibero-americanas—, logró reunir la constancia de un librero, luego editor también y siempre amante de los libros; habiendo conseguido reunir casi todos los libros y folletos antiguos y modernos que tratan de bibliografía española, portuguesa y americana; de los códices y manuscritos; de la fabricación del papel; del grabado; de la cartografía ibero-americana; de los orígenes de la imprenta, sus inventores, incremento y propagación hasta nuestros días; de la técnica de ésta; de sus artes auxiliares; de los Archivos y Bibliotecas célebres, públicas o privadas; de los Centros de enseñanza (colegios, institutos, univer-

---

(\*) Actualmente son más de 3.900 las obras y unos 5.200 los volúmenes por haber adicionado cerca de 480 títulos en unos 600 volúmenes de publicaciones posteriores al "Catálogo" o de obras logradas de las que carecíamos, todas decorosa o lujosamente encuadernados, como las otras que forman la "Biblioteca", y seguiremos incorporando a ésta cuantas aparezcan y nos sea posible, hasta que realicemos su venta en conjunto.

sidades, etc., etc.); del arte de la encuadernación; de las marcas de impresores y de libreros; de los Ex-libris y marcas de fuego o marcas de posesión del libro; del amor al libro; de la producción y comercio de librería; del periodismo; los Indices y repertorios de grandes publicaciones; las biografías de los más notables escritores y las Historias de las literaturas, etc., etc.

Se han excluido deliberadamente publicaciones de gran extensión que tratan principalmente de otros asuntos, habiendo extraído de muchas de éstas los trabajos bibliográficos que contienen y formado con ellos volumen o pieza separada, catálogos de escaso interés y obras al parecer bibliográficas, pero que no lo son en realidad; y se han incorporado como necesario complemento otras de materias afines, españolas y extranjeras, francesas en su mayor parte, verdaderamente útiles y notables.

Los libros que forman esta importante colección (salvo una veintena de folletos, y algunas obras en publicación) están íntegra y decorosamente encuadernados en variedad de clases y tipos; muchos, rica y selectamente, y todos en perfecto estado de conservación. En pocos casos están en el mismo volumen una obra con su apéndice o suplemento, y raras veces dos o más tomos de la misma obra, pero de poca extensión, juntos; no habiéndose cometido nunca la torpeza de reunir en un solo volumen dos o más obras no similares. Hay en ella muchos ejemplares únicos y de tiradas especiales de lujo, siendo de extraordinaria rareza la mayor parte de los que la forman, y, sin duda alguna, en su conjunto, única, pudiéndose afirmar que *es la más selecta y numerosa que ningún librero ni Biblioteca ha tenido hasta ahora sobre estas materias.*

Sabemos muy bien que no hemos reunido todos los libros españoles de tal índole publicados. La materia es quizá la más difícil de reunir. Además, cada día es más dificultoso hallarlos, porque casi nunca se reimprimen

y sus tiradas son escasas; la ignorancia, la incuria más que la codicia, han hecho desaparecer muchas pruebas del pasado; pero son pocos los que faltan (y creemos que también son escasos los escapados a nuestras investigaciones), y en prueba de ello, a continuación del REGISTRO ALFABÉTICO por apellidos de autores de los títulos que integran nuestra colección, se inserta una lista citando los LIBROS ESPAÑOLES E IBERO-AMERICANOS, sobre Bibliografía, la Imprenta, etc., de que tenemos noticia y no poseemos, a pesar de nuestras incesantes gestiones para adquirirlos; relación bien amplia, pues en ella incluimos también algunos que no son exclusivamente bibliográficos y otros que voluntariamente no hemos querido incorporar, siendo la mayor parte de ellos de escasa importancia: unos, de referencia exacta; otros, de referencia dudosa, y probablemente algunos son manuscritos que nunca llegaron a ser impresos.

Ofrecemos esta colección por necesidades bien ajenas a nuestra voluntad, a nuestros gustos y aficiones y a la actividad, con escaso fruto, consumida en más de cuarenta años de trabajo, no interrumpido, en la misma profesión; pero la ofrecemos en conjunto y no de otra manera, pues deseamos evitar que sea diseminado en poco tiempo lo que tantos años, afanes y dispendios costó reunir. Es nuestro deseo que esta BIBLIOTECA no salga de España, ni siquiera de Madrid, donde se formó; que sea incorporada a la de algún Centro docente, público mejor que privado. Y, aunque vaya al extranjero, si en España no hay comprador para ella, que sigan reunidas, donde se alberguen, estas fuentes del conocimiento de todas las materias, tan valiosas y útiles para la investigación y el estudio.

Pero antes de desprendernos de ellas, hemos tomado la precaución de registrarlas en el presente CATÁLOGO, rigurosamente ordenado por autores; habiéndonos limitado, para no hacerlo demasiado extenso, a consignar,

con la mayor exactitud posible, el nombre del autor, el título y subtítulo, lugar de impresión, año, nombre del impresor o imprenta, y algunas veces, y por convenir así, el del editor, sin detalle de los tipos de impresión, caja ni páginas (indicándolas solamente algunas veces, cuando son muy pocas) y clase de la encuadernación: no siempre con respecto a éstas con igual criterio o detalles por haberse redactado las papeletas en muy diversas fechas; consignando también los grabados, facsímiles, mapas, retratos y otras ilustraciones y autógrafos cuando las obras los contienen; y si son tiradas especiales, el número del ejemplar, poniendo escasas veces notas aclaratorias, necesarias, pero no encomiásticas, como suele hacerse en los catálogos comerciales, aunque la mayoría de las obras registradas merecen grandes elogios; ni notas más o menos eruditas, porque hacer una Bibliografía razonada era trabajo superior a nuestras fuerzas e inadecuado en el presente caso. Tampoco se han consignado precios porque, como se ha dicho, esta BIBLIOTECA no ha de ser vendida separadamente y porque casi todos los títulos que la integran, como todos los libros raros y buscados, se cotizan en alza, y al ponerlos, se hallaría en enorme confusión quien se guiara por ellos, exponiéndose a perder la ocasión de adquirir un libro verdaderamente raro o de pagar por otro venal mayor cantidad de la asignada al mismo en el comercio de librería. Sigue al REGISTRO ALFABÉTICO, como antes se indica, una lista que comprende los pocos títulos no logrados y algunos de los que reflexivamente no han sido incorporados a nuestra BIBLIOTECA, dando noticia de ellos por estimarlo de utilidad para quienes consulten el presente catálogo, un copioso y utilísimo INDICE DE MATERIAS o de asuntos, y otro INDICE CRONOLÓGICO, donde se consignan lugares de impresión, impresores, autores, y abreviados, los títulos de los libros registrados, solamente hasta mediados del siglo XIX, con el cual fácilmente se

puede venir en conocimiento de los años, poblaciones y personas que emprendieron estos trabajos, no habiéndolo hecho hasta el día porque el número de publicaciones bibliográficas desde esa fecha ha sido enorme y sigue aumentando constantemente.

Fué además nuestro propósito hacer de este CATÁLOGO un libro poco o nada vulgar, que pueda ser consultado con provecho, y creemos haberlo conseguido; pero suplicamos a las personas que de él se sirvan, sean indulgentes para las imperfecciones que pudieran observar en su confección, y que podrán ser subsanadas algún día si, como es de desear, alguna vez se publica en España una BIBLIOGRAFÍA de BIBLIOGRAFÍAS, especialmente de las ibero-americanas, para la cual puede servir de base auxiliar este trabajo.

FRANCISCO BELTRÁN

Los dibujos que adornan el presente libro han sido inspirados o copiados de otros, contenidos en obras de nuestra colección.







## *La Bibliografía*

**L**A Bibliografía, vastísimo ramo de la actividad humana, se cultivó siempre en los países de más alta civilización por hombres doctos. Nuestros antepasados, cuando aún no existía la imprenta, se cuidaban ya de registrar los manuscritos puestos en circulación. Los bibliotecarios de Alejandría hacían repertorios metódicos, y las noticias bibliográficas de los gramáticos del Imperio romano nos demuestran que esta ciencia no es nada nueva, precisamente por ser de absoluta necesidad para todos; pero aquellas tablas y catálogos eran imperfectos, entre otras razones, por faltar a la mayoría de los manuscritos las fechas y sus títulos fijos. El verdadero cultivo de la Bibliografía empieza, por consiguiente, con la invención del nobilísimo arte de la imprenta, base suprema de la conservación del pensamiento humano y a la cual se debe que la obra de los grandes hombres no haya quedado en las tinieblas.

Las biografías de los grandes escritores, que en todas partes y en todas épocas dejaron manuscritas sus ideas, y especialmente los Repertorios bibliográficos donde se registra su producción, son ayudas preciosas e indispensables para los hombres de estudio, los investigadores, los de práctica profesional, etc., etc., porque todos tienen necesidad de estar al corriente de los trabajos de sus predecesores y contemporáneos, tanto para encontrar un fundamento a las ideas que se sustentan, cuando las hay,

como para demostrar la novedad, cuando no hay noticias de otras. Estas colecciones ahorran así el tiempo para el trabajo; por ellas sabemos, ya por deleite en la investigación o para adquirir la justa verdad, de cuántas maneras se ha vertido el pensamiento humano y si se ha expresado completamente o no; las variantes, los errores, las mutilaciones y condenas que sufrieron los textos. Al libre-ro y al bibliotecario les son indispensables para resolver las consultas. En todas las Bibliotecas son necesarias porque nos muestran todas las direcciones del pensamiento y de sus actividades, permitiendo su consulta, sin tiranía ajena ni imposición extraña, seguir libremente el camino que estimamos mejor para el trabajo o la adquisición de la cultura.

La Bibliografía, expresión fiel de la cultura, sazonado fruto de la investigación, aprecia por fechas y grados el movimiento intelectual de la humanidad y lo salva del olvido; con razón se la ha llamado el genio tutelar de los tesoros literarios amontonados desde el origen de la ciencia y llave del que escribe. Por carecer de nociones bibliográficas—dijo un maestro—es por lo que tantos hombres escriben sobre asuntos ya estudiados y mejor tratados por otros; por carencia de fuentes bibliográficas se repiten viejos errores.

Las Bibliografías donde se registran los libros que contienen todas las ideas que en el mundo han surgido son, por consecuencia, los libros más útiles, siendo además los más difíciles de hallar. Por esto son cada día tan buscadas y bien acogidas en todas partes las publicaciones bibliográficas, porque además de ser de verdadera utilidad, ofreciendo ancho camino para el estudio, son indicio evidente de la cultura y civilización de cada época y del país que las produce.



## *Una preciosa colección bibliográfica*

**T**ODOS cuantos se dedican al estudio de la Bibliografía o son aficionados al coleccionismo de libros, saben que una de las secciones más raras y más buscada por los curiosos, está formada por las obras de bibliografía, catálogos de interés bibliográfico y libros que tienen por objeto el estudio técnico o histórico de la fabricación y disposición material del libro mismo.

Y esto no es de extrañar: desde que la invención de la imprenta hizo llegar a términos inverosímiles la difusión y multiplicación de los libros, nació en el espíritu de los eruditos y estudiosos el afán de estar al corriente de las publicaciones, el ansia de tener noticias de cuantas obras salían de las prensas. Así se constituyó la bibliografía (dejando aparte los discutibles precedentes medievales), como una técnica científica independiente, que hoy presenta tantos problemas de índole muy compleja y diversa.

En estos orígenes de la técnica bibliográfica aportaron los primeros elementos los propios libreros e impresores, que por el deseo de ofrecer su mercancía tuvieron que abordar los problemas de catalogación y oferta sistemática y clasificada de sus libros. Los venerables y célebres *Messkatalogue* de las ferias alemanas de libros de Frankfort y Leipzig, se inician en el siglo XVII y han

continuado publicándose sin interrupción hasta nuestros días.

Los rarísimos catálogos publicados por los Aldo, los Estienne, Willer, Plantino y algunos otros son las primeras obras conscientes de bibliografía y madres de los posteriores trabajos científicos de los primeros bibliógrafos.

En sus primeros tiempos la bibliografía emprendió el quimérico empeño de catalogar y recoger todos los libros publicados sin distinción de materia, época o nacionalidad.

En este esfuerzo inasequible fracasaron obras como la *Bibliotheca universalis* de Conrado Gesner, padre de la bibliografía universal y el *Mare magnum* de Marucell. Lentamente, los esfuerzos de los bibliógrafos van especializándose, y si bien todavía continúan abarcando todos los países y materias, van limitando su trabajo a la recopilación de los libros raros y curiosos, seleccionando progresivamente la *calidad* de sus noticias. Este sentido tienen el *Lexicon* de Ebert, el *Manuel du bibliophile* de Peignot, el *Tesoro* de Graesse, y el conocidísimo y celeberrimo *Manual del librero* de Brunet. El siglo XIX en esto, como en todo, es el siglo de la especialización, y la bibliografía se diversifica y divide hasta la exageración, pudiéndose encontrar hoy día bibliografías especiales dedicadas a catalogar los libros referentes a los asuntos más diversos: bibliografías nacionales, por materias científicas o artísticas, por épocas, de incunables, de impresores, de libros prohibidos, eróticos, de cocina, impresos en color, amigos y enemigos del libro, etc., etc., hasta llegar a los asuntos más inverosímiles o extravagantes.

Esta producción enorme de obras de bibliografía que aspiran a la catalogación de todo lo impreso siguiendo este sistema de la especialización, pronto hizo surgir ante los bibliógrafos un nuevo problema y una necesidad

nueva: el de conocer e inventariar, clasificándola por asuntos, toda esta inmensa serie de obras bibliográficas. Así nacen las *bibliografías de bibliografías*, que vienen a ser en cada país la última palabra del esfuerzo bibliográfico.

La obra clásica y todavía insuperada del alemán Petzholdt, la deficiente de Vallée, la admirable de los italianos Ottino y Fumagalli, la inglesa de Power y la más reciente y utilísima del norteamericano Josephson, son los libros más importantes de bibliografía bibliográfica publicados hasta la fecha.

En este cuadro hacía España un triste papel. A pesar de los trabajos de Menéndez Pelayo en la *Ciencia Española*, de Ureña, de Bonsoms, del norteamericano Buchanan, de Cejador y algún otro, no hemos logrado catalogar, a semejanza de los portugueses con la obra de Antonio Anselmo, ni siquiera toda la importantísima producción bibliográfica nacional. Nosotros, que con Nicolás Antonio y nuestros grandes bibliógrafos del siglo XVIII estuvimos durante mucho tiempo a la cabeza de la ciencia bibliográfica europea, no hemos sabido recoger en un libro el resultado de estos trabajos seculares.

Un gran erudito de dulce memoria para mí, educado en la escuela admirable de Gallardo y Sancho Rayón, D. Manuel Remón Zarco del Valle, intentó escribir la bibliografía de bibliografías española con aquella pericia insuperable de nuestros grandes bibliófilos del pasado siglo. El esbozo de su obra fué premiado por la Biblioteca Nacional, y en los últimos años de su vida, cuando yo le conocí, todavía lleno de ilusión y entusiasmo por la cultura y por el libro, tuvo la bondad de acordarse de mí para que, colaborando en su trabajo, diésemos cima, entre los dos, a aquella trabajosa empresa, uno de los sueños dorados de su vida de erudito, iluminada siempre por la loca pasión de los libros.

Hago aquí estas reflexiones y doy todos estos antece-

dentes para que se comprenda mejor la importancia del esfuerzo bibliográfico que acaba de realizar el conocido librero D. Francisco Beltrán, reuniendo durante largos años una riquísima y costosa colección de obras de bibliografía española y extranjera, y referentes a las artes del libro, cuyo catálogo, preciosamente editado, acaba de ver la luz pública. Este *Catálogo* honra por su presentación y por su técnica a la librería y a la bibliografía españolas. Es superior a los mejores de Hiersemann o Quaritch, y no tiene nada que envidiar en riqueza de presentación a los recientes publicados por la Casa Hoepli, de Milán. Desde el punto de vista bibliográfico nacional viene este catálogo a sustituir a la bibliografía de bibliografías española no publicada todavía por nadie, puesto que los trabajos de Zarco y míos no han alcanzado aún la publicidad.

Tienen estos catálogos redactados sobre libros que se poseen una gran ventaja sobre las bibliografías escritas sobre otros libros y es que terminan con la leyenda de ciertos *libros fantasmas* que nadie logra ver y cuya noticia viene rodando secularmente por los diccionarios bibliográficos.

Además de la importancia del catálogo, enriquecido con un bello y elegante prólogo por el marqués de Villa-Urrutia, puede tener esta colección una gran trascendencia para la bibliografía nacional.

Sabido es el carácter social que desde la Conferencia internacional de Bibliografía de Bruselas celebrada en 1895 y debida a los esfuerzos de La Fontaine y Otlet, ha tomado en todos los países la organización de la bibliografía íntimamente relacionada con la administración de las bibliotecas, instrumentos indispensables de la cultura pública.

A raíz de esa Conferencia, un Real decreto del mismo año organiza en Bruselas el órgano ejecutivo del *Instituto Internacional de Bibliografía*, y desde entonces to-

das las naciones han procurado aportar su esfuerzo en esta gran cooperación de la información bibliográfica, indispensable para el desarrollo de la cultura moderna.

La Argentina, en un decreto de 10 de noviembre de 1909, propone la creación de una oficina semejante a la de Bruselas. Alemania acaba de terminar el colosal esfuerzo del catálogo general de sus bibliotecas, iniciado antes de 1914 y continuado a través de todas las penalidades y vicisitudes de la gran guerra. Alto ejemplo es éste, que debieran tener presente aquellos a quienes compete la organización de la cultura nacional.

Aquí en España no hemos ni siquiera iniciado tareas semejantes. El inteligentísimo y malogrado Ricardo Fuente me habló en alguna ocasión de la organización de un Instituto bibliográfico costeado, como la Hemeroteca, por el Ayuntamiento de Madrid. Ignoro cuál habrá sido la suerte de estos proyectos, perdidos quizá en la apasionante discusión sobre los mataderos de la villa.

Lo cierto es que esta gran biblioteca formada por el Sr. Beltrán, supone un trabajo de años y una inteligentísima selección. Esta colección está puesta a la venta, y quizá por desidia de los llamados a preocuparse de estas cuestiones, vaya a pasar al extranjero. Una biblioteca así sería el núcleo fundamental e insustituible para la organización de cualquier institución u organismo de índole bibliográfica, que algún día será preciso crear en España para que, continuando una gloriosa tradición, nos pongamos a tono en este aspecto con el resto de la Europa civilizada.

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ  
Profesor de Bibliografía de  
la Universidad Central.

(*El Liberal* de Madrid, 17 de julio de 1927.)





## Una biblioteca bibliográfica

PARA los aficionados a libros, y en particular para los concurrentes asiduos a las librerías, el nombre de D. Francisco Beltrán es bien conocido desde los tiempos de la librería de Fe. Aquella librería establecida a la entrada de la Carrera de San Jerónimo, no era sólo una tienda de libros, sino, a ratos, una tertulia literaria donde se reunían o adonde se asomaban algunos de los literatos más famosos de la época a que aludo. Era la de Campoamor y Núñez de Arce, y ambos poetas, llegados uno y otro a la cúspide de su fama y un poco rivales, eran de los más asiduos en la librería, y a veces escaramuceaban un poco con donaires, sin daño de su buena amistad.

A la librería de Fe acudían los literatos llegados de provincias que querían saber las señas de algún escritor famoso, enterarse de las últimas novedades de la Minerva en España o en el extranjero, o acaso contemplar de cerca a los dos vates entonces tan admirados, que eran, según *Clarín*, los dos poetas enteros de España, quedando como 0,50 de poeta Manuel del Palacio, tasación que provocó una agría polémica entre el crítico y el portallira depreciado; y quien dice ver a los dos poetas célebres, dice ver a alguna de las otras señaladas figuras literarias de la corte que solían aparecer por aquella casa de los libros.

Las tertulias de las librerías se han ido haciendo raras. M. Bergeret, si anduviera por Madrid, lo cual es,

por lo menos, dudoso, echaría de menos su rincón de la librería provinciana, donde entretenido con un tomo de la *Historia Universal de los Viajes*, se enteraba de la crónica secreta de la ciudad y a veces departía con las notabilidades locales de *omni re scibile*.

\* \* \*

En la librería de la Carrera de San Jerónimo, cuando ya declinaba la tertulia, empezó a darse a conocer Francisco Beltrán como un dependiente entendido en libros y aficionado a ellos, cosa no tan frecuente en este comercio que sea excusado el mencionarla. Se venden, por lo general, con más arte e imaginación los calcetines y las corbatas que los libros. Beltrán llegó a ser el alma de la librería y a editar por su cuenta algunas obras literarias. Después se estableció como librero y editor independiente en la calle del Príncipe, y tiene ya una lista no corta de ediciones propias. Los amenos libros de Historia del marqués de Villa-Urrutia llevan su marca editorial.

Beltrán, además de librero y editor, es bibliófilo militante. Esta afición y las ocasiones que se ofrecen al que trabaja en el comercio de librería le han permitido formar una rica y extensa colección bibliográfica de que ahora se da noticia al público en un catálogo editado con esplendidez y gusto, y que hojearán con interés los amigos de los libros, y en particular los estudiosos y los curiosos de la bibliografía.

Nada menos que 3.432 obras en 4.602 volúmenes registra este *Catálogo de una importante colección de libros y folletos españoles y extranjeros, referentes a Bibliografía, Biografía, Bibliología, Bibliofilia, la Imprenta y sus artes auxiliares, formada, catalogada y puesta en venta por F. Beltrán, librero-editor* (\*).

\* \* \*

---

(\*) Véase la nota de la pág. 367.

El marqués de Villa-Urrutia ha escrito una breve y amena introducción a este extenso Índice de una "Biblioteca bibliográfica", única en su género, según la autorizada opinión del moderno historiador de Fernando VII. Contiene el Catálogo un conciso prefacio del autor indicando el procedimiento que ha seguido para formarle y las características de los libros; una breve antología de elogios del libro, en que concurren autores de varia calidad; la lista, por orden alfabético de autores de las obras que figuran en la colección; otra lista de libros que faltan y algunos índices auxiliares.

No es necesario ponderar el interés que ofrece una colección semejante. Las bibliografías, *books about books*, libros sobre libros, son las armas del erudito y el investigador en materias literarias, sus guías y sus herramientas de trabajo. Pocas ocasiones se ofrecerán a los institutos sabios y a las grandes bibliotecas de enriquecer sus fondos con una colección tan copiosa de la bibliografía española, portuguesa e hispanoamericana. El Sr. Beltrán no quiere que su colección se disperse, y la pone en venta indivisa. Estas bibliotecas de una especialidad tienen un valor orgánico, de conjunto, que se pierde al diseminarse las piezas que las componen. Es uno de los casos en que el universal tiene su valor, aparte del de afección que pone, naturalmente, el coleccionista en aquella copia, que es al cabo su obra, el resultado de sus afanes y de su diligencia durante largos años.

La venta de una colección de esta clase no es sólo una noticia curiosa de la ciudad de los libros. Hay en ella un interés de cultura. Sería de desear, por el asunto, calidad y número de los libros, que la Biblioteca bibliográfica de Beltrán pudiera quedar en España a disposición de los estudiosos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

(*El Sol*, de Madrid, 20 de julio de 1927.)





## *Un catálogo notable*

**L**A primera noticia de la *Biblioteca Bio-Bibliográfica* que reunía en Madrid el librero-editor Francisco Beltrán, la tuve, hace cinco años, por Ricardo Fuente, uno de los expertos más competentes en materia de libros que he conocido. Más tarde se me presentó ocasión de visitarla y de admirar la perseverancia e inteligente esfuerzo del colector, que, atento siempre a procurarse cuantos libros de biografía y bibliografía llegaban a su noticia, no parece haber escatimado para ello ningún sacrificio. Recientemente ha lanzado a la publicidad el Sr. Beltrán el *Catálogo* de su Colección, que abarca un número de 3.432 obras, en 4.602 volúmenes (\*), y con razón puede vanagloriarse de que es la más selecta y numerosa que ningún librero ha tenido hasta ahora sobre estas materias. Aun así, no aspira a la pretensión de haberlo reunido todo, y en algún caso quizá haya dado acogida a obras que no son propiamente bio-bibliográficas, pero que no ocuparán lugar inútil en la biblioteca de un bibliógrafo. Cuantos se consagran a las tareas de erudición, saben de sobra las mil dificultades con que se tropieza para encontrar y consultar libros de esta índole. Por otra parte, la casi imposibilidad

(\*) Véase la nota de la pág. 367.

de coleccionarlo todo nace de la abundancia misma del material. Sólo de lo que concierne a biografía, y sin salir, pongo por caso, de la Biblioteca de San Isidro, de Madrid, podría formarse amplísimo catálogo. La producción acerca de una época sola de la historia de la imprenta—la anterior al siglo XVI—se ha intensificado por modo considerable desde fines del siglo pasado, y de ello son prueba los libros en que de un modo general se ha pretendido inventariar la totalidad de los inmuebles existentes y las numerosas monografías acerca de la producción tipográfica cuatrocentista de naciones o de ciudades.

Beltrán prestará al erudito, al catalogador, al librero, y en una palabra, a todo aficionado a libros y manuscritos antiguos, inestimables servicios. Porque la utilidad inmediata de una colección como ésta, de la que el poseedor, por razones ajenas a su voluntad y a sus gustos, se ve obligado a desprenderse, sería la de facilitar la formación del inventario de la producción bibliográfica española, inmenso repertorio de nuestra actividad en los varios campos de la cultura, que tanto se echa de menos y que un bibliógrafo hispano, el más grande de nuestros bibliógrafos, Nicolás Antonio, llevó a cabo para el período anterior a 1684.

Cierra el *Catálogo* del Sr. Beltrán una lista de libros españoles e iberoamericanos sobre bibliografía, imprenta, etc., de que tuvo noticia y no logró adquirir; algunos, como sospecha el autor, no tienen categoría de libros: tal, por ejemplo, el que con el título de *Tipografía y bibliografía españolas del siglo XV* se cita (página 408) como del P. Benigno Fernández, que no pasa de ser un artículo sobre algunos trabajos de Haebler, publicado en *La Ciudad de Dios*, donde, desde 1901, comenzó a insertar aquel tan ignorado como benemérito bibliotecario de El Escorial una serie de noticias acerca de los incunables y raros del depósito confiado a su

custodia. Otro tanto creo que ocurre con las preciosas "Cartas bibliográficas", de Maffioste, que nunca, según mis noticias, se han impreso en forma de libro. Y sería de desear que alguien, con la competencia de que carece el autor de estas líneas, examinase esa lista de libros misteriosos y dijera acerca de ella la última palabra.

La *Biblioteca* del Sr. Beltrán será leída y estudiada con provecho, y si alguna vez se acometiese en España la tarea de formar una *Bibliografía de Bibliografías*, habría de ser no un elemento auxiliar, como su autor supone, sino libro fundamental y de obligada consulta.

AGUSTÍN MILLARES CARLO  
Catedrático en la Universidad Central.

(*La Gaceta Literaria*, núm. 22, 15 de noviembre de 1927.)







## *La Colección Beltrán y la Biblioteca de la Ciudad Universitaria*

**L**A reciente publicación del Catálogo — magníficamente impreso—de la no menos magnífica colección de obras biobibliográficas que, por circunstancias que no hacen al caso, pone a la venta conjuntamente el entendido librero editor D. Francisco Beltrán nos ha sugerido una idea que, creyéndola interesante, lanzamos a la circulación en la seguridad de que será tenida en cuenta por quien corresponda, y que no caerá en saco roto entre los numerosos españoles que desde las lejanas tierras en donde los azares de la vida les llevaron sólo piensan en la grandeza y prosperidad de la madre patria.

Durante cerca de cuarenta años, con una paciencia benedictina y, según sus mismas expresiones, a costa de no pocos sacrificios, cuidados, viajes y tenacidad, el señor Beltrán ha logrado reunir "casi todos los libros y folletos antiguos y modernos que tratan de bibliografía española, portuguesa y americana; de los códices y manuscritos, de la fabricación del papel, del grabado, de la cartografía iberoamericana, de los orígenes de la imprenta: sus inventores, incremento y propagación hasta nuestros días, de la técnica de ésta, de sus artes auxiliares, de los Archivos y Bibliotecas célebres, públicas y pri-

vadas; de los centros de enseñanza (colegios, institutos, universidades, etc., etc.); del arte de la encuadernación, de las marcas de impresores y de libreros, de los ex libris y marcas de fuego o marcas de posesión del libro, de la producción y comercio de la librería, del periodismo, los índices y repertorios de grandes publicaciones, las biografías de los más notables escritores y las historias de las literaturas, etc., etc."

Tan somero índice basta y sobra para darse perfecta cuenta de la importancia de una colección "que es la más selecta y numerosa que ningún librero ni Biblioteca ha tenido hasta ahora sobre estas materias", y de la que decía el ilustre escritor Sr. Gómez de Baquero:

"No es necesario ponderar el interés que ofrece una colección semejante. Las bibliografías, "books about books", libros sobre libros, son las armas del erudito y el investigador en materias literarias; sus guías y sus herramientas de trabajo. Pocas ocasiones se ofrecen a los institutos sabios y a las grandes bibliotecas de enriquecer sus fondos con una colección tan copiosa de la bibliografía española, portuguesa e hispanoamericana.

La venta de una colección de esta clase no es sólo una noticia curiosa en la ciudad de los libros—añade después dicho escritor—. Hay en ella un interés de cultura. Sería de desear, por el asunto, calidad y número de los libros, que la Biblioteca bibliográfica de Beltrán pudiera quedar en España a disposición de los estudiosos."

Este deseo, que es también el del colector y el de toda persona amante de las letras, puede y debe realizarse, y nada más indicado para ello que el hacerla servir de complemento a la Biblioteca de la futura Ciudad Universitaria.

Desde que por inspiración y deseo manifiesto de su majestad dejó ésta de ser una utopía para convertirse en realidad tangible, a cuya realización contribuyen y siguen contribuyendo todas las clases sociales, son ya

varios los millones de pesetas que han logrado reunirse, con los cuales y los que aportarán las nuevas suscripciones, subvenciones, loterías, etc., tendrá suficientemente asegurado el nuevo organismo su desenvolvimiento y bienestar futuro.

Pero como no sólo de pan vive el hombre, además de las necesidades materiales de las nuevas generaciones de estudiantes, hay que atender, y principalmente, a sus necesidades espirituales. Para ello se cuenta con una base excelente: la Biblioteca de la actual Universidad, notable por el número y calidad de las obras que la integran.

No basta esto, sin embargo, como no bastarían millones, para volver a reunir una colección de pinturas como la que posee nuestro Museo Nacional. Para facilitar los estudios y para que éstos se realicen con fruto son hoy día necesarios e imprescindibles los repertorios bibliográficos, en los que se registra la producción de los grandes escritores, "ayudas preciosas e indispensables para los hombres de estudio, los investigadores, los de práctica profesional, etc., etc., porque todos tienen necesidad de estar al corriente de los trabajos de sus predecesores y contemporáneos, tanto para encontrar un fundamento a las ideas que se sustentan, cuando las hay, como para demostrar la novedad cuando no hay noticias de otras. Estas colecciones ahorran así el tiempo para el trabajo; por ellas sabemos, ya por deleite en la investigación o para adquirir la justa verdad, de cuántas maneras se ha vertido el pensamiento humano y si se ha expresado completamente o no; las variantes, los errores, las mutilaciones y condenas que sufrieron los textos. En todas las bibliotecas son necesarias, porque nos muestran todas las direcciones del pensamiento y de sus actividades, permitiendo su consulta, sin tiranía ajena ni imposición extraña, seguir libremente el camino que estimamos mejor para el trabajo o la adquisición de la cultura."

La Colección Beltrán, compuesta única y exclusiva-

mente por obras bibliográficas, en las que se registran todas cuantas ideas han surgido en el mundo, es, como hemos indicado antes, el necesario complemento de la Biblioteca de la futura Ciudad Universitaria. Sus cinco mil volúmenes aproximadamente, todos referentes a la cultura iberoamericana, no deben abandonar nuestro país. Aquí es donde pueden utilizarse con fruto, y por considerable que sea su valor material, piénsese que para volver a reunir de nuevo un conjunto semejante no bastarían los muchos miles de duros necesarios, sino años y años de paciente rebusca en pos de obras que son quizá las más difíciles de adquirir, por su rareza y el empeño con que son buscadas.

Al Gobierno y los españoles amantes del saber rogamos que tomen en cuenta nuestra idea antes de que algún norteamericano intente, para satisfacer una vanidad de millonario, llenar sus estanterías con la magnífica colección, que es como el compendio y resumen de toda la cultura y civilización de nuestro país.

\* \* \*

Al terminar de escribir las anteriores frases ha llegado a nuestro conocimiento, por conducto particular, la noticia de que varios meritísimos españoles, cuya cultura corre parejas con su acendrado patriotismo, están realizando gestiones para que tan preciada biblioteca no salga de nuestro país, y que tales gestiones están a punto de dar un excelente resultado.

De desear es que así sea y se evite, como dice el docto profesor de Bibliografía de nuestra Universidad Central, D. Pedro Sáinz, el que "por desidia de los llamados a preocuparse de estas cuestiones vaya a parar al extranjero una biblioteca que podría ser el núcleo fundamental e insustituible para la organización de cualquier institución u organismo de índole bibliográfica que algún

día será preciso crear en España para que, continuando una gloriosa tradición, nos pongamos a tono en este aspecto de nuestra organización cultural con el resto de la Europa civilizada."

LUCAS DE TORRE.

(*Heraldo de Madrid*, 23 de noviembre de 1927.)







## *Biblioteca Bio-bibliográfica*

**B**IBLIOTECA Bio-Bibliográfica. Catálogo de una importante colección de libros y folletos españoles y extranjeros referentes a Bibliografía, Biografía, Bibliología, Bibliofilia, la Imprenta y sus artes auxiliares, etc., etc., formada, catalogada y puesta en venta por Francisco Beltrán, Librero Editor, precedida de una Introducción por el Marqués de Villa-Urrutia." Madrid, 1927; 4.º mayor, 504 páginas, con 57 grabados.

Precede a la obra que vamos a comentar, una amable introducción—como se advierte por el título transcrito—del marqués de Villa-Urrutia, en la que se refiere cómo desde su juventud el señor Beltrán adquirió afición a los libros, siendo empleado de la librería de Fernando Fe en la capital de España, diciéndonos que “nada de lo que al libro se refiere le es extraño, y era natural que, criado entre libros... se aficionara a aquellas obras para su profesión más o menos indispensables, y fuera juntando con labor pacientísima y a no pequeño coste las de carácter bibliográfico que, con epígrafe más extensivo y comprensivo, llaman los libreros ingleses *books about books*”.

La biblioteca del señor Beltrán, aunque se redujo especialmente a la producción iberoamericana, introdujo también en ella cuantos libros extranjeros hablasen de la producción española, seleccionándolos y preservándolos con hermosas y fuertes encuadernaciones, y así, años

tras años, fué aumentando su caudal bibliográfico, hasta llegar a hacer en el presente una biblioteca única en su género. La importancia que reviste la Biblioteca de Beltrán la han referido en publicaciones españolas los especialistas y catedráticos de más reputación en la Península, y hay quien ha saludado a su Catálogo como el primer paso hacia una bibliografía de bibliografías, que encierre y clasifique toda la producción cultural de España y de los países iberoamericanos.

Como decíamos, esta Biblioteca bibliográfica es única; contiene "casi todos los libros y folletos antiguos y modernos que tratan de bibliografía española, portuguesa y americana; de los códices y manuscritos; de la fabricación del papel; del grabado; de la cartografía iberoamericana; de los orígenes de la Imprenta, sus inventores, incremento y propagación hasta nuestros días; de la técnica de ésta; de sus artes auxiliares; de los Archivos y Bibliotecas célebres, públicas o privadas, etcétera, etcétera; del arte de la encuadernación; de las marcas de impresores y de libreros; de los "Ex-libris" y marcas de fuego o marcas de posesión del libro; del amor al libro; de la producción y comercio de librería; del periodismo; de los Índices y repertorios de grandes publicaciones; las biografías de las literaturas, etc., etc."

En la colección de Beltrán figuran muchas piezas de extremada rareza, debido—como se sabe—a la escasa tirada que suelen tener algunas de estas publicaciones, llevándole el deseo de completarla a incluir en unas páginas suplementarias del comentado Catálogo una lista de obras cuya adquisición no ha podido realizar, a pesar de cuantas gestiones hiciera. Si se tiene en cuenta que para reunirlos, el señor Beltrán ha dedicado cuarenta años de su vida, sin escatimar viajes ni dinero, se comprenderá fácilmente su importancia, y es por eso que ahora, al querer desprenderse de ella, por razones muy nobles y

lógicas que no confiesa, ha querido dejarla registrada en el Catálogo que acaba de imprimir.

Concretándonos a la importancia exclusiva del indicado Catálogo, podemos manifestar que él será una guía de gran utilidad para los estudiosos, a quienes pondrá en seguida en posesión de las principales fuentes y obras preliminares de toda labor científica.

Desea el señor Beltrán que su biblioteca no se divida y, si fuera posible, no salga de España, habiendo quien, desde la Prensa de Madrid, ha propugnado que ella sea la base de la futura biblioteca de la Ciudad Universitaria, único lugar, a nuestro ver, donde debiera instalarse, si es que no llega antes a formar parte de alguna de las tantas instituciones que en Madrid debieran poseerla.

Cuanto en España hemos tenido necesidad de consultar algunas obras de las que posee el señor Beltrán, que no figuran en las bibliotecas públicas, hemos visto, con grato placer, que las facilitaba desinteresadamente, haciéndose digno de nuestro reconocimiento por tan meritorio favor.

JOSÉ TORRE REVELLO.

(*Síntesis*, Buenos Aires, número 14, pp 267-268, julio de 1928.)







*Un tesoro bio-bibliográfico*  
*Cinco mil volúmenes de gran valor*  
*en peligro de emigrar*  
*al Extranjero*

EL LIBRERO Y EL AMOR AL LIBRO

**N**O conocíamos personalmente al inteligente librero de la calle del Príncipe. Sabíamos por ilustres hombres de letras su ferviente entusiasmo por el libro y su conducta ejemplar en relación con la misión cultural que le impone su comercio, detalle del que algunos de sus compañeros se olvidan con harta frecuencia.

Con motivo de la pasada Fiesta del Libro, Beltrán editó un catálogo muy completo de las obras nacionales y extranjeras. Un catálogo único, que me reservó una muy agradable sorpresa, que, por lo inesperada, llegó a conmoverme. Y, sea dicho con absoluta sinceridad, hirió hondamente mi modestia.

El catálogo, confeccionado con exquisito gusto tipográfico, contiene numerosos pensamientos—uno por cada página—de escritores, filósofos y periodistas de todas las épocas, que son un elogio del libro y de la cultura. Beltrán, que leyó mi artículo publicado en *La Libertad* "El hermano libro te salvará", escogió algunos párrafos y los intercaló en el catálogo. Rasgo generoso, que me

obligó a visitarle para hacerle presente mi agradecimiento.

Hablamos largamente en el silencio de su librería varias horas de una noche. Ratifiqué el juicio de su actuación, conocida por referencias. Admiré su cultura y su buen gusto de bibliófilo. Y vine en conocimiento de un hecho que puso huellas de amargura en su rostro.

Don Francisco Beltrán ha consagrado cuarenta años de su vida a la formación de una biblioteca formidable, que tiene hoy fama mundial.

Fuente informativa de muchos eruditos, críticos e historiadores.

Fecundo resultado de una investigación incansable y de una clara inteligencia. Ofrenda de una vida a un ideal bibliográfico.

#### LA BIBLIOTECA CONSTA DE CINCO MIL VOLUMENES (\*)

Beltrán nos va mostrando los estantes de libros, primorosamente encuadernados por todos los medios conocidos. Algunos son de una exquisita elegancia. Otros lucen pieles e imitaciones exóticas.

—¿Muchos volúmenes?

—Unos cinco mil.

—Algunos de estos libros le habrán costado a usted mucho trabajo adquirirlos, ¿no?

—Mucho. Viajes, regateos, investigaciones muy laboriosas...

—¿Qué materias abarca?

—Muy diversas. Libros y folletos españoles y extranjeros sobre bibliografía, biografía, bibliología, bibliofilia, la imprenta y sus artes auxiliares. Libros y folletos antiguos y modernos que tratan de bibliografía española, portuguesa y americana; códices y manuscritos; de la

(\*) Véase la nota de la pág. 367.

fabricación del papel; del grabado; de la cartografía iberoamericana; de los orígenes de la imprenta, sus inventores, incremento y propaganda hasta nuestros días; de la técnica de ésta y de sus artes auxiliares; de los archivos y bibliotecas célebres, públicos o privados; de los centros de enseñanza (colegios, institutos, Universidades, etc.); del arte de la encuadernación; de las marcas de impresores y libreros; de los exlibris y marcas de fuego o marcas de posesión del libro; del amor al libro; de la producción y comercio de librería; del periodismo; de los índices y repertorios de grandes publicaciones; las biografías de los más notables escritores y las historias de las literaturas, y muchas más que no le consigno por no fatigarle...

—¡Hermosa colección!

—No la hay igual, ni siquiera parecida, en ninguna biblioteca del mundo. ¡Estoy seguro de ello!

—¿Habrán ejemplares únicos?

—Sí, señor. Hay muchos ejemplares únicos y de tiradas especiales de lujo. La mayor parte de ellos son de extraordinaria rareza.

—Base inestimable para la investigación y el estudio.

—Exacto.

—Usted ha publicado un Catálogo de la Biblioteca, ¿verdad?

—Este; véalo.

Es un libro voluminoso. Lleva un prólogo del marqués de Villa-Urrutia y unas palabras preliminares de Beltrán. Está tipográficamente muy cuidado. Y las viñetas de principio y final de materias son una completa historia gráfica de la imprenta y de sus procedimientos. Ha sido adquirido por muchas Bibliotecas públicas, centros docentes de Europa y de ambas Américas, y por no pocos particulares y eruditos.

Un técnico en estas materias ha dicho:

“Este libro es una guía útil en la administración de

una biblioteca, por contener muchos detalles que no se logran hallar en otras fuentes."

Y si el catálogo es de gran utilidad, ¿cuál no será la de los libros que forman la biblioteca, sabiendo que los repertorios bibliográficos registran los libros que contienen todas las ideas que en el mundo han surgido?

—Y después de publicado el catálogo, ¿ha incorporado usted algunas obras?

—Sí. Doscientas setenta y seis obras en trescientos cincuenta y un volúmenes (\*).

—Pues tiene usted un verdadero tesoro bio-bibliográfico.

Beltrán se entristece de pronto, y me dice:

—¡Un tesoro del que tengo necesidad de desprenderme!

—¡Cómo! ¡El esfuerzo de toda su vida, la ilusión de su actividad, años y años de investigación que se escapan ahora de sus manos!...

—¡No es eso lo peor, amigo Somoza Silva!

—¿Por qué?

—Pues porque esta biblioteca está en peligro de emigrar al extranjero. La quieren y ofrecen. ¡Yo no quiero... no quiero! Parecería que se me iba mi propio corazón... ¿Patriotismo? Sí, señor, del sano, del bueno... Deseo que no salga de España, a ser posible de Madrid... Mi esfuerzo y mi trabajo no quisiera que fuera útil nada más que a mi país. ¡Que de aquí irradiase a los demás países!... ¿Me entiende?

—Sí, señor; le entiendo, Sr. Beltrán. Y comprendo su amargura, porque es la misma de todos los que ven emigrar lo que es algo de su propio espíritu... Lamentable es la emigración de los hombres; pero ¿y la de los libros?

---

(\*) Véase la nota de la pág. 367.

DOS JUICIOS DE AUTORIDAD:  
GOMEZ DE BAQUERO Y SAINZ  
RODRIGUEZ

El ilustre crítico "Andrenio" ha dicho, con su indiscutible autoridad literaria, lo siguiente de la biblioteca:

"No es necesario ponderar el interés que ofrece una colección semejante. Las bibliografías, libros sobre libros, son las armas del erudito y el investigador en materias literarias, sus guías y sus herramientas de trabajo. Pocas ocasiones se ofrecerán a los institutos sabios y a las grandes bibliotecas de enriquecer sus fondos con una colección tan copiosa de la bibliografía española, portuguesa e hispanoamericana. El Sr. Beltrán no quiere que su colección se disperse, y la pone en venta "indivisa". Estas bibliotecas de una especialidad tienen un valor orgánico, de conjunto, que se pierde al diseminarse las piezas que las componen. Es uno de los casos en que el universal tiene su valor, aparte del de afección que pone, naturalmente, el coleccionista en aquella copia, que es, al cabo de su obra, el resultado de sus afanes y de su diligencia durante largos años."

Sáinz Rodríguez, el profesor de Bibliografía de la Universidad Central, ha escrito en una revista técnica el siguiente juicio acerca del valor bibliográfico de la colección de que hablamos:

"Lo cierto es que esta gran biblioteca formada por el Sr. Beltrán supone un trabajo de años y una inteligentísima selección. Está puesta a la venta, y quizá por desidia de los llamados a preocuparse de estas cuestiones vaya a parar al extranjero. Una biblioteca así podría ser el núcleo fundamental e insustituible para la organización de cualquier institución u organismo de índole bibliográfica, que algún día será preciso crear en España, para que, continuando una gloriosa tradición, nos pon-

gamos a tono en este aspecto de nuestra organización cultural con el resto de la Europa civilizada..."

## COLOFON

Parece que nos persigue la incomprensión y la indiferencia. Estamos divididos, en lo que respecta al arte y a la cultura, en minorías. Los demás—los del margen, en el infinito camino de la vulgaridad—son indiferentes.

Quede nuestra intención, en este reportaje, limpia de fines bastardos. Damos el trompetazo, que es llamada y aviso. Un tesoro bibliográfico, único en el Mundo, que pone muy alto el nombre de España en los centros de cultura, va a emigrar a otro país... Como si no existiese una Biblioteca Nacional, una Hemeroteca Municipal, una Ciudad Universitaria...

Fatalidad de la raza, que sabe inventar, imaginar, darse generosa a todo. Romanticismo tradicional. Eterno derroche del espíritu... ¡Libros de Beltrán, hermosos libros—luz y horizonte del saber humano—, buen viaje!...

LÁZARO SOMOZA SILVA

(*La Libertad*, de Madrid, 10 de diciembre de 1929.)





## *Un libro sobre libros de libros*



**H**E aquí el robusto volumen cuya portada dice:  
"Biblioteca bio-bibliográfica. Catálogo de una importante colección de libros y folletos españoles y extranjeros referentes a bibliografía, biografía, bibliología, bibliofilia, la imprenta y sus artes auxiliares, etcétera, etc., formada, catalogada y puesta en venta por Francisco Beltrán, librero-editor. Precedido de una introducción por el marqués de Villa-Urrutia, Madrid, Librería Española y Extranjera. 16, Príncipe, 16."

Eso dice la portada. Según el colofón, acabó de imprimirse el volumen el postrer día de abril de 1927. Además, merece consignarse que se hizo una tirada de cien ejemplares en papel español verjurado de hilo, numerados del 1 al 100; 500 más en papel satinado, numerados del 101 al 600, y otros 20 ejemplares en papel delgado, numerados del I al XX, para distribución privada. Y no puede omitirse que el tomo tiene tamaño de 4.º mayor, consta de 504 páginas y va ilustrado con 57 grabados.

Ahora bien: ¿quién es Francisco Beltrán?

Eduardo Gómez de Baquero escribió en uno de sus artículos: "En la librería de la Carrera de San Jerónimo (o sea la de Fernando Fe), cuando ya declinaba la tertulia, empezó a darse a conocer Francisco Beltrán como un dependiente entendido en libros y aficionado a ellos, cosa no tan frecuente en este comercio que sea excusado

el mencionarlo. Se venden, por lo general, con más arte e imaginación los calcetines y las corbatas que los libros. Beltrán llegó a ser el alma de la librería y a editar por su cuenta algunas obras literarias. Después se estableció como librero y editor independiente en la calle del Príncipe, y tiene ya una lista no corta de ediciones propias. Los amenos libros de Historia del marqués de Villa-Urrutia llevan su marca editorial."

El mismo marqués de Villa-Urrutia añade en el prefacio citado, refiriéndose al Sr. Beltrán: "Nada de lo que al libro se refiere le es extraño, y era natural que, criado entre libros, con la costumbre de venderlos y de darlos a luz, presentándolos al público de la manera más bella y atrayente para facilitar su venta, se aficionara a aquellas obras para su profesión más o menos indispensables, y fuera juntando con labor pacientísima y a no pequeño coste todas las de carácter bibliográfico que, con epígrafe más extensivo y comprensivo, llaman los libreros ingleses "books about books" (libros sobre libros), es decir, no sólo la bibliografía o descripción de los libros, sus ediciones, su rareza, su valor en el mercado, etc., o sea el Manual del librero, sino todas las artes que con la creación y el embellecimiento del libro se relacionan."

Así formó la biblioteca a que se refiere el catálogo tan latamente—en todos los sentidos del vocablo—descrita en los inicios de este artículo: biblioteca que a la sazón constaba de 4.602 volúmenes correspondientes a 3.400 obras, de las cuales eran: 2.352 españolas y americanas, 66 estaban en portugués, 85 en latín, 801 en francés, 767 en inglés, 39 en italiano y 22 en alemán, siendo de advertir que el carácter de la colección es ibero-americano, lo cual explica la diferencia de cantidad existente entre obras de distinta procedencia. También es de advertir que el propietario de la biblioteca no la dió por clausurada y terminada con la publicación del catálogo en cuestión,

sino que la ha ido incrementando y la seguirá aumentando hasta que la venda (\*).

¿Valor intrínseco del catálogo?

He aquí lo que dice Pedro Sáinz y Rodríguez, catedrático de Bibliología de la Universidad Central: "Es superior a los mejores de Hiersemann o Quaritch y no tiene nada que envidiar en riqueza de presentación a los recientes publicados por la casa Hoepli, de Milán. Desde el punto de vista bibliográfico nacional, viene este catálogo a sustituir a la bibliografía de bibliografías españolas no publicada todavía por nadie, puesto que los trabajos de Zarco y míos no han alcanzado aún la publicación.

Tienen estos catálogos sobre libros que "se poseen" una gran ventaja sobre las bibliografías escritas sobre otros libros, y es que terminan con la leyenda de ciertos "libros fantasmas" que nadie logra ver y cuya noticia viene rodando secularmente por los diccionarios bibliográficos."

De todos modos, el catálogo del Sr. Beltrán, al final de las obras poseídas por este señor, daba una relación de 213 obras no poseídas y pertenecientes al mismo campo. Es de suponer que parte de las obras adquiridas con posterioridad a la publicación del catálogo anularán la cualidad de ajenas de parte de las 213.

Con relación a la posible venta, escribe el propietario: "Ofrecemos esta colección por necesidades bien ajenas a nuestra voluntad, a nuestros gustos y aficiones y a la actividad con escaso fruto consumida en más de cuarenta años de trabajo no interrumpido en la misma profesión; pero la ofrecemos en conjunto y no de otra manera, pues deseamos evitar que sea diseminado en poco tiempo lo que tantos años, afanes y dispendios costó reunir." Y ello está muy bien, porque a toda costa debe continuar

---

(\*) Véase la nota de la pág. 367.

junto un material que tanto cuesta de congregar, ya que la mayor parte de semejantes libros fueron tirados en corto número de ejemplares, la mayoría de los cuales fueron a parar a manos que ya no los habían de soltar. En virtud de ello, son raros buena porción de libros sobre libros. Y poseerlos con los debidos honores no es mera bibliofilia, sino que en ocasiones puede llegar a una quintaesencia de bibliofilia...

También desea el Sr. Beltrán que su colección no salga de España, y a ser posible, de Madrid. Por de pronto, ya se da la circunstancia de que ha transcurrido bastante tiempo desde que la colección fué puesta en venta sin que se haya presentado comprador. Además, no abundan en España, sino que precisamente escasean, las personalidades y las instituciones que se hallen en condiciones de tal compra, tanto por la inclinación de sus actividades como por la disponibilidad de recursos pecuniarios.

Porque el volumen reseñado no lleva indicación alguna de precio en que puede adquirirse toda la biblioteca. Por otra parte, como la venta ha de hacerse por entero, tampoco indica precio de cada una de las obras que la integran. Y la valorización en pesetas de la biblioteca por su dueño, sería quizá un indicio para juzgar acerca de las posibilidades de que la colección permanezca en España.

Pero esta cuestión del dinero es una delicada cuestión que más vale dejar en paz.

F. ALMELA Y VIVES

*Diario de Barcelona,*  
2 de abril de 1930.





## *Otros juicios y opiniones*

Mencionaremos también como de particular importancia para nosotros "Biblioteca Bio-Bibliográfica". Este libro es una guía útil en la administración interior de una Biblioteca, pues contiene muchos detalles que no hemos podido conseguir en otras fuentes.

DR. HUGO BERGMANN

Director de la Jewish National and University  
Library de Jerusalem.

Del editor de Villa-Urrutia han escrito estos días don Pedro Sáinz y D. Eduardo Gómez de Baquero, con ocasión de la hermosa y copiosa Biblioteca bibliográfica que posee el Sr. Beltrán y ha catalogado. Se trata de una riquísima colección de libros y folletos españoles y extranjeros referentes a bibliografía, biografía, bibliología, la Imprenta y sus artes auxiliares, que servirá de firme cimiento al Instituto Bibliográfico municipal, que fué sueño del admirado y querido Ricardo Fuente, y va a ser realidad en las salas conservadas del viejo Hospicio de San Fernando.

Al Catálogo que de su colección ha hecho D. Francisco Beltrán, le ha puesto un lindo prólogo el académico y diplomático marqués de Villa-Urrutia, unién-

dose aquí también autor y editor en relación amistosa, cosa poco frecuente, porque suelen vivir como perros y gatos autores y editores.

ROBERTO CASTROVIDO

Los amantes de los libros hacen de su colecciones eje central de su vida, y con frecuencia es el librero el que no permite que entre el mercantil contrato en muchos libros de su librería. En Madrid, entre otros, tenemos al librero D. Francisco Beltrán, que posee una magnífica colección de libros que tratan de libros. En la trastienda de su librería aquel tesoro nada tiene que ver con la venta. El gran bibliófilo librero se compra a sí mismo. Su inteligente pupila está atenta a los catálogos y a los pequetes que diariamente llegan a su librería. Es su primer cliente, y rescata el ejemplar que juzga interesante de la primera sala de la tienda y lo sumerge en aquel despacho que sólo conocen sus amigos, al que se pasa por una nave enorme de libros... industrializados. ¡Ejemplo máximo el de Beltrán, que redime el tópico de execración que sobre los libreros pesa como una maldición bíblica!

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

Estoy temiendo que su Biblioteca de Bibliografía, la mejor que yo conozco, y puede que sea la primera del mundo, la compre un extranjero. Sería una lástima.

FR. MAXIMINO LLANEZA, *dominico*.  
Autor de la "Bibliografía de Fray Luis de Granada".

Has realizado una obra digna de tu constante laboriosidad e inteligencia, nada comunes en el gremio en que hemos vivido los años mejores de nuestra existencia, y

deseo vivamente que tu singular esfuerzo obtenga la compensación económica a que legítimamente aspiras.

ANTONIO GRAIÑO

Exquisito bibliófilo, librero y editor.

He examinado su libro y lo encuentro de un gran interés; será, sin duda, el primer acopio bibliográfico que sobre la materia se habrá publicado en España; y por ello le felicito con toda efusión. Creo que no será de los que menos fruto saquen de su trabajo, por todos conceptos recomendable.

R. MIQUEL Y PLANAS

Impresor, editor y autor de varias obras sobre bibliofilia.

Su magnífico Catálogo resulta bien trabajado, y la lista de obras que van al fin hacen que su obra sea digna de consulta... El libro es bello, y con las tablas finales, muy cómodo su manejo. Por lo bien cuidados que están los ejemplares que forman su colección, desde luego se echa de ver su buen gusto, y su refinamiento en achaques bibliográficos. Usted y Bonay son los dos *amateurs* más atildados, más nimios, más difíciles, en una palabra, más ingleses que he tropezado en mi camino. A los dos deseo muchos años de vida y salud.

ANTONIO PALAU

Autor del Manual del librero hispano-americano.

Su Biblioteca Bio-Bibliográfica es riquísimo venero de noticias y un alarde de buena composición, que salvó con rara excepción el cúmulo de erratas que afean por lo general tales obras. Le felicito.

LUIS REDONET

Académico y Secretario perpetuo de la de Ciencias Morales y Políticas.

En nuestro país, tan falto, en general, de acontecimientos bibliográficos, hay ahora uno sensacional: la venta de la Biblioteca del librero Beltrán. Quien, tras años largos e ímprobos de coleccionista, pone a la venta su hermoso acervo, del cual—como aperitivo (y postre)—ha ofrecido un Catálogo magnífico, prologado por Villa-Urrutia.

La gente de América debería volver los ojos a esta venta de piedras finas, sacadas de la vieja petaca, tras penoso y peligroso viaje, por un viejo mercader experimentado.

*Revista de las Españas.*

Me permito felicitarle por su interesantísimo Catálogo, ya que ha sido para mí un instrumento y un auxiliar indispensable y eficaz.

ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑINO,

*"Un Bibliófilo Extremeño".*

Autor de varias obras históricas y bibliográficas.

Mi más efusiva felicitación por el notabilísimo Catálogo de su Biblioteca Bio-Bibliográfica, que es honra de la Librería española y acredita una vez más su entusiasmo por los libros.

FRANCISCO RUANO

Secretario (en 1928) del Ayuntamiento  
de Madrid.

Desde esta ciudad en que resido llega a través del espacio una ola de admiración por su labor intelectual al dar a luz el interesante Catálogo que ha promovido juicios laudatorios de eminentes plumas, como "Azorín" y el insigne Villa-Urrutia, que prologa dicha edición.

JULIO ALBERTO SCANAVINO

*La Prensa.* Buenos Aires.

El Catálogo de su Biblioteca le encuentro muy interesante. Acepte mis congratulaciones por la obra, que encuentro bien impresa y seguramente de gran utilidad para los estudiantes de la historia de España y su literatura.

HENRY R. WAGNER

Autor de la bibliografía "The Spanish Southwest".

\*

\* \*

Del editor D. Francisco Beltrán, quien con tanta justicia merece los elogios que en anteriores ocasiones le tributamos por su ya dilatado tributo a la producción del buen libro español, hemos recibido un interesante "Índice bibliográfico", que ha publicado no hace mucho tiempo, con ocasión de una de las conmemoraciones o fiestas ánuas del libro. Trátase de un felicísimo ensayo—que debería ser imitado por otros muchos editores y libreros—de agrupación racional y metódica de un considerable sector de la bibliografía contemporánea de lengua castellana. Esa disposición original con que se ofrece el tal Índice o Catálogo no se hizo nunca por editor o librero alguno en España o extranjero, por lo cual bien merece nuestra mención. Sus diez y siete secciones abarcan todos los aspectos y géneros de la Ciencia, la Literatura y el Arte, estando cada una subdividida en los grupos consiguientes, comprendiendo infinidad de autores y obras, por orden alfabético de aquéllos y con reseña de la índole de cada una de las mismas, a más de las consiguientes indicaciones de orden comercial. Dentro de esa agrupación figuran páginas enteras consagradas a los libros sobresalientes por su interés, la autoridad de sus autores, etc. Hay, además, infinidad de sentencias de sa-

bios, eruditos y críticos de todos los tiempos y países, noticias, evocaciones curiosas, retratos, etc., de lo cual resulta un todo armónico muy útil y atrayente.

El Sr. Beltrán, que ya había dado a la estampa su "Catálogo de Bibliografía", magnífico volumen, verdadera bibliografía de bibliografías hispanoamericanas, guía del investigador, de gran utilidad para todos, merece plácemes por esta su nueva aportación meritisima.

F. ALMELA Y VIVES  
Publicista.

Felicito a usted por el acierto en publicar un Índice, que además de ser una cosa completamente nueva, es de gran utilidad bibliográfica y de una gran enseñanza pedagógica si se miran con atención las curiosas noticias y aforismos que vienen al pie de cada página.

FERNANDO BRUNER PRIETO  
Autor de notables trabajos y publicaciones  
bibliográficas.

No hay bibliófilo ni bibliómano en España que no conozca a D. Francisco Beltrán, que acaba de hacer público, en elegante edición, un INDICE BIBLIOGRAFICO de las obras de fondo y algunas de surtido que atesora y almacena en su librería de la calle del Príncipe, número 16, de Madrid.

Antiguo principal de Fernando Fe, cuando éste tenía su librería en el número 2 de la Carrera de San Jerónimo, Beltrán era personalmente el índice bibliográfico viviente y semoviente en aquella casa. Todo comprador o huroneador de libros tenía que ver con Beltrán; y a todos atendía con singular amabilidad en un alegre ir y venir de la estantería al reducido pupitre donde llevaba todo el negocio librero de Fe.

Por las tardes solíase ver allí reunidos en amigable tertulia a cuanto Madrid encerraba de escritores y artistas, estorbando el paso, apretujando al entrante comprador, que a veces se retrasaba adrede para oír dichos y comentarios de hombres como Campoamor, Castelar, Silvela, Canalejas, D. Gabriel Rodríguez, Menéndez Pelayo, Valera, Galdós, Núñez de Arce, Echegaray, Sellés, Manuel del Palacio, Velarde, Ferrari, "Fernánflor", D. Ricardo de la Vega, Picón, Navarro Ledesma y todos cuantos no son ya nada, salvo en las obras que dejaron tras de sí como estela prestigiosa de su actuación. Entonces en el fárrago de la vida intelectual de Madrid, cual cohetes o bólidos, solían aumentar la tertulia Pereda, "Clarín", Eusebio Blasco, el viejo poeta Zorrilla, Ganivet, el "Doctor Thebussem", Gómez Carrillo, "Fray Candil" Bonafoux, "Silverio Lanza", Morote, Blasco Ibáñez, Moret, Villaverde y algunos otros (de la que eran asiduos diarios Campoamor, Echegaray, Núñez de Arce, Manuel del Palacio, Velarde, Ferrari, el predilecto discípulo de Zorrilla, Valera, cuando su cargo diplomático no le alejaba de Madrid; el poeta Manuel Reina, el pintor D. José Villegas y el General D. Romualdo Nogués Milagro, agudo aragonés y excelente conocedor de libros raros y antigüedades artísticas), remembrando episodios de su *vida más joven*; algunos, como Campoamor, asignando a otros sus propias aventuras amorosas, mientras que callados, pausados, con el gesto de hojear un libro, los vanguardistas de entonces—aquella generación del 98: los "Azorín", Baroja, Maeztu y otros—escuchaban sin intervenir, asomando a sus caras alguna sonrisa.

En este ambiente de cultura literaria educó su gusto Beltrán, Paco o Paquito, como cariñosamente le llamaban algunos de aquellos viejos santones de la literatura, del arte y de la política, y sin perder oído al discreteo de unos y otros, Beltrán ponderaba y servía la última novela de Galdós, Pereda, Picón, Palacio Valdés, la Pardo

Bazán, Zola, France, D'Annunzio, o poemas de Núñez de Arce, de Campoamor y de Velarde, tan en boga entonces.

Así fué formándose en el amor al libro, y reuniendo un caudal de conocimientos en bibliografía española y universal. Estos conocimientos los condensa ahora en un "Índice Bibliográfico" que todo bibliófilo se desestimaría si no lo tuviese en su librería. Obras antiguas, sólo halladas en las grandes bibliotecas públicas, obras modernas de depurado gusto, obras de consulta, y todo ello presentado acompañado de notas, noticias, máximas, clarismos y sentencias y viñetas que mucho dicen de la erudición del autor.

Recomendar a nuestros lectores amigos de los libros este "Índice Bibliográfico", es para nosotros acatar de lleno el aforismo de Adisson que de tan notable trabajo copiamos: *Un buen libro es un legado precioso que hace el autor a la humanidad.*

J. P. CAPDEVIELLE

*El Pueblo Navarro, de Pamplona.*

El inteligente y culto librero Francisco Beltrán ha publicado y repartido "gratuitamente" un lujoso y original Catálogo, de más de 400 páginas, en papel satinado, color salmón, con numerosos y espléndidos grabados.

Este rasgo merece férvidas alabanzas. Representa un desinterés noble y un verdadero y acendrado amor al libro. Además, significa una labor de documentación realmente considerable, puesto que en cada página figuran una máxima, una noticia, una anécdota bibliográfica, de espíritu moderno y liberal. Le felicito cordialmente por el inteligente esfuerzo y el raro buen gusto que acredita.

CRISTÓBAL DE CASTRO

Publicista.

Le felicito por tan excelente trabajo. Son muy bonitas las viñetas, así como el tono de novedad y buen gusto que ha sabido usted dar al CATÁLOGO todo. Puede usted estar satisfecho—y se lo digo con toda sinceridad—de que ha hecho usted algo notable y fuera de lo común y rutinario a que nos tienen acostumbrados Librerías y Empresas editoriales de ahí y de Barcelona, que, siendo muy poderosas, podrán quizá presentar sus Catálogos con más alarde de lujo y riqueza, pero nunca con la delicadeza, espiritualidad y arte exquisito que exhalan las páginas del por usted confeccionado.

JOSÉ CATALÁ CAMPILLO

Alicante.

Su "Índice Bibliográfico" realmente es algo nuevo, y la publicación supone un esfuerzo que no sé si todos sabrán apreciar tan bien como yo.

ORESTES CENDRERO

Catedrático en el Instituto de Santander.

He aquí un editor español—madrileño—al que aún no nos hemos referido en nuestras glosas bibliográficas: D. Francisco Beltrán, editor justamente tenido como de los hoy día más antiguos y conocidos de cuantos han contribuido al florecimiento y difusión del libro español.

Gómez Carrillo, el maestro de cronistas de lengua castellana, prematuramente muerto hace pocos años, ya tributó a Beltrán su homenaje en uno de sus libros autobiográficos, en los que recuerda sus primeros tiempos de arribada a la capital de España, y cómo conoció al editor que nos ocupa, que a la sazón encontrábase al frente de la librería Fé, la cual era entonces no sólo la principal de Madrid, sino el punto de reunión de los grandes prestigios literarios de la época.

No es de extrañar, pues, que Beltrán, establecido a poco de aquella fecha, lograse impulsar la nave de su industria por rutas seguras que le permitieran ofrendar su hoy considerable tributo a la edición española. En cinco o seis lustros, la Casa Editorial y Librería Española y Extranjera Beltrán ha publicado centenares de obras, de las más dispares tendencias, de autores españoles, americanos y extranjeros. Y lo que en otros resultaría, a la larga, tras esa positiva y vasta labor de esfuerzo y de tiempo, languidez o cansancio, en D. Francisco Beltrán no constituye otra cosa que acicate para aun mayor superación. Así vemos que constantemente incorpora a su Catálogo nuevos autores y materias, que afronta la edición de obras que mejor respondan a la apetencia de los nuevos públicos, y que, por último, junta en su eclecticismo el entusiasmo y el acierto.

ANGEL DOTOR

Con ocasión de la Fiesta del Libro, y para asociarse a ella, el conocido librero de la calle del Príncipe don Francisco Beltrán ha publicado un interesante "Índice Bibliográfico", tanto de obras de fondo como de otras de surtido.

No se trata de un índice hecho al azar, sino de un índice bien estudiado, que lleva como ilustración notas, noticias, máximas, aforismos, que le adornan viñetas de interés. Es un verdadero tomo, de cerca de medio millar de páginas, que descubre el amor y cuidado que ha presidido a su redacción.

Por lo mismo que es tan frecuente que se piden reformas en el comercio de librería, cuando nos hallamos frente a un caso de vocación y devoción como el del señor Beltrán, no debe dejársele en el silencio.

*La Epoca*, de Madrid.

He de decirle con toda franqueza que le felicito cordialmente por la publicación de su "Índice Bibliográfico", sobre todo por la excelente idea, que usted ha puesto en práctica en ella, de realzar cada una de sus páginas con pensamientos y noticias referentes al arte del libro en general. Yo mismo abrigaba hace tiempo una idea semejante, coincidiendo con usted sin saberlo, cosa que para mí es un verdadero honor. Y me complace muchísimo que usted haya realizado antes que yo un plan tan interesante, en primer lugar, porque Dios sabe cuándo hubiera podido yo hacerlo, y también, porque seguramente no habría sabido realizarlo tan bien como usted.

GUSTAVO GILI

Editor y excelente bibliófilo.

Gracias por el magnífico "Índice Bibliográfico" de su Librería, que acabo de recibir y examinar con la fruición que ya puede suponer; mi enhorabuena más entusiasta y sincera por esta obra, que sólo usted en España es capaz de acometer y realizar con el éxito conseguido.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

Escritor.

Como español me felicito que algún editor de ésa se preocupe de hacer catálogos completos (en esta materia estamos muy pobres); claro está que el suyo será único, pues pasa un poco los límites y llega a ser una obra de arte. Para mí es una satisfacción el poder mostrar a mi clientela su Catálogo, y no dude usted que recogerá una parte del fruto de su trabajo; digo una parte, porque ese esfuerzo no se paga con moneda, sino con satisfacciones.

ENRIQUE HERRERA

Librería "El Hogar del Libro". Córdoba  
(Argentina).

El "Índice Bibliográfico" de obras de fondo y algunas de surtido de su Librería que acaba usted de publicar, es interesantísimo y de tal modo atractivo, que no supe soltarlo de la mano en un buen rato.

JUAN HURTADO

Catedrático de Literatura española de la  
Universidad de Madrid.

El "Índice Bibliográfico" que ha publicado recientemente confirma la justa fama que por su laboriosidad y competencia tiene entre los entusiastas de la bibliografía española.

"Índice de Libros". Madrid. *Revista de Bibliografía.*

El librero editor D. Francisco Beltrán ha publicado este año una nueva edición del Catálogo de sus fondos y de los libros en general que puede el público adquirir en su Librería. Consta el volumen de 440 páginas de líneas apretadas. Como resumen bibliográfico de casi todo lo que actualmente está publicado en castellano y se halla a la venta, consideramos el Catálogo de Beltrán de grandísima utilidad. Si se añade que al pie de cada página ha cuidado el editor de insertar una máxima bibliográfica, un aforismo, un consejo práctico y útil, productos unos de su propia y dilatada experiencia personal—Beltrán es uno de los bibliógrafos y bibliófilos de hoy más serios y conocedores de la materia—, copiados otros de autores famosos, se comprenderá toda la utilidad del Catálogo.

"*Información Española*", de Madrid.  
*Revista de la Secretaría de Asuntos Exteriores.*

La Fiesta del Libro ha venido a probar que no es tan reducido en España como algunos dicen el número de los libreros cultos. Ha coincidido con la fiesta la aparición del Catálogo de D. Francisco Beltrán, un librero erudito, un librero bibliófilo. Su Catálogo es el más lógico, el más cómodo y el más ameno que nosotros hayamos visto.

ALBERTO INSÚA

Ilustre novelista y publicista.

El culto librero D. Francisco Beltrán ha publicado un "Índice Bibliográfico" que llama la atención por su originalidad. Aparte de su lógico contenido, al pie de cada página—y son 440—lleva una anécdota, un pensamiento, una noticia, un dato de interés para el erudito, para el bibliófilo o para el simple curioso de todo lo que se refiere a los libros.

*El Liberal*, de Madrid.

El antiguo y culto librero-editor de Madrid señor Beltrán ha publicado un Catálogo de sus obras y algunas otras de las cuales le parece oportuna la propaganda. La cosa no merecía la pena de molestar a los lectores de *La Gaceta de las Artes Gráficas* si se tratase de un catálogo más—aunque siempre nos parecerán pocos los que vengán a difundir el libro español—; pero el del señor Beltrán se aparta del montón de los que se reparten confeccionados en forma rutinaria, y ofrece una novedad que deseamos patentizar y aplaudir por el esfuerzo que representa.

Consta el "Índice Bibliográfico" de 440 páginas, y en el pie da cada una de ellas se inserta una máxima, un aforismo, un pensamiento, algo, en fin, que sirve de estímulo para aficionar a la lectura y al propio tiempo para inculcar el amor al libro.

El hecho de haber reunido e ilustrado esas notas revela la extensa cultura que posee el Sr. Beltrán; y el haberlas publicado demuestra que es uno de los pocos que trabajan para divulgar la literatura española.

Tal vez no hubiese perdido su trabajo y su tiempo aprovechando la composición de esos *pies de página* para confeccionar un fascículo y repartirlo con profusión; cosa que quizá no pueda hacer con el "Índice" por su elevado precio de coste.

Nos proponemos, con más espacio de tiempo, escribir algo sobre la forma de confeccionar los catálogos, para mayor comodidad de las personas que los reciben. Por hoy terminamos esta nota felicitando al Sr. Beltrán muy afectuosamente.

ESTANISLAO MAESTRE

Impresor, editor y escritor.

Después de consultado su magnífico "Índice Bibliográfico"—verdadero modelo de Catálogos—me complazco en tertimoniarle mi admiración.

LUIS MORALES OLIVER

Profesor auxiliar de Bibliografía en la  
Universidad de Madrid.

Sin vacilar, puede afirmarse que las Letras y la cultura patria acaban de ser enriquecidas con un "Índice Bibliográfico" que robustece y consagra todavía más el gran crédito editorial que goza D. Francisco Beltrán, el muy notable y distinguido librero y editor de Madrid.

Este "Índice Bibliográfico" de obras de fondo y algunas de surtido, ilustrado con notas, noticias, máximas, aforismos y adornado con viñetas, todas ellas sentenciosas de grandes enseñanzas, constituyen el más preciado camino para que fácilmente pueda conocer el busca-

dor de cualquiera obra de cultura todo aquello que le sea necesario.

Reconocemos que el Sr. Beltrán ha prestado un singular servicio, no ya a las Letras, sino a la cultura general de España. Su obra es el resultado de una minuciosa investigación, supone muchas horas de profundos trabajos, de grandes desvelos y de enorme sacrificio material. Hay que defender a la Patria con los libros en la mano, decía el gran Costa, y el Sr. Beltrán, predicando con el ejemplo, ha querido entregar en manos de la juventud que estudia, en poder de la intelectualidad, en suma, el mejor guión, el mejor camino para poder hallar fácilmente todo lo que constituye el verdadero alimento espiritual.

*El Mundo*, de Madrid.

Una preciosidad el "Índice Bibliográfico" de las obras que tiene usted a la venta. Las notas, noticias, máximas, aforismos, etc., lo avaloran de modo definitivo, que exigen su conservación en las bibliotecas particulares. Un éxito. Las viñetas, admirables. Le felicito.

PABLO PARELLADA  
"Melitón González"

Después de detenido examen de su Catálogo, debo sinceramente felicitar a usted, pues lo encuentro sencillamente estupendo. Estoy convencido de que todos los bibliófilos y buenos aficionados al libro lo guardarán con cariño, y que nuestros futuros colegas, tiempo venidero, lo venderán a precio subido.

JOSÉ PORTÉ  
Librero anticuario.

Su "Índice Bibliográfico", cuya publicación le honra a usted, es un bonito e interesante volumen de útil con-

sulta para quienes tenemos el vicio de los libros y para el público en general, y que demuestra una vez más el buen gusto editorial de la Casa Francisco Beltrán.

LUIS REDONET

Doctor en Derecho, Secretario perpetuo  
de la Academia de Ciencias Morales y  
Políticas.

Su Catálogo, desde que lo tuve en mi poder, no ha caído de mis manos; tan interesante es el contenido y la variada profusión de pensamientos, noticias bibliográficas, datos y ampliaciones interesantísimas todas, que en él se contienen. Le felicito muy cordialmente por este instrumento bibliográfico que realza los laureles adquiridos por usted en su larga vida "*al servicio de los libros*", según la frase de uso. Y al estampar esa frase se me ocurre que nadie mejor que usted, librero y bibliófilo, podría escribir un volumen con igual título: reúna sus recuerdos, ordene sus notas y denos un buen día la gratísima noticia de su aparición.

A. R. RODRÍGUEZ MOÑINO

*"Un bibliófilo extremeño"*

He dado ya una buena lectura a su precioso "*Índice Bibliográfico*", y no quiero esperar al final sin enviarle en primer término mi agradecimiento por su recuerdo y mi enhorabuena más entusiasta por tan bella obra, en que ha puesto una vez más de manifiesto su fervorosa admiración por el libro.

No soy competente para hacer juicio; pero me encanta el orden, el acierto de las notas, la atracción de los recortes y la bella presentación.

Es un modelo en su género, que ya le acreditaría si no lo fuera antes por reiterados éxitos.

FRANCISCO RUANO

Abogado, ex Secretario del Ayuntamiento  
de Madrid.

Su "Índice Bibliográfico" acusa en usted un verdadero bibliógrafo, y le aplaudo sinceramente por su confección. Lo tengo sobre mi mesa de trabajo y lo muestro a amigos y compañeros que a diario me visitan.

ANDRÉS SEGURA Y CABRERA

Doctor en Derecho. Habana.

Francisco Beltrán, el culto librero y editor de Madrid, acaba de dar a la publicidad un interesante INDICE BIBLIOGRAFICO DE OBRAS DE FONDO Y ALGUNAS DE SURTIDO de su Librería. Al pie de cada página ha colocado un pequeño grabado o viñeta, y a su lado una breve noticia histórica, un aforismo o una máxima de algún escritor célebre con respecto a la industria del libro, que ilustran al consultor del mismo, de cómo nació el libro y cómo se formaron las principales bibliotecas del mundo; el origen de los primeros libreros y el establecimiento de la imprenta en las principales ciudades españolas y americanas; con otras noticias referentes al grabado, miniatura, encuadernación, etcétera.

Este nuevo como singular "Índice" del librero-editor Beltrán, es digno de señalarse, por cuanto se nos revela con grandes conocimientos técnicos e históricos relacionados con su industria, caso, desgraciadamente, no muy frecuente, entre editores y libreros.

JOSÉ TORRE REVELLO

Autor de notables trabajos bibliográficos y  
de investigación hispanoamericana.





## INDICE DE NOMBRES

---

En este repertorio, algunos nombres de las personas citadas y de los autores contenidos, están más aclarados o completos que en el texto. Los números indican las páginas.

- Abelin (Juan Felipe), 280.  
Abderramán III, 14.  
Addison (José), 79.  
Adolfo de Nassan, 43.  
Agesilao (R. de Esparta), 31  
Agripa (Cornelio), 178.  
Aguado (Viuda de), 222.  
Agustín (San), 29, 79, 171,  
172, 177.  
Aimé-Martín (L.), 256.  
Alas (Leopoldo) "Clarín",  
257, 381, 415.  
Albalat (Antonio), 79.  
Alberá (Berardo), 221.  
Alberá (Bernardo), 221.  
Albertino, 30.  
Alberto, Arzobispo, 165.  
Alcázar Anguita (Eufrasio),  
125.  
Aldo (véase Manucio).  
Alejandro Magn o, 157,  
158, 255, 273, 299, 317  
Alemán (Mateo), 79, 80.  
Alemán (Teodorico), 71.  
Alembert (Juan Le Rond  
d'), 87.  
Alde (Los), 44.  
Alfonso X el Sabio, 56.  
Alfonso XI, 50.  
Alfonso V de Aragón, 56,  
80.  
Alfonso (R.), 80.  
Alfonso (Raimundo), 196.  
Alhakem II, 14.  
Almela y Vives (Francisco),  
201, 414.  
Alomar (Gabriel), 287 288.  
Alonso (véase Alfonso XI).

- Altamira (Rafael), 80, 260  
 Alzog (Juan), 288.  
 Ambrosio (San), 24, 173.  
 Amiano Marcelino, 157.  
 Amicis (Edmundo de), 80.  
 Amorós (Juan Bautista),  
 415.  
 Ana Bolena, 18.  
 Anacreonte, 152.  
 Anaxagoras, 164, 171.  
 Andersen (Cristián), 288.  
 "Andrenio", véase Gómez  
 de Baquero (Eduardo).  
 Anjou (Condesa de), 30.  
 Annunzio (Gabriel d'), 416  
 Antonio (Nicolás), 377,  
 386.  
 Anselmo (Antonio), 377.  
 Anson (Lord Jorge), 280.  
 Aretino (Pedro), 177, 179.  
 Argote de Molina (Gonza-  
 lo), 50.  
 Arteyo (Capitán), 177.  
 Apolonio de Rodas, 188.  
 Aristarco, 135, 177.  
 Aristófanos Gramático, 177.  
 Aristóteles, 23, 80, 158,  
 174, 175, 185, 188.  
 Arquíloco, 32.  
 Arriaza (Juan Bautista),  
 134.  
 Asinio Polion, 13, 158, 159  
 Ateneo, 158, 188.  
 Átrectus, 15.  
 Aulo Gelio, 23, 157, 171,  
 174.  
 Auvray de Tours, 186.  
 Azcárate (Gumersindo), 276  
 "Azorín", véase Martínez  
 Ruiz (José).  
 Azpeurrutia (J. M.), 81.  
 Babio, 178.  
 Bacon (Francisco), 81.  
 Badio (Conrado), 165.  
 Bailo (El librero), 220.  
 Bain (Alejandro), 355.  
 Baldo, 173.  
 Balgrifios, 165.  
 Balmes (Jaime), 81, 115,  
 285.  
 Balzac (Honorato de), 81,  
 287.  
 Barbarigo (Agustín), 165.  
 Barberá (Manuel), 206.  
 Barbeyrac (Juan), 81.  
 Barbieri (Francisco Asenjo),  
 301.  
 Barbusse (Henry), 333.  
 Barco López (Plácido), 221  
 Bardoux (Agenor), 257.  
 Barnow (Isaac), 82.  
 Baroja (Pío), 354, 415.  
 Barreaux Bernard (Santia-  
 go des), 87.  
 Barrera (Jaime), 82.  
 Basilio (San), 82.  
 Baskerville (Juan), 18.  
 Baudelaire (Carlos), 355.  
 Beaumarchais (P. A. C. de),  
 60.  
 Bécquer (Gustavo Adolfo),  
 76, 115.

- Beda (El venerable), 29, 177.
- Beecher-Stowe (Enriqueta), 82, 223, 255.
- Belda (Joaquín), 355.
- Beltrán (Francisco), 297, 351 a 353, 355, 357, 358, 364, 365, 371, 378, 379, 381, a 383, 385 a 387, 389 a 391, 395 a 397, 399, 400, 402 a 426.
- Benavente (Jacinto), 83, 205.
- Bergeret (M.), véase France (Anatolio).
- Bergmann (Hugo), 409.
- Bergomeuse (Filipo), 159.
- Bergson (Henri), 355.
- Bernáldez (Andrés), 52.
- Bernardo (San), 83, 175.
- Beroaldo (Felipe), 164.
- Bertanos, 165.
- Bertin (Armando), 271.
- Betke (Bruno), 84.
- Besselo (Emilio), 58.
- Bevilaquas, 165.
- Bexarion, 165.
- Blánquez (El librero), 220.
- Blasco (Eusebio), 415.
- Blasco Ibáñez (Vicente), 204, 415.
- Bobadilla (Emilio), 415.
- Bodoní (J. B.), 17, 150.
- Bolterano, 164.
- Bonafoux (Luis), 415.
- Bonaparte, véase Napoleón.
- Bonay (Alfonso), 411.
- Boner (Ulric), 46.
- Bonsoms y Sicart (Isidro), 377.
- Bordas Dumoulin (Juan Bautista), 270, 271.
- Buchanan, 377.
- Boügel (Fritz), 262.
- Bright (Juan), 84.
- Brocario (Arnaldo Guille), 50.
- Brugere (Juan de la), 92.
- Bruner Prieto (Fernando), 414.
- Brunet (Jacq. Ch.), 354, 376.
- Brunk (Ricardo), 270.
- Bruto (Marco Junio), 273.
- Budeo (Juan Francisco), 158.
- Burns (Roberto), 281.
- Bury (Mgr. Richard de), 25, 84, 303, 305, 306, 307.
- Byron (Lord), 281.
- Cabello Lapiedra (Xavier), 85.
- Calderón de la Barca (Pedro), 76, 85, 222, 317.
- Calvet (Agustín), 290.
- Calla (El mecánico), 20.
- Campano (Juan Antonio), 85.
- Campoamor (Ramón de), 301, 381, 415, 416.

- Canalejas (José), 415.  
 Capdevielle (Juan Pedro), 416.  
 Capdevielle (Juana), 215.  
 Cardano, 161.  
 Carlomagno, 13, 108, 113.  
 Carlos Quinto, 53, 86, 165, 192.  
 Carlos I de Inglaterra, 28.  
 Carlos III, 136, 220.  
 Carlos IX, 56.  
 Carlyle (Tomás), 86, 237, 259, 282, 351, 355.  
 Carneades, 164, 174.  
 Carnegie (Andrés), 354.  
 Carner (José), 288.  
 Carolina (Reina), 60.  
 Carsi (Pascual), 56.  
 Carteret (Barón de), 60.  
 Casaneo (Bartolomé), 159.  
 Casiodoro, 25.  
 Castañeyra (Ramón de), 86.  
 Castelar (Emilio), 11, 76, 301, 415.  
 Castilla (Pedro de), 218.  
 Castillo (Antonio del), 220.  
 Castro (Cristóbal de), 416.  
 Castro (Guillén de), 317.  
 Castrovido (Roberto), 354, 410.  
 Catalá Campillo (José), 417.  
 Catalina (Severo), 86.  
 Catón, 317.  
 Casalo, 188.  
 Cejador (Julio), 377.  
 Cendrero (Orestes), 417.  
 Cervantes (Miguel de), 9, 60, 75, 76, 86, 114, 213, 214, 236, 238, 256, 279, 281, 285, 286, 317.  
 Cerro (Manuel del), 221.  
 César (Julio), 158, 188, 273.  
 Cesáreo (San), 25.  
 Cesariense (Eusebio), 159.  
 Cicerón (Marco Tulio), 14, 24, 86, 87, 138, 159, 173, 188, 223, 317, 319, 331.  
 Ciges Aparicio (Manuel), 354.  
 Cim (Albert), 271.  
 Ciro el Grande, 273.  
 Claparède (E.), 355.  
 Claretie (Jules), 87.  
 "Clarín", véase Alas (Leopoldo).  
 Colnet du Ravel, 58, 270.  
 Colón (Cristóbal), 52, 255.  
 Colón (Fernando), 57.  
 Collier (J.), 87.  
 Comenio, véase Komenski (J. A.).  
 Comestor (Pedro), 29.  
 Comodo (El Emperador), 158.  
 Comte (Augusto), 256.  
 Condé (Príncipe de), 273.  
 Conde (Fr. Sebastián), 87.  
 Confucio, 224.

- Conrado Tudesco, 164.  
Copérnico, 144.  
Copin (Miguel), 221.  
Cornelio, 159.  
Corominas (El librero), 220  
Corradi (Fernando), 12.  
Correa (El librero), 220.  
Cosin (Pierre), 50.  
Costa (Joaquín), 73, 237,  
260.  
Coster (Lorenzo), 36.  
Cotarelo (Emilio), 219.  
Courier (Pablo Luis), 290.  
Croce (B.), 355.  
Cronberger (Juan), 50.  
Cronwell (Oliverio), 28.  
Crispó, 176.  
Cruz (San Juan de la), 316  
Cruz (Sor Juana Inés de  
la), 115.  
Culea (J.), 48.  
Cuesta (Juan de la), 300.  
Cusano (Nicolás), 165.  
Chateaubriand (Vizconde  
de), 274, 287.  
D'Alembert (Juan Le Rond)  
87.  
Daniel (Pierre), 186.  
Dante Alighieri, 238, 317.  
Darío (Rubén), 238, 245,  
315, 317, 354.  
Darwin (Carlos), 189.  
Dauphir Meunier, 189.  
Decroly (Octave), 355.  
Demócrito, 164, 177, 273.  
Demoor (Juan), 355.  
Demóstenes, 317.  
Desbarreaux Bernard (San-  
tiago), 87.  
Descartes (Renato), 87,  
256, 283.  
Dewey (John), 355.  
Dewey (Melvil), 257.  
Deville (Jacques), 187.  
Díaz de Montalvo (Alon-  
so), 48.  
Dickens (Carlos), 288.  
Diderot (Dionisio), 59, 88.  
Didot (Fermín), 185.  
Didot (Francisco), 19.  
Didot (Francisco Ambro-  
sio), 19.  
Dionisio de Siracusa, 23,  
174.  
Disraeli (Isaac), 31.  
Dolet (Esteban), 59.  
Dotor (Angel), 418.  
Domiciano, 158.  
Doyle (Arturo Conan), 208  
Dritzehen (Andrés), 38.  
Drouot (El General), 115.  
Dubois (Paul), 355.  
Duclós (Mgr.), 88.  
Duguit (León), 355.  
Durán (Alfonso), 62.  
Durieux (Conrado), 41.  
Ebert (Fr. A.), 376.  
Echegaray (José), 415.  
Eduardo III, 306, 309.  
Einstein (Alberto), 189.  
Elzevir (Los), 150, 300.  
Emerson (Ralf Waldo), 88

- Empedocles, 177.  
 Enrique de Aragón, 27.  
 Enrique VIII, 18.  
 Epicuro, 273.  
 Erasmo (Desiderio), 304.  
 Eratóstenes, 113.  
 Escamilla (Matías), 220.  
 Escipión (Emiliano), 273.  
 Escribano (Miguel), 220.  
 Esdras Escriba, 159.  
 Esopo, 208, 209, 210, 211, 212.  
 Espinel (Vicente M.), 88.  
 Espronceda (J. de), 76.  
 Estacio, 188.  
 Estefanos, 150.  
 Estelrich (Juan), 288.  
 Estienne, 376.  
 Estrabon, 158.  
 Esquilo, 188.  
 Eudides, 158.  
 Eumenes, Rey de Pergamo, 158.  
 Eurípides, 158, 188, 319.  
 Fabietti (Ettore), 262.  
 Fabio Galo, 159.  
 Faguet (Emilio), 249.  
 Fania Frisio, 177.  
 Faraday (Miguel), 58.  
 Fausto, 41, 42.  
 Favorino, 173, 177.  
 Fe (Fernando), 62, 64, 301, 364, 381, 395, 405, 414, 417.  
 Federico, Duque de Sajonia, 165.  
 Felipa de Henao, 309.  
 Felipe II, 18, 54, 57, 72, 300.  
 Felipe III, 58.  
 Fenelón (Francisco de Salignac de la Motte), 88, 89.  
 Feria (Conde de), 18.  
 Fernández (El P. Benignos), 386.  
 Fernández (C.), 89.  
 Fernández (Francisco), 220.  
 Fernández Flórez (Isidoro), 415.  
 Fernández (Manuel), 220.  
 Fernández Moratín (Nicolás), 36, 222.  
 Fernández (Saturnino), 220.  
 Fernando el Católico, 71.  
 Fernando VII, 383.  
 "Fernanflor", véase Fernández Flórez (Isidoro).  
 Ferrari (Emilio), 415.  
 Ferrer (El librero), 221.  
 Ferrière (Adolfo), 355.  
 Ficino (Marfilio), 174.  
 Filolao Pitagórico, 23, 174.  
 Fiske (John), 89.  
 Flammarion (Emilio), 226.  
 Flaubert (Gustavo), 288.  
 Flers (Robert de), 323, 324.  
 Fogazzaro (Antonio), 355.  
 Fóscolo (Hugo), 273.  
 France (Anatole), 89, 185, 189, 266, 267, 268,

- 282, 283, 332, 382, 416.  
 Francés (José), 220.  
 Francés (Valentín), 220.  
 Francisco de Asís (San), 218, 226, 245.  
 Francisco I de Francia, 56, 165.  
 Francisco II de Francia, 56.  
 Franco (Nicolás), 177.  
 "Fray Candil", véase Bobadilla (Emilio).  
 Frobenio, 165.  
 Fuente (Ricardo), 379, 385.  
 Fumagalli (Giuseppe), 377.  
 Fust (Cristina), 39, 42.  
 Fust (Juan), 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 300.  
 "Gabriela Mistral", véase Godoy Alcaayaga (Lucía).  
 Galeazo Vizconde (Juan), 159.  
 Galeno, 177.  
 Galiani (Abate), 89.  
 Galileo, 144.  
 Gallardo (Bartolomé José), 354, 377.  
 Ganivet (Angel), 415.  
 García Sanchiz (Federico), 333.  
 Garcilaso de la Vega, 138.  
 Garibaldi (José), 186.  
 Garrido (Fernando), 68, 89.  
 Gaupil, 270.  
 Gautier (Teophile), 283.  
 Gayar, 89.  
 "Gaziel", véase Calvet (Agustín).  
 Gensfleisch (J.), 38, 240.  
 George (Henry), 355.  
 Gerostathis, 284.  
 Gesner (Conrado), 376.  
 Gibbón (Eduardo), 89, 189.  
 Gili (Gustavo), 419.  
 Giner de los Ríos (Francisco), 276.  
 Giorgi (Gregorio), 49.  
 Gladstone (Guillermo), 206.  
 Glaeser (E.), 333.  
 Glauco de Atenas, 177.  
 Godos (Manuel), 220.  
 Godoy Alcaayaga (Lucía), 89, 225.  
 Goethe (Juan Volfang), 42, 59, 213, 238, 280.  
 Gómez (Andrés), 50.  
 Gómez de Baquero (Eduardo), 70, 90, 354, 383, 390, 403, 405, 409.  
 Gómez Carrillo (Enrique), 74, 189, 204, 333, 355, 415, 417.  
 Gómez (Juan), 56.  
 González Ruano (César), 410.  
 González Anaya (Salvador), 419.  
 Gordiano (El Emperador), 158.  
 Goujet (Claudio), 270.  
 Goya (Francisco), 363.

- Gracián y Morales (Baltasar), 90.  
 Gracos, 317.  
 Graesse (Jean George Theodore), 376.  
 Graño (Antonio), 411.  
 Granada (Fr. Luis de), 59.  
 Gray (Tomás), 281.  
 Grolier (Juan), 55.  
 Gros (Engel), 186.  
 Gudenberg (Isabel de), 38.  
 Guyau (M. J.), 272, 287.  
 Guillermo, Duque de Babiera, 165.  
 Guevara (Fray Antonio de), 90.  
 Guillermo II, 28.  
 Gutenberg (J.), 35, 36, 38, 39, 42, 43, 44, 45, 142, 146, 148, 164, 204, 240, 300.  
 Hahn (Ulrico), 46.  
 Harrison (Federico), 90.  
 Haebler (Conrado), 386.  
 Hayman (El obispo), 30.  
 Heber (Richard), 185.  
 Heilman (Andrés), 38.  
 Heráclito, 164.  
 Heredia (José María de), 355.  
 Hernández Pacheco (Isidoro), 222.  
 Hernández (El librero), 286.  
 Herodoto, 188, 273.  
 Herschell (John), 261.  
 Herrera (Enrique), 419.  
 Herrera (José), 221.  
 Herrera (Ramón), 221.  
 Hiersemann (Karl W.), 378, 407.  
 Hilario (El Papa San), 13.  
 Hipias, 172.  
 Hita (Arcipreste de), véase Ruiz (Juan).  
 Hoepli (Ulrico), 378, 407.  
 Holbach (Barón de), 90.  
 Homero, 135, 187, 238, 290, 304, 317.  
 Horacio Flaco (Quinto), 13, 15, 90, 113, 135, 149, 151, 153, 154, 172, 173, 174, 251, 304, 319.  
 Hortensio Lando, 177.  
 Hue (Robert), 185.  
 Hugo (Víctor), 90, 189, 274, 284, 288, 333.  
 Hume (David), 273.  
 Humery (Conrado), 43.  
 Hurtado (Juan), 420.  
 Hurtado (Manuel), 220.  
 Ibarra (Joaquín), 51, 56, 221.  
 Ibáñez (Diego), 52.  
 Ienfon (Nicolás), 165.  
 Insúa (Alberto), 421.  
 Ireland (Mgr.), 355.  
 Iriarte (Tomás de), 222, 300.  
 Isabel la Católica, 71, 192.  
 Isabel de Rumania, 91.  
 Isabel Tudor, 18.

- Isidoro (San), 157, 159, 177.  
 Isócrates, 91, 177.  
 Janin (Julio), 91.  
 Jansenio (Cornelio), 56.  
 Jarnés (Benjamín), 91.  
 Jenofonte, 188, 273.  
 Jerónimo (San), 23, 54, 91, 163, 176, 177.  
 Jiménez de Cisneros (El Cardenal), 50.  
 Jorge II de Inglaterra, 60.  
 Josephon, 377.  
 Joubert (José), 91.  
 Jovellanos (Gaspar Melchor de), 91.  
 Juan Ante portam latinam (San), 51.  
 Juan (San), 307, 341.  
 Juan II (Don), 27.  
 Judex (Abat), 44.  
 Juliano (El apóstata), 273.  
 Julio Capitolino, 158.  
 Juvenal (Décimo Junio), 48, 113.  
 Kant (Manuel), 92, 213.  
 Karr (Alfonso), 92.  
 Kautsky (Carlos), 355.  
 Kegan Paul (C.), 92.  
 Kempis (Tomás de), 304.  
 Khang-Hi, 33.  
 Khien-Long, 33.  
 Klinger (Federico Maximiliano de), 41.  
 Klopstock (Federico), 280.  
 Komenski (Juan Amos), 256, 280.  
 Kosciuszko (Tadeo), 114.  
 La Bruyère (Juan de), 92.  
 Lactancio (Firmiano), 165.  
 La Bedoyère, 270.  
 La Fontaine (Juan de), 273, 378.  
 Lamartine (Alfonso de), 287.  
 Lanfranco (Maestre), 49.  
 Lanwers, 270.  
 Lara (Pedro de), 57.  
 Larbaud (Valery), 289.  
 Lascaris (Constantino), 48.  
 Larenio Griego, 158.  
 Lavater (Juan Gaspar), 92.  
 Larra (Mariano José de), 92.  
 Lázaro Baifo, 158.  
 Leibnitz (Gottfried Guillermo), 93, 114.  
 Lemaitre (Julio), 256.  
 Lenclos (Ninón de), 284.  
 León X, 165.  
 León Africano, 15.  
 León (Fray Luis de), 55, 238.  
 León (Ricardo), 93.  
 Linares (Federico), 352.  
 Loisy (Alfredo), 355.  
 López (Bartolomé), 222.  
 López (Eduardo), 227.  
 López Roberts (Mauricio), 354.  
 López (Pascual), 221.

- Loti Pierre), 206, 333.  
 Louis (Pierre), 226.  
 Lounatcharsky (A. W.),  
 263.  
 Lowe (Roberto), 93.  
 Loyola (Iñigo de), 315.  
 Lubbock (John), 256, 259  
 Lucano, 188.  
 Lucanor (Conde de), 319.  
 Luciano, 188.  
 Lucreo Caro (Tilo Lucre-  
 cio), 171, 188.  
 Lúculo (Lucio), 158.  
 Ludovico, 165.  
 Luis XI, 41.  
 Luis XII, 159.  
 Luis XIV, 60.  
 "Luján de Saavedra", 93.  
 Lulio (Raimundo), 305.  
 Luna (Juan Antonio), 221.  
 Lutero (Martín), 192.  
 Lyris (Joel de), 68, 256.  
 Lytton (Eduardo Bulwer),  
 93.  
 Llana (Fr. Maximino),  
 410.  
 Llera (Juan de), 221.  
 Macaulay (Tomás), 93, 188  
 Mader (Joaquín Juan), 12.  
 Maestre (Estanislao), 422.  
 Maeztu (Ramiro de), 415.  
 Mafeo (Luis María), 221.  
 Maffieste (Luis), 386.  
 Malherbe (Francisco de),  
 273.  
 Mallarmé (Estefano), 189.  
 Manrique (Gómez), 94.  
 Manucio (Aldo), 44, 150,  
 165, 376.  
 Maragall (Juan), 280, 287.  
 Maranges (José María),  
 275-276.  
 Marcial, 15.  
 Mariana (P. Juan de), 93,  
 288.  
 Marco Aurelio, 273.  
 Marco Polo, 255.  
 Marlowe (Cristóbal), 42.  
 Marquina (Eduardo), 354.  
 Marquina (Rafael), 232.  
 Martín (Esteban), 50.  
 Martínez (Antonio), 48.  
 Martínez Ruiz (José)  
 "Azorín", 80, 354, 358,  
 415.  
 Martínez Espinel (Vicente),  
 88.  
 Martínez (El librero), 220,  
 221.  
 Marucell, 376.  
 Marx (Carlos), 255, 355.  
 Masson (Thomas L.), 188.  
 Maura (Antonio), 206.  
 Mayans (Gregorio), 60.  
 Maxon (H.), 124.  
 Mazarino (Cardenal), 60,  
 186, 365.  
 Mazel (Henri), 256.  
 Medicis (Los), 159.  
 Meléndez Valdés (Juan),  
 139.  
 Melifo, 164.

- "Melitón González", véase Parellada (Pablo).
- Menéndez y Pelayo (Marcelino), 94, 115, 156, 188, 236, 251, 286, 301, 321, 354, 377, 415.
- Mercier (Cardenal), 28, 29.
- Merlin, 177.
- Merula (Jorge), 48.
- Mevio, 178.
- Milton (John), 94, 114.
- Millares Carlo (Agustín), 354, 387.
- Ming-Tson, 32.
- Miquel y Planas (Ramón), 233, 303, 411.
- Miquel-Rius, 55.
- Mirabeau (Honorato Gabriel), 255.
- Mirabeau (Victor Riquetti), 94.
- Miranda (Francisco de), 94.
- Miranda (Jorge), 95.
- "Mistral (Gabriela)", véase Godoy Alcayaga (Lucía).
- Mistral (Federico), 226.
- Miyar (Antonio), 300.
- Moisés, 244.
- Molière (J. B. Pocquelin), 186.
- Moncin, 222.
- Monier (C.), 62.
- Monselet (Carlos), 96.
- Montaigne (Miguel), 96.
- Montalvo (Juan), 96.
- Montaregio (Juan de), 47.
- Montero Alonso (José), 238.
- Montesquieu (Carlos de Secondat), 96.
- Morales Oliver (Luis), 422.
- Morales (María Luz), 97.
- Moreau el Joven (Juan Miguel), 186.
- Moreno Nieto (José), 276.
- Moret (Segismundo), 415.
- Moretus, véase Plantín.
- Morgan (Pierpont), 354.
- Morote (Luis), 415.
- Mouravit (Gustave), 282.
- Mozas Mesa (Manuel), 242.
- Munita (Manuel), 220.
- Murciego (Pablo León), 97.
- Murri (Rómulo), 355.
- Nabonasar (R. de Babilonia), 27.
- Napoleón I, 58, 192, 266, 268, 269, 273, 282.
- Napoleón III, 58.
- Napoleón Camerata, 58.
- Nassau (Adolfo, Conde de), 43.
- Navarro Ledesma (Francisco), 415.
- Navarro Villoslada (F.), 97.
- Navas (Conde de las), 97.
- Newton (Isaac), 114, 145.
- Nicasio (El librero), 221.
- Niceno (Cardenal), 165.
- Nicolás V (El Papa), 13, 165.

- Nicole (Pedro), 98.  
 Nicrocates, 158.  
 Nietzsche (Federico), 259.  
 Nogués Milagro (Romualdo), 415.  
 Novalis, 280, 281.  
 Novoa (Tomás de), 221.  
 Núñez de Arce (Gaspar), 285, 381, 415, 416.  
 O'Donnell (Leopoldo), 98.  
 Olavarría (E. de), 98.  
 Oly-Roederer, 185, 186.  
 Oller (Narciso), 287.  
 Omar (El Califa), 27.  
 Orcel (El librero), 220.  
 Orígenes (El teólogo), 24, 177.  
 Orosio (Paulo), 158.  
 Ors (Eugenio d'), 198, 274, 275, 287.  
 Ortega y Gasset (José), 286.  
 Ortega Munilla (José), 98.  
 Ortiz de Pinedo (J.), 98, 245, 249.  
 Osimandías (Rey de Egipto), 12.  
 Ossian, 281.  
 Ostwald (Guillermo), 98.  
 Otlet (Paul), 378.  
 Ottino (Giuseppe), 377.  
 Ovejero (Andrés), 264.  
 Ovidio (Plubio Nason), 175, 283.  
 Pablo (San), 27, 307.  
 Pablos (Juan), 50.  
 Palacios Valdés (Armando), 204, 415.  
 Palacio (Manuel del), 381, 415.  
 Palamas (Costis), 284.  
 Palau (Antonio), 411.  
 Paley (Guillermo), 98.  
 Palmart (Lamberto), 47.  
 Palomero (Antonio), 99, 184, 354.  
 Panfilio (San), 159.  
 Paracelso, 177.  
 Paravicini (Dionisio), 48.  
 Pardo Bazán (Emilia), 415, 416.  
 Pardo de Figueroa (Mariano), 415.  
 Parellada (Pablo), 423.  
 Pascal (Blas), 198, 290.  
 Pastor Díaz (Nicomedes), 287.  
 Patérculo, 188.  
 Paulino (San), 176.  
 Paulo (Emilio), 158.  
 Paulo (Jovio), 159.  
 Pecauto, 188.  
 Peignot (Gabriel), 197, 256, 376.  
 Pelayo del Castillo, 348.  
 Pelletan (Eugenio), 99.  
 Pellico (Silvio), 273, 354.  
 Pena (Lucas de), 99.  
 Penne (Lucas de), 197.  
 Percy (Enrique), 29.  
 Pereda (José M.<sup>a</sup> de), 415.

- Pérez Galdós (Benito), 301, 354, 415.  
Pérez de Montalbán (Juan), 300.  
Pérez de Ayala (Ramón), 354.  
Pescioni (Andrés), 50.  
Petrarca (Francisco), 14, 100, 258.  
Petzholdt (Julius), 377.  
Pfister (Albrecht), 46.  
Philatius, 12.  
Picón (Jacinto Octavio), 415.  
Pi-Ching, 32.  
Pi y Margall (Francisco), 285.  
Pierre (Gabriel), 48.  
Pío II, 43.  
Pin y Soler (José), 305.  
Píndaro, 135, 158, 188.  
Pisistrato (El Rey), 13, 158, 171.  
Pitágoras, 177.  
Pizarro (Francisco), 192.  
Plantín (Cristóbal), 54, 150, 165, 300, 376.  
Platón, 23, 59, 138, 172, 174, 188, 213, 307, 319.  
Plinio (El viejo), 100, 158, 159, 174, 198, 224, 319.  
Plinio (El joven), 159.  
Plubio Víctor, 13.  
Plutarco, 31, 158, 188, 255, 273, 280, 281, 284, 317.  
Poe (Edgardo), 287.  
Poggio (J. F.), 30.  
Poincaré (Raimundo), 100, 101, 323, 324, 325.  
Polícrates, 158, 177.  
Polidoro (Virgilio), 157, 164.  
Polio (Segundo), 15.  
Pompeo, 158.  
Pomponio Atico, 14, 24.  
Pope (Alejandro), 281.  
Porté (José), 423.  
Posada (Adolfo), 355.  
Power (J.), 377.  
Prim y Prats (Juan), 276.  
Priscianense (Francisco), 165.  
Propercio, 188.  
Proudhon (Pedro), 271.  
Proust (Marcel), 284.  
Psicharis, 188.  
Puerto (Alfonso del), 48.  
Quaritch (Bernard), 378, 407.  
Queiroz (Eça de), 355.  
Quevedo (D. Francisco de), 55, 129, 300.  
Quintana (Manuel José), 148.  
Quintiliano, 174.  
Quinto de Calabria, 188.  
Quinto Valeriano (El librero), 15.  
Rabelais (Francisco), 59, 101.  
Rahola (Carlos), 277, 290.

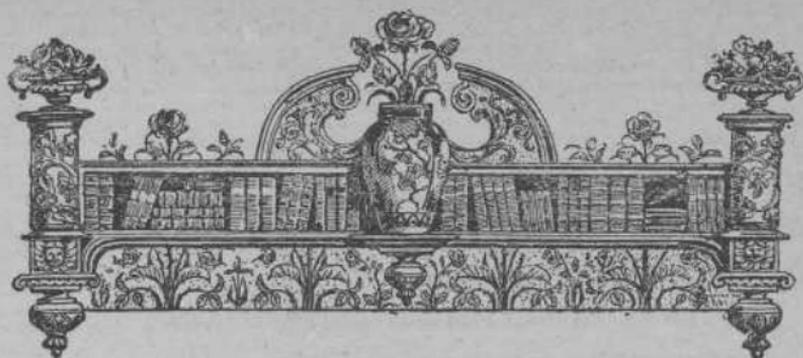
- Ramírez Angel (Emiliano), 295.
- Ratdolt (Erard), 47, 48.
- Razola (Casimiro), 221.
- Redonet (Luis), 411, 424.
- Reid (Tomás), 273.
- Remarque (Eric M.<sup>a</sup>), 333.
- Rembrandt (Van Ryn), 363.
- Renán (Ernesto), 101, 188, 304.
- Répide (Pedro de), 301.
- Riba (Carlos), 273.
- Riber (Lorenzo), 310.
- Reina (Manuel), 415.
- Richardson (Samuel), 59, 261.
- Richter (Juan Pablo), 101.
- Riffe (Juan), 38.
- Río (Martín del), 286.
- Rivadeneira (Manuel), 116.
- Robert (Luis), 19.
- Robert (Roberto), 101, 348.
- Robin Hood, 358.
- Rocamora (José), 314.
- Rochet, 268.
- Rodó (José Enrique), 272.
- Rodríguez Moñino (Antonio R.), 412, 424.
- Rodríguez Marín (F.), 102.
- Rojas (Fernando de), 317, 319.
- Rodríguez (Gabriel), 415.
- Rolewin de Laer (W.), 48.
- Romano (Julio), 319.
- "Roque Guinart", véase Riber (Lorenzo).
- Rosembach (Juan), 47.
- Rosembach, 185.
- Rosenthal (Jacques), 354.
- Roubakine (Nicolás), 189, 256.
- Rouma (Jorge), 355.
- Rousseau (Juan Jacobo), 59, 102, 255, 280, 287.
- Ruano (Francisco), 412, 425.
- Rubio y Lluch (Antonio), 286, 321.
- Rueda (Lope de), 59.
- Ruiz (C. Rufino), 102.
- Ruiz (Dr. Diego), 286, 287.
- Ruiz (Juan), 317, 319.
- Ruiz y Pablo (Juan), 325.
- Rusiñol (Santiago), 288.
- Ruskin (John), 102, 281, 282, 355.
- Russell Lowell (Jaime), 102.
- Ruyra (Joaquín), 289, 290.
- Saavedra Fajardo (Diego), 103.
- Sainte-Beuve (Carlos Agustín), 304.
- Sáinz Rodríguez (Pedro), 354, 379, 392, 403, 407, 409.
- Safo de Mitelene, 151.
- Saint Bertin (El abad de), 14.

- Saldaña (Quintiliano), 103.  
Salgari (Emilio), 208.  
Salisbury (Conde de), 329.  
Salomón, 103, 171, 284.  
Salustio, 188.  
Salvatierra, 70.  
Sancha (Antonio de), 56,  
221.  
Sánchez (Gabriel), 363.  
Sánchez de Vercial (Clemente), 48.  
Sánchez (Viuda de Manuel),  
222.  
Sancho Rayón (José), 377.  
Santillana (Marqués de), 50.  
Sanz (Antonio), 221.  
Sarmiento (El P.), 263.  
Saspach (Carlos), 37.  
Say (Juan Bautista), 103.  
Scanavino (Julio Alberto),  
412.  
Schiller (Federico), 280.  
Schnabel, 280.  
Schoeffer (Pedro), 39, 42,  
45, 46.  
Scott (Walter), 281, 288.  
Segura y Cabrera (Andrés),  
425.  
Segura (Bartolomé), 48.  
Seligman (Edwin R. A.),  
355.  
Sellés (Eugenio), 415.  
Séneca (Lucio Anneo), 103,  
104, 157, 172, 319.  
Serrano de Haro (Agustín),  
104.  
Severo (Alejandro), 113.  
Severo (Eremo), 159.  
Severo (Julio), 159.  
Shakespeare (Guillermo),  
104, 186, 203, 238,  
285, 316, 333.  
Shaw (Bernard), 238, 262.  
Shelley (Percy Bysshe), 281.  
Sigüenza (El escultor), 259.  
Sigüenza (El P. José de),  
57.  
Silio Itálico, 188.  
Simmel (George), 355.  
Silvela (Francisco), 415.  
"Silverio Lanza", véase  
Amorós (Juan Bautista).  
Soca (Juan), 330.  
Sócrates, 104.  
Sófocles, 188, 273, 319.  
Somascos, 165.  
Somoza Silva (Lázaro),  
335, 402, 404.  
Sorel (Jorge), 355.  
Sosii (Hermanos), 14.  
Sotos (El librero), 221.  
Sparn (Enrique), 258.  
Speusipo, 23, 174.  
Spilmann (John), 18.  
Spiro (Juan de), 46.  
Stael (Mme. de), 284.  
Stanley (Enrique), 288.  
Stassart (Barón de), 104.  
Stuart Mill (John), 282.  
Suárez (Antonio), 56.  
Suárez de Figueroa (Cristó-

- bal), 104, 161, 169, 179.
- Sué (Eugenio), 287.
- Sulpicio (Servio), 177.
- Swetchine (Madame), 104.
- Swift (Jonatan), 104.
- Tácito, 46.
- Tanzi y Lugaro, 105.
- Taylor (Jeremías), 105.
- Teócrito, 188, 284.
- Teodorico el Grande, 25.
- Teofrasto, 176.
- Terencio, 188.
- Teresa de Jesús (Santa), 76, 258, 285, 316.
- Texero (Pedro), 221.
- Thebussem (El Dr.). Véase Pardo de Figueroa (Mariano).
- Thibault, 267, 283. Véase, además, France (Anatole).
- Thierry (Augusto), 273.
- Timoleón, 273.
- Timoneda (Juan de), 59.
- Tieso (Felipe), 221.
- Tíbulo, 188.
- Tirso de Molina, 222.
- Tito Anio, 159.
- Tito Livio, 30, 188.
- Tolomeo I (Sotero), 25.
- Tolomeo II (Filadelfo), 157.
- Tolomeo V (El Epifanes), 13.
- Tolosano (Gregorio), 175.
- Tolstoy (Conde León), 189.
- Torre Revello (José), 52, 397, 425.
- Torre (Lucas de), 393.
- Triadó (José), 303.
- Trifón, 15.
- Tsai-Sun, 16.
- Tucidides, 273.
- Turati (Fil.), 262.
- "Un Bibliófilo Extremeño" (véase Rodríguez Moñino, A. R.).
- Urbino (Duque de), 159.
- Urceo (Antonio), 58, 270.
- Ureña (Rafael), 377.
- Valaoritis, 284.
- Valera (Juan), 257, 415.
- Valerio Máximo, 31.
- Valery (Paul), 283.
- Valois (Adrien de), 105.
- Valladares de Sotomayor (Antonio), 222.
- Valle-Inclán (Ramón del), 205.
- Vallée (León), 377.
- Van Eyck, 46.
- Vanni (Icilio), 355.
- Varron (Marco Terencio), 158.
- Vasconcelos (José), 263.
- Vauvenargues (Lucas de Clapiers, Marqués de), 105.
- Vázquez de Arce (Martín), 259.

- Vega (Alonso de la), 59.  
 Vega (Lope de), 105, 222, 317.  
 Vega (Ricardo de la), 415.  
 Velarde (José), 415, 416.  
 Velasco de Taranto, 47.  
 Velázquez (Diego de Silva), 259.  
 Verlaine (Paul), 305, 355.  
 Verne (Julio), 226, 288, 289.  
 Viada y Lluch (Luis Carlos), 118, 233, 286, 321, 337.  
 Villa (Juan), 47.  
 Villacastín (El P.), 251.  
 Villa-Urrutia (Marqués de), 365, 378, 382, 383, 395, 405, 406, 409, 412.  
 Villaverde (Raimundo Fernández), 415.  
 Villegas (José), 415.  
 Villed (El librero), 221.  
 Villena (El Marqués), 27.  
 Viñas (P. Tomás), 303.  
 Virgilio Maron (Pluvio), 13, 15, 18, 113, 154, 178, 307.  
 Vitorio (Pedro), 161.  
 Vitrubio, 255.  
 Vives (Juan Luis), 105.
- Voltaire (Francisco M.<sup>a</sup> Aronet de), 60, 105, 284, 288, 290.  
 Vizcaino (El librero), 222.  
 Vorlander (Karl), 355.  
 Wagner (Henry R.), 413.  
 Walter y Robins, 280.  
 Walton (Br.), 59.  
 Ward (Lester F.), 355.  
 Wells (H. J.), 256, 262.  
 Wilborada (Santa), 258.  
 Willer (Jorge), 257, 376.  
 Xanto, 208, 209, 210, 211.  
 "Xenius" (véase Ors, Eugenio d').  
 Ximénez (Diego Luis), 222.  
 Yolitos, 165.  
 Yuntas, 165.  
 Yuste (Juan), 222.  
 Zaragüeta (Juan), 342.  
 Zarco del Valle (Manuel Remón), 377, 378.  
 Zenón de Citio, el estoico, 113.  
 Zidam (El Rey), 57.  
 Ziletos, 165.  
 Zola (Emilio), 287, 416.  
 Zorrilla (José), 226, 415.  
 Zozaya (Antonio), 106, 343, 349, 355.  
 Zumárraga (Fr. Juan de), 50.





## INDICE GENERAL

---

	<u>Páginas</u>
Anteportada.....	1
Del autor.....	2
Portada.....	3
Propiedad.....	4
Beltrán.—EL LIBRO Y LA IMPRENTA..	5
MÁXIMAS, AFORISMOS, DISERTACIONES Y NOTICIAS.....	79
Viada y Lluch.—AFORISMOS RIMADOS.....	117
REFRANES.....	119
LIBRO, su nombre en diversos idiomas.....	122
H. Maxon.—CÓMO HABLA EL LIBRO AL LECTOR.....	123
Alcázar Anguita.—DECÁLOGO DEL LECTOR..	125
LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL LIBRERO CHECOESLOVACO.....	126
MANERA DE CONSERVAR LOS LIBROS.....	128

	<u>Páginas</u>
F. de Quevedo.—SONETO.....	129
ORACIÓN DE UN BIBLIÓMANO.....	131
Arriaza.—IMPLORANDO A FAVOR DE LA REAL IMPRENTA LA PROTECCIÓN DE SUS MAJES- TADES, QUE FUERON A VISITARLA EN 1818 (Estancias) .....	133
Fernández de Moratín.—A MI LIBRO (Ana- creóntica) .....	135
Meléndez Valdés.—A MIS LIBROS (Oda) .....	137
Quintana.—A LA INVENCIÓN DE LA IMPREN- TA (Oda) .....	141
Menéndez y Pelayo.—EPÍSTOLA A HORACIO.	149
Suárez de Figueroa.—DE LOS LIBREROS.....	157
— — DE LOS IMPRESORES...	163
— — DE LOS LIBROS, SUS AUTORES Y MECENAS.	171
Palomero.—LIBROS USADOS.....	181
Gómez Carrillo.—EL AMOR DE LOS LIBROS...	185
Alfonso.—EL LIBRO.....	191
Almela y Vives.—UNA LETANÍA Y UNA GLOSA.	197
Barberá.—EL LIBRO, EMBAJADOR DE LA CUL- TURA.....	203
Capdevielle.—EL PLACER DE LA LECTURA....	207
Castilla.—EL LIBRO EN LAS MANOS DE TODOS.	217
Cotarelo.—LIBREROS DE MADRID A FINES DEL SIGLO XVIII.....	219
López.—MI CANTO AL LIBRO BIENHECHOR..	223
Marquina.—LA MEDICINA MEJOR.....	229
Miquel y Planas.—SONETO.....	233

	Páginas
Montero Alonso.—LA VOZ DE LOS LIBROS...	235
Mozas Mesa.—EL LIBRO, CAMARADA Y AMI- GO BONDADOSO.....	239
Ortiz de Pinedo.—EL HERMANO LIBRO.....	243
— — EL VENENO LITERARIO...	247
Ovejero.—EN VÍSPERAS DE LA FIESTA DEL LIBRO.....	251
Rahola.—UN LIBRO ES UN ALMA.....	265
— EL LIBRO CREADOR.....	279
Ramírez Angel.—¡DIOS SE LO PAGARÁ, SE- ÑORITA!.....	293
Répide.—EL LIBRO Y SU SEMANA.....	297
Riber "Roque Guinart".—EL SANTO PATRÓN DE LOS BIBLIÓFILOS.....	303
Rocamora.—EL LIBRO. DISCULPAS DEL DES- AMOR.....	311
Romano.—LOS LIBROS.....	315
Rubio y Lluch—SONETO.....	321
Ruiz y Pablo.—SOBRE EL AMOR AL LIBRO...	323
Soca.—EL CABALLERO DEL LIBRO EN LA MANO.....	327
Somoza Silva.—EL LIBRO ROTO.....	331
Viada y Lluch.—EL AUTOR A SU LIBRO (So- neto).....	337
Zaragüeta. — CULTO Y SUPERSTICIÓN DEL LIBRO.....	339
Zozaya.—LOS LIBROS.....	343
— DEFENSA DEL EDITOR.....	345
Robin Hood.—UNA CIUDAD DE IDEAS.....	351

## BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRAFICA

Portada.....	359
Ex-Libris. F. B.....	360
Reseña.....	361
Villa-Urrutia.—INTRODUCCIÓN.....	363
Beltrán.—NOTA DEL EDITOR.....	367
— LA BIBLIOGRAFÍA.....	373
Sáinz Rodríguez. — UNA PRECIOSA COLECCIÓN BIBLIOGRÁFICA.....	375
Gómez de Baquero.—UNA BIBLIOTECA BIBLIOGRÁFICA.....	381
Millares Carlo.—UN CATÁLOGO NOTABLE....	385
Torre.—LA COLECCIÓN BELTRÁN Y LA BIBLIOTECA DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA.	389
Torre Revello. — BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRÁFICA.....	395
Somoza Silva.—UN TESORO BIO-BIBLIOGRÁFICO. CINCO MIL VOLÚMENES DE GRAN VALOR EN PELIGRO DE EMIGRAR AL EXTRANJERO.....	399
Almela y Vives.—UN LIBRO SOBRE LIBROS DE LIBROS.....	405
OTROS JUICIOS Y OPINIONES.....	409
ÍNDICE DE NOMBRES.....	426
ÍNDICE GENERAL.....	443
Colofón.....	447
Final.....	448





BELTRÁN

EL LIBRO  
Y  
LA IMPRENTA

Fué compuesto e impreso durante los días 26 de octubre a 27 de noviembre de 1931, en la Imprenta Torrent, Santa Teresa, número 16. - Madrid.





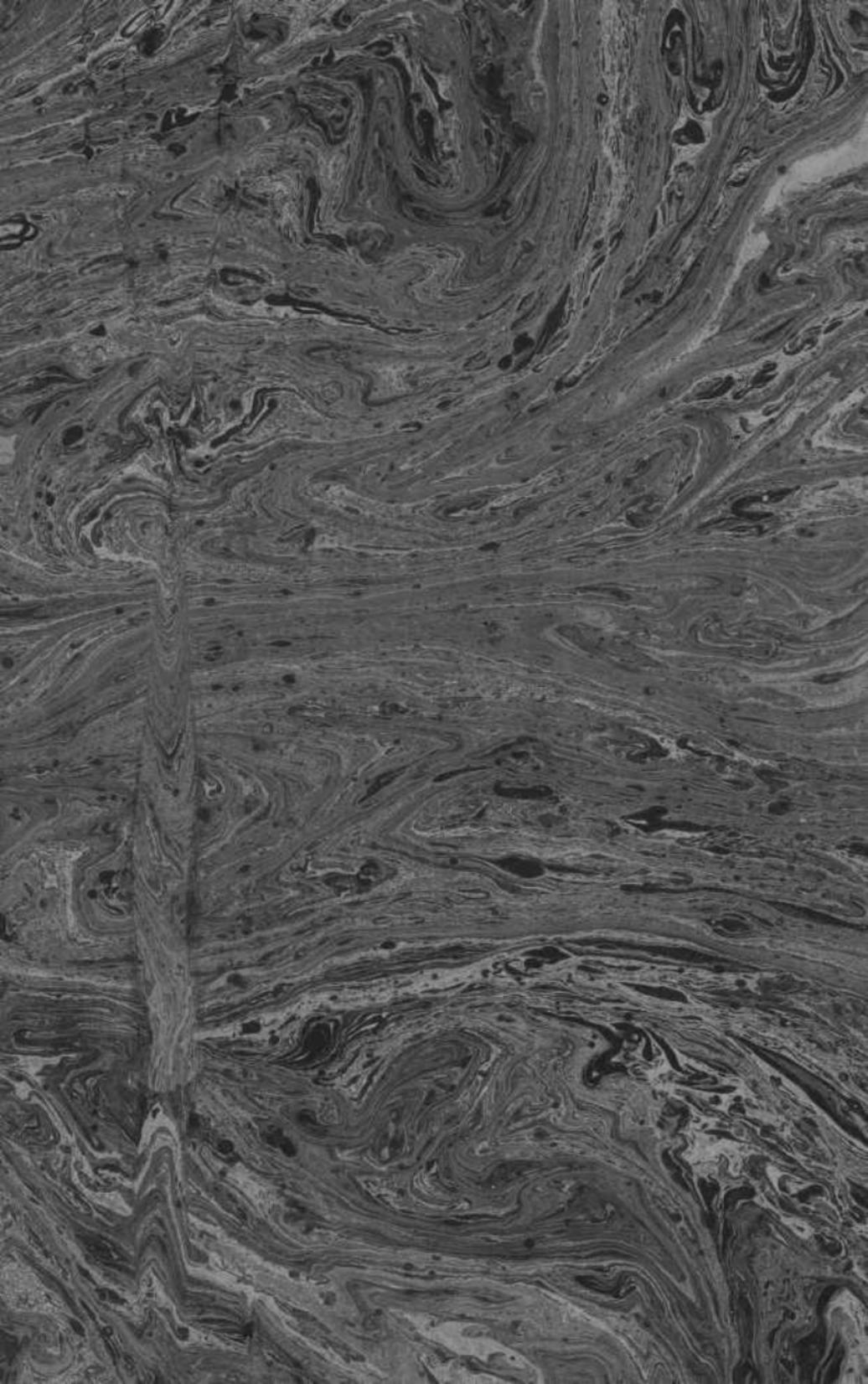


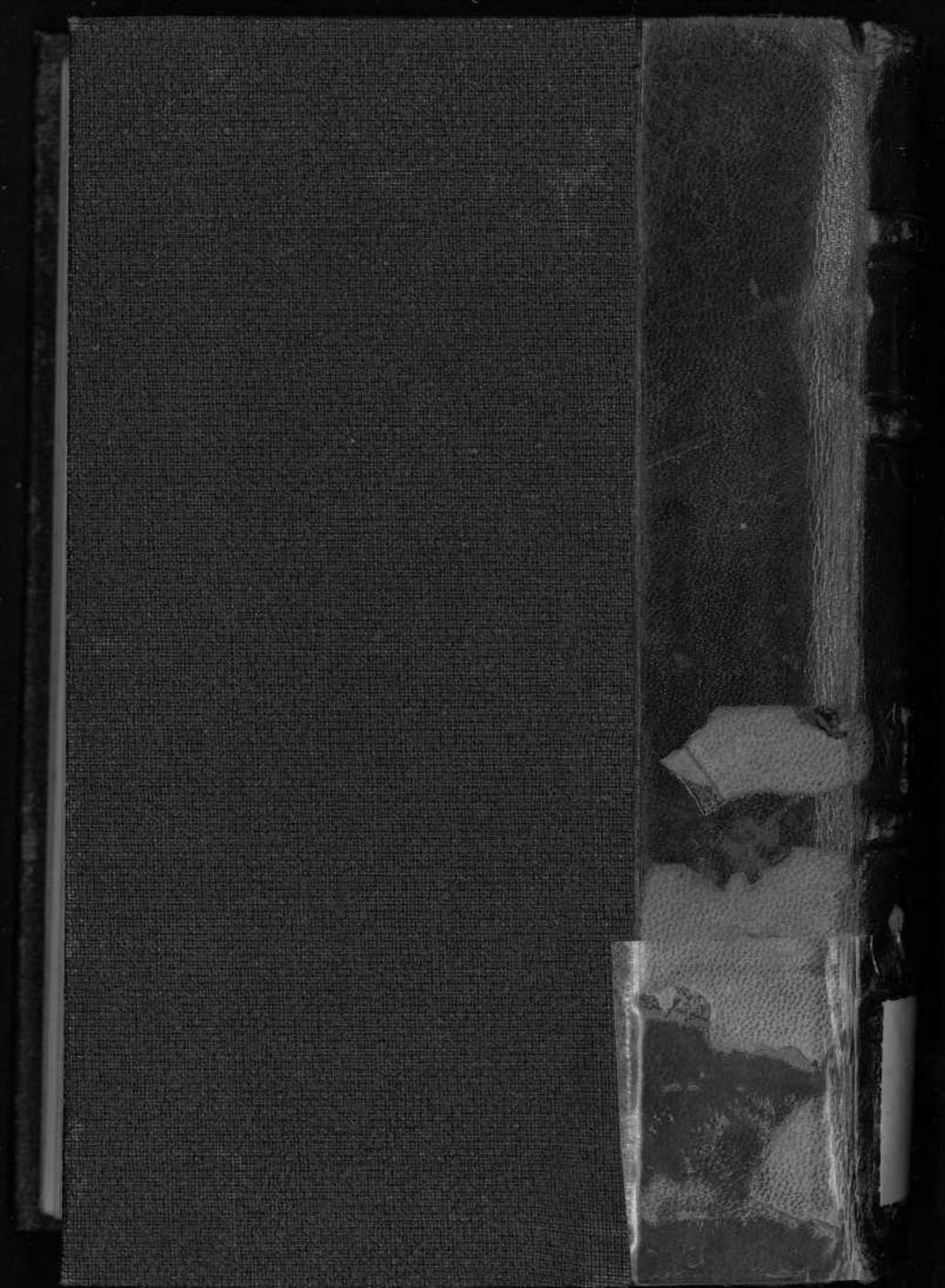














F. BELTRAN



EL LIBRO

LA IMPRENTA

**BB**  
**616**